



SASHA ABRAMSKY

LA CASA DE LOS VEINTE MIL LIBROS



«La casa de los veinte mil libros recrea con enorme cariño un entorno intelectual que se construyó alrededor de los libros antiguos, el ajedrez y el dominó, la comida de Europa del Este, la tazas de té caliente, la familia y las largas noches de acalorados debates políticos». The Washington Post.

Durante décadas, Chimen Abramsky y su esposa, Miriam, organizaron encuentros épicos en su fascinante casa llena de libros, y reunieron a muchos de los grandes intelectuales de la época, de Eric Hobsbawm a Isaiah Berlin.

Hijo ateo de uno de los rabinos más importantes del siglo, Chimen nació en 1916 cerca de Minsk y pasó sus primeros años de adolescencia en Moscú; luego emigró a Londres, donde descubrió los escritos de Karl Marx. Asistió brevemente a la Universidad Hebrea de Jerusalén, hasta que la Segunda Guerra Mundial interrumpió sus estudios. De regreso en Inglaterra, se casó, y durante muchos años él y Miriam se ocuparon de una respetada librería judía en el East End de Londres. Cuando los nazis invadieron Rusia en junio de 1941, Chimen se unió al Partido Comunista, convirtiéndose en una figura destacada del Comité Nacional judío. Fue miembro del mismo hasta 1958, cuando, sorprendentemente, un día por fin reconoció los crímenes cometidos por Stalin. En la madurez, Chimen se reinventó a sí mismo una vez más, en esta ocasión como pensador liberal, humanista, profesor universitario y experto en manuscritos de la casa de subastas Sotheby's.

Su nieto, el periodista Sasha Abramsky, recrea en estas fascinantes páginas un mundo perdido, dando vida a la gente, a los libros y a las ideas que llenaban la casa de sus abuelos, combinando cuatro tipos de historia (la familiar, la política, la judía y la literaria) en un magnífico y absorbente texto. De su erudita y delicada mano, cualquier lector estará agradecido de tener la oportunidad de recorrer esta casa.

Sasha Abramsky

La casa de los veinte mil libros



Título original: *The House of Twenty Thousand Books*

Sasha Abramsky, 2014

Traducción: Ángeles de los Santos, 2016

Revisión: 1.0

12/06/2019

*Este libro está dedicado a Chimen y Mimi Abramsky.
Fuisteis, sencillamente, extraordinarios.
Os echo de menos y os lloro cada día.*

*¡Qué obra de arte es el hombre! ¡Qué noble su
intelecto, qué infinitas sus facultades! En su forma y
movimientos, ¡cuán ágil y admirable! En sus
acciones, ¡cuán semejante a un ángel! En
entendimiento, ¡cuán semejante a un dios!
¡Lo más bello del mundo! ¡El más perfecto de los
animales!*

*Y sin embargo, para mí, ¿qué significa esta
quintaesencia del polvo?*

WILLIAM SHAKESPEARE, HAMLET

PRÓLOGO I: DESPEDIDA

Se ve a sí mismo como parte de los libros, o a los libros como parte de sí mismo, no estoy seguro.

WILLIAM MORRIS,
NOTICIAS DE NINGUNA PARTE (1890).

No hay sonido en la tierra como el de un hombre callado, un hombre digno, que se rompe en un dolor primario. Nada es comparable: ni unas uñas arañando una pizarra, ni el rechinar de un torno dental atravesando el esmalte. Nada. Es el aullido del terror absoluto, un incisivo agujero negro de ruido que lo absorbe todo. Te arrastra al abismo: inusitado, insólito, no admite discrepancia. Esto, dice el sonido, es eterno.

Yo escuché ese sonido cuando me acerqué el teléfono al oído izquierdo en marzo de 2010. Estaba en casa, en Sacramento, California, sentado en el sofá, desolado, en la salita de la televisión, mi esposa e hijos en otro cuarto. A más de nueve mil kilómetros de distancia, mi padre estaba sentado junto al cuerpo de su padre en su casa del norte de Londres, en el número 5 de Hillway, Highgate. Unos pocos minutos antes, mi abuelo, Chimen Abramsky, había fallecido finalmente. ¿De qué? ¿De viejo? Tenía noventa y tres años. ¿Complicaciones del párkinson? Llevaba años deteriorándose, convertido en un anciano frágil y sordo, un viudo cada vez más inexpresivo, atrapado en un cuerpo roto, helado. ¿O por las secuelas de una horrible serie de

enfermedades e infecciones de la vejez, cada una de las cuales por sí sola podrían haberlo matado? Al final, la causa en realidad no importaba. Lo que importaba era que el último de mis abuelos había muerto, un hombre que había sido mi maestro, mentor y gurú, además de mi «Nye^[1]» —como lo llamaba de pequeño, porque siempre llevaba corbata y yo no sabía pronunciar esa palabra — Mi maravilloso y a veces jugueteón abuelo —aquel hombre mayor que bailoteaba por el salón con una torre de coloridos vasos de plástico en la cabeza, encajados unos en otros, haciendo equilibrios para entretenerme cuando era niño— se había ido. El hombre que se había rodeado de decenas de miles de maravillosos libros raros, comprados a lo largo de la mayor parte de un siglo, había desaparecido. Todo lo que hizo que él fuera él había quedado reemplazado por la cerosa e impersonal quietud de la muerte.

Cuando empecé a llorar, los sollozos sacudiendo mi cuerpo, una parte de mí flotaba por encima de la escena y, mirando hacia abajo, me preguntaba por qué estaba tan impresionado. Después de todo, había tenido mucho tiempo para acostumbrarme a mi pena: el declive de Chimen había sido lento, sus últimos meses dolorosos y degradantes, cada llamada de teléfono a mis padres o hermanos empezaba con una actualización de su débil nexo con la vida. Se había convertido, durante esos últimos meses y años, en una coda a su propia historia.

En el siglo XVII René Descartes llegó a su famosa conclusión: «Pienso, luego existo». Durante gran parte de la vida de Chimen, conforme construía metódicamente su Casa de los Libros, se produjo lo contrario: él existía y por lo tanto pensaba. Si no hubiera pensado, leído, analizado el mundo que lo rodeaba y la historia a partir de la cual el mundo se desarrollaba, habría sido un alma perdida. Nunca se le dio bien, al fin y al cabo, estar de brazos cruzados. Pero ahora, nonagenario, con el cuerpo devastado por el párkinson, habiendo perdido audición, incapaz de salir de casa para ir a pasear como tanto le gustaba, se había convertido en un prisionero; su mente estaba atrapada en un cuerpo defectuoso, y ese cuerpo estaba enclaustrado en su Casa de los Libros. Poco a poco el mundo se cerraba sobre él; al final ya no podía subir las escaleras. Su mundo se redujo a las pequeñas habitaciones atestadas

de libros de la planta baja de su casa. La casa que había sido uno de los grandes salones de tertulias izquierdistas de Londres, que aún contenía una de las bibliotecas privadas más importantes de Inglaterra, ahora se había vuelto completamente claustrofóbica. La casa que resplandecía de vida intelectual cuando yo la visitaba de niño, ahora se había vuelto un poco espeluznante, decrepita, un lugar al que yo llevaba a mis propios hijos por obligación en vez de por placer. Las animadas conversaciones habían sido reemplazadas por los largos silencios de la sorda vejez; el bullicio de una cocina llena de gente y los grupos de comensales y de invitados que se quedaban a pasar la noche, dio paso a la inmovilidad del párkinson.

Entonces, la ecuación cartesiana se enderezó a sí misma: buscando mantener un nexo con la vida, con la cordura, Chimen se obsesionó aún más con el mundo de libros que había creado para sí. Como un hombre que se pellizca para asegurarse de que sigue teniendo sensibilidad, Chimen leía para cerciorarse de que seguía vivo. Pensaba, luego existía. Durante años, a medida que se debilitaba, su capacidad de pensar lo protegió; se aferraba a sus extraordinarias capacidades intelectuales, a su casi fotográfico poder de evocación. Cuando un trabajador social, intentando calibrar su agudeza mental, le preguntó si sabía quién era el primer ministro, Chimen le respondió con desdén que podía nombrar a todos los primeros ministros de los últimos doscientos años. Pero al final hasta su memoria lo abandonó. Físicamente roto, terminó también desorientado.

Yo llevaba meses afligido por la degradación de Chimen, incluso años, esa aflicción parcial por los vivos que surge en momentos inesperados y en lugares no deseados. Pero, mientras escuchaba ahora a mi padre lamentarse desde la salita llena de libros de la casa de mi abuelo, junto al parque de Hampstead Heath, y que era la habitación en la que mi abuelo dormía últimamente, cuando ya no podía subir las escaleras hasta su dormitorio, algo se rompió. La funesta presencia, la irrevocabilidad de la puerta de hierro que separaba la vida de la muerte, me partió por la mitad, me hizo pedazos.

Al día siguiente yo estaba en Londres, ayudando a mi familia a preparar el funeral de mi abuelo. Vagábamos por la casa de Chimen, iniciando el duro

proceso de organizar los papeles de una vida, rellenar documentos bancarios, y, al hacer todas las otras actividades habituales que acompañan a la muerte, llenar las horas de los días previos al funeral. El consuelo llegó de la biblioteca de Chimen, una extraordinaria colección de entre quince mil y veinte mil volúmenes. Incluso dejando a un lado el valor, la rareza de estos libros, muchos de ellos de cientos de años de antigüedad, su mera presencia física era imponente: si cada libro pesaba, por término medio, medio kilo — una estimación razonable, dado que muchos eran pequeños volúmenes de menos de cien gramos de peso, mientras que otros eran tomos enormes que podían fácilmente pesar cuatro kilos—, entonces, haciendo un cálculo prudente, la casa contenía más de diez toneladas de libros, el peso de al menos cinco coches grandes. Había, además, varias toneladas de manuscritos, cartas y periódicos apilados por la casa. Yo me detenía delante de una estantería cualquiera, sacaba un libro antiguo, lo olía, lo tocaba, comprobaba la fecha de publicación, me reencontraba con él como con un viejo amigo; hablaba de él con mi hermano menor, Kolya, que, de los cinco nietos, era el que más sabía de la colección de Chimen.

Durante esas tristes horas busqué algunos libros que habíamos conocido en años más felices, o a autores concretos cuya importancia Chimen nos había inculcado cuando éramos jóvenes aprendices de su mundo de ideas. Y recordé conversaciones de hacía décadas, las conversaciones que en tantos sentidos habían formado la base de mi identidad intelectual. Recordé las reuniones que durante mi infancia habían presidido mis abuelos.

Mi abuela Miriam (Mimi para nosotros los niños; Miri para Chimen) era extremadamente inteligente. A diferencia de Chimen, sin embargo, por su temperamento no era ni académica ni una erudita obsesiva. En vez de eso, ella dedicaba sus energías a su profesión y, sobre todo, a cuidar de una vasta, extensa red de familiares y amigos. Durante mi primera infancia, en la década de los setenta, Mimi fue jefa de los trabajadores sociales en el departamento de psiquiatría del Royal Free Hospital. Llegaba a casa del trabajo —largas jornadas orientando a personas desequilibradas, a veces al borde del suicidio— y se ponía a preparar comidas del Viejo Mundo, fabulosas, contundentes, con las que agasajar a la inacabable sucesión de invitados que se acercaba a la casa. No se podía rechazar su comida; ella simplemente no aceptaba la falta

de ganas de comer. Creó en su casa un ambiente que la sobreviviría, que perduraría de manera un tanto apagada hasta el nuevo milenio. Cuando, durante los últimos años de vida de Chimen, yo llevaba a mis hijos a visitar a su enfermo bisabuelo a su cada vez más ruinoso vivienda, él seguía recibiendo a intelectuales y viejos camaradas —los pocos a los que no había sobrevivido — que iban a tomar tazas de café, pan con arenques y retazos de conversación.

Ahora, muerto Chimen, yo no podía dejar de recorrer la casa, intentando imaginar un mundo sin mi abuelo. Cada vez que bajaba la escalera me enfrentaba a los horrores del *Guernica* de Picasso, llevaba toda mi vida viendo una reproducción sobre estas escaleras. Uno de mis primeros recuerdos era la despedida de Mimi y Chimen cuando partieron de vacaciones a España a finales de los años setenta; habían esperado cuarenta años para visitar España, negándose a ir hasta que el general Franco, en cuyo nombre los bombarderos nazis habían atacado Guernica en 1937, hubiera muerto.

Una tarde, mi más antiguo amigo, Ben, vino a verme para animarme. Me recordó las muchas veces en que yo lo había invitado a jugar en casa de Chimen y Mimi. «Qué suerte tenías», me dijo. «La mayoría de los niños consideran a sus abuelos una carga, unos viejos a los que hay que aguantar; quizá incluso los respetan y los quieren de una manera abstracta; pero sin duda no son alguien a quien emular ni los consideran parte de su vida cotidiana». «Para ti», me dijo también, «tu abuelo era tu héroe».

Era verdad. Chimen era, en muchos sentidos, extraordinario. Tercer hijo, ateo, de un afamado rabino, Yehezkel Abramsky, que en 1956 ganó el primer Premio Israel de literatura rabínica; nieto de otro afamado rabino, Moshe Nahum Jerusalimsky; y bisnieto de un tercer reconocido rabino, Yaakov David Willowski (conocido cariñosamente como *el Ridbaz*, un sobrenombre construido a partir del acrónimo de su título y sus iniciales), Chimen era como un personaje de Isaac Bashevis Singer, o como un anticuario de una novela de Dickens, o un excéntrico anfitrión de un salón de tertulias dieciochesco, o, para ser más exactos, una quimera de todos ellos. Era imposible encasillarlo: por su persona fluían demasiadas historias al mismo tiempo. Mientras su padre era jefe del Bet Din de Londres, el tribunal supremo religioso para los judíos de Gran Bretaña, Chimen era un miembro destacado del Partido Comunista de Gran Bretaña, y también regentaba, con mi abuela, una librería y editorial

judía llamada Shapiro, Valentine & Co., a la vuelta de la esquina del despacho de Yehezkel. Más tarde se convirtió en declarado crítico de la Unión Soviética y llegó a contar al filósofo liberal Isaiah Berlin entre sus más íntimos amigos y protectores. Aunque carecía de título universitario, en la madurez Chimen fue reconocido como uno de los mayores expertos del mundo tanto en historia del socialismo como en historia judía. Tras décadas dedicándose a la compraventa de libros como forma de ganarse la vida, pasó la última parte de su trayectoria profesional como académico, primero dando clases sobre marxismo en el St. Antony's College de Oxford, y después como secretario del Departamento de Estudios Judíos y Hebreos de la University College London; también pasó un tiempo como profesor invitado en Brandeis y en Stanford; y dio conferencias en muchas otras instituciones a ambos lados del Atlántico. Completando su carrera, Chimen fue un destacado especialista en manuscritos para la casa de subastas Sotheby's.

Fue, por medio de todas estas encarnaciones, uno de los más extraordinarios coleccionistas de libros de Inglaterra y uno de los grandes escritores de cartas de su época, redactando en inglés, hebreo, ruso y yidis, a veces hasta diez e incluso veinte misivas en un día, para una multitud de conocidos.

Chimen era un hombre pequeño, medía un metro cincuenta y cinco, y tenía unos brazos fuertes, robustos, y un cuello de toro, posiblemente debido a los años en que estuvo a cargo de Shapiro, Valentine & Co., años durante los cuales transportaba de manera habitual pesadas cajas de libros por la gran metrópolis. Uno de los más antiguos amigos de mi padre, al escribir sobre los recuerdos de su infancia en el Londres de posguerra, describió a Chimen, con gran afecto, como un «pequeño gnomo ruso». En sus últimos años casi siempre llevaba un traje de confección gris marengo y corbata; si se sentía especialmente informal, en una infrecuente excursión a la playa, tal vez, sustituía la chaqueta por un jersey de lana. Al aire libre, su cabeza, calva por arriba, adornada con un aro de díscolo pelo blanco en la parte de atrás, siempre lucía una gorra de paño o un sombrero de fieltro. Tenía un maravilloso acento de Europa del Este, un acento en cierto modo tan anticuado, tan imbuido de los ecos del pasado como los libros que coleccionaba; y hablaba una jerga propia mezcla de inglés, hebreo, ruso y

yidis, reservando a veces un idioma en particular para determinados amigos o conocidos, y en otras ocasiones mezclando los idiomas de una manera muy singular.

En notas que había tomado, siendo ya octogenario, para una autobiografía que finalmente le resultó imposible escribir, se preguntaba: «¿Por qué habría de sentir alguien la necesidad de escribir sobre su propia vida?». Parte de su respuesta era que su vida cubría «un largo periodo de nuestro turbulento siglo de revolución, guerra civil, pogromos, dictaduras despiadadas, la Segunda Guerra Mundial con sus terribles tragedias que culminaron con la destrucción genocida de seis millones de judíos (...). La vida es en gran medida una lotería, cuya suerte la deciden fuerzas con frecuencia casuales, ajenas a nuestra voluntad, pero a cuyas decisiones contribuimos queramos o no». Él intentaría, aseguraba, «escribir sobre tiempos pasados, sobre un pasado que fue pintoresco, lleno de contradicciones, de conflictos y, en una palabra, de personalidades corrientes y de personalidades espectacularmente originales y pintorescas». Esto era un eco de las palabras de uno de los pensadores que más admiraba, el escritor y revolucionario radical ruso del siglo XIX Alexander Herzen, que había dado una explicación similar al escribir sus memorias casi un siglo y medio antes. En 1855, exiliado en Londres, Herzen había empezado a publicar una serie de ensayos sobre su vida en *La Estrella Polar*; un periódico en lengua rusa que él dirigía (los ensayos fueron más tarde reimprimados en forma de libro bajo el título *El pasado y las ideas*). «¿Quién tiene derecho a escribir sus recuerdos?», preguntaba a sus lectores el escritor exiliado. Y respondía: «Todo el mundo. Porque nadie está obligado a leerlos. Para escribir los propios recuerdos no es necesario en absoluto ser un gran hombre, ni un famoso criminal, ni un célebre artista ni un hombre de estado; es suficiente con ser simplemente un ser humano, tener algo que contar, y no solo desear contarlo sino tener al menos un poco de habilidad para ello». En la vejez, Chimen llegó a la conclusión de que carecía de habilidad para contar su propia historia; sin embargo, esa historia, como él sabía, como yo sabía, como sabían todas las personas cercanas a Chimen, era una historia que había que contar.

Varios meses después de la muerte de Chimen vendimos su biblioteca. Mi familia conservó solo un pequeño número de volúmenes: los que tenían valor

sentimental para mi padre y su hermana y los que pedimos expresamente mi hermano y yo. Un par de meses más tarde el cartero llegó a mi casa de California con una caja de cartón grande y pesada. En ella venían mis libros, los que yo había pedido de la Casa de los Libros. Una colección de libros de bolsillo en tapa blanda de la serie *Past Masters*, publicados por Oxford University Press, que resumía las filosofías de grandes pensadores, desde Blaise Pascal y Tomás Moro hasta Herbert Marcuse y Che Guevara. Estos libros habían ocupado quizá una estantería de cinco baldas pequeñas, en el recibidor, junto a la puerta de entrada y al lado de un viejo retrato al óleo bastante austero del padre de mi abuela. Y una colección de antiguos y estropeados Everyman Classics, consistente en textos de filosofía política, desde *La República* de Platón y *Ética y Política* de Aristóteles, hasta *Vida de Jesús* de Ernest Renan y los escritos religiosos de Santo Tomás de Aquino; desde *El príncipe* de Maquiavelo hasta textos clásicos de Rousseau y Voltaire; la *Utopía* de Moro; la *Ética* de Spinoza; las obras filosóficas de Immanuel Kant; los tratados políticos de Hobbes; las meditaciones filosóficas de Hume; la economía de Adam Smith; los *Papeles federalistas* de Hamilton; *El capital* de Marx y los *Ensayos históricos* de Macaulay. Estos libros ocupaban una de las estanterías del salón, que llegaba a media altura de la pared opuesta al recibidor.

Por separado —me lo entregaría mi madre personalmente en su siguiente visita— llegaría una cuarta edición, de 1841, de *La democracia en América* de Tocqueville, publicada en Nueva York, Boston y Filadelfia, con el mapa original en papel de calco de los viajes del autor por América, cosido al volumen como complemento a las densas y toscas páginas manchadas de humedad. Faltaba el lomo de la gruesa encuadernación negra, y el interior de lo que quedaba de encuadernación tenía una mancha marrón, el cerco de la ficha de préstamo de una biblioteca, quizá. El delicado mapa plegado junto a la portada mostraba los Estados Unidos cuando los estados acababan en Missouri y Arkansas, y gran parte del suroeste del mapa estaba coloreado en amarillo, para indicar que pertenecía a México. Alaska estaba coloreada en rosa y reseñada simplemente como «la América rusa». En este mundo no hay California ni Nebraska ni Arizona. El número de habitantes de Texas indicado en el mapa es de veinte mil.

También me fueron entregados por mi madre: una de las primeras ediciones de *The Working Class Movement in America*, escrito conjuntamente por la hija de Marx, Eleanor, y su pareja, Edward Aveling, que había pertenecido a Herbert Gladstone, hijo del primer ministro liberal británico William Gladstone. Y un librito rojo de la editorial Worker's Library, *Recuerdo de Lenin*, de Nadezhda Krupskaya, esposa de Lenin.

Cincuenta volúmenes, puede que cien, de los miles de aquella casa. Meros fragmentos. Pero esos fragmentos contaban una historia, delineaban un conjunto de creencias fundamentales —escuelas filosóficas de pensamiento, estudios sobre democracia y sobre revolución—, formas de entender el comportamiento humano y la sociedad. Fueron la guía de Chimen para la vida, su búsqueda de sentido, de propósito, de estructura dentro de la existencia humana. Fueron como un semillero del cual resurgiría su mundo, o restos de una excavación arqueológica —las capas más antiguas enterradas bajo los niveles más modernos, más recientes— que permiten que historias olvidadas vuelvan a la vida. «Fuese lo que fuese lo que llevó a San Jerónimo a llamar mansiones a los viajes de los israelitas a través del desierto», escribió el poeta metafísico John Donne en su sobrecogedor sermón *Duelo de la Muerte*, escrito poco antes de su fallecimiento en 1631, «la palabra (...) no significa sino un viaje, una peregrinación». Para Chimen, también, su mansión de ideas, su Casa de los Libros, fue más un viaje que una morada física, una interminable travesía de descubrimiento. Quizá era esa la razón por la que se preocupaba tan poco por las comodidades de su criatura, viviendo con una fontanería completamente obsoleta, un tejado con goteras, marcos de ventanas descascarillados y, oculto bajo alfombras deshilachadas, un entarimado que consistía en unos toscos tablones más que en unas tablas trabajadas con esmero y firmemente encajadas. Su casa era para experimentarla como un viaje a tierras lejanas —difícil, desafiante, impredecible—, no para disfrutarla como un ático de lujo.

A lo largo de las décadas, Chimen se había vuelto tan adicto a la letra impresa, a la textura de sus libros, al tacto de los viejos manuscritos y al material contenido en su correspondencia escrita, que terminó rodeándose de

paredes de palabras. Le proporcionaban protección contra la locura del mundo exterior, o, como mínimo, un mapa de carreteras para recorrer el caos.

Al final de su vida, cada habitación de la casa, excepto el baño y la cocina, estaba cubierta del suelo al techo con estantes de libros en doble fila, y solo con unos pocos huecos libres en los que colgaban cuadros y fotografías. Si sacábamos unos cuantos ladrillos de la pared de libros, encontrábamos una segunda pared oculta detrás. Y cuando las estanterías estaban llenas, primero los suelos y luego las mesas sucumbían a grandes pilas torcidas de libros. En una casa que apenas se renovó durante los sesenta y seis años en que Chimen la habitó, que se deterioraba cada año que pasaba, las ideas eran el mortero que mantenía unidos sus *libros-ladrillo*: nociones de progreso, comprensión de la cultura y el civismo, explicaciones de cómo y por qué las grandes culturas y civilizaciones entran en declive, teorías de la historia.

Conforme la Casa de los Libros crecía, libro a libro, estante a estante, habitación a habitación, las conexiones se iban haciendo más complejas. Las ideas de Adam Smith sobre el libre mercado continuaban en las teorías económicas de *El capital* de Marx. Las teorías sobre historia de Macaulay y Carlyle se hallaban junto a la dialéctica de Hegel; las nociones de estructura y superestructura de Marx junto a las diatribas de Frantz Fanon sobre el papel purificador de la violencia.

El historiador y parlamentario conservador de finales del siglo XVIII Edmund Burke preparó el camino para el antirrevolucionario francés Joseph de Maistre, cuya oscura visión de la condición humana daba paso a su vez a un movimiento intelectual que finalmente culminaba en el fascismo y las delirantes teorías encarnadas en *Mi lucha*, de Hitler. Los trabajadores ingleses del siglo XIX que protestaban contra las duras condiciones de las fábricas de las Midlands, compartían un estante con los compañeros anarquistas rusos del siglo XIX, como Mijaíl Bakunin. Por encima de ellos se asentaban los bolcheviques rusos del siglo XX. Platón servía de base para el sabio medieval judío Maimónides, de quien Spinoza se haría eco siglos después; y la *Ética* de este último ayudaba a presentar a teóricos seculares liberales como John Locke, Montesquieu y Tom Paine. La mística judía del siglo XVIII compartía una pared con los socialistas utópicos ingleses del siglo XIX. Y así sucesivamente.

Hillway contenía dos bibliotecas. La primera era la colección socialista de Chimen; la segunda, la colección judaica. Incluso después de que en 1980 se retiraran cinco mil libros y dos mil separatas, para unirlos a otros volúmenes en una sección creada expresamente en la biblioteca de los imponentes edificios decimonónicos de la University College London, la colección judaica era absolutamente completa, con referencias a cualquier aspecto imaginable de la vida de los judíos a lo largo de los siglos. Respecto a los siete mil ejemplares comprados por la universidad, el colega de Chimen Mark Geller, en un comunicado interno al rector de la universidad, escribió que constituían «probablemente la mejor biblioteca de Europa de historia judía». La colección socialista era con toda probabilidad la colección privada más completa del mundo sobre literatura socialista de los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Desde luego, era la colección de este tipo más completa de Gran Bretaña.

En conjunto, estas dos bibliotecas, separadas pero interconectadas, eran de un enorme alcance, fruto de la obsesión de un coleccionista alimentada a finales de los años cuarenta por la amistad de Chimen con el tratante de libros raros Heinrich Eisemann. Judío alemán, Eisemann había aprendido los secretos de su oficio de manos de expertos *fin de siècle* en Frankfurt, París y Roma, y había sido el librero del novelista Thomas Mann. Había abandonado Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial, estableciéndose primero en el East End de Londres y trasladándose después al más acomodado barrio de St. John's Wood. El refugiado alemán sabía tanto sobre su negocio que, según rememoró Chimen en una conversación con el nieto de Eisemann sesenta años después, cuando entraba en una sala de subastas de Sotheby's todos los grandes compradores se ponían de pie en señal de respeto.

Bajo la tutela de Eisemann, Chimen estableció contactos con tratantes de Inglaterra, incluidos varios especialistas de Farringdon Road y Maggs Bros. Ltd., tratantes de «libros raros, autógrafos, manuscritos, grabados», que ostentaban una elegante dirección en Berkeley Square y contaban a miembros de la realeza de Inglaterra, España y Portugal entre sus clientes. También estableció relaciones con tratantes de Israel, Dinamarca, Francia, Alemania, Suiza, Italia, Holanda y Estados Unidos. Hacía pedidos de libros por correo y,

de manera un poco caótica, guardaba todos los recibos y facturas. En cajones de su casa, en cualquier carpeta de su despacho de la universidad, metía toda su correspondencia con estos tratantes: peticiones de pago, conflictos por cheques perdidos, notas que informaban a Chimen sobre libros raros que acababan de entrar en el mercado. Tan importantes eran estas relaciones del negocio de los libros que, a lo largo de los años, rellenoó varias agendas solo con los datos de sus contactos. Cuando Chimen viajó a América en 1948, resultó que Eisemann también estaba allí. Una tarde le pidió a Chimen que fuese a su habitación del hotel de Nueva York para enseñarle algo. Allí, en la habitación, había un manuscrito original, un movimiento completo de la *Novena sinfonía* de Beethoven, que Eisemann acababa de comprar por encargo de un coleccionista americano. «La mayor sinfonía jamás escrita», recordaba Chimen casi al final de su vida, transmitiendo todavía, con su voz aflautada, anciana, el asombro que sintió en aquel momento. «Fue algo excepcional».

Bien entrados los años cincuenta, Chimen se consideraba a sí mismo aprendiz de Eisemann, trabajando *como procurador literario* suyo. En una transacción típica, con quinientas libras aportadas por Eisemann y un inversor anónimo, Chimen compró cinco cartas escritas por Karl Marx y otra escrita por la esposa de Marx, Jenny, en 1951. Las condiciones eran las siguientes: si Eisemann no podía revender las cartas Chimen le reembolsaría la mitad del dinero que él había puesto, pero si las vendían con beneficios, Chimen aceptaba que el beneficio sería «repartido por igual entre la persona anónima que puso doscientas cincuenta libras para las cartas, tú y yo». En un momento determinado, sin embargo, Chimen ya tenía los conocimientos y la seguridad necesarios para volar solo.

En ocasiones seguía actuando en nombre de Eisemann (como cuando viajó a Stuttgart en 1957 para evaluar y adquirir una rara Biblia hebrea —Eisemann, que había perdido a muchos parientes en el Holocausto, se negó a poner un pie en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial—), pero conforme pasaban los años Chimen esperaba un mayor porcentaje de los beneficios. Finalmente, Eisemann fue cayendo en la senilidad y ya no reconocía ni a Chimen ni los tesoros que, juntos, habían comprado y vendido. Chimen hubo de continuar sin su mentor. Y lo hizo con pasión.

Esa pasión produjo algo extraordinario: le dio una arquitectura a la Casa de los Libros infinitamente compleja, cuya cristalina estructura resultaba en gran medida impenetrable para el ojo inexperto. Cuando un agente inmobiliario vino a tasar la propiedad poco después de la muerte de Chimen, miró todos aquellos libros, se rio y dijo que mi padre y mi tía deberían pensar en venderlo todo a uno de esos comerciantes que adquieren cosas al *por mayor*, sin mirar lo que *compran*. «Nunca se sabe, todo ese papel viejo podría valer un buen pico», era lo que quería decir. «Pero deberían librarse de ellos pronto, para que los posibles compradores puedan hacerse una idea de las dimensiones de la casa». Con un poco de conocimiento del asunto, sin embargo, y con un pequeño esfuerzo de deducción, uno podía llegar a comprender, a través de la arquitectura de la biblioteca, cómo habían evolucionado los intereses de Chimen. Pasando de una habitación a otra, en el 5 de Hillway se podía viajar por cientos de años de historia política europea, y por miles de años de historia y filosofía judía; se podía ver qué personas y qué hechos habían cautivado particularmente a Chimen, qué artistas y poetas lo inspiraron, qué idiomas entendía y qué ciudades y casas editoriales le habían interesado especialmente. Y conforme uno iba comprendiendo *cuándo* se llenó de libros cada habitación, iba entendiendo cómo los intereses y prioridades de Chimen habían cambiado a lo largo de las décadas.

Cuando mi generación entró en escena, algunas de las habitaciones de Hillway habían dejado de tener cualquier utilidad práctica: la flora bibliográfica había crecido de forma exuberante. En el pequeño y diabólicamente atestado «despacho» o «estudio» del piso de arriba —una habitación que Bellafeigel, la madre de Mimi, había ocupado en los años cincuenta, durante sus últimos cuatro años de vida—, espirales de libros de referencia, volúmenes de arte judío y colecciones de periódicos encuadernados se alzaban hasta el techo, rodeados de montañas de papeles de todo tipo y correspondencia manuscrita. Llegó un momento en que la habitación se volvió, simplemente, inservible. La solución de Chimen había sido cerrarla con llave y ocultarla de la vista. Era «la jungla», como le dijo con picardía a su amigo David Mazower (bisnieto del dramaturgo y novelista yidis Sholem Asch, a quien Chimen había conocido en Londres décadas antes), cuando se sumergieron en una de las pilas de libros buscando un volumen

encuadrado de raros periódicos yidis, y en otra para recuperar una brazada de valiosos panfletos bundistas, impresos en papel cebolla durante la última época de la Rusia zarista. Siempre llevaba una bolsita negra de cuero llena de llaves —de cajas fuertes, de habitaciones secretas, de archivadores—. Solo él sabía qué llave abría cada cerradura, así que era difícil que nadie pudiese entrar sin querer en aquella trampa mortal que era su despacho. Dicho esto, cuando en una ocasión una de mis primas entró a hurtadillas detrás de él, lo vio desaparecer por entre las pilas de libros, por un túnel que, juraba ella después, tenía exactamente la forma de su silueta. En esa habitación, después de la muerte de Chimen, mi padre y mi tía encontraron, enterrada bajo un montón de papeles, una antigua pieza de arte tradicional ruso y, también, una pequeña Biblia armenia del siglo XVIII, de quizá diez o doce centímetros de alto y casi del mismo grosor, enviada por correo a Chimen décadas atrás, en el sobre que la contenía, que nunca había abierto.

En otras partes el orden parecía seguir reinando. En la habitación más pequeña, en la parte de atrás de la casa —la habitación que había pertenecido a Jenny, la hermana menor de mi padre, y que, en consecuencia, no quedó libre hasta finales de los años sesenta— estaban los catálogos y otros recursos del negocio que Chimen necesitaba consultar cuando trabajaba para Sotheby's en las últimas décadas de su trayectoria profesional. Esa era la habitación en la que yo dormía cuando de niño pasaba el fin de semana con mis abuelos. En una pared frente a la cama colgaba una reproducción de un cuadro de Marc Chagall que representaba una caprichosa escena de circo, con unos payasos de sombreros puntiagudos flotando por encima de su mágico paisaje. Al lado de este había otro Chagall, un retrato de una bella mujer sosteniendo lo que parecía una urna llena de agua en la mano derecha, con la izquierda levantada hacia el cielo, hacia una esfera a la que no alcanza.

Estaba rodeada de otras mujeres, cada una llevando su propia esfera inexplicable. En las esquinas del cuadro se veía lo que parecían ser ramas de olivo. En la esquina superior izquierda, una paloma agitaba las alas. Años después, hojeando un *Liberal Haggadah* una noche de *Séder*^[2], me encontré con una reproducción del mismo cuadro. Se titulaba *Miriam, la profetisa en el Mar Rojo*.

A medida que el número de libros aumentaba, el orden se fue haciendo

más impreciso, más precario. En las despensas, los aparadores y los roperos de la casa, se almacenaban más montones aleatorios de libros. Y en el suelo de la sala de estar y del comedor se formaban inestables torres de más volúmenes.

No creo que nadie contara nunca cuántos libros había en la casa, aunque a lo largo de los años Chimen hizo intentos parciales de catalogar su colección, y varios expertos en libros, algunos llegados de Nueva York y otros de Londres, pasaron semanas estudiándola después de su muerte. Mirando las estanterías yo calculé que, a la muerte de Chimen, en la casa habría probablemente cerca de veinte mil volúmenes. Mi padre creía que serían más bien unos quince mil. Fuera cual fuese el número exacto de libros de Hillway, era asombroso. Y lo que lo hacía más asombroso era la calidad. El objetivo de Chimen no era simplemente la cantidad; coleccionaba libros y ediciones que eran extraordinariamente difíciles de encontrar, y que, por consiguiente, valían su peso en oro. Más importante aún, los libros eran el material del renacer, la manera de traer el pasado a la vida.

Era, sin duda, una empresa intelectual grandiosa, tanto una biblioteca de investigación a la que Chimen recurría cuando se documentaba para sus ensayos y libros, como una obra de amor, de respeto al pasado, en la que se preservaban la memoria y las ideas de hombres y mujeres muertos tiempo atrás, sus mundos, tan perdidos como sus voces, sus sonrisas, sus cuerpos. En el interior de Hillway uno podía embarcarse en viajes a ese pasado, y ver a los revolucionarios de 1848 tomar las calles de Viena, Berlín o Londres; contemplar a los comuneros de París en las barricadas; visitar a los revolucionarios rusos de Petrogrado en octubre de 1917 o a los periodistas y los empresarios teatrales yidis, desplazados a Londres, que un siglo antes publicaron periódicos en el East End con nombres tan caprichosos como *Der Poylisher Yidl* para distraer a los nostálgicos inmigrantes.

Chimen no era un narrador particularmente bueno: era frecuente que revelara demasiado pronto la gracia de las anécdotas humorísticas o, cuando se trataba de historias más serias, se estancaba en un exceso de detalles. Sin embargo, sabía tanto de historia y tenía una memoria tan precisa para los

nombres, los lugares y las fechas, para recordar quién conocía a quién y quién era enemigo de quién, que, con un poco de imaginación, una persona podía crear argumentos vividos, tridimensionales, que complementaban la erudita charla histórica de Chimen. Él proporcionaba la materia prima y dejaba que sus invitados o sus alumnos imaginaran el resto por sí mismos.

Mi abuelo no era egoísta con su biblioteca, pero había que ganarse el derecho a ver sus joyas bibliográficas, había que tener la iniciación adecuada. Cuando un desconocido escribió a la University College London, poco después de que Chimen fuese nombrado profesor, solicitando ver una de sus cartas de William Morris, Chimen le pidió a su secretaria que le escribiera esta fría respuesta: «Me temo que mi biblioteca es estrictamente privada y permito a muy pocas personas que la vean. Paul Meier, un viejo amigo mío, se documentó en mi biblioteca para escribir su artículo sobre Morris, y también para su gran libro sobre Morris, en el que se refiere a ello muchas veces. Me temo que el manuscrito no está disponible para nadie más». Chimen sabía reconocer el interés de una persona, ver cuánto conocimiento podía aportar o cuánto entusiasmo tenía por el mundo de las ideas, y entonces, poco a poco, le iba permitiendo la entrada a la biblioteca. En una visita le enseñaría una temprana edición de uno de los libros de Lenin; después, en el siguiente encuentro, le dejaría echar un vistazo a un documento manuscrito de Lenin o algo escrito por la mártir revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo. Tal vez, por fin, le dejaría incluso ver los manuscritos ilustrados originales de William Morris, conservados en la misma caja de una Biblia en la que Morris los había tenido guardados durante los últimos años del siglo XIX. O podría llegar a coger una primera edición del tratado de William Godwin publicado en 1793, *Enquiry Concerning Political Justice*, el primer tratado publicado sobre ideología anarquista. Era un volumen pesado, con sus páginas gruesas, amarillentas, atrapadas en una majestuosa encuadernación negra; un volumen similar al que un adolescente William Hazlitt, más tarde considerado uno de los grandes ensayistas de Inglaterra, habría leído a mediados de la década de 1790. «Ninguna obra de nuestra época supuso tal golpe a la mentalidad filosófica del país como el celebrado *Enquiry Concerning Political Justice*», escribió Hazlitt más tarde en su colección de ensayos sobre hombres célebres, *The Spirit of the Age*. «Tom Paine le parecía un tonto, Paley una anciana,

Edmund Burke un sofista ostentoso. La verdad, la verdad moral, se suponía, había encontrado en ellos su morada; y estos eran los oráculos del pensamiento».

Todo esto era un ejercicio de confianza; no es que Chimen temiera que alguno de sus invitados se escapara de Hillway con la caja de Morris bajo el brazo, ni con el tratado de Godwin oculto en un maletín, sino más bien que él creía que el favor intelectual debía ser recíproco. Él estaba encantado de enseñar a sus visitantes documentos que en algunos casos no podrían ver en ningún otro lugar del mundo, pero solo los mostraría a cambio de preguntas interesantes y comentarios inteligentes, o por lo menos de una expresión de admiración y asombro por las ideas y los documentos que les ponía al alcance de la mano. En 2006, para conmemorar el nonagésimo cumpleaños de Chimen, el documentalista Christopher Hird y el activista e intelectual británico del movimiento Nueva Izquierda Tariq Ali rodaron una película sobre Chimen y sus libros. Conforme Chimen introducía cada vez más a Ali en la colección, sacando finalmente a la luz tesoros tales como el carnet de Marx de miembro de la Primera Internacional —la organización fundada en Londres en 1864, con el objetivo de unir a los sindicatos y los partidos políticos de izquierda de todo el mundo en una estructura capaz de promover una revolución obrera coordinada— y ediciones del *Manifiesto Comunista* con anotaciones personales manuscritas de Marx y Engels, Ali abría los ojos como platos. «Madre mía, maaadre mía, Chimen», balbuceaba, abrumado por las reliquias históricas que veía ante él, por la cercanía a hechos históricos extraordinarios que Chimen le estaba permitiendo experimentar. «¡Madre mía!».

«Marx es mucho más importante por sus observaciones políticas que como economista de valor imperecedero. Esto es lo que mantiene mi interés en Marx. Su interpretación de la historia es brillante. Él se dio cuenta, antes de que se acuñara la palabra “globalización”, de que el sistema capitalista crece cada vez más y al margen de los individuos. Esta cuestión ya la señalaba en el *Manifiesto Comunista*», le decía Chimen a Ali durante el rodaje del documental, y el antiguo destello volvía a brillar por un momento en sus ojos cansados, acuosos, viejos, a medida que con mucha devoción le presentaba un libro tras otro a su asombrado entrevistador. Incluso entonces, muchas décadas después de haber abandonado el Partido Comunista, Marx seguía siendo el

ídolo intelectual de mi abuelo. «Él me abrió los ojos al entendimiento de la historia». Durante aquellos minutos, el tiempo desapareció y Chimen dejó de estar incapacitado por la enfermedad de párkinson. Por el contrario, volvió a ser el hombre enérgico que me llevaba de paseo colina arriba para visitar el cementerio de Highgate donde está enterrado Marx. Durante aquellos minutos el pulsador de asistencia médica que llevaba colgado al cuello fue una simple *vanitas*, un frágil recordatorio de nuestra mortalidad, más que un elemento imprescindible de su atuendo diario. «La agudeza de su estilo, escribiendo en inglés, alemán, francés, absolutamente brillante en los tres idiomas, conquistó mi imaginación». Chimen sonrió con una sonrisa torcida, de dientes astillados, al decir esto; arrastró los pies hacia una estantería, sacó una edición anarquista del *Manifiesto Comunista* de 1886, y se echó a reír al mostrarle a Ali cómo los anarquistas, los autoproclamados forajidos luchadores por la libertad, habían censurado las páginas con las que no estaban de acuerdo.

La Casa de los Libros en la que vivían mis abuelos, y las vidas que vivieron y las personas que conformaron su amplio círculo social, me hicieron atravesar las generaciones y entrar en su mundo. Como resultado de las reuniones en las que participé en Hillway, durante toda mi vida las sombras y fantasmas de la historia se han asomado por encima de mi hombro.

Durante mi primera infancia, Chimen me enseñó a interpretar el mundo que me rodeaba, a utilizar las ideas con precaución para crear orden a partir del caos. Él me hizo darme cuenta de que estamos, en gran medida, definidos por nuestro pasado, tanto nuestro pasado individual como nuestra historia colectiva. Somos la suma de generaciones de experiencias vividas por nuestros antepasados; pero también somos, inevitablemente, producto de nuestro tiempo, influido por guerras y revoluciones, por convulsiones sociales, por tumultos económicos, por avances científicos, y así sucesivamente. El filósofo alemán del siglo XIX Ludwig Feuerbach señaló, como es sabido, que «el hombre es lo que come». Y es verdad, pero también somos lo que comieron nuestros antepasados y lo que comen las sociedades que nos rodean. Por mucho que lo intentemos, no podemos evadirnos por completo del pasado. Lo que yo ingerí en la Casa de los Libros no fueron solo los platos de Mimi,

sino también el gran banquete de ideas que acompañaba cada comida.

Y así volvemos a la muerte de Chimen. Cuando llegaron mis libros — Platón, Tomás Moro, Aristóteles, Marx, Tocqueville— los puse en el estante más alto de mi estudio. Estaban a mi alcance si me subía a una silla y estiraba los brazos hacia arriba. Suficientemente cerca para cogerlos cuando los necesitara. Lo bastante lejos como para no verme obligado a indagar en ellos a cada momento. En realidad, seguían siendo, me recordaba a mí mismo, libros de mi abuelo, no míos. Además de estos volúmenes, reclamé un enorme álbum de fotos que yo le hice a Chimen para su septuagésimo cumpleaños, una colección de imágenes familiares que se remontaban a mediados del siglo XIX. Yo tenía catorce años cuando hice aquel álbum; ahora me doy cuenta de que fue el primer proyecto serio de historia que emprendí, rastreando contactos familiares por todo el mundo, escribiéndoles, pidiéndoles que husmearan en sus viejas cajas en busca de fotografías de personas fallecidas mucho tiempo atrás, y engatusándolos después para que recordaran datos biográficos de aquellas personas.

Los libros y el álbum, juntos, representan para mí una forma de orientación. Una forma de entender cómo la historia es sumamente personal y también colectiva. Me ayudan a ver que la historia está hecha no solo de recuerdos sino también de documentos. Me obligan a apreciar el papel que en la historia tienen tanto los grandes personajes y pensadores como las personas anónimas. Los miro y mi pasado vuelve a la vida.

PRÓLOGO II: SALUDO

Todo debe ser retomado y reubicado en el marco general de la historia, para que, a pesar de las dificultades, las paradojas fundamentales y las contradicciones, podamos respetar la unidad de la historia, que es también la unidad de la vida.

FERNAND BRAUDEL, *ON HISTORY* (1980)^[3].

Desde niño siempre me contaron la historia de mi abuelo en términos casi mitológicos, en una serie de imágenes insuficientes, un poco simplistas, de una vida demasiado importante como para relatarla en condiciones. Yo sabía, por los retazos de su vida que captaba de las conversaciones, que Chimen había nacido en el otoño de 1916 en Minsk, en aquel entonces una región de la Rusia Blanca y hoy en día perteneciente a la República de Bielorrusia, cerca de la pequeña ciudad de Smalyavichy en la que vivía su familia; que su nacimiento no se registró hasta varios meses después, y que, por lo tanto, tenía al menos dos fechas de nacimiento. Sabía, además, que Chimen había alcanzado la adolescencia en Moscú y que, cuando tenía quince años, su padre —que había pasado dos años en un campo de concentración de Siberia por proselitismo religioso y por la supuesta traición de haber hablado con una comisión de investigación de derechos humanos estadounidense— fue exiliado a Inglaterra. A Chimen, a su hermano menor, Menachem, y a su madre también se les

permitió marcharse. Sus dos hermanos mayores quedaron como rehenes de la Unión Soviética durante varios años. En Londres, a pesar de las recientes experiencias de rabí Abramsky con la policía secreta soviética, Chimen se involucró en partidos políticos de izquierda, y de manera clandestina consiguió y leyó copias de los escritos de Karl Marx con el regocijo del descubrimiento y la rebeldía de la juventud.

En los años treinta el joven se matriculó en la aún reciente Universidad Hebrea de Jerusalén, en lo que entonces era Palestina. Viajó hasta allí en tren y en barco: barcos de Inglaterra a Francia, trenes hacia el sur hasta el Mediterráneo, después otro barco, con un pasaje de tercera clase, para cruzar el mar hasta Palestina. Aquel barco, como tantos otros que llevaban judíos al Mandato británico durante los años treinta, atracó en la ciudad portuaria de Haifa. Hay constancia de que en viajes similares, muchos de los pasajeros, al desembarcar, cantaban el himno sionista, que más tarde se convirtió en el himno nacional de Israel, el «Hatikva»:

Mientras el espíritu judío suspire en el corazón, con los ojos vueltos hacia al Este, mirando hacia Sión, no perderemos la esperanza, dos mil años de esperanza, de ser un pueblo libre en nuestra tierra, la tierra de Sión y Jerusalén.

Puede que Chimen cantara con ellos, aunque cuando recordaba aquellos años nunca lo mencionó; es más probable, sin embargo, que hubiera permanecido en silencio. Sus creencias políticas, en este punto, no incluían el apoyo a la creación de un Estado judío. Llegó a una ciudad en plena regeneración. En los barrios viejos, las estrechas calles adoquinadas estaban flanqueadas por edificios de cientos de años de antigüedad. En las partes más nuevas de Jerusalén se estaba construyendo a toda velocidad un gran número de modernos complejos de apartamentos para responder a la afluencia de nuevos residentes. La universidad era un lugar extraño, que aún intentaba establecerse. Chaim Weizmann, la figura que lideraba el nuevo sionismo, había colocado la primera piedra en el verano de 1918, pero la universidad no había empezado a impartir clases hasta 1925, y en 1936, cuando Chimen llegó, su lugar en el firmamento académico seguía siendo incierto. Muchos de los

profesores eran refugiados de la Alemania nazi; muchos de ellos, según se describe en la novela *Shira*, de S. Y. Agnon, apenas hablaban hebreo. Cuando tenían poco dinero vendían sus libros alemanes a los tratantes por una miseria; muchos de aquellos libros formaron parte de la primera colección de Chimen.

Poco después de su llegada, Chimen se unió a la *Haganá* (la organización de defensa judía) en respuesta a la revuelta árabe que estalló ese año. Los disturbios que tuvieron lugar durante el verano causaron la muerte de muchos judíos, entre ellos seis estudiantes y varios profesores. La biblioteca de la universidad también fue atacada. «Hubo», escribió Agnon (uno de cuyos manuscritos originales llegó después a la colección de Chimen), «un nuevo estallido de violencia conocido como *los motines*, durante los cuales la sangre judía corrió sin contención, y hubo tantos asesinatos y masacres que ningún judío con instinto de conservación se aventuraba a salir por la noche». Se instalaron barrotes de hierro en las ventanillas de los autobuses para desviar las piedras que los amotinados arrojaban a los vehículos. Sin embargo, si sus cartas revelan su actividad, durante el tiempo que Chimen estuvo en la *Haganá* se dedicó a debatir sobre sutiles temas filosóficos más que a adquirir entrenamiento militar. Hizo amistad, durante aquel periodo, con otros tres apasionados jóvenes: Shmuel Ettinger, Jacob Fleischer y el silesiano Abraham Robinson, conocido como *Abby*, que tendrían un importante papel en la vida de Chimen en los años posteriores. Y mientras, soñaba con destacar en el mundo académico.

Pero la Segunda Guerra Mundial interrumpió sus estudios. En el verano de 1939 había ido a Londres para visitar a sus padres, partiendo de Haifa y pasando por Marsella el 11 de julio, con un certificado de ciudadanía del gobierno de Palestina, redactado en inglés y en hebreo, y también un pasaporte del gobierno palestino, número 103907, expedido el mes de junio anterior. Chimen entró en Reino Unido con un visado de turista para cuatro meses, con intención de volver a Jerusalén después del verano; en cambio, quedó atrapado y apátrida por el estallido de la guerra. Siguió siendo apátrida hasta finales de 1947, cuando recibió una breve notificación mecanografiada informándole de que su solicitud de nacionalidad británica había sido aprobada. Hizo el juramento de fidelidad al Reino Unido el sexto día del año siguiente. En cuanto a sus estudios universitarios, nunca los retomó. En

adelante sería autodidacta.

Y así, en vez de reclamar lo que él creía sin duda que era su derecho legítimo a una plaza en una universidad de prestigio, durante las siguientes décadas, Chimen y Mimi (con quien se casó en 1940) regentaron Shapiro, Valentine & Co., una respetable, aunque bastante claustrofóbica, librería judía en el East End de Londres. Frustrado y desencantado con sus ambiciones académicas, buscó otras salidas para sus inquietudes intelectuales. En primer lugar, ya no era religioso, y buscando un sistema alternativo de certezas se volcó en el mundo del marxismo. Y en segundo lugar, se inició, como aprendiz de Heinrich Eisemann, en el coleccionismo y comercio de libros raros.

Como muchos de sus coetáneos, y como mi abuela y sus dos hermanas, Chimen se había sentido más atraído que nunca por el comunismo durante los primeros años de la Gran Depresión, y más concretamente con el comienzo de la Guerra Civil española, años en los que los progresistas de Europa soñaban con un frente popular, mientras que las grandes democracias occidentales contemplaban la desaparición de la República española sin hacer nada. Mimi se unió oficialmente al Partido Comunista en los años treinta. Chimen tardó un poco más en afiliarse. Al hacerme mayor pensaba que este retraso se debía quizá a una deferencia hacia rabí Abramsky. Esto era, sin embargo, una mera conjetura; mi abuelo realmente nunca me explicó ni por qué se había afiliado al Partido (la P siempre se ponía en mayúscula) después de las experiencias de su padre, ni por qué él había tardado más en afiliarse que muchos de sus amigos. Aunque, según supe después, en sus últimos años les dijo a los investigadores que en los años treinta, antes de convertirse en ciudadano británico, el Partido Comunista no admitía afiliados extranjeros. Sí reconocía, sin embargo, que ya se había convertido en un intelectual marxista siendo adolescente, cuando todavía vivía en la Unión Soviética. Fuesen cuales fuesen las razones de la demora, no se hizo oficialmente miembro hasta después de que los nazis invadieran Rusia en junio de 1941.

Chimen no me dijo nunca, tampoco, cómo explicaba el que se afiliase a una organización política que había defendido el Pacto de no agresión nazi-soviético solo dos años antes; cómo justificaba ante sí mismo su defensa,

incluso su idolatría, de Iósif Stalin; o cómo podía seguir glorificando la Unión Soviética (aunque con menos entusiasmo en los años posteriores a la muerte del «Tío Joe») hasta finales de los años cincuenta, dos años después de que el sucesor de Stalin, Nikita Jruschov, reconociera la magnitud de los horribles crímenes de Stalin. Quizá sentía que otros ya lo habían explicado por él. Como escribió el político inglés Richard Crossman en su introducción a la colección de ensayos *El dios que fracasó*, durante los años treinta los intelectuales progresistas sintieron una «terrible soledad». «Sentían la premonición de una catástrofe, buscaban una filosofía con la que pudieran analizarla y superarla, y muchos de ellos encontraron lo que necesitaban en el marxismo».

Una vez que Chimen se unió al Partido, se convirtió rápidamente en un comprometido activista. Durante los años de la guerra y la década siguiente fue una de las figuras principales del Comité Nacional Judío del Partido, tan activo —y quizá, me temo, tan fanático— como cualquier otro líder del Partido. En el ensayo que aportó a *El dios que fracasó*, Arthur Koestler comparaba su propio compromiso original con el marxismo con una conversión religiosa. «Desde el punto de vista psicológico», señalaba, «hay poca diferencia entre la fe tradicional y la revolucionaria. Toda fe verdadera es intransigente, radical, purista... Todas las Utopías se alimentan de las fuentes de la mitología; los proyectos de ingeniería social no son más que ediciones revisadas del antiguo texto». Y así fue con Chimen. Abrazó la ortodoxia marxista con una pasión mesiánica. En enero de 1947 escribió una reseña muy crítica de la novela de Koestler *Ladrones en la noche*, que trataba sobre aquellos grupos terroristas judíos, como el Grupo Stern, que habían emprendido una violenta campaña en Palestina; su inteligente crítica al apoyo del autor a las organizaciones violentas iba precedida de una denuncia repleta de jerga de la postura de Koestler. Bajo el absurdo y evidente *nom de plume* «A. Chimen», opinaba que Koestler era un «antiguo revisionista, en su día compañero de viaje en el Partido Comunista, [que] ahora ha vuelto al redil revisionista».

Sin embargo, como para muchos otros de la generación de Chimen, la adhesión a la visión política de todo o nada, a la larga no podía durar. La palabra *utopía*, acuñada por Tomás Moro, deriva del término griego *ou-topos*, que significa «ningún lugar». En los primeros años cincuenta, ante las purgas

de Stalin contra intelectuales judíos y la oleada de juicios propagandísticos antisemitas y las campañas realizadas en los países del Pacto de Varsovia —el Complot de los Médicos, en Moscú, en el que nueve prominentes médicos, la mayoría judíos, fueron acusados de envenenar, o planear envenenar, a los oficiales más importantes del Partido Comunista; y el juicio en Praga de importantes comunistas judíos que habían sido acusados del delito genérico de «trotskismo-titoísmo» entre las más famosas—, Chimen empezó a sentir gradualmente que estaba, en efecto, atrapado en ningún lugar. Cuando los médicos judíos fueron liberados después de la muerte de Stalin, y sus confesiones invalidadas —habían sido torturados para que confesaran delitos inexistentes—, fue ya imposible que los comunistas occidentales siguieran negando que el antisemitismo había florecido en la Unión Soviética de Stalin. El malestar de Chimen aumentaba. Y, sin embargo, por alguna razón, seguía siendo miembro del Partido.

En 1956, cuando, en rápida sucesión, los líderes de la URSS posterior a Stalin hicieron pública una larga lista de las atrocidades de este y después cometieron sus propios atropellos al enviar tropas a Hungría para sofocar la revolución antisoviética, Mimi y sus hermanas abandonaron el Partido. Chimen, inexplicablemente, aguantó dos años más. Durante el resto de su vida mi abuelo se sintió consternado por su falta de juicio al apoyar durante tanto tiempo un sistema deplorable y sangriento.

Por qué Chimen siguió en el Partido durante aquellos años es algo que escapa a mi capacidad de raciocinio, y es posible que a la suya también. Pero, siendo un hombre que no hacía nada a medias, una vez que lo dejó, lo dejó del todo, y en las décadas siguientes él y Mimi se volvieron cada vez más críticos con la política de izquierda. Chimen, que durante mucho tiempo fue miembro del grupo de historiadores del Partido Comunista Británico, se enemistó con amigos como Eric Hobsbawm porque seguían abrazando el comunismo. Con el tiempo, Chimen se transformó en un serio pensador liberal. Políticamente se alineó con pensadores de la Guerra Fría como su amigo íntimo de los años de la Universidad Hebrea, Jacob Fleischer (que más tarde había cambiado su apellido por Talmon), cuya visión del mundo, Chimen, en la cumbre de su estalinismo, había menospreciado.

Desde la mediana edad en adelante Chimen se volvió, en temperamento, un intelectual, un intérprete de los hechos más que un participante en ellos. En sus pequeños diarios de bolsillo, en lugar de las reuniones del Partido Comunista, anotaba las minucias de la vida cotidiana familiar: veintiséis libras y pico gastadas en comprar comida, bebida y ropa para el *bar mitzvah* de Yasha (el diminutivo con el que él y Mimi llamaban a mi padre); recordatorios para pagar facturas de los seguros; las fechas en las que empezaban los trimestres escolares. Sin embargo, a diferencia de muchos otros que huyeron en desbandada del comunismo, Chimen nunca se retiró por completo de la vida pública. Él, en cambio, dio un giro, abrazando el mundo académico como una vez había abrazado el propagandismo; declarando su lealtad a los valores liberales y promoviendo los derechos de los individuos como una vez había colocado sus esperanzas en la lucha de clases.

Sus conocimientos eran más que extensos. Chimen sabía cosas que no solo eran raras perlas de información, sino que eran literalmente desconocidas para otros eruditos. Y sabía cuándo revelar sus ocultos tesoros intelectuales y cuándo ser discreto y dejar que otras personas fueran el centro de atención. Con más de noventa años Chimen conservaba una memoria fotográfica, una notable variedad de conocimientos y un compromiso con el mundo de las ideas que recordaba a los participantes de los grandes salones literarios de siglos pasados. Su última obra publicada fue una carta al editor de la *London Review of Books*, en 2007, cuando tenía noventa años, en la que proporcionaba detalles desconocidos hasta entonces del desafortunado intento del crítico literario Walter Benjamin de escapar a través de los Pirineos, para eludir a sus perseguidores nazis, en 1940. Benjamin consiguió atravesar las montañas pero fue hallado muerto poco después, víctima de suicidio o de asesinato. Chimen escribió sobre cómo había descubierto, hablando con la nieta de la mujer que intentó llevar a Benjamin a la libertad, que Benjamin llevaba con él un maletín negro que contenía un manuscrito «más importante que su vida». Ni el maletín ni el manuscrito fueron hallados nunca. Debió de ser, escribió Chimen apenado, «destruido por quienquiera que lo encontrara inmediatamente después del suicidio de Benjamin». Poco después de que Chimen escribiera esta carta, Cari Djerassi (profesor emérito de Química de la Universidad de Stanford, que había contribuido decisivamente al desarrollo

de la píldora anticonceptiva y los esteroides) fue a verlo. En su jubilación, Djerassi escribía novelas y obras de teatro, y en aquellos momentos se encontraba investigando para una pieza teatral —*Cuatro judíos en el Parnaso*— en la que cuatro famosos judíos, de diferentes clases sociales, entablarían conversación. Uno de sus personajes era Benjamin, y uno de los temas que quería explorar era el del maletín perdido del que Chimen había hablado. Chimen y Djerassi pasaron tiempo juntos en Hillway. Después el químico escribió, con entusiasmo, que mi abuelo lo había «hechizado».

Nombren a cualquier persona relacionada con algo que tenga que ver con el socialismo o con la historia moderna judía (lo cual, siendo la judía una cultura ancestral, significa cualquier cosa de los últimos quinientos o seiscientos años) y casi cualquier cosa relacionada con la Ilustración, y Chimen podría darles una respuesta equivalente a una entrada de enciclopedia sobre quiénes eran y por qué fueron relevantes. Steven Zipperstein —un protegido de Chimen que llegó a ser profesor de Historia y Cultura judía en la Universidad de Stanford— iba a Hillway después de un largo día de estudio en la British Library y mencionaba los periódicos judíos en ruso que había estado leyendo. En cada ocasión Chimen rememoraba el artículo y explicaba su contenido al detalle. Fascinado con este derroche de memoria, Zipperstein decidió comprobar cuán profundo era el pozo: empezó a soltar crípticas pistas sobre qué manuscritos había estado examinando, para ver cuánto tardaba Chimen en adivinar de qué documento se trataba. Invariablemente, tardaba poco. Chimen era como los míticos alumnos celebrados en la tradición de la *yesHivá*, los cuales habían adquirido tal habilidad en el estudio de los textos que una persona podía clavar un alfiler en un libro y ellos, viendo cuánto había penetrado, sabrían en qué página estaba clavada la punta y qué texto había en esa página.

En otras palabras, Chimen era como su padre.

Rabí Yehezkel Abramsky, hijo de un maderero de poca monta, Mordecai Zalman Abramsky y su esposa, Friedl, había nacido y superado la infancia, según decían, gracias a una bendición otorgada a sus padres —que antes habían perdido a varios hijos por enfermedades infantiles— por un

renombrado intelectual rabínico y hacedor de milagros conocido como *Der Moster Zadik* («el Santo de Most»). Como resultado de su intervención, sus piadosos admiradores supusieron más tarde que Yehezkel —al que sus padres apodaron Alterke («el viejo») con optimismo para favorecer sus oportunidades de tener una larga vida—, sabía de memoria todos los libros del Pentateuco hebreo a la edad de ocho años. Cuando la familia fue a la ciudad de Most desde su pequeña aldea, o *dorf*, de Dashkovtski, en lo que hoy es Bielorrusia —tan pequeña que no podía reunir a los diez hombres requeridos para formar un *minyán* (*quorum*) para los servicios religiosos—, para asistir a la sinagoga en los Días Santos Supremos, Yehezkel dejó asombrados a los presentes al recitar de memoria cualquier texto religioso judío que le pidieran. Le gritaban peticiones desde las azoteas; él los complacía. Era un Mozart de la Torà. Durante los pocos años de estas demostraciones públicas, había asistido a cada *yesHivá* importante de la región, haciendo una especie de gira de los Ortodoxos equivalente a la Ivy League americana. Y durante el proceso se labró una reputación de niño prodigio del Talmud sin igual en las comunidades judías de Bielorrusia y Lituania, durante los años finales del siglo XIX y los primeros del XX.

El joven Yehezkel era tan extraordinario en sus conocimientos del Talmud babilónico y en todos los grandes códigos rabínicos de la historia, que rabí Chanoch Henekh Eygish le sugirió a su célebre primo, rabí Israel Jonathan Jerusalimsky, que Yehezkel podría ser un marido apropiado para la hija de Jerusalimsky, Genia *Hendel* Raizl. Jerusalimsky era el rabino de Ihomen y vástago de una dinastía rabínica de quinientos años de antigüedad (una dinastía tan legendaria entre los judíos religiosos de la región que se referían a ella como «la familia de la seda»); invitó al joven erudito a su casa, le hizo preguntas sobre complejas cuestiones de los Textos Sagrados, y de inmediato le ofreció en matrimonio la mano de su hija de diecisiete años. A lo largo de la siguiente década, Jerusalimsky contribuiría decisivamente para asegurarle a su yerno una serie de puestos rabínicos cada vez más prestigiosos, así como las bendiciones de famosos rabinos y expertos en el Talmud, de toda la región bielorrusa. La hija de rabí Jerusalimsky, casada ahora con un prodigio, animaba a su marido a desarrollar su potencial, para que alcanzara tanto renombre como los antepasados de ella. «Sin ella, mi padre no habría llegado

a ser tan célebre», afirmó Chimen en una entrevista filmada pocos años antes de su muerte, con la luz del sol entrando a raudales en su comedor, y un jarrón con tulipanes rojos encima de la mesa mientras hablaba. «Ella lo hizo famoso». Ella lo animó, decía Chimen, a que aprovechara su extraordinaria memoria y comprensión del Talmud al máximo.

La preternatural memoria de Yehezkel era una característica que heredaría su tercer hijo, Chimen, al que llamaron así por un bisabuelo fallecido mucho tiempo atrás, que había nacido en la época en que los ejércitos de Napoleón estaban invadiendo Rusia. Chimen aprendió las reglas mnemotécnicas que los alumnos de la *yeshivá* como Yehezkel utilizaban para dominar la *Gemará* (la parte del Talmud formada por comentarios rabínicos de la *Mishná*, que era una recopilación de la Ley Oral, transmitida a través de los siglos por los grandes sabios del temprano judaísmo), incluyendo una variación del método de llamada y respuesta, en la que los tutores decían números de versículos y los estudiantes recitaban dichos versículos, y en el mismo momento se salmodiaban traducciones del hebreo al yidis y de nuevo al hebreo. Más tarde, cuando tuvo sus propios hijos, Chimen los impresionaba recitando largas listas de números, que ellos anotaban y él repetía unos minutos después sin equivocarse. Ellos pensaban que Chimen simplemente recordaba los números que había evocado al azar. De hecho, explicó después —un mago revelando finalmente sus trucos—, él simplemente convertía las letras que formaban las palabras de determinados versículos de la Biblia en el equivalente numérico de su emplazamiento dentro del alfabeto hebreo. Y cuando se le pedía que repitiera la lista de números unos minutos después, rápidamente traducía a forma numérica, una vez más, los versículos bíblicos que previamente había elegido. Podría haber sido que los números le salían, pero eran las palabras de la Biblia lo que desencadenaba esa salida.

En las raras ocasiones en que Chimen no podía contestar de inmediato a una pregunta, sabía con exactitud cuál de sus decenas de miles de libros contenía la respuesta, en qué página estaba la información y en qué lugar de sus muchas estanterías dobles estaba el volumen. «No soy más que un hombre pequeño», decía, «pero sé algo de...», y, con una sonrisa tomando forma mientras hablaba, mientras calibraba el nivel de asombro de quienes lo escuchaban, recitaba de corrido un río de información sobre cualquiera que

fuese el tema o asunto en cuestión.

Cuando Chimen hablaba de Voltaire o de Maimónides, sobre el autoproclamado mesías judío del siglo XVII, Sabbatai Zevi, o sobre Marx, uno casi esperaba que esos gigantes de la historia llamaran a la puerta, cruzaran el vestíbulo, llegaran al comedor y se sumaran a la conversación. Allí, en mis fantasías, se les unirían coros de cantores de la historia, pensadores de segunda categoría como Harold Laski o el socialista alemán Karl Kautsky, revolucionarios como David Riazanov y Clara Zetkin. Para Chimen, un hombre que había nacido en la Rusia prerrevolucionaria, en cuya infancia había conocido la guerra civil y el hambre, y en cuyos años formativos de adulto había visto una guerra mundial y el Holocausto, estas teorías y filosofías, palabras y libros le proporcionaban una estructura a su mundo; alejaban el caos, la anarquía, y el horror de la existencia diaria.

No ocurría con frecuencia, pero cuando no sabía de algo, mi abuelo era capaz de tomarle el pelo a uno. Como la ocasión en que le aseguró a mi hermano pequeño que las mariposas se convertían en orugas; o el día en que paró en la calle a la superestrella del boxeo de Inglaterra, Frank Bruno, que vivía cerca, para hablar de boxeo, un deporte del que dudo mucho que Chimen supiera algo más que lo que veía en los titulares y las fotos de los periódicos. Desde aquel momento, cuando los dos hombres se encontraban, Bruno lo llamaba cariñosamente «profesor». O aquella erudita conversación que, siendo ya muy anciano, Chimen mantuvo con Peter, el primo de mi padre, sobre si la estrella del fútbol David Beckham debía o no irse a Los Angeles para jugar en el LA Galaxy. Mientras que Peter había estado obsesionado con el fútbol toda su vida, Chimen, casi con toda seguridad, nunca le había dado una patada a un balón, y, con la misma certeza, jamás había osado entrar en un estadio.

Desde muy pequeño conocí a personas como Isaiah Berlin o el gran experto en historia moderna, el judío Salo Baron, el rabino de Nueva York, Arthur Hertzberg, o el mejor amigo de Chimen, el historiador israelí Shmuel Ettinger, en la Casa de los Libros, y me quedaba absorto en sus conversaciones. Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que esto era el regalo más grande que podía recibir. Me trataban como a un adulto, puede que me permitieran tomar un par de sorbos de vino para que lo probara, esperaban

que tuviera opiniones sobre las grandes cuestiones del momento, debatían conmigo y me consultaban como si mis puntos de vista tuvieran de verdad importancia. Todo eso me dio seguridad en mí mismo, y me enseñó las maravillas de la curiosidad, del conocimiento. Con algunos de los pensadores más profundos de la época yo hablaba —a veces gritaba— del desarme nuclear; de la huelga de los mineros ingleses de 1984, que captó por completo mi atención el año en que cumplí los doce; de Israel; de la Unión Soviética; de las interpretaciones de la Segunda Guerra Mundial; del Holocausto; de las exposiciones de los grandes museos y de las producciones teatrales.

Allí, además, veía al sobrino de mis abuelos, el historiador social Raphael Samuel. Raph iba con frecuencia a visitar a Mimi y Chimen y, de vez en cuando, a importunar. Había sido una figura esencial en la aparición de la Nueva Izquierda de Inglaterra a finales de los años cincuenta. Probablemente había ideado la creación del movimiento con sus amigos de Oxford, sentados en el comedor de Hillway, en medio de las ruinas del sueño comunista, como forma de insuflar nueva vida a un movimiento radical desmoralizado. Y siguió siendo un verdadero e impenitente radical hasta su muerte en 1996. Mientras Chimen y Mimi habían ido simpatizando cada vez más con el sionismo, Raph siguió creyendo que Israel era un proyecto fundamentalmente erróneo, y que las guerras de Oriente Medio desde 1967 en adelante fueron guerras de ocupación. El resultado, en casa de mis abuelos, era con frecuencia una especie de espectáculo de fuegos artificiales intelectuales e ideológicos, con la tensión que añadía la interposición de los sentimientos familiares en el drama. Raph y Chimen a veces discutían tan acaloradamente que después no se hablaban durante meses.

Los niños toman el ambiente al que están acostumbrados como algo natural. Y así, durante muchos, muchos años, yo simplemente di por hecho que todas las personas mayores vivían en casas de libros, con todas las paredes forradas de viejos tomos que olían a humedad y que contenían los secretos de la historia, la política, la filosofía, la religión, el arte. Yo daba por hecho que era completamente normal pasar el tiempo hablando de los méritos de complicadas doctrinas socialistas entre la sopa de *matzá* y el asado de pato. Llegué a la conclusión —equivocada, como comprendí después— de que a la mayoría de los niños sus abuelos les contaban fábulas de Spinoza y de Marx,

de Rosa Luxemburgo y de Hegel. Ahora que tengo casi cuarenta años cuando escribo esto, sigo recordando el fabuloso acento de Europa del Este que tenía Chimen, cómo agitaba el dedo, su gesto serio cuando me recomendaba moderación y cuando me mandaba a mí, *miister Sasha*, que leyera a Spinoza —el brillante autodidacta de Amsterdam que fue excomulgado por la comunidad judía, que pasó la mayor parte de su vida infravalorado, y que durante décadas se ganó la vida puliendo lentes de cristal— y que aprendiera el bello arte de la sutileza intelectual.

«La conquista de valores intelectuales verdaderos, es decir, ideas intelectuales perfectas, es imposible excepto para un hombre cuyo carácter moral esté adecuadamente entrenado y que posea dignidad y equilibrio», escribió el filósofo y eticista judío español Maimónides en 1190, en la *Guía de perplejos*. Solo una persona así tendría una oportunidad de alcanzar la verdadera iluminación, de comprender los grandes misterios de la vida y de los códigos morales sobre los que se asienta la sociedad. Dios, para Maimónides, existía al margen del tiempo, inmutable, siendo no tanto una persona, una presencia física, como un concepto; pero esta esencia inmutable era lo que hacía posible la existencia del mundo, lo que proporcionaba un origen a todo su dinamismo interno.

Para Chimen, Maimónides era el referente, uno de los grandes filósofos de cuyas ideas pudo surgir la modernidad. Si sustituimos Dios por «fuerzas de la historia», podremos empezar a comprender la forma en que Chimen entendía la vida. Él creía que esas grandes fuerzas configuraban las vidas cotidianas; y creía que solo a través de un arduo esfuerzo intelectual se podía llegar a comprender la inmensidad de esas fuerzas. De la misma manera en que los expertos del Talmud se preocupaban por interpretar la voluntad de Dios después de la Creación, Chimen estaba obsesionado con la interpretación de la voluntad de la historia. Era un historiador y un metafísico, fascinado por el concepto hegeliano de la dialéctica de la historia, del choque de opuestos que da lugar a nuevos mundos —la santísima trinidad de la tesis, la antítesis y la síntesis—, y por el planteamiento de Marx de las fuerzas impulsoras de la historia: grandes e impersonales fuerzas económicas que operan en las

sociedades humanas con algo próximo a la inevitabilidad.

El propio Chimen, y él era plenamente consciente de ello, había nacido en el crisol de la historia: su familia atrapada entre ejércitos combatientes en el Frente Oriental durante la Primera Guerra Mundial, con las comunidades de las que procedían devastadas por pogromos, con sus vidas aún más desbaratadas por la revolución y la guerra civil. De hecho, durante los primeros años de su vida, Chimen no conoció más que las privaciones y el terror de la primera línea del frente.

En julio de 1920, cuando Chimen tenía casi cuatro años, Smalyavichy, la ciudad de la que su padre, Yehezkel, era el rabino, estaba asediada. Había cambiado de manos varias veces durante la guerra civil que había estallado tras la Revolución de Octubre de Lenin y la retirada de Rusia de la Primera Guerra Mundial. Esta vez fue un triunfante Ejército Rojo el que se preparaba para expulsar de la ciudad y de la región a los soldados nacionalistas polacos, aliados con el Ejército Blanco prozarista. En su retirada, los soldados polacos incendiaron extensas zonas de la ciudad, especialmente los barrios judíos, permitiéndose un último y enloquecido acceso de brutalidad. Yehezkel no estaba presente cuando las llamas ascendían hacia el cielo. Tenía, según su biógrafo, Aaron Sorsky, una cita en la cercana ciudad de Minsk. Pero su esposa, Raizl, estaba en casa, así como sus cuatro jóvenes hijos, Moshe, Yaakov, David y Chimen, y otro más pequeño que murió poco después. Un quinto hijo, Menachem, nacería cuatro años más tarde. Las llamas prendieron en su casa, y Raizl apenas tuvo tiempo de coger a sus hijos, salir a toda prisa a la calle y correr para ponerse a salvo antes de que la casa quedara reducida a cenizas. Dentro, los libros de Yehezkel, así como su abundante correspondencia personal con los principales rabinos de Bielorrusia y Lituania, se convirtieron en humo.

Yehezkel nació en una diminuta aldea de los bosques, en las afueras de la ciudad de Most en 1886, y había estudiado en las escuelas Musar, una forma de preparación religiosa particularmente rígida y austera, que ponía el énfasis en vencer el yo y en una lucha continua contra «las malas inclinaciones», ya fuesen la libido, el orgullo o el afán de posesión. En su clásica novela sobre este mundo desaparecido, *The Yeshiva*^[4] uno de los personajes de Chaim Grade dice lo siguiente: «También he oído decir que un *musarnik* a veces sale

a la calle, en verano, llevando un abrigo de pieles, bufanda y botas de agua. ¿Es eso alguna práctica religiosa?». El experto rabínico Tsemakh Atlas responde diciendo: «Eso lo hacen para aprender a no hacer caso de las opiniones de los demás y para ignorar el sentido del ridículo». Y el que pregunta continúa: «¿Qué es un *musarnik*?». Atlas, que había estudiado en muchas de las mismas *yeshivás* que mi bisabuelo, piensa en ello y finalmente responde: «Un *musarnik* es un hombre que vive como cree que debe vivir».

Sobre estas *yeshivás*, el historiador israelí Shaul Stampfer escribió en *Lithuanian Yeshivás of the Nineteenth Century*: «La mayoría de los estudiantes provenían de pueblos, y este era su primer contacto con la vida de la ciudad. Relativamente pocos de ellos procedían de grandes ciudades, ya que a finales del siglo XIX los jóvenes de talento de familias acaudaladas de los grandes centros urbanos se sentían normalmente más atraídos por las escuelas laicas de su zona que por una lejana *yeshivá*». De hecho, los registros rusos del año en que nació Yehezkel sugieren que se matricularon más estudiantes judíos en las universidades laicas que en las *yeshivás*. Las escuelas Musar —efectivas en su disciplina, determinadas a construir un cuerpo de estudiantes religiosos éticamente puros, que pudieran proteger la muy amplia cultura judía de lo que ellos consideraban los estragos del laicismo— eran, en muchos aspectos importantes, un movimiento contra la modernidad. En cierto modo, eran semejantes, en el fanatismo de sus creencias morales, al renacido movimiento del protestantismo americano de finales del siglo XX, y estaban con frecuencia dirigidas por personas que habían sido tentadas por textos laicos y por ideas científicas y filosóficas modernas, pero que habían vuelto, con renovado entusiasmo, a la religión y a los sistemas de creencias de sus antepasados.

Preparado para un gran destino dentro de este mundo religioso encerrado en sí mismo, y en el que había sido identificado como una figura emergente, Yehezkel no terminó su aprendizaje en la Musar. También había pasado tiempo en Lituania, estudiando con el legendario maestro Chaim Soloveitchik, que había sido pionero de una técnica conocida como el método Brisker, que incitaba a los estudiantes a entender y analizar los comentarios de la Torà a través del análisis meticuloso de los términos clave de los debates rabínicos. La naturaleza desafiante del método Brisker, la capacidad que proporcionaba

a los mejores discípulos para entender sus vidas e ideas como parte de un todo, de milenios de experiencia judía, sin duda debió de ayudar a hombres como Yehezkel a contemplar con relatividad los altibajos de la vida.

La famosa *yeshivá* de Soloveitchik, situada en Slobodka, había sido clausurada, por orden de las autoridades rusas, en 1892. Así pues, en lugar de asistir allí a clases colectivas, Yehezkel estudió como alumno privado con Soloveitchik y sus lujos, absorbiendo conocimientos que generaciones previas de discípulos habían recibido de *shiurim* (charlas) en los grandes vestíbulos de la *yeshivá*. Yehezkel también tomó clases con el rabino Hayyim Ozer Grodzenski, de Vilna. Cuando todavía era alumno en Slobodka, fue iniciado como rabino por rabí Yehiel-Mihel Epstein, que tenía casi cien años de edad y había sido testigo de pogromos y rebeliones desde el periodo de la Revolución francesa hasta la aparición de los terroristas rusos a finales del siglo XIX. Con apenas dieciocho años, Yehezkel ya formaba parte de la élite de los rabinos de Europa del Este. Se trasladó a Telz, en Lituania, que era la más competitiva de las grandes *yeshivás*, con complicadas pruebas de acceso sobre los textos rabínicos, exámenes mensuales de seguimiento y énfasis en los modales y el comportamiento. Allí adquirió lo que en la *yeshivá* equivalía a una graduación, combinada, en cierto sentido, con el toque social de una escuela para señoritas: aprendió a comportarse en público. Yehezkel pasó allí dos años y medio. Durante las hambrunas que acompañaron la guerra ruso-japonesa de 1904—1905, y los pogromos que la siguieron, él y sus compañeros de estudios se vieron obligados a alimentarse de pan y agua.

A Yehezkel, por lo tanto, no le eran desconocidas las privaciones y las pérdidas. Sin embargo, incluso con ese entrenamiento y antecedentes, su habilidad para poner su propia historia en el contexto de la gran historia de la humanidad y en particular de la historia judía, la tragedia humana y la búsqueda de una comprensión de Dios, la pérdida del grueso de su biblioteca en 1920 debió de ser un duro golpe. Por supuesto, según la tradición rabínica, las palabras de los libros y manuscritos sagrados quemados van a parar al cielo; pero incluso así, en el fondo de su corazón, Yehezkel debió de llorar mucho su pérdida. Quizá fue la historia del incendio, repetida en los años posteriores alrededor de la mesa familiar, lo que originó en Chimen (que en aquel entonces era un niño de pañales) la obsesión por coleccionar libros que

lo acompañó toda la vida. Dos cosas, no obstante, mitigaron la pérdida: que la familia de Yehezkel había sobrevivido al incendio, y que su manuscrito, laboriosamente redactado en elegantes letras hebreas —los primeros volúmenes de una desaliñada serie de comentarios sobre un cuerpo de enseñanzas llamado la *Tosefta*, que escribiría a lo largo de seis décadas, y titulados *Chazon Yehezkel*—, lo llevaba consigo en Minsk y por lo tanto había evitado el fuego.

Chimen pasó la vida aislándose de las llamas, rodeándose de tantos libros y tanto conocimiento que se podía garantizar que algo sobreviviría a las cenizas, al caos de la historia. «Cuando se trataba de libros», como pensaba su amigo Dovid Katz, un erudito yidis al que Chimen había conocido cuando Katz se inscribió para estudiar con él en 1976, «para Chimen no había izquierdas ni derechas, ni bueno ni malo: los libros eran parte de una esfera mágica de la vida que él dominaba como nadie. Cuánto le gustaba mostrar las obras de un rabino y las de un filósofo radical en una misma estantería, demostrando que la estantería es el verdadero territorio de la armonía humana».

A finales de la década de 1970, un amigo de la familia de mi madre fue a visitarnos a Londres desde Los Ángeles, y lo llevamos a ver la casa de Chimen y Mimi. Como artista que era, immortalizó aquella velada en un dibujo a tinta en blanco y negro titulado (por alguna razón en francés). *Maison Livres des Shimin Abramski* [sic], o *La Casa de los Libros de Chimen Abramsky*. En el dibujo se veía una casa en la que las paredes y —un arrebató de exageración artística— hasta los techos estaban hechos por entero de libros; una casa cuyos ocupantes se sentaban en viejas sillas alrededor de mesas atestadas, bebiendo interminables tazas de té mientras estaban enfrascados en una animada conversación. Para mí, aquella casa, tan corriente desde fuera — con sus paredes blancas de yeso y sus cubiertas de tejas, y su antena de televisión junto a la chimenea, era como los incontables cientos de miles de casas semiadósadas del norte de Londres construidas en las primeras décadas del siglo XX—, fue mi escuela, mi universidad, mi biblioteca, mi refugio cuando las cosas se ponían feas en casa. Era el lugar al que me retiraba cuando me peleaba con mis padres o cuando mis hermanos menores me

resultaban demasiado molestos. Desde muy temprana edad, cogía un tren en la estación que había cerca de nuestra casa, en West London, hasta Gospel Oak, caminaba a lo largo del parque de Hampstead Heath, giraba a la izquierda en Highgate Road, a la derecha en Swan's Lane, y después otra vez a la izquierda en Hillway. Recorría el soso sendero de ladrillo rojo del jardín delantero, entre los rosales de mi abuela, y subía los tres escalones hasta la puerta. Llamaba al timbre, y allí estaba Chimen. «Ah, *miister* Sasha», anunciaba, fingiéndose sorprendido. «Miri, es *miister* Sasha. Adelante». Y me daba dos besos rápidos en las mejillas, con el aliento un poco rancio, después me invitaba a entrar en la Casa de los Libros y cerraba la puerta detrás de mí.

EL DORMITORIO DEL MAESTRO: *LA FORTALEZA*

Reconocemos a nuestro valiente amigo, Robin Goodfellow^[5], el viejo topo que es capaz de horadar la tierra con rapidez, ese honorable zapador: la Revolución.

KARL MARX, DISCURSO DE ANIVERSARIO
DEL PERIÓDICO *THE PEOPLE'S PAPER* (1856).

Mi recuerdo más antiguo de Hillway no es el de entrar en la casa, subir el sendero del jardín y cruzar la puerta roja de la entrada, sino el de la ciudadela: el dormitorio de Chimen y Mimi.

Yo tenía tres años, edad suficiente para llamar «Nye» a mi abuelo y «Mimi» a mi abuela, y edad suficiente para que me llevaran a una fiesta a la University College London, donde mi abuelo era director del Departamento de Estudios Judíos y Hebreos. Si no me falla la memoria, era, paradójicamente, una fiesta de Navidad. Tengo un vago recuerdo de una pequeña sala que tenía lo que parecía una puerta de *hobbit*, por la que se entraba para recibir un regalo de un barbudo Santa Claus; la puerta tenía que haber sido para *hobbits*, ya que incluso Chimen, que apenas medía un metro cincuenta y cinco, tenía que agacharse para entrar.

Y también recuerdo a medias —quizá del mismo día, quizá de otro— que Chimen me llevó a ver a un amigo paleontólogo, quien me dio muchos

trilobites y acaracolados amonites, y después me dejó tranquilamente a mi aire. Yo era el nieto mayor, y a mi abuelo le encantaba presumir de mí con todos sus colegas. En cuanto aprendí a andar empezó a llevarme a la universidad, paseándome por aquellos corredores de mármol de camino a la cafetería de los profesores para comer y pasando por delante de la vitrina en la que se conserva el cuerpo embalsamado del filósofo Jeremy Bentham.

Después de la fiesta, Nye y yo volvimos a Hillway, donde Mimi nos preparó la cena. En algún momento de la velada se formó una espesa niebla, una pobre imitación de la sucia y letal *sopa de guisantes*^[6] dickensiana, que envolvía Londres en los años cincuenta, pero lo suficientemente densa como para paralizar el tráfico. Chimen intentó llevarme a casa de mis padres, en West London, a diecinueve kilómetros de distancia, pero no pudo. En las mejores circunstancias era un pésimo conductor, así que la niebla simplemente lo apabulló. Dio la vuelta y, a paso de tortuga, me llevó de regreso a Hillway.

Yo grité y protesté con todas mis fuerzas aquella noche. Acostado entre Mimi y Chimen, en su anticuado y enmohecido dormitorio, rodeado de tantos libros que era imposible contarlos, lloriqué durante horas. Mucho antes del amanecer Chimen ya se había hartado. En cuanto la niebla se despejó me embutió en mi abrigo, se puso él su gruesa chaqueta de borrego, me sentó en el asiento trasero de su desvencijado Fort Cortina blanco, y puso rumbo al paso elevado de Westway y después hacia Chiswick.

A las cinco de la mañana mis somnolientos padres me recuperaron.

Los libros arrojan extrañas sombras en una habitación. Apretados unos junto a otros, las diferentes alturas y colores y texturas de los lomos absorben y reflejan la luz de diferentes maneras.

La habitación de Chimen y Mimi solo tenía una ventana pequeña, sucia de hollín. Si se empujaba con fuerza, se abría al jardín trasero, y al fondo se veía la alta aguja de una iglesia del norte de Londres. Los agujeros del pasador blanco encajados en unos topes del marco de la ventana determinaban cuánto aire fresco entraba, pero la ventana raramente se abría. A la derecha de la ventana había pilas de libros y papeles y varios archivadores metálicos. A la izquierda había un diminuto armario, donde colgaba la ropa de Chimen, y una

pequeña cómoda para la ropa interior y las camisas de mi abuelo. Al lado, en la pared de enfrente de la cama, había un enorme escritorio de persiana, de madera, cubierto por completo de libros antiguos, correspondencia manuscrita y una gran colección de documentos viejos y estropeados. Por encima del escritorio había estanterías de madera colgadas de la pared y combadas por el peso de álbumes de fotografías, libros hasta del siglo XVIII y periódicos antiguos. Encima de esas estanterías, y encima de otras estanterías del pasillo de la planta superior, y metidas en bolsas impermeables, había una colección de libros y manuscritos de William Morris, incluyendo las xilografías originales para la obra de Morris *Noticias de ninguna parte*, y toda una serie de ejemplares del periódico *Commonweal*, que Morris había publicado y, en este caso, también poseído. Era, en suma, según aseguraba Chimen con orgullo y tal vez de manera un tanto grandilocuente, más importante que la colección de Morris que tenían en la British Library. Al otro lado del escritorio estaba la puerta de la habitación. En la pared del otro extremo había más estantes, y en estos los libros estaban guardados en robustas vitrinas con puertas de cristal. Detrás de las puertas, que no recuerdo cerradas con llave, había cientos de los libros y manuscritos socialistas más valiosos del mundo: libros con notas manuscritas de Marx; volúmenes anotados por Lenin; tratados escritos por Trotski y por Rosa Luxemburgo (incluidos los originales mecanografiados de su tesis doctoral); documentos originales del movimiento revolucionario cartista de las décadas de 1830 y 1840, cuyos miembros habían marchado, y después luchado, por el derecho al voto, por la dignidad económica, por el derecho a organizarse en sindicatos, y por un Parlamento que representara al pueblo en vez de a intereses monetarios corruptos. «Durante veintitrés años», escribieron los primeros cartistas en su petición al Parlamento, en julio de 1838, casi un cuarto de siglo después de acabadas las guerras napoleónicas, «hemos disfrutado de una profunda paz. Sin embargo, con todos estos elementos de prosperidad nacional, y con toda disposición para sacar provecho de ellos, nos vemos abrumados por la miseria pública y privada».

En homenaje a los mártires de la clase trabajadora de las primeras épocas revolucionarias, Chimen había comprado en una subasta, en alguna ocasión, una espada fabricada para conmemorar la represión de los manifestantes de St. Peter's Field, en Manchester, en 1819, una generación antes de los cartistas.

La masacre de Peterloo, como se la conocía, tuvo lugar cuando la caballería, en un intento de dispersarla por la fuerza, se lanzó contra una gran multitud que se había reunido para demandar una reforma parlamentaria; dieciocho personas murieron y cientos más resultaron heridas. Era un largo sable ligeramente curvado, con motivos florales pintados en el metal, cerca del guardamano. La empuñadura era de franjas de colores. La punta, incluso después de casi un siglo y medio, seguía estando mortalmente afilada. Chimen había conservado la emblemática arma el tiempo suficiente para darse cuenta de que si sus hijos —Jack era adolescente, Jenny todavía estaba en la escuela primaria— daban con el sable mientras exploraban los rincones y recovecos de Hillway, podrían sin querer volver a derramar sangre sobre aquella hoja; así que la vendió.

Las estanterías del dormitorio de Chimen y Mimi tenían dos filas de libros, con joyas escondidas a simple vista. Como genios que aguardan ser liberados de la botella, los revolucionarios fantasmas de cientos de años de lucha humana yacían en los tomos de Chimen, esperando, esperando a que alguien abriera los volúmenes; esperando, esperando la oportunidad de salir a la luz una vez más. Cada cierto tiempo, un lector, en efecto, liberaba a estos genios, y entonces se revelaban mundos ocultos. Se abrían aquellos libros y los Derechos del Hombre cobraban vida; las crueldades infligidas a los trabajadores del siglo XIX se ponían al descubierto; las aspiraciones de generaciones de revolucionarios se explicaban. Proyectos contradictorios y conflictivos para la mejora de la humanidad se empujaban unos a otros en los estantes de Chimen, igual que sus autores se habían enfrentado en reuniones políticas, en cafés y tabernas de toda Europa. Libros que clamaban por el sufragio universal se hallaban al lado de detalladas justificaciones de la dictadura del proletariado; celebraciones del liberalismo individual estaban colocadas junto a textos que hacían referencia a esos mismos individuos, en conjunto, mediante lemas: el glorioso proletariado, la sucia burguesía.

A finales de los años cincuenta, la mayor satisfacción intelectual de Chimen residía en su habilidad para encontrar y comprar libros raros. Parte de esa satisfacción derivaba de lo que él sabía que leería en esos libros; tenía las pasiones de un verdadero historiador, era un entendido en los pequeños detalles. Cuando leía un libro, no leía solo el texto principal, sino también las

notas a pie de página, el nombre del editor y la localización del impresor. Todo eran pistas; todo le ayudaba a entender el contexto en el que el libro había sido creado. Las diferencias entre ediciones le ayudaban a vislumbrar la evolución de los pensamientos del autor sobre un tema. Las bibliografías le permitían delinear una odisea intelectual. Pero otra parte de la satisfacción residía simplemente en la caza.

Hacía una batida del anuario *Book Auction Records*, explorando qué se había vendido en qué subasta y a quién, durante el año anterior. Examinaba cuidadosamente los precios, para poder calcular cuánto tendría que pagar probablemente por libros y manuscritos que quería añadir a su colección. Los lunes y martes asistía a las ventas de Sotheby's. Los miércoles se celebraban las subastas de Christie's. Aparecía por Chancery Lane cuando Hodgson ponía a la venta libros que él estaba interesado en adquirir. En aquellos años posteriores a la guerra, el tratante de libros raros Christopher Edwards, que conoció a Chimen décadas después, explicaba: «Salían muchos libros al mercado. Era un mercado más líquido. Había un suministro mayor». Y por esa razón, los precios estaban contenidos. En los años cincuenta, Chimen podía satisfacer su pasión por la compra de libros de una forma que no le habría sido posible si hubiera empezado a coleccionar una generación más tarde. Y como otros tratantes entendidos de Londres, se aprovechaba de la ignorancia de las casas de subastas para comprar libros a bajo precio y después revenderlos a compradores particulares con un cuantioso beneficio. «Era», señalaba Edwards, «un poco como el negocio de los diamantes. Se trataba de un grupo al que relativamente pocas personas tenían acceso. Había un mercado bien establecido, no muy conocido, en el que solo se admitía a los tratantes».

Chimen se acercaba a los libros con la ternura de un artesano, conocedor de cada mínimo detalle, de cada defecto, de cada imperfección única. «Puedes reconocer la edición por el pequeño grabado de la página 31 y el de la portada», le escribió a su amigo y colega coleccionista de libros raros, el economista Piero Sraffa, el 23 de noviembre de 1959, sobre una edición especialmente curiosa del *Manifiesto Comunista*, de 1888. «En algunos ejemplares hay también una errata; después de "Fleet" aparece una coma y después la palabra "St". Hay muchas reimpressiones pero los grabados que tienen son un poco diferentes. Yo lo reconocería fácilmente si lo viera». L'ara

un profano la errata habría pasado desapercibida; para Chimen era tan importante como un sello mal impreso para un filatélico. En sus cartas presumía de haber adquirido «el panfleto más raro de Marx escrito en inglés». Se lamentaba de haber perdido, por veinte libras, la puja por una carta de Marx que esperaba comprar en la subasta. Compitió con Sraffa por el privilegio de adquirir los escritos esotéricos de Marx. «He hecho muchos pedidos a Douglas, de Edimburgo, pero no he conseguido ninguno de los artículos», escribió en una nota apresurada a su amigo a principios de abril de 1966. «Probablemente tú sí los hayas conseguido».

Mucho más tarde, Chimen centró su interés en catalogar su propia biblioteca. Era una tarea que se negaba tercamente a terminar, a pesar de haber catalogado muchas de las bibliotecas sobre judaísmo más importantes del mundo para Sotheby's; a pesar de haber compilado un catálogo de catálogos que a veces mostraba a sus amigos bibliógrafos. «Le quita la magia. Se convierte en algo que se vende, no una verdadera colección. Una vez que catalogas el libro, se vuelve casi un objeto muerto». Así era cómo Edwards interpretaba su reticencia. A Chimen le gustaba que posibles compradores anduviesen detrás de él; le encantaba que lo invitaran a restaurantes y clubes, como el Garrick del centro de Londres, donde los tratantes lo adulaban hablando de la importancia de su colección. Pero a la hora de la verdad, no quería admitir que, a falta de unas cuantas piezas (lamentaba el hecho de no tener ningún ejemplar original del periódico de Marx, el *Neue Rheinische Zeitung*, publicado en Colonia durante el año de la revolución de 1848, y en 1849), su colección —el proyecto de su vida— estaba completa. Incluso cuando su agente de seguros, Will Burns, le escribió cartas repetidas veces, pidiéndole que le facilitara un catálogo de su biblioteca, Chimen se las arreglaba para encontrar una excusa tras otra. Estaba demasiado ocupado; estaba de viaje; estaba enfermo; se lo enviaría al mes siguiente. «Esperaba haberlo hecho durante las vacaciones de verano», le dijo a Burns a finales de octubre de 1981, «pero, por desgracia, como Miriam tuvo un accidente en Israel, no he podido. Espero terminarlo para finales de enero». No lo terminó, y Burns le escribió varias cartas más sobre el asunto antes de darse finalmente por vencido. La colección siguió asegurada solo como contenidos generales; si hubiera ocurrido alguna desgracia y la Casa de los Libros hubiera ardido

hasta los cimientos, Chimen se habría encontrado, para su horror, con que su incapacidad para proporcionar un catálogo había sido una negligencia muy costosa.

Lo que Chimen sí hizo, sin embargo, fue escribir una serie de memorandos sobre cómo había adquirido algunos de sus más valiosos tesoros. Escribió, por ejemplo, sobre cómo, a principios de los años cincuenta, había conseguido comprar la colección completa del periódico de la Liga Socialista, *The Commonweal*, colección que había pertenecido a William Morris, junto con la caja de madera, con la tapa pulida teñida de azul y forrada con una tela blanca de fieltro, que el propio Morris había construido para guardar una Biblia, y en la que, finalmente, guardó sus ejemplares del periódico revolucionario. Las páginas de la publicación —con sus palabras impresas a doble columna, al principio cada mes, después semanalmente, desde 1886 hasta 1895, y lleno de las meditaciones de Morris, la hija de Marx, Eleanor, y otras eminencias radicales de los últimos años de la era victoriana— habían pasado de Morris a su íntimo amigo el tipógrafo Emery Walter; de Walter a su hija; y de ella a un poeta llamado Norman Hidden. Chimen, por último, le compró los ejemplares a Hidden por cincuenta libras. Y allí estuvieron, en su caja de la Biblia, encima de una estantería de madera, en el pasillo del piso superior del 5 de Hillway, durante más de medio siglo. Aquellas páginas eran una de las más preciadas posesiones de Chimen, las cuales, con su textura rugosa y oscurecidas por el tiempo, invocaban imágenes de los cultos y refinados revolucionarios que habían formado el grupo de Morris. Imagino que, en muchos sentidos, Chimen se veía reflejado en sus artículos. El manifiesto de la primera página del primer número de *The Commonweal*, que se vendió por un penique en febrero de 1886 e iba firmado por los veintitrés fundadores de la Liga Socialista, exponía su objetivo con sencillez: «Nos presentamos ante ustedes como un cuerpo que aboga por los principios del Socialismo Internacional Revolucionario; es decir, perseguimos un cambio en las bases de la Sociedad, un cambio que acabaría con las distinciones de clases y nacionalidades». El Primero de Mayo del año siguiente, la fecha en que se anunció que el periódico se publicaría semanalmente, Morris y su amigo Ernest Belfort Bax escribieron un editorial: «No somos más que unos pocos, como deben ser todos aquellos que apoyan principios hasta que la inevitable

necesidad obliga al mundo a poner en práctica esos principios. Somos pocos y tenemos una tarea que hacer que nadie más que nosotros puede hacer, y cada átomo de inteligencia y energía que haya entre nosotros hará falta para esa tarea».

En sus conferencias —en Oxford a principios de los años sesenta; en la universidad de Sussex, donde dio una memorable serie de charlas en 1967 para conmemorar el decimoquinto aniversario de la Revolución bolchevique en Rusia; y en las muchas otras universidades y centros que, desde que alcanzó la madurez, empezaron a pedirle que diera charlas— Chimen llevaba a los asistentes a viajes panorámicos por los paisajes de la agitación política del siglo XIX y principios del XX. Empezaba con los escritos de la primera mitad del siglo XIX de Nikolái Gógol y Alexander Herzen, y los del terrorista anarquista Mijaíl Bakunin —habitantes de lo que Isaiah Berlin denominó la «década extraordinaria»—, pasaba por los revolucionarios de finales del siglo XIX como Gueorgui Plejánov, uno de los primeros marxistas, y llegaba hasta el siglo XX con la vida y época de Lenin.

Las titánicas batallas que mantuvo Marx durante las décadas de 1860 y 1870 con Bakunin (al que había acusado, en una publicación, de ser un agente provocador zarista ya en 1848, el año en que Europa estuvo al borde de una revolución general) por el alma de la Primera Internacional tomaban forma en las conferencias de Chimen. Uno podía imaginar a los dos patriarcas de la revolución echando espuma por la boca de rabia, con las grandes barbas salpicadas de saliva, las manos apretadas en las amplias frentes, cuando cada uno presentaba su estrategia para conseguir la lealtad de las clases trabajadoras de Europa que habían despertado. El extraordinario espectáculo del cambio de postura de Rusia en el pensamiento revolucionario también cobraba vida: había pasado de ser el referente de las fuerzas reaccionarias, el gran oso que en 1848 había aplastado las revoluciones de Europa Central, y el país al que los revolucionarios de Europa creían fervientemente que había que derribar para que una revolución general fuese posible, a ser el faro de un movimiento revolucionario internacional. «Citando a Pushkin», les dijo Chimen a los alumnos de Sussex al final de aquel *verano del amor* de 1967 — intentando neutralizar su acento ruso y haciendo que pareciera casi alemán—, «Rusia andaba al acecho de una chispa que encendiera la llama». Sus palabras

eran precisas, justas; al escuchar las grabaciones, todas estas décadas después, puedo visualizarlo esforzándose mucho por ralentizarse, por pronunciar cada sílaba, cada palabra, correctamente.

En la biblioteca de Chimen los grandes dramas de las generaciones de lucha revolucionaria estaban ocultos. Al entrar en esta apartada casa de las afueras, un diorama de imágenes revolucionarias —desde las comunas de campesinos y los comités revolucionarios rusos, hasta las imágenes más serenas de los radicales ingleses Victorianos— aparecía ante los ojos.

Tomemos, por ejemplo, el librito púrpura, sorprendentemente pesado para su tamaño, titulado *The Revolution and, Siege of Paris, With the Elections and Entry of the Prusians, in 1870—71*, de un autor anónimo referido simplemente como «Un testigo presencial» (pero más tarde identificado como Percival J. Brine, miembro de la junta de gobierno del King's College, Cambridge), que mi hermano eligió para llevarse tras la muerte de Chimen. Al detallar la ocupación prusiana de París que siguió a la Guerra franco-prusiana, Brine señalaba que «las calles estaban demasiado *tristes*^[7]. Las fortificaciones estaban completamente desiertas en aquellas zonas de la ciudad asignadas a los prusianos. Las casas, tiendas, cafés, herméticamente cerrados todo el día y toda la noche, ni un alma en las ventanas, nada que comprar por amor o por dinero; en realidad, era como una ciudad asolada por la peste que la gente hubiese abandonado».

O consideremos ese libro pequeño, el de la cubierta roja desvaída, que ocupaba en la estantería un espacio cercano. Con el título *Paris During the Commune, 1871* labrado en letras doradas, escrito por un olvidado ministro metodista Victoriano llamado William Gibson, era una narración paso a paso del testigo presencial de la gran agitación revolucionaria que, durante las pocas semanas de la emocionante primavera de 1871, dejó París en manos de un comité revolucionario de trabajadores después de la derrota de la milicia francesa en la Guerra franco-prusiana, y que fue rápida y brutalmente aplastada por el ejército. «Este día (sábado)», escribió en una de las cartas dirigidas al *Watchman and Wesleyan Advertiser* que se recogían en dicho volumen, «ha sido un día de gran emoción en París. Al ir a la estación de Northern Railway esta mañana a las seis, oí a los Guardias Nacionales descolgándose [sic] en todas direcciones y supe que algo se estaba cociendo».

Gibson, con toda naturalidad, relataba que había cuerpos yaciendo en las calles, y que los heridos eran arrastrados por sus camaradas. «Once de la noche», concluye la carta, «oímos cañones rodar, pero esperamos, no obstante, dormir en paz».

Casi tan importantes como las palabras eran el tacto y el olor de los libros. Al pasar las gruesas páginas de los libros antiguos, con sus pesadas y agrietadas encuadernaciones de cartón o de vitela, o las crujientes y ásperas páginas de otros volúmenes, se podía imaginar lo que Marx debió de sentir cuando sostenía un determinado tomo en sus manos mientras se documentaba para sus grandes tratados en la sala de lectura del Museo Británico. En los densos olores que se desprendían al abrir aquellos antiguos volúmenes se podía percibir el rastro de técnicas de impresión y métodos de fabricación de papel ya olvidados; de tintas fabricadas siglos atrás. En el manuscrito de *Noticias de ninguna parte*, de Morris, encuadernado en vitela, las páginas artesanales, gruesas, de color crema, visibles al haberse aflojado la cinta dorada que las sujetaba, se podía apreciar el arte de las xilografías de Morris. Esta obra, situada en un futuro posrevolucionario y utópico, en el año 2102, pretendía enardecer no solo las facultades mentales sino también los sentidos. Era una detallada descripción de una sociedad imaginaria después de años de violenta agitación y revolución, tras lo cual el Estado habría hecho realidad la predicción de Marx y Engels y, de manera mágica, «se habría desvanecido»; un mundo en el que «las personas viven y actúan según la medida de sus propias facultades».

En este futuro la propiedad privada y el dinero no existían. La gente trabajaba no porque tuviera obligación, sino por la intrínseca satisfacción del trabajo bien hecho; los trabajadores de mentalidades afines se agrupaban voluntariamente no en fábricas, sino en «talleres comunes». No había escuelas, pero el aprendizaje era universal. Las cárceles ya no existían, su eco no era más que un lejano recuerdo de tiempos bárbaros y, afortunadamente, ya pasados. Los matrimonios formales, y por extensión los divorcios, eran reliquias de un pasado ignorante. Quizá lo más importante era que, dado que todo el mundo vivía en armonía, no era necesaria la política ni la legislación,

no había necesidad de la vieja farsa en la que, por un lado, los representantes electos «procuraban que los intereses de las Clases Superiores no se vieran dañados», y por otro lado se esforzaban «en hacer creer a la gente que tenía alguna capacidad de gestionar sus propios asuntos». El Parlamento ahora era, escribía Morris, un «mercado de estiércol», un magnífico edificio que alojaba no a políticos sino abono para los campos de un nuevo y bucólico Londres. Este era el tipo de ideas que Chimen habría apreciado especialmente.

Leer el manuscrito de Morris de *Noticias de ninguna parte*, sostenerlo, sentirlo, fue una intensa experiencia visual y táctil. La casa de su protagonista, «la vieja casa junto al Támesis», inspirada en la casa que Morris tenía en Kelmscott Manor, cobraba vida en esas páginas. Era una casa al margen del tiempo, no muy diferente en espíritu de Hillway.

Chimen pasó sus primeros años en Bielorrusia, que formaba parte del Imperio ruso cuando él nació, se independizó de forma amistosa y se incorporó a la Unión Soviética cuando Chimen era aún un niño; hoy es la República de Bielorrusia. Chimen nació durante la Gran Guerra, en septiembre de 1916, y pasó sus primeros años rodeado por las guerras civiles y el hambre desatados como consecuencia de la revolución de Lenin. La mortalidad infantil aumentó en esos años, en parte a causa del predominio de enfermedades como el tifus—lo cual posiblemente explica por qué, en sus primeras fotografías, Chimen y su hermano tienen la cabeza afeitada: para evitar los piojos portadores del tifus—. Isaac Bashevis Singer, que era unos años mayor que Chimen, y que, como Chimen, creció en una familia devota—aunque en Polonia y, en contraste con la educación recibida por Chimen, en un hogar dominado por un padre judío hasídico—, recordaba que le afeitaron los bucles y el pelo de la cabeza por esta razón durante la Primera Guerra Mundial. «Mi madre y yo nos fuimos con un policía», escribió en su ensayo *The Book*. «Mi madre llevaba las pocas cosas que le habían permitido empaquetar. En una casa extraña llena de guardias masculinos y femeninos nos cortaron el pelo a otro niño y a mí. Vi caer mis bucles pelirrojos y supe que ese era su fin. Llevaba mucho tiempo queriendo librarme de ellos».

Según la tradición familiar, el hambre explicaba la escasa estatura de mi

abuelo —su padre medía un metro setenta y seis, sus hermanos eran más altos —, pero Chimen era un niño en pañales cuando casi no había nada que comer. La revolución, la guerra civil, la hambruna y los años de caos, violencia y transformación que siguieron dejaron su marca en Chimen, literalmente. Más de tres cuartos de siglo después, aún se acordaba de la histeria en las calles de Slutsk cuando murió Lenin en 1924. La familia se había mudado allí un año antes, la última parada del deambular de Yehezkel por la Zona de Residencia de los judíos, que había empezado cuando se convirtió en el prodigioso joven rabino. Y recordaba el miedo que su familia sentía después de trasladarse a Moscú en 1929, para estar más cerca de los organismos gubernamentales en los que tenían que solicitar un visado de salida que le permitiera a rabí Abramsky ir a Estados Unidos o a la ciudad Palestina de Petah Tikva. Pero las autoridades soviéticas rechazaron una y otra vez sus peticiones del permiso para salir.

En Moscú, Yehezkel había conseguido, al menos temporalmente, convencer a las autoridades de que le permitieran publicar comentarios religiosos. Era la época en que los soviéticos destacaban las virtudes de la cultura laica yidis. Pero entonces, no mucho después de que la familia se hubiese establecido, Yehezkel fue arrestado y encarcelado. Con cada rechazo, cada muestra de acoso, cada humillación, Chimen había visto a su padre con la soga al cuello. Sin embargo, ya no podía creer en la religión de sus antepasados, y fuertemente influido por la vida de la Unión Soviética, de la cual, a pesar de los esfuerzos de sus padres, él se sentía parte, la fuerza del marxismo seguía tirando de él. Debió de sentir que estaba viviendo una horrible mentira: siendo hijo de un rabino encarcelado, ya no creía en Dios; el heredero de una de las grandes dinastías rabínicas del mundo se sentía cada vez más obsesionado con la revolución secular.

Yehezkel Abramsky era un hombre fuerte que había construido su reputación durante tiempos indescriptiblemente difíciles. Durante los años de la guerra civil, la zona de la Rusia Blanca en la que vivía la familia había cambiado de manos repetidamente entre las tropas leales al antiguo régimen zarista, los nacionalistas polacos y los bolcheviques.

En la prensa judía europea y americana se había escrito mucho sobre Yehezkel después de que él se hubiera enfrentado a los *pogromisti* que mataron a varios judíos e intentaron afeitarles la barba a otros, un acto que fue considerado por todos como un insulto especialmente cruel, una profanación, ya que la Torà y varios pasajes del Talmud prohíben expresamente afeitarse la barba. Yehezkel no solo había conseguido preservar su barba, sino que, según algunos artículos de los periódicos americanos yidis, había incluso convencido al comandante polaco local para que firmara una proclama protegiendo la integridad del vello facial de rabí Abramsky. Esta fue la primera vez que la prensa internacional prestó atención a mi bisabuelo.

Entonces, en Moscú, en 1929, Yehezkel, junto con un colega rabínico llamado Shlomo Yosef Zevin, fue arrestado por haber coeditado una publicación hebrea de comentarios de la Torà, titulada *Yagdil Torah* (de la cual Chimen conservó ejemplares encuadernados toda su vida), y por haberse negado a decirle a una comisión americana por los derechos humanos que en Rusia la vida para los religiosos judíos era totalmente satisfactoria. Yehezkel, que entonces tenía poco más de cuarenta años, fue detenido en la calle una tarde por la policía secreta, cuando Raizl y él iban dando un paseo. Fue interrogado en la cárcel de Lubyanka, de nefasta reputación, y después en Butirki, la prisión central de la ciudad. Durante aquellos interrogatorios, lo golpearon, le gritaron y lo amenazaron con horribles torturas, en un intento de hacerle confesar que había conspirado para derrocar al gobierno soviético. Se negó. Al final fue condenado a cinco años de trabajos forzados en Siberia, sentencia cuya severidad fue un alivio para la familia al saber que fácilmente podría haber sido ejecutado. De hecho, al principio había sido condenado a muerte, pero la pena fue conmutada, sin duda porque ya entonces Yehezkel era conocido internacionalmente entre los judíos religiosos, y hombres tales como el escritor Makxim Gorky y el poeta Chaim Nachman Bialik (que había nacido algo más de una década antes que Yehezkel, y que había estudiado en muchas de las mismas *yeshivás*, antes de convertirse en el primer poeta hebreo moderno de renombre) le habían pedido a los jueces de Stalin que mostraran clemencia con su ilustre víctima.

En Siberia, recordaba Yehezkel tiempo después, fue obligado a correr descalzo con una temperatura de cuarenta grados bajo cero; lo mantenían al

borde de la inanición, con raciones incrementadas solo en ocasiones por los paquetes que le enviaba Raizl; y lo obligaban a dormir en una cama que no era más que una plancha de madera, en la que cuerpos temblorosos se apiñaban unos junto a otros. Los guardias lo obligaban a ensartar pescado congelado en asadores de hierro en medio del frío glacial, un tormento tan doloroso que cada día, antes del trabajo, Yehezkel rezaba por los moribundos, dando por hecho que era más que probable que él mismo no llegara al día siguiente. Comenzaba sus oraciones recitando el *Shemá*, la declaración de fe, musitando en hebreo «Escucha, oh, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno», antes de salir al inhumano frío del invierno siberiano al amanecer para empezar las horas de tormento. Llevar guantes puestos hacía imposible ensartar el pescado; al quitarse los guantes las manos empezaban a congelarse.

Pero, a pesar de la agonía de la vida diaria en Siberia, mientras estuvo en el campo de concentración siguió escribiendo sus comentarios sobre la *Tosefta*. La *Mishná*, la primera parte del Talmud, que puso por escrito Judá el Príncipe (Judah ha-Nasi), en el siglo II de la era cristiana, detallaba las reglas religiosas que gobernaban la vida judía en la época del Templo, que los romanos habían arrasado más de un siglo antes, y adaptaba esas reglas a las personas cuya principal institución religiosa ya, físicamente, no existía. La *Tosefta*, por el contrario, es posible que surgiera, según algunos especialistas, de una primera escuela babilónica de erudición judía oral. Al igual que la *Mishná*, probablemente estuvo primero organizada como un grupo homogéneo de obras escritas en el Imperio romano tardío.

Tanto la *Mishná* como la *Tosefta* documentan con detalle cuál debe ser el comportamiento de los judíos: cómo deben rezar, bañarse, comer; cuándo pueden tener relaciones sexuales; cómo deben descansar el *sabbat*, etcétera. Son recopilaciones de las *Halaká*, o leyes religiosas, que fueron extraídas a lo largo de los siglos del discurso de los grandes sabios; los rabinos que se nombran en este texto son referidos como *tannaim*. Pero la *Tosefta* es un conjunto de obras más amplio, más complejo, lleno de notas y comentarios explicativos, cuyos aforismos y dichos no están analizados y las atribuciones de resoluciones legales a cada rabino son más completas. La *Tosefta* incluye material de los *tannaim* que no estaba incluido en la *Mishná*. En la mayoría de las ocasiones, según los especialistas religiosos, sus pasajes coinciden con los

de la *Mishná*. Otras veces, sin embargo, los contradicen. La *Tosefta* es una obra difícil, sus orígenes están envueltos en incertidumbre, sus coincidencias y discrepancias con la *Mishná* proporcionan abundante material sobre el desarrollo de las primeras leyes de la religión judía en diferentes poblaciones y bajo diversas condiciones políticas.

Mientras cumplía condena en Siberia, Yehezkel desarrolló su interpretación de este conjunto de leyes, recurriendo a su prodigiosa memoria de textos religiosos para evocar imágenes de los pasajes que quería analizar. A lo largo de los meses memorizó cientos de líneas de su comentario, garabateándolas cuando tenía ocasión, muy de noche o por la mañana temprano, en cualquier papel que pudiera encontrar. Por lo general era el translúcido papel de fumar que los convictos conseguían en ocasiones. Una vez que había escrito estos añadidos a su comentario, escondía el papel cuidadosamente entre sus efectos personales.

Tras meses de presión internacional por parte de organizaciones judías de los Estados Unidos y Europa Occidental, Yehezkel fue finalmente liberado en 1931, y llegó a su casa de Moscú la víspera del *Yom Kippu*^[8] Fue recibido por su familia y después, dejando de lado toda idea de celebración, empezó de inmediato su ayuno. La familia, recordaba Chimen tres cuartos de siglo más tarde, no fue a la sinagoga aquella tarde, temiendo que, si se dejaba ver en público, su padre pudiera ser arrestado otra vez. Yehezkel pasó el día siguiente explicándoles a sus hijos los comentarios que analizaban el significado del Día de la Expiación. La palabra transigencia, al parecer, no estaba en su vocabulario.

Le dieron un mes para que abandonara la Unión Soviética, pero con el pasaporte confiscado por las autoridades soviéticas, Yehezkel fue hacia el oeste, a Riga, Vilna y Berlín, y llegó a Londres a finales de 1931. Se convirtió en un refugiado. A Raizl y sus dos hijos menores, Chimen y Menachem, se les permitió reunirse con él poco después; pero los dos hijos mayores, Moshe y Yaakov David, fueron retenidos en la Unión Soviética como rehenes, para disuadir al rabino de denunciar abiertamente a su antiguo país.

En Londres, Yehezkel y Raizl ayunaban dos veces a la semana en ofrenda por la libertad de sus hijos, y organizaron un movimiento internacional para asegurar su liberación. Con Europa cada vez más cerca de la guerra, el

ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, que se había interesado por el destino de Yehezkel Abramsky desde la campaña internacional para salvarle la vida al gran rabino después de su detención, se apresuró a dirigir una petición personal a los soviéticos para que liberaran a los hermanos Abramsky. Yaakov David, en aquel momento, estaba en el exilio interior en Tashkent, en Uzbekistán, donde se había casado y tenido un hijo; Moshe estaba en Moscú. La petición dio resultado, y a finales de 1936 Moshe pudo reunirse con el resto de su familia en Londres. Yaakov David y su familia llegaron un mes después, pero pasaron solo unos meses en Londres, donde al parecer Yaakov discutió con Yehezkel y Raizl por su falta de creencias religiosas, trasladándose entonces a Palestina. Doce años más tarde, su hijo Jonathan, el nieto mayor de Yehezkel y Raizl, murió en una calle de Jerusalén, por el disparo de un francotirador palestino durante la revuelta árabe que siguió a la declaración de independencia de Israel.

El encarcelamiento y subsiguiente exilio de Yehezkel, sin embargo, no llevaron a Chimen a abrazar su religión. Al contrario; en rebeldía contra su padre y el mundo religioso incondicional, ultraortodoxo, que rabí Abramsky representaba, Chimen empezó en Rusia a imbuirse de las ideas bolcheviques, mientras trabajaba como aprendiz de un fabricante artesanal de maletas para ayudar a su madre y sus hermanos durante aquellos oscuros años. Había empezado a asistir, a la edad de catorce años, a los centros comunistas frecuentados por conocidas figuras de la escena cultural yidis de Moscú. A los dieciséis años —viviendo un solitario exilio en el East End judío de Londres, en un piso de St. Mark Street, Aldgate, que era propiedad de un zapatero inmigrante llamado Nathan Mitzelmacher, y con dos hermanos mayores aún atrapados en la Unión Soviética, a los que Yehezkel enviaba dinero cada semana para que no murieran de hambre—, Chimen le escribió en hebreo a su primo Shimon Berlin, cuya familia vivía en Palestina, declarando que era marxista. «Aquí vivo solo, soy un solitario incapaz de relacionarme con esas personas», le decía a su primo, describiendo su entorno. «Leo mucho en estos tres idiomas: ruso, yidis, hebreo, y un poco en inglés», escribía, con esmerada caligrafía, con la misma separación entre todas las palabras. «Leo sobre todo

libros de historia y de economía política, escritos desde un punto de vista marxista, porque yo me considero marxista».

Como el joven que era, Chimen quería, desesperadamente, ser él mismo y que lo valorasen por derecho propio. Siendo miope, de escasa estatura, con los pies planos, reacio al ejercicio físico y los deportes, sabía que no estaba destinado a ser un héroe del campo de batalla. Pero quería compensarlo en el terreno de las ideas. Cuando tenía quince o dieciséis años, cuando aún acataba los preceptos *kosher* de alimentación y, por mantener la paz familiar, cumplía los ritos diarios de una existencia ortodoxa, en su alma ya había rechazado las imposiciones religiosas que gobernaban cada aspecto de la vida de sus padres. En cambio, encontraba estímulo intelectual en los grandes tratados políticos y filosóficos de la Ilustración y el Romanticismo: había empezado a entablar amistad con intelectuales laicos de izquierdas y, cada vez más, a pesar de las historias de terror que su padre le había contado sobre las cárceles y los campos de concentración, había llegado a ver la Unión Soviética como la representación de una fuerza nueva y benéfica para la historia de la humanidad.

Como tantos otros jóvenes europeos de los años treinta, Chimen veía el comunismo como un contrapunto del fascismo, y también de los valores y los sistemas políticos que habían llevado a las grandes naciones del continente a lanzarse al matadero de lo que, con optimismo, se consideraba la guerra que acabaría con todas las guerras. La suya, como la de tantos otros, era una búsqueda existencial de una finalidad moral en un mundo que ignoraba a Dios, una búsqueda de nuevas formas de organizar la sociedad humana tras la Gran Guerra en la que habían muerto millones de personas, y que se encontraba, cada vez más durante los años veinte, ante la inminente amenaza del fascismo. Era una búsqueda que trajo una de las mayores paradojas del siglo XX: ¿cómo pudo tanta gente, que creía con tanta pasión en el lenguaje del universalismo, y que tan pronto incluyó el de la justicia en sus razonamientos, hacer unas elecciones políticas tan espantosas en cuanto a las personas a quienes dieron su confianza y las instituciones políticas que apoyaron? ¿Cómo pudieron tantos utópicos acabar apoyando a Stalin y su intolerante y sanguinario proyecto?

Al menos en parte, la respuesta sigue siendo un tanto metafísica. Fue el *Zeitgeist*, el espíritu de la época, la urgencia de la historia; era una época en

la que la historia se veía como una entidad viviente, orgánica, palpitante, algo que presionaba a los individuos atrapados en su torno. Fue parte de una búsqueda de la certeza, incomprensible hoy, pero en la que era fácil caer en aquel momento. En Estados Unidos, muchos directores de cine y actores se unieron a las filas del Partido Comunista. En Gran Bretaña, el Partido echó profundas raíces en Londres, Glasgow y otros núcleos urbanos. Al escritor Arthur Koestler, abrazar el marxismo le permitió pensar que «el universo entero responde a un diseño, como piezas sueltas de un *puzzle* ensambladas de golpe por arte de magia (...) La fe es algo maravilloso; no solo puede mover montañas, sino también hacerte creer que un arenque es un caballo de carreras».

¿Es que Chimen simpatizaba con quienes torturaron a su padre? Lo dudo mucho. Pero ¿llegó a pensar que su padre estaba equivocado, que el juicio a su padre representaba una anomalía más que una norma, o que la urgencia de oponerse a una creciente ola de fascismo, aliándose con la política de trabajadores revolucionarios, importaba más que todas las demás consideraciones? Sin duda, a finales de los años treinta parecía que sí. Como es bien sabido, Stalin había dicho que no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, y el joven Chimen, para gran vergüenza suya, aceptó por completo las violentas implicaciones de este razonamiento. Mientras que Yehezkel, según su biógrafo Aaron Sorsky, escribió sobre una Unión Soviética que era «una tierra de sangre que devora a sus habitantes», Chimen escribió que era un lugar donde el antisemitismo había terminado y donde los trabajadores eran más libres que en cualquier otro lugar de la tierra.

Era una visión del mundo que, a finales de los años treinta, Miriam Nirenstein entendía bien. Educadas en las escuelas primarias que atendían a los hijos de los inmigrantes de los atestados barrios pobres del East End de Londres, y después en la Escuela Secundaria para Niñas de Clapton County, en Laura Place, Hackney, mi abuela y sus hermanas, Minna y Sara, habían crecido respetando la alimentación *kosher*, las tradiciones, aunque claramente distanciadas del estilo de sus antepasados. Hablaban un inglés influido por el *cockney*^[9] del East End y salpicado de expresiones yidis, salían con los

muchachos que elegían ellas mismas, y aunque asistían a la sinagoga, ya no llevaban en el corazón los ritos ancestrales.

Sin el fervor religioso de sus padres, que eran inmigrantes de un *shtetl*^[10] de un viejo y desaparecido Imperio ruso zarista, primero Minna y después Sara y Miriam convirtieron el marxismo en su religión, su catecismo. Aquellos que seguían siendo religiosos ante los desafíos y traumas del mundo moderno eran, así lo sentían ellas, «reaccionarios». En 1937, las tres hermanas ya eran miembros con carnet del Partido Comunista de Gran Bretaña. Como en el caso de muchos de sus amigos, su lógica era simple. Eran jóvenes judías del East End, horrorizadas por los fascistas «camisas negras» de Oswald Mosley, que desfilaban por su barrio imitando a los matones «camisas pardas» del principio de la Alemania nazi, espantadas por la titubeante respuesta que daban al fascismo los mediocres líderes ingleses y franceses de los años de entreguerras, atormentadas por las imágenes que veían en los noticiarios del cine sobre la guerra civil de España. Creían que el comunismo ofrecía una postura alternativa, y de ese modo se unieron a la organización comunista.

Dada la forma en que Yehezkel había sido tratado en la Rusia soviética, la conversión de su tercer hijo a la religión del bolchevismo debió de ser un duro golpe. Por supuesto, en las notas y ensayos biográficos sobre Yehezkel publicados en revistas y enciclopedias religiosas, a Chimen se le describe como un descarriado que había elegido apartarse de la luz. Chimen y — después de conocerse en los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial— Mimi, en contraste, aferrados a su creencia de que el futuro estaba en un comunismo al estilo soviético, debieron de razonar, creo yo, más o menos del siguiente modo: «Sí, rabí Abramsky es un buen hombre, pero está completamente equivocado en cuanto a la religión. Y si está equivocado en cuanto a la religión, con toda probabilidad también está confundido políticamente. Sí, es un buen hombre, un padre cariñoso, un suegro afectuoso, pero tal vez el sistema soviético tenía sus razones para arrestarlo; tal vez, sin darse cuenta, estaba poniendo en peligro la situación de los trabajadores. El progreso humano que la revolución marxista representa es demasiado importante como para hacerlo descarrilar por historias sentimentales y

simpatías personales». Cuando escribió su nota biográfica para el Partido Comunista, el 28 de marzo de 1950, Chimen, entonces un ferviente apologista soviético, explicó que «mis padres son muy reaccionarios. Durante un breve periodo mi padre estuvo encarcelado en Rusia». Por la forma en que esto estaba estructurado, la primera frase pretendía justificar el contenido de la segunda: «Estuvo encarcelado porque era un reaccionario». Más adelante, en ese mismo párrafo, añade que él fue educado en casa «sometido a las reaccionarias opiniones de mi padre». Chimen escribió que había empezado a «rebelarse» contra el conservadurismo de sus padres en 1934, cuando empezó a asistir a la Biblioteca de la Casa Marx y a pasar tiempo con estudiantes comunistas de la London School of Economics. En otros documentos internos del Partido Comunista, Chimen iba más allá; su conversión al marxismo, aseguraba en una carta manuscrita, había empezado en Moscú, durante el confinamiento de su padre en Siberia, cuando, buscando un desahogo del claustrofóbico entorno de la vivienda familiar, se hizo «visitante asiduo del Parque de la Cultura y el Descanso de Moscú, y del Centro Comunista Judío». Allí, recordaba, «el famoso escritor comunista yidis». Beryl Dishansky había trabado amistad con él. «Por desgracia», continúa el texto, «yo abandoné la Unión Soviética poco después, pero aquellos dos lugares me causaron gran impresión y fueron mis primeros pasos en el camino hacia el marxismo. Las semillas plantadas en Moscú dieron fruto en Inglaterra. Empecé a leer literatura marxista en serio (...) Entre 1933 y 1934 me hice miembro de la Casa Marx (...) Para entonces, mi perspectiva ya era completamente “de izquierdas”».

Como en otras ocasiones durante mi investigación, cuando leo esta carta me quedo anonadado. No hay en ella nada de la dulzura que yo conocí en el Chimen mayor, el cariñoso abuelo. Nada del dolor que sentía cuando recordaba las experiencias de Yehezkel en Siberia. Comprendo por qué Chimen, de mayor, intentó borrar todo rastro de este dogmático individuo, por qué intentó destruir todas las copias de estos documentos, por qué se negaba a hablar de lo que opinó una vez sobre el confinamiento de su padre. Cuando la vuelvo a leer, me doy cuenta de que esta carta de seis páginas está escrita por la mano de otra persona, con la firma de Chimen al final como era preceptivo. Es el doble de larga que la nota biográfica que escribió para los archivos del

Partido, y dice pocas cosas que no estuvieran en el original; pero hay mucha más jerga, y el tono de miembro del Partido es mucho más marcado. Yo estoy seguro de que Chimen creía en lo que decía, pero reconforta al menos un poco saber que las palabras podrían no haber sido todas suyas. Por supuesto, cuando vuelvo a fijarme en la caligrafía con más detenimiento, me doy cuenta, impresionado, de que es la letra de mi abuela.

Más adelante, Chimen dio clases sobre el novelista y periodista hebreo, bielorruso de nacimiento, Peretz Smolenskin, que creía firmemente en una identidad nacional judía, aunque a mediados del siglo XIX, después de emigrar a Viena y modificar su nombre como Peter, hablaba con vehemencia contra el papel de los rabinos en la vida judía. Smolenskin, explicaba Chimen a sus alumnos, creía que «sí, tenemos que hacer campaña contra los rabinos de Rusia y Polonia, que están en contra de la educación, que están en contra de la Ilustración, en contra de que los judíos aprendan. Son vestigios de una era oscurantista. Tenemos que combatirlos». En sus reflexiones sobre Smolenskin, oigo ecos de los complicados sentimientos del propio Chimen.

En 1937, cuando aún estudiaba en la Universidad Hebrea, Chimen fue elegido secretario general de la Federación de Estudiantes de Palestina, donde organizó una huelga contra la subida de las tasas de matriculación de la universidad, e hizo campaña a favor de las Brigadas Internacionales de España. En los dos años siguientes desafió a las autoridades británicas en Palestina organizando desfiles del Primero de Mayo, a pesar de la prohibición de tales manifestaciones izquierdistas. En la última de ellas los manifestantes gritaron lo que él describió como consignas «anti-Chamberlain, anti-Munich» a las puertas de la embajada alemana. Y dio una serie de clases en la universidad sobre el marxismo para estudiantes de izquierdas. También habló en una reunión organizada por el ilegalizado Partido Comunista de Palestina, justificando los juicios propagandísticos que se realizaban en la Unión Soviética en esa época. «La reunión provocó mucho debate», escribió en una de las notas biográficas de 1950, «y fuimos objeto de un ataque por parte de la dirección del Partido Laborista». Mientras leo estas líneas, escritas con la familiar letra de Chimen, me siento como si hubiera pillado a mi abuelo

haciendo algo sucio; ojalá hubiera mirado para otro sitio. Ojalá no hubiera abierto el sobre de manila que contiene las fotocopias de los documentos.

Pero a pesar de su fervor, una vez que Chimen volvió a Inglaterra y quedó atrapado en Londres por el estallido de la guerra, no se unió enseguida al Partido. No fue, al parecer, por no intentarlo. Más bien, se topó con una paradoja. Hasta 1941, el Partido Comunista de Gran Bretaña, mientras propugnaba la necesidad de internacionalismo, no aceptaba ciudadanos extranjeros como miembros. En cuanto la política del Partido cambió, Chimen se unió a su sección local. Durante los siguientes diecisiete años fue un miembro activo, tomando parte en la organización de campañas y redactando folletos; y llegó a ser una figura esencial en el Comité Nacional Judío. Estar en el Partido significaba ser un auténtico entusiasta; uno no se afiliaba a medias.

Para Chimen y para Mimi, apartados de la religión de su infancia, el Partido era tanto una demostración de fe como de intención política.

En el Comité Nacional Judío Chimen adquirió fama enseguida como importante teórico. «Abramsky y Zaidman», escribió el historiador Henry Felix Srebrnik, explicando el papel de Chimen en una revolución que nunca tuvo lugar, «que habían vivido en la Unión Soviética y Rumania respectivamente, y dominaban varios idiomas, parecen haber sido sus principales teóricos [del Comité Nacional Judío]». Entre bastidores, Chimen trabajaba para convertir al comunismo el distrito de Stepney y los circundantes vecindarios del East End; trabajo que daría sus frutos en 1945, cuando dicha zona eligió a un comunista, Phil Piratin, como su representante en el Parlamento. Los miembros del comité se hicieron expertos en la situación de Palestina y en los desafíos que suponían los diferentes intereses de árabes y judíos en el territorio en litigio. Cada vez más, mientras el Partido Comunista se ocupaba de dejar su huella en el paisaje de posguerra, ante la recomendación de R. Palme Dutt —un solitario formado en Oxford y autor del libro *El fascismo y la revolución social*, que fue durante décadas el principal teórico del Partido—, amplió su análisis para incluir todo el Oriente Medio, especulando sobre qué ocurriría con las colonias británicas de la región después de la guerra. «El enemigo número uno era el imperialismo británico», dijo Chimen en una conferencia décadas más tarde, cuando hablaba sobre los primeros años de posguerra y sobre la política del Partido en esa época. «La

tarea de los comunistas era luchar contra el Imperio británico y por la liberación de las colonias». Como tales, habían entrado en contacto con organizaciones de izquierdas de Persia, Irak, Siria, Egipto, Líbano e incluso Sudán. Una mujer de Irak introducía libros comunistas de contrabando desde su país, cosidos por dentro del forro del abrigo; los oficiales de aduanas británicos encontraron, sin embargo, más libros en su maleta, y fue rápidamente deportada. Más tarde se convirtió en una importante figura política; y más adelante desapareció. Chimen creía que había sido ejecutada en el periodo de los golpes de estado del Baath que llevaron a Sadam Husein al poder.

Los miembros del Partido que analizaban el Oriente Medio, y, en la sombra, la muy apasionada figura de Dutt, se convirtieron en reconocidos expertos en la región, a quienes les pedían asesoramiento político los grupos de izquierdas de toda Europa; al final, dijo Chimen después, con una mezcla de orgullo y contrición, la Rusia soviética incluso dio su aprobación a la sabiduría de los comunistas ingleses cuando daba forma a su política para el Oriente Medio. Con estos conocimientos de lo que todavía era Palestina y de los países de alrededor, Chimen y su equipo empezaron a evangelizar a los judíos del este de Londres, para convencerlos de que su futuro, así como el de los judíos del Oriente Medio, residía en el marxismo. «Estos teóricos», escribió Srebrnik, «algunos de ellos inmigrantes no integrados, no se presentaban como candidatos, pero actuaban como consejeros del Partido Comunista de Stepney, oficialmente no judío».

Hay algo clandestino en esta descripción. Algo ligeramente furtivo. En mi imaginación veo a Chimen, dirigiéndose a toda prisa a una reunión del Partido, con folletos socialistas bajo el brazo y su ajado maletín de cuero lleno de pesados libros marxistas. Cuando escribía artículos para las publicaciones del Partido Comunista, la mayoría de las veces utilizaba un seudónimo: C. Alien, o, a veces, simplemente A. Chimen. Debía de sospechar que los servicios de inteligencia lo estaban vigilando (aunque, en realidad, parece que el MI 5 no tenía ningún expediente de Chimen Abramsky en sus archivos); su amigo Hymie Fagan recordaba, en sus memorias inéditas, que a partir de la huelga general de 1926, toda figura destacada del Partido era investigada por un agente de las fuerzas especiales, a muchos de los cuales llegaron a reconocer

por la calle al cabo de un tiempo. Y, como todo buen comunista durante aquellos días, Chimen probablemente tomó medidas para evitar comprometerse a sí mismo y a sus amigos. Me parece verlo, una pequeña figura con un traje oscuro de confección, arrugado, una corbata con un nudo demasiado grande, y un sombrero encasquetado en la cabeza. Lo veo cogiendo el metro de Londres —cuyas estaciones y túneles abandonados dieron cobijo a miles de hombres y mujeres en el momento álgido de los bombardeos alemanes—, y saliendo al bombardeado East End, caminando entre los escombros, abriéndose paso, en la oscuridad del apagón inicial, hacia una trascendental reunión del Partido. No hay un salto muy grande desde esta escena hasta otra de mis imágenes favoritas de Chimen: a mediados de los años cincuenta, de alguna manera compró parte de la biblioteca de la hija de Marx, Eleanor. Esta adquisición incluía seis páginas en borrador de la obra de Marx, *Teorías sobre la plusvalía*—, una larga carta manuscrita, en inglés, de Marx a un tal Doctor Kauffmann en 1875; y dos páginas de notas para un artículo sobre Polonia que Marx había redactado en 1860. Con toda probabilidad, en esa biblioteca familiar de Marx fue donde Chimen encontró una colección de cartas privadas familiares, incluida una que el filósofo político le había escrito a su hija y firmada, en broma, como «Doctor Crankey^[11]», y otra que había escrito sobre la deteriorada salud de su esposa, y que firmó como «Oíd Nick». Después de haber buscado un comprador para esos documentos, Chimen supo que el gobierno chino de Mao estaba interesado. La historia que se ha transmitido en la tradición familiar es muy imprecisa, pero incluye a Chimen en París, esperando al pie de la Torre Eiffel con bolsas llenas de valiosos papeles de Marx. Allí las entregó a cambio de un maletín lleno de dinero. En cierto modo la imagen huele a Guerra Fría, a cuellos subidos y a sombras cayendo sobre calles adoquinadas.

Toda aquella intensa devoción de mediados de siglo por el marxismo se concentraba en el dormitorio de Mimi y Chimen. Había libros socialistas y comunistas en ruso, alemán, yidis, francés, inglés, hebreo. Había viejos folletos tan amarilleados por el tiempo que uno se arriesgaba a que se desintegraran solo tocándolos. Cuando Chimen y su íntimo amigo Henry

Collins, que había colaborado en varios artículos sobre Marx ya desde los primeros años cincuenta —se habían conocido a través del Grupo de Historiadores del Partido Comunista—, decidieron escribir su libro *Karl Marx and, the British Labour Movement: Years of the First Internacional*, los libros y documentos de la habitación de Chimen y Mimi proporcionaron lo fundamental para su investigación. Su colección era, como Chimen siempre había pretendido, una biblioteca de documentación.

El libro supuso para Chimen y Collins casi una década de investigación. A Chimen le resultaba difícil saber cuándo dejar de investigar y cuándo empezar a escribir. Uno u otro escribía partes completas y después Chimen lo leía otra vez y le enviaba una nota a Collins diciéndole lo que había que reescribir por completo. Esto podía ser, en ocasiones, frustrante para Henry. «¡Chim, tunante!», empezaba una carta suya, fechada el 6 de marzo de 1963. «¿Qué pasa con el borrador que habías prometido (...)? Creo que deberíamos ir terminando el trabajo». El libro fue publicado finalmente por la editorial MacMillan en 1965, y recibió muchas y muy favorables críticas, no solo en la prensa de izquierdas, como el *Daily Worker*, sino también en diversos periódicos convencionales y —sorprendentemente, teniendo en cuenta el tema— en la prensa conservadora de Gran Bretaña y Estados Unidos. *The Economist*, que sin duda no simpatizaba con el socialismo, publicó un texto sobre el libro, en el que se hablaba de Marx como la mayor figura intelectual de su tiempo. *The Times* lo reseñó. En Estados Unidos, *The New York Times* lo elogió. Un año después de su publicación, mi abuelo escribió una nota a los editores para hacerles saber que «el histórico y más importante periódico soviético, *Voprosy Istorii K.P.S.S.*, ha dedicado un artículo de seis páginas a nuestro libro, y aunque es crítico en una serie de puntos, también reconoce que es un trabajo muy erudito». Chimen, que había abandonado el Partido Comunista ocho años antes, y que creía estar en alguna lista negra soviética, estaba muy satisfecho con el artículo. Terminaba con lo que espero fuese una ironía. «Es algo sin precedentes, que yo sepa, que un periódico soviético histórico haya dedicado tanto espacio a un libro que no está a la venta en la Unión Soviética».

Chimen siempre había querido escribir la biografía definitiva de Marx en lengua inglesa. Ya en 1964, Collins y él habían hablado con algunas

editoriales sobre su idea. En septiembre de ese año, habían firmado un contrato para empezar a trabajar en ella. Ahora, desembarazados del primer libro, empezaron a reunir laboriosamente el material que necesitarían para este inmenso proyecto. La biblioteca de Chimen volvió a ser su punto de partida; también recurrieron a la British Library, a los archivos de la Casa Marx de Londres, el Instituto de Historia Social de Amsterdam y otra serie de bibliotecas. Pero la biografía no se materializó. Unos años después de comenzado el proyecto, Collins enfermó de cáncer y poco más tarde, en 1969, falleció. Chimen estaba destrozado. Durante todo el funeral estuvo sollozando sin poder contenerse.

A pesar de que Chimen hablara en ocasiones de seguir con el proyecto él solo, la biografía fue poco a poco apagándose. Una gran parte del escritor que había en Chimen murió con Collins. Sus amigos creían que Henry había sido la influencia estabilizadora de los dos compañeros, como Engels para Marx, el hombre que podía organizar una enorme cantidad de información en algo parecido a una narrativa coherente. Quitando a Collins de la ecuación no quedaba nadie que transformara las ideas de Chimen sobre la vida de Marx en una historia legible. Siendo un gran compilador de hechos, un historiador detective de primera categoría, Chimen tenía problemas, tanto en la conversación como en la página escrita, para humanizar sus temas. Aunque era capaz de entender cada detalle de la vida de Marx, no podía escribir la biografía del *Moro* (como llamaban sus amigos a Marx) sin la ayuda de Collins; décadas más tarde, le resultaría igualmente imposible elaborar su propia autobiografía. Chimen siguió examinando sus libros sobre Marx, buscando a alguien que compartiese su pasión por la vida de este extraordinario personaje. Nunca encontró a un sustituto de Henry Collins.

En un rincón del dormitorio de mis abuelos —entre el preciado tesoro de los volúmenes sobre Marx y otra pared atestada del suelo al techo de un sinfín de otros libros raros, así como un par de ejemplares en tapa dura del libro que escribió con Collins y una colección del libro de Isaiah Berlin amablemente dedicado a mi abuelo— había un pequeño armario. Mi abuela guardaba allí sus pocos vestidos. En ese armario había también un estante con un surtido de

licores, que llevaban abajo en ocasiones especiales, y una túnica ceremonial que le había regalado a Chimen un amigo comunista iraquí hacía mucho tiempo. Creo que en ese pequeño armario era también donde Chimen guardaba un bastón de madera oscura, pesado, nudoso, con el puño y la punta de plata, una herencia familiar pasada de padres a hijos desde el siglo XVIII. Chimen lo había heredado de su padre a la muerte del rabino en 1976. Cuando quería divertir a uno de sus nietos, desaparecía por la escalera y volvía unos minutos después con el imponente bastón. Después, con los ojos llenos de júbilo, lo mantenía en equilibrio en la punta del dedo, en la mano derecha, y se paseaba con cuidado por el comedor, con las piernas ligeramente arqueadas y los pies hacia fuera, dándole de repente a su actuación una fragilidad al estilo de Charles Chaplin.

En algún rincón de ese armario se guardaban, también, las deterioradas páginas del periódico yidis *Eyropë*, de la época de la Segunda Guerra Mundial, publicado en Londres y del que Chimen había sido coeditor. Su amiga Helen Beer, una profesora de Oxford, especialista en yidis, creía que esa era la única copia existente; todas las demás habían sido destruidas en el bombardeo de Londres. O, al menos, eso era lo que él le había contado. A su amigo Dovid Katz le confesó, con un vaso de *whisky* por medio, que después de haber abandonado el Partido Comunista y haber perdido sus simpatías por la cultura yidis de izquierdas, había intentado destruir todos los ejemplares del periódico que quedaban. Katz lo miró y le respondió que estaba claro que se había quedado con un ejemplar, que el que había salvado sería siempre «una cuestión pendiente», un nexo con un pasado que nunca podría enterrar del todo. Chimen no lo negó. Y, en efecto, como Beer descubrió, Chimen había conservado un solo ejemplar, allí escondido en el armario de su habitación.

Curiosamente, en la pared interior de ese mismo armario había un cartel con una fotografía de su viejo amigo, el matemático Abraham Robinson, y algunas de sus formulas matemáticas. Robinson y el historiador Jacob Talmon (entonces conocido todavía por su nombre original, Jacob Fleischer), amigos de Chimen de la Universidad Hebrea, se habían trasladado a París y habían conseguido huir de Francia por delante de los ejércitos nazis. Acabaron en Londres, poco después de la decisión de mayo de 1940 de recluir a todos los «enemigos extranjeros», y fueron pronto encerrados bajo llave en el colegio

para sordomudos, que había sido temporalmente requisado como centro de procesamiento de refugiados.

Tres días después de la boda de Mimi y Chimen, en junio de 1940, los recién casados recibieron una carta, enviada a rabí Abramsky al Bet Din de Whitechapel, pidiendo ayuda para que dejaran libres a Robinson y Talmon. De inmediato se dirigieron al colegio, Mimi con una cesta de comida, como era propio de ella. Poco después, los dos jóvenes amigos fueron liberados; pasaron el resto de la guerra en Inglaterra, y con frecuencia visitaban a Mimi y Chimen para compartir la poca comida que hubiera y hablar de filosofía y política. Continuando sus grandes conversaciones de los días de Jerusalén, Chimen, Robinson y Talmon se enzarzaban en debates sobre los méritos de las ideas de Kant contrapuestas a las de Hegel. Hablaban de la relevancia de las teorías de Maimónides en el mundo moderno. Diseccionaban los poemas en hebreo de Bialik y los poemas en alemán de Goethe. A veces, según comentó Chimen en una conversación con el biógrafo de Robinson, cuando caían las bombas sobre Londres, ellos se quedaban hablando toda la noche. Después de todo, observó, durante los bombardeos cada día de vida parecía un milagro, algo tan valioso que no se debía desperdiciar durmiendo. Esta era, en muchos sentidos, la misma conclusión a la que había llegado el padre de Chimen en el campo de concentración, mientras trabajaba como un esclavo en el gélido invierno siberiano en 1930. En el campo, Yehezkel había alcanzado, como contó más tarde en una conferencia, una verdadera comprensión de Deuteronomio 28:66: «Y verás tu vida pendiente de un hilo, y tendrás miedo día y noche y nada te garantizará la vida».

Para entonces, Talmon ya estaba a punto de romper con la izquierda radical, tras haberse convencido de que el espíritu revolucionario que había recorrido las generaciones desde que Rousseau expusiera su teoría sobre la «voluntad general», había desatado los horrores de lo que Talmon denominaría «democracia totalitaria» y «mesianismo político». Siendo Chimen un devoto estalinista y Talmon un comprometido anticomunista, aquellas conversaciones que duraban toda la noche debieron de estar teñidas no solo de la sensación de urgencia que acompañaba a los bombardeos, sino también de la urgencia de los amigos en desacuerdo, cada uno convencido de que el otro llevaba un rumbo básicamente equivocado, cada uno seguro de que el otro había vendido

su alma política al diablo.

Cuando yo empecé a tener mis propios recuerdos de la habitación ya hacía mucho que Robinson había fallecido —murió de cáncer de páncreas en 1974—, pero su esposa, Renée, visitaba la casa con frecuencia. Sus exclamaciones agudas, con acento suizo —explosiones de ruido que al parecer desconcertaban a mi abuelo casi tanto como a nosotros—, cuando nos veía llegar, eran una fuente constante tanto de diversión como de fastidio para los nietos. Mimi había conocido a Renée, una guapa y elegante refugiada de Viena, a finales de los años treinta, antes de conocer a Chimen, y se molestaba cuando nos burlábamos del acento de Renée. Pero Chimen, en privado, se divertía, sofocando la risa antes de decirnos que dejáramos de hacer el *chochem*. En hebreo, *chacham* significa «sabio». En yidis, sin embargo, en un giro de la expresión original, *chochem* puede significar también, cuando se utiliza irónicamente, «bobo, tonto, una especie de bufón». Chimen llamaba así a sus nietos con infinito cariño.

Pero volvamos al dormitorio. Era una habitación oscura, de techo bajo, que medía tres metros y medio por tres metros y medio, con poca luz natural y una bombilla de poca potencia encastrada en una lámpara redonda de papel, de color crema. En el centro de todo aquel insondable desorden estaba la cama, un pequeño colchón viejo, cuadrado, con un cabecero que probablemente no se había movido de su sitio, pegado a la pared, desde que Mimi y Chimen compraron la casa, regalada de precio, en 1944, durante los oscuros años de la guerra. Chimen no pasaba mucho tiempo en la cama; pocas veces dormía más de cuatro o cinco horas. Casi todas las mañanas a las cinco ya estaba levantado, escribiendo cartas, examinando catálogos; casi todas las noches se quedaba levantado hasta pasada la medianoche. Al tumbarse en aquella cama del centro de la habitación, todo lo que se veía eran libros y papeles, y la diminuta y sucia ventana que dejaba entrar suficiente luz de la oscura noche londinense como para que aquellos libros resultasen sobrecogedores.

Este era el dormitorio de Mimi y Chimen, aunque a decir verdad, en la época en que yo entré en escena no tenía mucho sentido llamarlo dormitorio. Años atrás podría haberse definido por sus ocupantes nocturnos, por sus

relaciones maritales, por sus pijamas y su ropa. Puede que incluso rebosara romance, en la época en que mi abuela, de joven, todavía tenía el pelo castaño largo y ondulado y una dulce sonrisa que la hacían parecerse, en algunas fotos sepia especialmente favorecedoras, a la actriz Ingrid Bergman. En los años setenta, la habitación era el almacén de una enorme e infinitamente misteriosa biblioteca. Allí era donde se guardaban las joyas de la colección de Chimen. La cama en la que dormían mis abuelos cada noche y las pocas prendas de vestir que a regañadientes encontraban un hueco entre los libros, eran, claramente, unas intrusas.

Para un adulto, ser invitado a la habitación de Chimen no significaba interés romántico ni tímido coqueteo, sino confianza académica. Había que ganarse el derecho a entrar, demostrar conocimientos o amor por el socialismo y sus mundos perdidos o, como mínimo, por el misterioso universo del coleccionismo de los manuscritos y libros valiosos. Había que saber valorar la sensación de tocar un libro que Marx hubiese poseído y anotado; o un documento en el que Lenin hubiese escrito notas al margen; o un libro que Trotski hubiese llevado consigo al exilio. Había que tener la capacidad de comprender lo tremendamente baja que era la probabilidad de que el carnet de miembro de la Primera Internacional de Marx no solo se hubiera conservado durante más de cien años sino de que hubiera llegado a la casa de Hillway. O de que un bono, impreso por el socialista utópico del siglo XIX Robert Owen como moneda alternativa, hubiera acabado en su habitación. Chimen tenía, recordaba un amigo, «un toque de empresario», «el deleite de un mago al sorprenderte. Iba a otra habitación y volvía con algo y disfrutaba con tu reacción». Un primo recordaba que a él le enseñó la habitación por primera vez en 1978, unos veinte años después de haber ido a la casa por primera vez, y que Chimen le preguntó con melancolía dónde creía que estarían aquellos libros al cabo de cien años. «No se refería a dónde estarían los libros físicamente. Se refería a dónde estarían las ideas».

Pero los nietos no teníamos que ganarnos la entrada a esta fortaleza. Era simplemente la habitación de Hillway en la que dormíamos cuando éramos muy pequeños y nos daba miedo dormir solos. Olía a viejo y a moho, y yo

nunca estuve seguro de si aquel era el olor de los libros o el de mis abuelos. Más tarde, yo dormía en la pequeña habitación que estaba en diagonal con su dormitorio, un cuartito con una cama individual y unas vitrinas que aún contenían algunas de las baratijas de mi tía, de cuando vivía con sus padres, fijadas a la pared más alejada de la cama. Junto a la ventana había un armario que guardaba montañas de catálogos y otros materiales de investigación que Chimen utilizaba cuando evaluaba libros y manuscritos raros para Sotheby's. Durante más de treinta años Chimen trabajó para ellos como experto en libros hebreos. Él fue quien catalogó la extraordinaria colección de manuscritos e incunables de David Sassoon, cuya venta, en una serie de subastas celebradas en Londres y en Zúrich en los años setenta, supuso el nacimiento del mercado global moderno de documentos hebreos raros. «Antes de la subasta Sassoon los libros hebreos estaban en el limbo. Pocos compradores; libros vendidos a muy bajo precio», escribió Chimen en las notas que preparó para una conferencia que dio sobre la subasta, cuando tenía ochenta y cuatro años. «Cambio extraordinario con primera subasta de Sassoon (...) La subasta fue un éxito».

La subasta de la colección Sassoon no solo incrementó a gran escala el valor de los manuscritos y los primeros libros impresos hebreos, sino que también afianzó la profesión de Chimen, convirtiéndolo en un solicitado tasador de tales artículos. «Puede que te haga gracia saber que ahora he contado los catálogos que compilé, o confeccioné, desde 1961», le decía al joven bibliógrafo Brad Sabin Hill, que había aprendido con mi abuelo, en una carta fechada el 8 de junio de 1988, «y son casi cincuenta (...) Y casi todos sin mi nombre (excepto dos)».

Encajadas entre el armario y la puerta de esta pequeña habitación desocupada colgaban las dos reproducciones de baja calidad de cuadros de Marc Chagall. Cuando de adolescente yo pasaba allí la noche, me despertaba y contemplaba aquellos dos cuadros a la luz de las primeras horas de la mañana. Y después, sin prisas, me levantaba de la cama, me cepillaba los dientes, me duchaba bajo el escasísimo chorro de agua que salía de la alcachofa de mano de un cuarto de baño que no se había reformado desde la Segunda Guerra Mundial, y

me dirigía abajo. En la curva de la escalera colgaba la enorme (aunque de un tercio del tamaño del original) y macabra reproducción, en blanco y negro, fabricada en serie, del *Guernica*, los mutilados cuerpos y aullantes rostros de la experiencia vivida por la ciudad española con los bombardeos aéreos, que se alzaba como sombrío testimonio de los horrores del mundo moderno. Fueron aquellos horrores los que habían llevado a mi abuela a poner toda su confianza en el Partido Comunista.

Yo pasaba por el lado del cuadro deprisa, bajando por la alfombra apolillada de la escalera lo más rápido que podía. Al llegar abajo hacía un giro cerrado alrededor del pomo de la barandilla y recorría el pasillo camino de la cocina. Allí, yo lo sabía, estaría mi abuela, delante del fogón, esperándome con una sartén llena de tortitas y una taza de té caliente lista para que me la bebiera de un trago, y un tarro de miel calentada para las tortitas, encima de la mesa, en mi sitio.

«Hola, cariño», decía. «Te he preparado el desayuno».

Treinta y cinco años después de haberme quedado atrapado en el extraño dormitorio de mis abuelos por culpa de la niebla, estaba acostado en otra habitación, a miles de kilómetros de distancia, soñando con la Casa de los Libros. El primer aniversario de la muerte de Chimen se aproximaba y yo no podía dejar de pensar en aquellos terribles meses finales. Me dormí y soñé que estaba de vacaciones con mi familia, y que Chimen estaba con nosotros. Era muy viejo, tan frágil como el más antiguo de sus libros, pero intelectualmente estaba bien. Estábamos hablando de sus libros.

De repente me daba cuenta de que lo habíamos enterrado hacía un año. No lo entendía. Me llevaba aparte a mi madre para pedirle una explicación, y ella empezaba a decirme, en un susurro, que todo el mundo había creído que Chimen se estaba muriendo, así que habían organizado el funeral, y que después, por alguna razón, no había muerto. (En la realidad, contra todo pronóstico, Chimen había superado, dos veces en su último año, enfermedades que los médicos consideraron mortales). La conversación con mi madre se interrumpía. Pero más tarde conseguía llevarme a un lado a mi padre

y hacerle la misma pregunta. «No te preocupes», contestaba. «Estábamos convencidos de que se estaba muriendo, así que organizamos el funeral, y no podíamos anular la invitación de todo el mundo, así que lo celebramos. Escondimos a Chimen en el desván y celebramos el funeral». «Pero ¿y el ataúd ante el que lloramos?», preguntaba yo incrédulo. «Vacío».

Y después me daba cuenta de algo completamente demoledor. «Pero los libros no están. Las estanterías están vacías. Chimen está viviendo como un fantasma en una casa sin libros». La idea era intolerable, la pura agonía que mi abuelo debía de estar sufriendo en la casa vacía, insoportable.

Me desperté gritando.

EL RECIBIDOR: *UN PORTAL EXTRAORDINARIO*

*No he escrito ni la mitad de lo que he visto,
porque sabía que no me creerían.*

ÚLTIMAS PALABRAS ATRIBUIDAS A
MARCO POLO (1324).

Incluso años después de que los personajes principales de Hillway hayan muerto, sigo soñando con ellos con frecuencia.

Hillway es parte de una pequeña urbanización, justo al lado del parque de Hampstead Heath, conocida como Holly Lodge Estate. La propiedad perteneció originalmente a una familia de banqueros victoriana, y cuando más tarde fue vendida y urbanizada, las calles siguieron siendo de propiedad privada, en gran parte al margen de la administración del ayuntamiento. Que un gran número de comunistas eligiera comprar una casa en este enclave privado era algo un poco irónico. Cuando yo era pequeño, sin embargo, las únicas señales visibles de que aquello seguía siendo una «propiedad privada» eran la verja que había al pie de la colina, que estaba siempre abierta y que daba a la calle desde Swain's Lane, y la propensión que tenían los vigilantes del aparcamiento a ponerle un *ticket* a cualquier coche cuyo propietario cometiera la temeridad de aparcar en la calle sin tarjeta de residente o pase de visita. Cada cierto tiempo, alguien de la junta administrativa de la urbanización le enviaba a Chimen una carta muy presuntuosa, dirigida con sequedad a

«Abramsky», advirtiéndole del hecho de que se estaba retrasando lamentablemente en el pago de las cuotas «voluntarias» requeridas a los residentes cada año. Sin embargo, como eran voluntarias, Chimen no se sentía obligado a soltar más dinero.

En una de las calles adyacentes a la urbanización está el descuidado cementerio en el que está enterrado Karl Marx, al igual que el teórico del electromagnetismo Michael Faraday y el darwinista social Herbert Spencer. Jugando con el nombre de la cadena de tiendas, los chistosos bromean con frecuencia sobre lo cerca que están Marx y Spencer en su última morada. Varias veces durante mi infancia Chimen me llevó colina arriba hasta ese cementerio a contemplar el enorme monumento, encargado por el Partido Comunista de Gran Bretaña en 1955, que hay sobre los restos de Marx. Nunca me dijo si él había tomado parte en la génesis del monumento, pero dado que entonces era todavía un miembro activo del Partido, es bastante posible. En otra calle, más arriba, sobre el brezal, está el Spaniards Inn, un antiguo *pub* en el que, según cuenta la leyenda, Dick Turpin, el salteador de caminos del siglo XVIII, había saciado su sed.

Desde lo alto de Hillway se veía todo Londres, hasta el Támesis. Si al salir de los enormes refugios antiaéreos que hubo en Hampstead Heath durante la guerra, hubieran subido aquella colina, mis abuelos habrían contemplado los inmensos incendios que asolaron gran parte de Londres. Cuando las bombas volantes V1 y los cohetes V2 caían al azar sobre la ciudad desde junio de 1944 hasta el fin de la guerra, mis abuelos habrían visto su nuevo vecindario salpicado de solares llenos de escombros donde antes hubo casas, tiendas y oficinas. Un impacto directo de un V2 podía derribar toda una manzana. Los londinenses intentaban huir de la masacre escondiéndose bajo tierra: las cercanas estaciones de metro de Hampstead, Highgate and Belsize Park, todas muy por debajo del nivel de la calle, fueron utilizadas como refugios por los muchos miles de ciudadanos aturdidos por las bombas. (El futuro presentador de *talk-shows* de la televisión americana, Jerry Springer, nació en la estación de Highgate durante un ataque aéreo en 1944). Normalmente las estaciones de metro proporcionaban un refugio seguro; a veces, sin embargo, un impacto directo suponía una terrible pérdida de vidas. El 14 de octubre de 1940, por ejemplo, una bomba enorme atravesó el suelo

por encima de la estación de Balham, al sur de Londres, explotando justo encima de dos andenes utilizados por quienes allí se resguardaban. Como resultado de la explosión murieron setenta y seis personas, algunas por la explosión en sí, otras al parecer ahogadas por el agua que salió de las tuberías reventadas, y otras asfixiadas por el gas que escapaba de las conducciones dañadas.

Cuando aprobé mi examen de conducir a los diecisiete años, fui a Hillway tantas veces que la ruta se quedó grabada en mi memoria para siempre. Y aunque la casa de mis abuelos estaba solo a tres puertas del pie de la colina, yo casi siempre seguía hasta lo alto para contemplar la vista. Era espectacular. Al descender la colina las vistas cambiaban. La cúpula de la obra maestra de Christopher Wren, la Catedral de San Pablo —justo al norte de la desgarrada escuela privada en la que estudié desde los once hasta los dieciocho años, que estaba junto al río y al otro lado de la central eléctrica abandonada que se convertiría en la Tate Modern Gallery—, se veía desde un punto, y la torre de British Telecom desde otro. Desde la cima, conforme daba la vuelta con el coche de mis padres en la pequeña rotonda y me dirigía hacia abajo, podía ver el río; más tarde, cuando se construyó el London Eye, la noria gigante, para celebrar el nuevo milenio, esta también formó parte de las vistas. Era como un diorama en movimiento de todo lo que es la mejor arquitectura de Londres (junto con un solar que no lo era) vista en miniatura conforme el coche bajaba lentamente por Hillway, de regreso a la calle Swain's Lane, al pie de la colina.

La casa de mis abuelos estaba justo a la vuelta de la esquina de un supermercado, un par de cafeterías, la charcutería Cavour's y una pequeña ferretería, todo en Swain's Lane, y a poca distancia de un taller mecánico que ocupaba uno de los espacios vacíos que dejaron las bombas durante la guerra.

Mimi y Chimen conocían, al parecer, a la mitad de los residentes de estas calles. Varios miembros de la familia vivían a un paseo de distancia: Jenny, su marido, Al, y sus hijos, Rob y Maia; la prima de Mimi, Phyllis Hillel, que se mudó a la zona cuando enviudó en la década de los ochenta, su hijo Peter, su esposa, Vavi, y sus hijos, Emma y Nick; y la sobrina de Mimi, Julia, que vivía en la casa que décadas antes había pertenecido a la madre de Mimi. Después estaba Fred Barber, un elegante y anciano médico que había huido de Praga

después de que el Pacto de Múnich sirviera para entregar Checoslovaquia a los nazis. Casi a diario —hasta que tuvo más de noventa años y la edad se lo impedía—, Barber iba a Hillway a tomar un té y charlar, siempre perfectamente ataviado con traje y corbata y con sus escasos mechones de pelo blanco peinados hacia atrás, sobre una calva brillante, despejada y con manchas de la edad. Por alguna razón, mientras Mimi siempre lo llamó «Fred», Chimen nunca se dirigió a él más que como «Barber» o «Doctor Barber». Había un viejo profesor y antiguo embajador de la India en la Unión Soviética, Krishnarao Shelvankar, y su muy educada esposa, Mary. Hiciera el tiempo que hiciera, él siempre llevaba sandalias, como resultado de lo cual, mientras que después de todos estos años no consigo recordar su cara, puedo ver, con bastante claridad, sus dedos de los pies. Eran largos, con las uñas ligeramente marrones. Mary, sin falta, me animaba a que tocara el piano y, tomando té en la cocina con Mimi, alababa mis poco entusiastas esfuerzos — las sonatas de Beethoven, los estudios de Chopin, algo de Gershwin, un poco de Scott Joplin— cuando tocaba. Oyéndolas hablar de mis aptitudes musicales, cualquiera habría pensado que yo estaba destinado a ganar el Concurso Internacional Tchaikovsky. En realidad, tenía suerte si podía tocar tres o cuatro compases sin fallar una nota. Durante seis meses al año, una pareja israelí, Mike y Ora Ardon, viejos amigos de Mimi y Chimen, vivían a un minuto de Hillway. Antiguos camaradas del Partido Comunista y colegas académicos se repartían por la urbanización o iban de visita desde vecindarios cercanos. Una multitud de otros visitantes habituales vivía a corta distancia en coche o autobús: Sara, la hermana de Mimi, y su marido, Steve Corrin; su hija Eve —hermana de Julia— y el hijo de ella, Tom; la prima de Chimen, Golda Zimmerman; los primos de Mimi, Lily y Martin Mitchell (Lily era la hermana menor de Phyllis; su padre y varios hermanos habían muerto la primera noche del bombardeo de Londres); y muchos otros.

Cada familiar que entraba en la casa, en especial los niños, merecía un saludo específico por parte de Chimen: estaba «*Miister* Rob»; durante un tiempo, cuando pasaba por una etapa de indecisión adolescente, mi hermano, Kolya, se convirtió en «*Miister* Quizá»; mi hermana, Tanya, y la prima Maia eran Tweedle Dum y Tweedle Dee^[12], aunque hoy en día no se ponen de acuerdo en quién era quién.

La persona a la que más asocio con la puerta de Hillway, con el ritual de entrada, no era, sin embargo, un familiar. Era, por el contrario, la mejor amiga de mi abuela, una dentista llamada Rose Uren. Al menos una vez al día en Hillway yo escuchaba un rugido, un sonido estruendoso que se acercaba por la calle. Esa era la señal; yo iba corriendo a abrir la puerta, y allí, esperando fuera, estaba Rose, que había venido en su ciclomotor por todo el sendero flanqueado de plantas hasta el pequeño espacio asfaltado que había junto a los tres escalones que subían hasta la puerta roja de entrada. Allí estaba Rose, de pie delante de mí, con el casco aún puesto, la mitad de las veces con bolsas de salmón ahumado, pan negro y otras cosas imprescindibles que Mimi le había pedido que comprara por el camino. Parecía salida de una película de serie B de los años cincuenta. «Holaaa, Sasha», decía con un acento francés muy marcado. Y a continuación, fingiendo sorpresa: «¡Nadié me dijo que *estagías* aquí! No *habgía* venido si lo *hubiega* sabido». Entonces miraba por encima de mi hombro a mi abuela que estaba en la cocina delante del fogón. «¡Mimií! ¿*Pogqué* no me dijiste que él *estagía* aquí?». Y antes de que pudiera escaparme, me agarraba y, con un aliento que olía a queso fuerte, me plantaba un beso en cada mejilla. Era un olor horrible... que me encantaba.

Rose había huido a España a través de los Pirineos cuando Francia sucumbió a los nazis; fue detenida por las fuerzas de Franco y después, de alguna manera, consiguió volver a Francia para unirse a la Resistencia. Después de la guerra se trasladó a Inglaterra. No tenía ni un pelo de religiosa, pero en ciertos aspectos era tradicional a más no poder, una perfecta regateadora de los *shtetl*, siempre en busca de la mejor ganga, siempre dispuesta a lanzar insultos a los comerciantes cuando le parecía que la querían engañar. Quizá esa era la razón por la que Mimi la mandaba a hacer la compra para la casa. «Grupos de mujeres se agolpaban alrededor de los campesinos que habían traído sus productos de la granja para venderlos, empujándose unas a otras para intentar escoger primero», decían Mark Zborowski y Elizabeth Herzog acerca de los mercados judíos de Europa del Este, en el libro que escribieron en 1950 sobre las costumbres del *shtetl*, titulado *Life Is with People*. «El regateo se convierte en una de las bellas artes. La adquisición de un pescado para el *sabbat* puede reunir todo el suspense de una batalla

campal, con espectadores animando y participantes disfrutando en verdad del mutuo aluvión de insultos y provocaciones». El hecho de que Rose comprara en el mercado de mayoristas y no en el mercado de un *shtetl* no disminuía su entusiasmo por aquel espectáculo.

Yo adoraba a Rose. No conocía a nadie tan estafalario —*ungapatchka* era el término yidis— Excomunista, se había vuelto una auténtica burguesa, que asistía a la ópera con regularidad en el Covent Garden y que, como dentista, tenía entre sus pacientes a varios de los políticos más importantes del país. Más aún, era una fanática del tenis, y nada le gustaba más que sentarse conmigo a hablar de Wimbledon o de Roland Garros. Al igual que a mí, le encantaba John McEnroe y le caía fatal Ivan Lendl. Y cuando alguien le caía mal, soltaba unas barbaridades que helaban la sangre. Era Rose quien me hacía una limpieza dental dos veces al año y, teniendo ella la boca llena de sus propios empastes de plata, me regañaba por no cepillarme mejor cada día. Fue Rose quien más se ocupó de que dejara de morderme las uñas y meterme el dedo en la nariz cuando era pequeño. Y fue Rose quien, una década después, más horas dedicó a enseñarme a conducir.

Para Rose, cuya nieta vivía a miles de kilómetros de distancia, los cinco nietos de Chimen y Mimi servían de sustitutos. A veces podía ser muy posesiva. Cuando mi primo Rob traía a casa a alguna amiga de la facultad, Rose llamaba al timbre de mis abuelos con su acostumbrado doble timbrado. Al entrar en la casa exclamaba: «¡*Quiejo veg* a la chica que me ha *jobado* a mi *Job!*». Llevaba binoculares de ópera para ver mejor. Cuando veía a la sorprendida amiga de mi primo, Rose la agarraba y, con fingida solemnidad, sacaba una lupa de dentista y decía: «¡*A veg* los dientes!».

A lo largo de los años conocí a miles de personas en Hillway, y en mi imaginación, décadas después, sitúo a diferentes personas en diferentes habitaciones. A ciertas personas, como la chismosa amiga de mi abuela, Rachel, de Liverpool (que siempre iba con mucho colorete en las mejillas), o la prima Phyllis —un maravilloso personaje *cockney* que, en la mayoría de sus comidas, no tomaba nada más atrevido que pan o patatas, pero que de forma habitual preparaba y traía a casa el mejor *strudel* de manzana que he

probado jamás—, las imagino como habitantes de la cocina. Sentadas en incómodas sillas de madera, se quedaban allí con mi abuela, bebiendo una taza de té tras otra e intercambiando detalles sobre novedades del barrio y noticias de la familia. Conforme se hacían mayores todas fueron perdiendo oído, y, año tras año, el volumen de estas conversaciones fue subiendo. Otras se han establecido en mis ensoñaciones como personas del comedor. Por algún motivo, sin embargo, algunos de mis mejores recuerdos son de personas del recibidor. Por supuesto, no eran realmente personas del recibidor; como todas las otras que nos visitaban, simplemente cruzaban la entrada flanqueada de libros de camino al resto de la casa, pero mis recuerdos de ellos son de su llegada, del anuncio de que estaban allí, y del modo en que eran recibidos.

Pienso en mi tía abuela Sara y su marido, Steve, como personas del recibidor. Pasaron décadas recopilando historias infantiles de todo el mundo y publicándolas en una maravillosa serie de volúmenes titulados «Historias para niños de cinco años», «Historias para niños de seis años», y así sucesivamente. Cada vez que venía a la casa, Sara, que, como su hermana mayor, creía que todos los encuentros sociales requerían que se llevase comida, llegaba cargada de pasteles y otras golosinas que había hecho ella en su mal iluminada casa antes de venir a Hillway. Steve siempre venía equipado con nuevos chistes, comentarios sucintos —casi aforismos— sobre asuntos internacionales y recortes de noticias cuidadosamente doblados y a buen recaudo en alguno de los bolsillos de su chaqueta marrón de lana o de su americana gris, que se quitaba ceremoniosamente para dárnosla a mí o a Chimen casi antes de haber cruzado la puerta. Enfermo de tuberculosis en su juventud, Steve siguió flaco como un esqueleto durante el resto de su vida, y su presencia era un manojo de nerviosa energía, sus agudos ojos observándolo y analizándolo todo y a todos. Iban a menudo, pero, cuando Steve iba con Sara, con frecuencia solo se quedaban unos minutos. Al parecer, Steve se cansaba con facilidad. Se iba al comedor a sentarse en el filo de un sillón mientras daba rápidos y nerviosos traguitos a un *brandy* corto. Una vez que había contado sus chistes y había compartido sus recortes de noticias, solía hundirse en un silencio taciturno, y sus ojos inquietos se expresaban por él. Se marchaban al cabo de unos minutos.

Cuando el desfile diario de visitantes subía los deslucidos escalones de ladrillo rojo de la entrada, con las manos en el inseguro pasamanos de madera, y entraban en la casa de Hillway, los libros del recibidor eran lo primero que les llamaba la atención. Las delgadas biografías en rústica de Grandes Hombres. Las especializadas y voluminosas enciclopedias socialistas. Las primeras ediciones de historias y novelas variadas. Si se hubieran detenido en el recibidor el tiempo suficiente para sacar libros de los estantes, habrían descubierto una segunda fila de libros escondidos detrás de los que se veían. En esos estantes había muchos libros sobre las fracasadas revoluciones europeas de 1848 —el año en que Marx y Engels publicaron el *Manifiesto Comunista*—, incluyendo uno de Alexandre-Auguste Ledru-Rollin, uno de los líderes del levantamiento de Francia; también había volúmenes sobre la Comuna de París de 1871; algunas primeras ediciones raras sobre la socialdemocracia austríaca; y libros de Karl Kautsky, que antes de la Primera Guerra Mundial había sido ampliamente considerado uno de los principales teóricos del marxismo de su época, pero que había hablado apasionadamente contra la Revolución bolchevique después de 1917. Murió anciano y arruinado, exiliado en Ámsterdam, en 1938; su esposa pereció unos años después en Auschwitz.

En el vestíbulo había también una colección completa de las actas del Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética; demasiado altas para tenerlas de pie en los estantes, estaban colocadas horizontalmente. Había primeras ediciones, en ruso, de obras de Gueorgui Valentinovich Plejánov, que fue el fundador del primer partido político ruso abiertamente marxista, el primer traductor de las obras de Marx al ruso y un hombre que, más tarde, en los últimos años de su vida, criticó con amargura los sanguinarios métodos empleados por Lenin para llevar a cabo la revolución.

La última parte de la colección marxista de este espacio era una versión moderna de las obras completas de Marx y Engels en inglés, cuatro docenas de grandes volúmenes que ocupaban varios metros de estantería. Además, había muchos libros en rústica de fabricación en serie, incluyendo pequeñas biografías de filósofos y políticos famosos; obras escritas por amigos de Chimen, como James Joll; y textos sobre el Partido Comunista Americano.

A la izquierda de la puerta, enfrente de donde empezaban las estanterías,

había un pequeño armario, en el que colgaban los abrigos de Mimi y Chimen y un par de grandes paraguas. Pero tenía tanto polvo y estaba tan atestado de papeles varios, carteles enrollados y pilas de libros, que como armario era del todo inservible. Por lo general las visitas simplemente dejaban sus abrigos y bufandas en la barandilla, al inicio de la escalera. Entre el armario y el pie de la escalera había una mesita en la que descansaba, a mediados de los años noventa, un teléfono rojo de disco, cuyo dial parecía haber sido diseñado para que girara con una lentitud desesperante. Al lado del teléfono estaba la enorme agenda de mi abuela, con su gran caligrafía llenando página tras página de nombres, números de teléfono y direcciones, cuyo tamaño contrastaba con la minúscula agenda de Chimen y sus casi microscópicas anotaciones.

En un rincón, justo a la derecha de la puerta, había un espacio donde terminaban las estanterías y la agrietada pintura de color vino tinto quedaba a la vista. Allí había colgado un austero retrato al óleo del padre de Mimi, Jacob Nirenstein. Tenía un bigote espeso, caído, del estilo preferido por los funcionarios y otros empleados públicos de la Inglaterra del rey Eduardo, y llevaba chaqueta y una corbata muy formal, y el pelo pulcramente peinado con raya al medio; tenía aspecto de repartir sus sonrisas con moderación. Sin embargo, yo sabía que detrás de esta doliente apariencia latía un corazón apasionado. En una época de matrimonios concertados y emparejamientos cuidadosamente orquestados, Jacob se había casado con el amor de su infancia, Fanny Nirenstein, después conocida por todo el mundo como *Bellafeigel* («bello pájaro»). Lo que hacía que la historia resultase bastante desconcertante cuando la contaban —a mi madre en particular le encantaba contar esta historia familiar— era que Jacob y Bellafeigel eran tío y sobrina, una relación que era legal bajo la ley judía (aunque no lo era que una tía se casara con su sobrino) pero ilegal en Inglaterra. Él era el más joven de varios hermanos, nacido en 1882; ella, la mayor, nacida en 1885, una diferencia generacional inexistente dado el tamaño de sus familias. Crecieron juntos en el pequeño *shtetl* de Multch, cercano a las marismas de Pripet, un vasto humedal que abarcaba parte de Bielorrusia y Ucrania; se habían enamorado, se prometieron en secreto que se casarían cuando cumpliesen la mayoría de edad y, fieles a su palabra, emigraron a Londres y se casaron en la iglesia de Whitechapel en 1908; iniciaron su vida familiar en el East End.

Compraron una vieja y enmohecida librería judía en Spitalfields, en Wentworth Street, 18, llamada Shapiro, Valentine & Co. Al principio de su matrimonio habían vivido encima de la tienda con la viuda de Shapiro, antes de comprarle la tienda e iniciar su propio negocio. Obtenían escasas ganancias con la compraventa de libros judíos, libros de oraciones y artículos para las fiestas religiosas. Era una tienda muy respetable, muy posiblemente la mejor librería judía de Londres, y le permitía a Jacob mantener a su creciente prole. La familia vivía a la vuelta de la esquina de la tienda, en el 5 de Commercial Street, una calle rebotante de puestos de frutas y verduras; allí cerca había pensiones de mala muerte que proporcionaban camas infestadas de chinches a las personas sin hogar. En Toynbee Hall, bienintencionados trabajadores sociales ayudaban a los hijos de los inmigrantes a integrarse en la cultura británica. Los pescaderos abarrotaban Petticoat Lane. Los comerciantes vendían pollos vivos, que después se sacrificarían siguiendo los preceptos *kosher*. Había panaderías como Goide's, que vendían *hagels* y *challah*. Había carnicerías *kosher* como Barnett's. El Primero de Mayo —escribió el organizador del Partido Comunista, Hymie Fagan (que también acabó viviendo cerca de Hillway), décadas después en unas memorias inéditas—, los hijos de familias de judíos rusos radicales desfilaban por las calles «vestidos con sus pobres galas, pero aseados, acicalados, peinados y con lazos», bailando alrededor de ramos, que llevaban en carretas, y cantando canciones revolucionarias.

Cuando yo era niño, cada vez que le contaban la historia del ligeramente extraño romance de Jacob y Bellafeigel, entre risas, a otro amigo más, sentía una nerviosa subida de adrenalina y, al menos en sentido figurado, empezaba a removerme en mi asiento. Pero para mis abuelos aquello no era en realidad un motivo de inquietud. Es verdad que, en los documentos oficiales —los pasaportes, las partidas de nacimiento de sus hijos y su propio certificado de boda—, para evitar calumnias sobre la legalidad de su matrimonio utilizaron un nombre falso para Bellafeigel; se convirtió en Fanny (o Fenny). Sherashevsky, tomando el apellido de soltera de su madre como apellido suyo. Lo cierto es que, legalidades aparte, la suya no era una situación infrecuente. En los *shtetl* era habitual que los primos se casaran entre sí y que los tíos jóvenes se casaran con sus sobrinas mayores; dijeran lo que dijeran las leyes

del país al respecto, en realidad no se consideraba inaceptable. Para los familiares de Jacob y Bellafeigel, los posaderos y los pescadores de las marismas de Mulch, cuyos propios antepasados habían emigrado a las marismas desde el pueblo ruso de Olshevi en las primeras décadas del siglo XIX, lo que hubiera resultado mucho más inadmisibles que el parentesco era el hecho de que se tratara de un matrimonio por amor. Esto, en cierto sentido, era un revolucionario rechazo de la autoridad paterna, con casi tantas implicaciones como la negación de la verdad reveladora de la religión. En el clásico musical *El violinista sobre el tejado*, Tevye el lechero se debate en ese dilema cuando su hija mayor anuncia que está enamorada del sastre Motel Kamsol. Eso, dice él, «es inaudito». Pero después reflexiona. «Amor, es un estilo nuevo», dice finalmente, reconciliándose con el incómodo estado de las cosas. Quizá por eso *El violinista sobre el tejado* era una de las películas favoritas de Mimi, con esas escenas en Technicolor del desarrollo del drama familiar, que garantizaban las lágrimas igual que las cebollas que cortaba en la cocina y quemaba, deliberadamente, para dar sabor y que ponía por encima de las chuletas de cordero.

Pero por mucho que el amor de Jacob y Bellafeigel hiriera a sus padres, ellos siguieron adelante, se casaron y se aseguraron de que esa parte del árbol genealógico familiar se convirtiera en un confuso enredo difícil de desentrañar para los futuros genealogistas: Jack Abramsky, nieto de Bellafeigel y Jacob, se casó con Lenore Levine, nieta de Sofía, hermana de Bellafeigel.

Sophie había emigrado a los Estados Unidos cuando su hermana partió a Inglaterra; su hija Miriam, conocida como Mim, se trasladó a Los Ángeles a finales de la década de 1930; y Lenore, hija de Mim, estuvo en Londres en 1966, donde conoció a su primo Jack, se enamoró y decidió que se quedaría en Londres. Mis abuelas, las dos llamadas Miriam, presumiblemente por una misma antepasada común, eran primas hermanas; mis padres, Jack y Lenore, son primos segundos; yo soy primo tercero de mí mismo. Y eso me convierte además en primo tercero de mi hermano y mi hermana. Quizá, en cierto modo, lo estrafalario de estas relaciones familiares creadas por su matrimonio fue lo que llevó a mi madre a elegir Asesoramiento Genético como profesión cuando volvió a trabajar en 1981, dos años después de que naciera Tanya, mi hermana.

En 1926, cuando Mimi tenía nueve años, Jacob cayó fulminado por un ataque al corazón con poco más de cuarenta años, no mucho después de que la familia hubiera hecho su único viaje al extranjero: habían cruzado Europa hacia el este, de regreso a las comunidades de la Zona de Residencia, de la cual habían salido una generación antes. El funeral de Jacob se celebró, de manera discreta, en un pequeño cementerio judío del norte de Londres. Su muerte destruyó las ambiciosas aspiraciones de su esposa e hijas, dejando a Bellafeigel luchando para criar a tres niñas y mantener la tienda abierta. Para la hija mayor de los Nirenstein, Minna, el trastorno fue especialmente difícil de sobrellevar. Dotada para la música y la composición, estudiaba en la Royal Academy of Music cuando su padre murió, pero como la economía familiar cayó, se hizo más difícil mantener los gastos de sus estudios. En 1929, con veinte años, tuvo que abandonar sus sueños y volver al East End para trabajar en la librería. Debió de ser un cambio terriblemente claustrofóbico para ella. Solo décadas más tarde —años después de haberse casado por segunda vez y conocida entonces como Minna Keal—, con más de setenta años, pudo volver a la música, componiendo finalmente, en el garaje de detrás de su casa, una potente, y a veces airada, sinfonía. Se estrenó en el Albert Hall en 1989, como parte del festival London Proms, con considerable éxito. Después compuso varias piezas de cámara y a la postre se hizo un documental sobre ella, titulado con acierto *A Life in Reverse*^[13]. Para las otras dos hermanas Nirenstein, mucho menores, la prematura muerte de Jacob significó una infancia de, en ocasiones, pobreza absoluta en el depauperado vecindario de Stepney. Mimi recordaba que en toda su infancia solo tuvo una muñequita de trapo, y que incluso la adquisición de aquel pequeño regalo fue para ella algo muy valorado, dado el poco dinero que tenía su madre.

Pero al mismo tiempo que el fallecimiento de Jacob supuso la fractura del mundo de sus hijas, fue también el catalizador de un cambio político. Sin la severidad religiosa de su padre, mientras Europa atravesaba las catastróficas consecuencias de la guerra mundial, la revolución y el hundimiento económico, en la década siguiente a la muerte de Jacob las tres hermanas Nirenstein abandonaron sus creencias religiosas y se dirigieron hacia una nueva fe política: el comunismo. En los primeros años de la década de 1930, con el primer ministro laborista Ramsay MacDonald presidiendo una política

de recortes de las ayudas por desempleo y los salarios del sector público, fue el Partido Comunista de Gran Bretaña —fundado en 1920 para promover una revolución al estilo bolchevique— el que organizó a los desempleados para que se manifestaran; coordinó las «marchas del hambre» por Londres y dio forma al movimiento *Worker's Charter*^[14], inspirado en los cartistas de casi un siglo antes, para demandar una jornada laboral de siete horas diarias, el aumento de las ayudas por desempleo y derechos políticos para los miembros de las fuerzas armadas. Su líder, Harry Pollit, recorrió el país impartiendo charlas en Manchester, Leeds, Liverpool, Newcastle y Londres, dando a conocer las bondades del programa del movimiento. Una popular canción comunista de la época instaba:

*Si quieres luchar contra los recortes salariales
lucha por el Worker's Charter.
Levántate y demuestra que tienes agallas,
que no siempre estarás abatido.
Ahora es el momento de ir
hacia delante con el Estatuto.
Y juntos demostraremos
que la lucha obrera triunfará.*

Naturalmente, fue este mismo Partido Comunista el que llevó a cabo implacables purgas de supuestos trotskistas entre sus propios miembros y el que se negó con firmeza a admitir las informaciones que provenían de Rusia y que hablaban de encarcelamientos en masa y ejecuciones de disidentes, informaciones que en algunos casos eran proporcionadas por occidentales que habían ido a la Unión Soviética para ser testigos de la creación de una tierra prometida y habían regresado profundamente desencantados con el proyecto.

En los primeros años treinta, sin embargo, Mimi no quería ver lo malo. Por el contrario, ella y sus hermanas, como muchos otros jóvenes idealistas durante aquellos años, veían a los comunistas en acción por las calles de su

amado East End y se sentían seducidas. Durante los años de entreguismo, cuando los políticos británicos y franceses toleraban una y otra vez las atrocidades de Alemania e Italia, fueron los comunistas quienes intervinieron en un malogrado intento de salvar la República española. Y fueron los comunistas quienes llevaron la iniciativa en muchos de los conflictos laborales durante unos años de desempleo masivo y salarios que caían en picado. Con el tiempo, Mimi y muchos otros se sintieron profundamente descontentos por la forma en que el Partido manipulaba grandes causas en beneficio de sus propios intereses: utilizaba nobles aspiraciones humanas y sueños como moneda de cambio; con esa moneda compraba el apoyo de una generación de idealistas. Y ese apoyo ayudaba a mantener una pesadilla en la Unión Soviética. En aquellos momentos, sin embargo, resultaba muy liberador.

El primer novio de Mimi fue un miembro con carnet del Partido, y cuando estalló la Guerra Civil española, se alistó enseguida como voluntario en las Brigadas Internacionales. No obstante, los comunistas no eran muy activos en el extranjero. Centrados en hacer frente al ascenso de la Unión Británica de Fascistas de Oswald Mosley y su llamamiento a la clase trabajadora londinense, movilizaron a sus miembros en un supremo esfuerzo por asegurarse el control político de los barrios en los que esos obreros vivían. Mosley preparó una provocadora marcha de sus «camisas negras» por los enclaves judíos del East End el 4 de marzo de 1936. En respuesta, el Partido organizó una enorme protesta, en la que participaron Mimi y sus hermanas junto con decenas de miles de hombres y mujeres que gritaban el lema de los partisanos españoles: «No pasarán». Se mantuvieron firmes en barricadas organizadas por el coordinador comunista de la zona y futuro miembro del Parlamento, Phil Piratin, mientras unos seis mil agentes de policía intentaban abrir un pasillo a lo largo de Cable Street por el que pudieran desfilan los manifestantes de Mosley. El enfrentamiento se conoció enseguida popularmente como la Batalla de Cable Street, y aquellas barricadas, según escribió un periodista del *New Statesman* unos días después, fueron «lo mejor que ha ocurrido en mucho tiempo». Al escribir sobre los residentes locales decididos a impedir el desfile de Mosley, el periodista señaló que «la gente corriente lo impidió llenando tanto las calles que ni siquiera las cargas de la policía pudieron despejar el camino para el ejército de *sir* Oswald».

Unos cuantos años más tarde, cuando un joven llamado Chimen Abramsky fue contratado para trabajar en Shapiro, Valentine & Co., un par de meses después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, el vínculo común del marxismo y el compartir el lenguaje utópico de una revolución anticipada fue lo que inicialmente acercó al nuevo empleado y a la hija de la dueña. Miriam Nirenstein era, según escribió Chimen más de sesenta años después, «extraordinariamente guapa, con un rostro delicado de rasgos bien definidos, unos preciosos ojos marrones cálidos, chispeante, con un maravilloso sentido del humor. Su rostro me cautivó al instante». Durante los paseos por un Londres oscurecido por el apagón, desde la tienda hasta la estación de metro, ella le fue contando los detalles de su vida. «Me contó que al principio era sionista, pero que durante la Guerra Civil de España (...) se había unido al Partido Comunista. El surgimiento y expansión del fascismo fortaleció su determinación y sus creencias. Durante el día llevaba el negocio familiar, y por las noches repartía folletos del Partido». Mis abuelos se enamoraron de la cabeza a los pies.

Y sin embargo, a pesar del hecho de que Mimi y sus hermanas se habían unido al Partido Comunista en parte para combatir el auge del fascismo, en parte porque se dieron cuenta del terrible peligro que el nazismo suponía para el mundo, cuando Hitler y Stalin firmaron un oportunista Pacto de no agresión el 23 de agosto de 1939 —después de años de entreguismo a los poderes fascistas por parte de Gran Bretaña y Francia, años en los que se desperdició la posibilidad de una alianza entre soviéticos, británicos y franceses—, de algún modo se convencieron para seguir la línea del Partido de oponerse a una guerra que el propio Partido consideraba «imperialista». Por supuesto, Mimi, Sara, Minna y Chimen (que todavía no era miembro del Partido ni una presencia en la vida de mi abuela) conocían el alcance de los horrores del fascismo. Lo conocían, pero al mismo tiempo se convencieron también de que el Pacto de no agresión germano-soviético era una maniobra táctica necesaria para que Rusia ganara tiempo mientras Gran Bretaña y Francia vacilaban y Alemania se expandía hacia Austria, Checoslovaquia y quién sabe hacia dónde más.

Lo que esto significó en la práctica fue que después de que Gran Bretaña finalmente declarara la guerra el 3 de septiembre de 1939, los comunistas

británicos se quedaron atrás, repitiendo tópicos del Partido, mientras la Alemania nazi y la Rusia estalinista se repartían Polonia, los países bálticos y Finlandia. Algunos agitadores comunistas del Reino Unido, en los primeros meses de la guerra, pegaron carteles en las paredes desacreditando la guerra como una farsa imperialista; después de aquello, muchas publicaciones comunistas fueron prohibidas y algunos comunistas incluso encarcelados. Fue, por no decir otra cosa, una postura política profundamente hipócrita, nacida de un contexto en el que la rigidez ideológica y la adhesión inquebrantable a la línea del Partido se veía como la medida principal de la valía de un camarada.

La utilización de consignas iba más allá de la política y, en mayor o menor grado, entraba en el terreno personal también. Cuando la relación de Mimi y Chimen se consolidó a principios de los años cuarenta, se mostraban preocupados, en sus apresuradas cartas de amor, por cómo sus padres se tomarían la noticia de que querían casarse. Ninguno de los dos estaba seguro de que la familia del otro lo aprobara. Chimen temía especialmente lo que diría Yehezkel; y a los dos les preocupaba que Barnett Samuel, entonces marido de Minna y, como tal, cabeza de familia del clan Nirenstein, pusiera objeciones al enlace, puesto que, como hombre muy religioso que era, ya le había hecho saber, con desdén, a la señora Nirenstein, que no estaba seguro de que Chimen fuera suficientemente *frum* (piadoso) para trabajar en la librería. Sin embargo, cuando Chimen reunió valor, en la primavera de 1940, para decirle a su madre que tenía intención de casarse con Mimi, contó, con evidente alivio, que Raizl se puso contentísima. Ahora el reto era convencer «a un reaccionario como mi padre» de que el enlace era bueno. «Mi pequeño Chimen», le escribió en respuesta mi futura abuela de veintitrés años, al saber la noticia, «me alegra saber que se lo has dicho a mi suegra y que la has hecho feliz. Espero que mi reaccionario suegro reaccione con igual alegría». Y resultó que Yehezkel se mostró igual de entusiasmado y, el 20 de junio de 1940, en un East End que esperaba con nerviosismo a que la Luftwaffe dirigiera su atención hacia Inglaterra después de que Alemania hubiese invadido Bélgica, Holanda y Francia, tuvo lugar la boda sin contratiempos.

Después, mis abuelos volvieron enseguida a su activismo político. Por supuesto, en junio de 1941, cuando los nazis lanzaron la Operación Barbarroja contra sus antiguos aliados soviéticos —en cierto modo sorprendiendo a

Stalin, a pesar de los comunicados urgentes de Churchill y Roosevelt en los que detallaban las informaciones que los habían llevado a creer que el ataque era inminente—, los cabecillas comunistas de Occidente cambiaron de opinión rápidamente y se volvieron entusiastas partidarios de lo que ahora veían como un conflicto imprescindible. Los instintos que habían llevado a personas como Mimi a poner barricadas en Cable Street contra los fascistas se desataron una vez más. Ahora alentaban la necesidad de un «segundo frente» para alejar la energía militar nazi de la Unión Soviética y de su infantería. Cuando el gobierno de Churchill decidió liberar al líder fascista Oswald Mosley de la prisión de Holloway a finales de 1943, considerando que ya no representaba una amenaza para el orden social, Chimen ayudó al Partido Comunista a elaborar su respuesta. Enfadado por que la Junta de Representantes de los Judíos, con la que el padre de Chimen colaboraba estrechamente, no se opusiera con suficiente contundencia a la decisión, Chimen escribió una airada carta al periódico *The Jewish Chronicle*. «Esta cobardía», escribió, «avergüenza a todos los judíos que luchan heroicamente contra el fascismo. Esta pusilanimidad, este no estar a la altura de las fuerzas democráticas, es una mancha en nuestros nombres».

Chimen y Mimi compraron la casa de Hillway (que había estado desocupada desde 1942, según los registros de correos de esa época) por dos mil libras en la primavera de 1944, con la hipoteca solo a nombre de Mimi, ya que Chimen era todavía un extranjero apátrida. Las estanterías del recibidor, de tablas barnizadas de pino de baja calidad, se llenaron al principio con libros descartados que Chimen cogió de la tienda y de los que se vendían en el bombardeado East End. Muchos de ellos, que respondían a las ideas políticas de mis abuelos en aquellos momentos, eran obras de propaganda dirigidas a elogiar las bondades de la Rusia bolchevique. Eran volúmenes que acompañaron a Chimen y Mimi durante la guerra. Habían ocupado estanterías en el primer hogar de Mimi y Chimen, un pequeño piso cerca de Regent's Park. El piso estaba demasiado cerca del zoo de Londres para sentirse tranquilo: a Mimi le aterraba la idea de que una bomba impactara en el zoo y derribara las jaulas, y que una noche al volver a casa la persiguiera por la

calle un león en fuga. No era un miedo del todo irracional. El zoo fue bombardeado varias veces, pero al principio de la guerra muchos de los animales más grandes habían sido trasladados a otras instalaciones lejos de la ciudad, y por el temor de las autoridades a que las serpientes venenosas del zoo pudieran escapar y mezclarse con la ya de por sí crispada población, los infortunados animales fueron sacrificados. Así que ni los grandes felinos ni las conspicuas serpientes rondaron ni reptaron por las oscuras calles del Londres del apagón. Al intensificarse la guerra, muchos otros lugares extraños fueron alcanzados: durante el segundo año del conflicto la estación victoriana de London Necropolis, en el distrito de Waterloo, utilizada para transportar los cuerpos de los fallecidos desde Londres hasta el cementerio de Brookwood, fue severamente dañada durante un ataque aéreo. Como su número se multiplicó, y se volvió a multiplicar, no se pudo seguir enviando a los fallecidos al agradable lugar de descanso de la campiña de Surrey.

Durante los ocho meses de ataques aéreos, según el mapa *online* de *Bomb Sight*, que muestra en qué lugares de Londres cayeron las bombas, más de cincuenta impactaron en las calles que rodeaban la casa de Hillway que más tarde comprarían Mimi y Chimen. Ampliando los parámetros de búsqueda a solo unas pocas calles en cada dirección, el número de bombas se eleva a varios cientos. Cayeron bombas en Hampstead Heath, en el cementerio de Highgate, en el hospital de Whittington, en al menos un colegio de la zona, y en numerosas viviendas y comercios. En el East End, alrededor de Shapiro, Valentine & Co., casi todas las calles sufrieron al menos un impacto de bomba; muchas fueron alcanzadas varias veces. Algunas calles quedaron destruidas por completo; otras quedaron como un mosaico de destrucción salpicado de inverosímiles ejemplos de supervivencia arquitectónica. Y mientras la rueda del azar giraba y volvía a girar, por alguna razón la pequeña librería permaneció intacta.

El número de víctimas fue enorme. Entre septiembre de 1940 y mayo de 1941, murieron más de veinte mil londinenses, tres mil de los cuales solo el 10 de mayo. Cuatro de ellos eran primos de Mimi. Londres se había convertido en un osario. De alguna manera, Chimen y Mimi consiguieron mantener al menos una apariencia de normalidad; ella llevaba la contabilidad y se aseguraba de que la tienda pudiera seguir abierta; él siguió recogiendo sus

preciados libros incluso cuando los incendios de los bombardeos de la noche anterior seguían activos. Un día, un cliente entró corriendo en la tienda para decirle a Chimen que el Bet Din —el tribunal eclesiástico de la United Synagogue, que tenía una inmensa influencia sobre la vida religiosa de los judíos ortodoxos de Gran Bretaña y que Yehezkel había presidido desde mediados de los años treinta, cuando rechazó una oferta para convertirse en rabino de Palestina— había sido alcanzado por una bomba. Chimen, temiendo que su padre hubiese muerto, salió corriendo de la tienda hacia el tribunal religioso. Llegó justo a tiempo de ver a Yehezkel, con la gabardina cubierta de polvo, salir tambaleándose de los escombros. Cuando Chimen corrió hacia él, Yehezkel salió en dirección contraria, hacia la casa en la que vivía con Raizl, para decirle que había sobrevivido al ataque.

Al cabo de seis meses de bombardeos mis abuelos tomaron la decisión de marcharse. Llevando con ellos los libros de Chimen, partieron hacia Bedford, a unos ochenta kilómetros al norte de Londres, en febrero de 1941, para alejarse de la furia. Mimi estaba intentando quedarse embarazada. Jack (mi padre) nació en enero de 1942. Vivían en Foster Hill Road, número 194, una casa muy grande que compartían con catorce personas, entre las que había varios primos de Mimi. Chimen se desplazaba a Londres en tren seis días a la semana para atender la tienda. En medio de las ruinas de la guerra, él seguía comprando libros.

En algunas de estas primeras adiciones a su colección, mi abuelo escribió su nombre como «Shimen», en otros sitios escribió «Shimon», en otros «S. Abramsky» y en otros «C. Abramsky». Seguía, al parecer, experimentando con la mejor forma de escribir su nombre hebreo con el alfabeto inglés; más adelante, en una carta escrita en 1967 a Isaiah Berlin, en la que le daba permiso a su amigo para que se dirigiera a él por su nombre de pila después de diez años de correspondencia, decía que la construcción no fonética de su nombre se debía a la peculiar ortografía utilizada por las autoridades soviéticas. Cuando empezó a escribir para el Partido Comunista, añadió seudónimos a la mezcla y surgió «C. Alien». Quizá, en las muchas formas en las que escribía su nombre (y en la variedad de fechas de nacimiento que se atribuía, y que iban desde septiembre de 1916 a marzo de 1917), seguía intentando averiguar quién era, quién quería ser.

Finalmente, cuando se amplió el alcance de los bombardeos y Bedford ya no parecía ofrecer refugio seguro, Chimen y Mimi volvieron a Londres y, a pesar de que los cohetes V2 llovían sobre la ciudad, compraron la casa de Hillway. Era, tal vez, su forma de apostar por el futuro. Cuando los ataques eran demasiado violentos, Mimi llevaba a mi asustado padre, que entonces tenía dos años, a un gran refugio antiaéreo que había bajo el huerto urbano de Hampstead Heath. Allí se hacinaban con otros refugiados del feroz mundo de arriba, mientras las explosiones sacudían su frágil guarida. Los primeros recuerdos de mi padre son de esos escondites. Bien entrado en la edad adulta, seguía teniendo pesadillas sobre los bombardeos.

A lo largo de estos oscuros años, Chimen siguió trabajando en Shapiro, Valentine & Co. y construyendo su colección de literatura marxista. Por las noches, mientras los bombarderos alemanes lanzaban su carga mortal sobre Londres, colaboraba en la localización de incendios para el servicio de incendios del distrito metropolitano de St. Paneras. Se subía a los tejados, recorriendo con la vista la ciudad oscurecida por el apagón, buscando llamas e informando por teléfono a las brigadas de incendios sobre su localización. A la mañana siguiente veía las consecuencias de aquellos incendios. «Un día», escribió en las notas para su nunca acabada biografía, «hubo una explosión impresionante, muy violenta. Salimos a ver. Londres estaba en llamas, ardiendo por los cuatro costados. Era absolutamente aterrador».

Puedo imaginármelo saliendo de la estación de metro de Aldgate East el día después de un ataque aéreo, y caminando con cuidado por entre los escombros, pasando junto a las estrechas y antiguas casas de los hugonotes, algunas aún en pie, otras destruidas, por Whitechapel High Street hasta Commercial Street, y después a lo largo de Wentworth Street hasta su tienda. Quizá, en la confusión de los escombros, se detuviera un momento para orientarse; es posible que la altísima aguja de la Christ Church, en Spitalfields, de principios del siglo XVIII y diseñada por el arquitecto Nicholas Hawksmoor, le ayudara a encontrar el camino. En un día despejado, el sereno cielo azul contrastaría duramente con las humeantes ruinas, y los sonidos de los habitantes del East End intentando seguir adelante con sus vidas se opondrían al silencio de los muertos. Las ruinas debían de oler a cables y goma quemados y a todos los despojos de los edificios destruidos.

Chimen iría caminando con dificultad por entre las ruinas, sobrecogido por los horrores desatados en su ciudad adoptiva y, sin embargo, pensando en qué aspecto tendría esa ciudad, y cómo se organizaría, una vez acabada la guerra. Porque, para cuando él, Mimi y su pequeño hijo volviesen a instalarse en Londres, estaba claro que faltaría poco para que los nazis fueran derrotados. También estaba cada vez más claro que Chimen, al que ya no miraban con recelo por ser un recién llegado, era quien en verdad gobernaba la familia de su esposa. La librería que él dirigía era lo que proporcionaba empleo a los familiares que necesitaban trabajo; y, cada vez más, era su palabra y la de Mimi lo que contaba en los conflictos familiares.

Durante la primera década después del final de la guerra, hasta que fue demasiado mayor y estuvo demasiado enferma para vivir sola, Bellafeigel vivió a la vuelta de la esquina de Hillway. En los años cincuenta, cuando mi padre y mi tía eran niños, ella y su hermano Leibl, la esposa y la hija de Leibl, y a veces otros parientes, alquilaban una casa en la costa cada verano, y Mimi y Chimen iban resignados con los niños a pasar allí el día. Al principio, iban a Southend-on-Sea, en Essex, y después a Bournemouth, que era famoso por sus hoteles *kosher*.

Chimen había aprendido a conducir, de lo que estaba muy orgulloso, en 1952; su entusiasmo solo se vio ligeramente empañado por el hecho de que estuvo varios meses, después de aprobar el examen, viéndoselas con problemas mecánicos en su viejo Morris (un coche de antes de la guerra, que se arrancaba con manivela), y reclamaciones del seguro por pequeños accidentes. Mimi esperó hasta 1956 para aprender a conducir, poco antes de cumplir cuarenta años. Y de ese modo, a principios de la década de los cincuenta, cuando mis abuelos y sus dos hijos iban a la costa, era Chimen quien conducía.

A Mimi le encantaba nadar; de hecho, el agua le resultaba tan agradable que a principios de 1940, poco después de haberse prometido en matrimonio en secreto, le envió a su «pequeño Chimen» una coqueta y apasionada carta, instándolo a que buscara una excusa para dejar la tienda un par de días y cogiera un tren para reunirse con ella en Cardiff; estaba, le decía, deseando

enseñarle el mar. Como prueba de su amor, había escrito hacía poco una «autobiografía» para él, en la que detallaba los amores anteriores de su vida. Chimen, en su respuesta, escribió que, después de pensarlo, prefería compartir sus propias historias amorosas verbalmente mejor que por escrito.

A diferencia de Mimi, a Chimen no le gustaba el mar. Lo cierto es que nunca había aprendido a nadar. Cuando estaban en la playa, él se sentaba en una hamaca o en la arena, con las piernas estiradas, la mitad de las veces con traje, cubriéndose la cabeza casi calva con un pañuelo con las cuatro esquinas anudadas, y los ojos protegidos con gafas oscuras, leyendo literatura marxista. Como concesión al verano, en algún día especialmente caluroso se quitaba la chaqueta. Aunque los veranos británicos son por lo general cálidos, solía dejarse la chaqueta puesta.

En los últimos años cincuenta, después de que el Morris los abandonara definitivamente, Mimi y Chimen compraron un pequeño Hillman Minx de segunda mano. Desde entonces Chimen iba en el coche de Hillway a Wentworth Street. La espalda empezaba a darle problemas —a veces solo podía dormir tumbándose en el suelo— y con el coche, que aparcaba detrás de Shapiro, Valentine & Co., podía llevar y traer los libros de la tienda con mucha más facilidad.

En los claustrofóbicos y oscuros confines de Wentworth Street, número 81, que conservaba la misma fachada que en la época eduardiana, Chimen siempre llevaba un sombrero de fieltro o una gorra de paño. No era porque tuviera frío en la cabeza, sino, supongo, porque no quería que sus clientes y los amigos religiosos de sus padres que iban a la tienda, vieran que no llevaba *yarmulke*.

Hacía años que había dejado de llevar *yarmulke* para ir al trabajo cada día, pero seguía poniéndoselo cuando iba a ver a su padre. Aunque les había dicho a sus camaradas del Partido que sus padres eran «reaccionarios», dejaba de lado sus ideas para evitar ofenderlos sin necesidad. Sus padres sabían que él no era creyente, pero eso no significaba que sus amistades tuvieran que saberlo también.

Cuando se trataba de personas que no se mantenían firmes en su fe o que buscaban integrarse en la cultura secular, Yehezkel podía ser feroz en sus críticas. En 1934, cuando fue nombrado jefe de la corte rabínica del Bet Din de Londres, el periódico *The Jewish Chronicle* dijo en un editorial que *lo*

anglojudío estaba siendo «secuestrado» por extremistas religiosos venidos de lejos, por hombres que hablaban poco o nada de inglés, a los que les importaba poco o nada la cultura del país, y solo buscaban imponer las rígidas costumbres de sus correligionarios. Un comentarista escribió que hombres como Yehezkel Abramsky estaban fomentando unos «dogmas, costumbres y supersticiones ajenos, que nunca habían formado parte del judaísmo excepto en oscuros rincones de lo más profundo de los guetos de la Europa del Este». El rabino respondió: «Mi objetivo es fortalecer *la yiddishkeit*^[15] tanto en la práctica como en el conocimiento del judaísmo». Él fue, según señaló la historiadora de la Universidad de Oxford, Miri Freud-Kandel, en 2006, una fuerza polarizadora del judaísmo británico.

Del mismo modo en que la Constitución de los Estados Unidos está continuamente sujeta a interpretación, por parte de las sucesivas generaciones de especialistas en Derecho, como medio para decidir sobre todos los asuntos, desde la legitimidad del matrimonio gay hasta el derecho a las armas, para los religiosos judíos el Talmud establece un marco teórico dentro del cual se pueden leer textos posteriores —el *Shulhan Arukk* y otros códigos— para formular las reglas de conductas contemporáneas. Para los ortodoxos de Londres, muchas de las prácticas de la vida cotidiana —desde las ceremonias del nacimiento, el matrimonio y la muerte, hasta los alimentos que tomaban— estaban tamizadas por los mandatos del Bet Din. Y así los principales intérpretes del Talmud, y los diferentes comentarios escritos en él a lo largo de los siglos, adquirirían una tremenda influencia. Yehezkel tenía, para sus seguidores ortodoxos, un estatus similar al que el juez del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes tenía entre los estudiosos de la Constitución de los Estados Unidos. Tenía el poder de nombrar o destituir al rabino jefe del país, siendo su aprobación un requisito necesario para cualquiera que aspirase al puesto; su palabra podía destruir, y así fue en ocasiones, la carrera de jóvenes rabinos con cuya interpretación de la Torà él no estuviese de acuerdo. En 1948, casi tres años después de la muerte de J. H. Hertz, que fue rabino jefe durante mucho tiempo, Yehezkel ayudó a Israel Brodie a obtener el cargo, pero solo después de que Brodie hubiera «claramente sometido su autoridad sobre asuntos religiosos al *daydn*^[16] Abramsky», según señaló Freud-Kandel. Los rabinos jefe eran testaferros de conveniencia, pero, como explicó Freud-

Kandel, era Yehezkel Abramsky quien decidía cómo debía interpretar la comunidad la ley religiosa. Yehezkel era, concluye la especialista, un manipulador político extraordinariamente eficaz, pero todas sus maquinaciones tenían solo dos finalidades: aumentar la religiosidad de los judíos británicos e incrementar la influencia de las autoridades religiosas conservadoras sobre ellos.

Así que Chimen tenía buenas razones para evitar que las amistades de sus padres le dijeran a Yehezkel que su tercer hijo alardeaba de su ateísmo en público. No quería que la desaprobación privada de su padre sobre la visión del mundo que tenían él y Mimi se expresara en público. Fue una doble vida que Chimen mantuvo durante décadas. Las oficinas del Bet Din estaban en Hanbury Street, a tres manzanas de la tienda; y la sinagoga de Machzikei Hadath, de la que Yehezkel había sido el rabino antes de convertirse en jefe del Bet Din, estaba más cerca aún, en la esquina de Brick Lane con Fournier Street. Cuando Yehezkel o alguno de sus amigos rabínicos visitaban la tienda, Chimen era capaz de enfrascarse de inmediato en una conversación sobre el Talmud. Cuando sus amigos del Partido Comunista, como el sastre Mick Mindel, pasaban por allí, él se encontraba igualmente cómodo hablando de la dialéctica de Marx mientras tomaban un té.

En las vísperas de las grandes fiestas religiosas, Shapiro, Valentine & Co. bullía de compradores que buscaban los *Haggadot* (los libros utilizados en la cena del *Séder*, previa a la Pascua judía), calendarios judíos, almanaques, libros de oraciones, o los *etrog*, fruta similar al limón, y las hojas de palma utilizadas en la ceremonia del *Sucot* (el Banquete de los Tabernáculos). En los días previos al *Rosh Hashanab* (el Año Nuevo judío) y al *Yom Kippur*, toda la familia al completo iba a la tienda para ayudar a atender a la multitud de clientes que compraban tarjetas de Año Nuevo y toda la parafernalia religiosa asociada a las fiestas. Cuando la tienda cerraba al final de un largo día, a Jenny, una niña entonces, se le confiaba la tarea de contar el dinero que había entrado desde por la mañana.

El viernes por la tarde las puertas de la tienda se cerraban, y los clientes se marchaban a sus casas a prepararse para la comida del *sabbat* y después, el sábado, asistir a la sinagoga. El domingo, sin embargo, las puertas se abrían de nuevo, pues la gente iba al barrio no solo por los artículos de oferta de

Shapiro, Valentine & Co. y las otras tiendas de Wentworth Street, sino también por los puestos del mercado callejero de Petticoat Lane, que atravesaba Wentworth Street y pasaba literalmente por delante de la puerta de la vieja librería. En los días de mercado, bien entrada la década de los sesenta, la zona se volvía tan ruidosa, vibrante y bulliciosa como los grandes mercados y ferias de Londres de épocas anteriores. En aquellos años, una Mimi ya de mediana edad dejaba la tienda y se adentraba con sus bolsas en el torbellino de Petticoat Lane para comprar su suministro semanal de fruta y verdura. Se empeñaba en preguntar de dónde venían los productos, y si el vendedor era lo suficientemente atrevido como para mencionar Sudáfrica, Mimi daba media vuelta; su rechazo a dedicar su dinero a comprar comida cultivada en el país del *apartheid* probablemente le acarrió la eterna enemistad de los vendedores, pero unos años después de que su fe en el comunismo quedara destruida por completo, apoyar el boicot establecido en 1959 contra la Sudáfrica del *apartheid* le hacía sentir que seguía del lado de los ángeles (seculares).

A la hora del almuerzo, Chimen salía un momento para ir a Ostwind's, una cercana cafetería y charcutería judía donde iban los trabajadores, y que estaba en Wentworth Street, justo al otro lado de Commercial Street yendo desde la librería, para cambiar de aires. Por todo el vecindario, décadas después del fin de la guerra, en la propia Wentworth Street y en Commercial Street, en Middlesex Street, en Toynbee Street (donde en el siglo XIX estuvo el centro de la reforma social, Toynbee Hall), seguía habiendo cráteres causados por las bombas que habían caído en la zona durante los ataques aéreos.

Un día esas calles serían reconstruidas, y al igual que gran parte del East End, su carácter cambiaría: los edificios tendrían un aspecto diferente, los negocios que habían permanecido en el barrio durante generaciones desaparecerían, los viejos agrupamientos de inmigrantes serían reemplazados por otros nuevos. Paseando por el antiguo barrio de Chimen y Mimi en 2013, vi que donde había estado Shapiro, Valentine & Co. había un bloque de apartamentos de cuatro plantas, con pequeños balcones en el último piso, con las barandillas pintadas de verde y coloridas macetas de flores. En la puerta de al lado, la panadería Goide's había sido reemplazada por un restaurante turco-libanés. La sinagoga en la que Yehezkel había sido rabino era ahora la

mezquita Jamme Masj id de Brick Lane. Y a lo largo de las calles laterales de alrededor las carnicerías *halal* habían reemplazado a las *kosher*, y han abierto restaurantes bangladesíes y paquistaníes donde estuvieron las viejas charcuterías judías. Del East End judío solo quedaban a la vista unos pocos recordatorios diseminados: la fachada del edificio de Brune Street que anunciaba la presencia de un comedor «para los judíos pobres»; una pequeña estrella de David visible debajo de la pintura negra de un canalón que baja desde el tejado de lo que ahora es un colegio de la Iglesia de Inglaterra; la fachada de una tienda histórica con el rótulo s. Schwartz. Las heridas de la guerra han desaparecido en gran parte, y los agujeros del tejido arquitectónico de las calles han sido remendados con *boutiques* del café, restaurantes elegantes y lujosas viviendas residenciales.

Entretanto, sin embargo, mientras Chimen se movía por el complicado terreno religioso y político del East End judío, en Ostwind's servían unos fabulosos sándwiches de huevo frito con patatas y alubias; y mientras el ruido del interior reflejaba el caleidoscòpico caos exterior de los mercados del East End, Chimen apartaba las preocupaciones de su negocio durante unos minutos al día.

Cuando Chimen cerraba la puerta de la tienda el domingo a primera hora de la tarde, la familia partía hacia Golders Green para visitar al hermano mayor de Chimen, el ortodoxo Moshe, que en aquella época trabajaba como supervisor en un matadero *kosher*, a su mujer Chaya Sara y a sus dos hijos pequeños. Chimen y Moshe, tanto en la casa como por teléfono, hablaban en yidis, charlando durante horas de política y chismorreando sobre amigos comunes. Chimen siempre decía que los chismorreos eran «basura», pero al mismo tiempo lo archivaba todo en la memoria para contarlo después y, probablemente, adornarlo. Unas horas después, la familia daba un corto paseo hasta el otro lado de Golders Green para tomar un té con Sara, la hermana de Mimi, y su familia. Finalmente volvían a casa a tiempo para que Mimi preparase la cena dominical para la prima de Chimen, Golda Zimmerman, una conocida periodista que había ayudado a Chimen a encontrar el trabajo de la librería en aquellos primeros días de la guerra, y que por eso era considerada como la persona que había unido a mis abuelos; Mimi sentía que le debía a su prima política, que al envejecer se fue convirtiendo en una dama un tanto

solitaria, el invitarla a Hillway al menos una vez a la semana.

A pesar de su ruptura con la religión formal, el suyo era, en muchos sentidos, un mundo ceñido por los ritos y por el denso tejido de los lazos familiares.

Todo el tiempo, Chimen buscaba libros obsesivamente. Estante a estante, empezaba a crear su Casa de los Libros.

Al pasar de la puerta del número 5 de Hillway al interior de la casa, se veía el recibidor y todo su contenido reflejado detrás de uno en un espejo oval colgado junto a la escalera. El espejo añadía un mínimo de luz, una ilusión de amplitud, a lo que era en realidad un pasillo oscuro y estrecho. Aquí, en este sobrecargado vestíbulo, estaba la prueba de la fascinación de Chimen por las arcanas controversias y la casi talmúdica lógica de los revolucionarios de finales del siglo XIX y principios del XX. Las crecientes batallas políticas y filosóficas en las que los hombres y mujeres que escribieron esos libros se habían enzarzado antes de que él naciera no eran argumentos abstractos para Chimen; mediante estas disputas, mediante sus ensayos y manifiestos afanosamente anotados, mi abuelo calibró gran parte de su vida. Así había sido desde la adolescencia.

Después de su llegada a Londres, Chimen aprendió inglés en el Pitman Central College, y más tarde, mientras estaba de vacaciones de sus estudios en Jerusalén, trabajó con el editor Bela Horovitz en la East and West Library, una colección de libros dedicada a la filosofía judía. Por este trabajo le pagaban con libros en vez de con dinero. Estaba tan decidido a empaparse de la palabra escrita como lo había estado Yehezkel diez años antes de la Primera Guerra Mundial, cuando era un pobre estudiante de la *yeshivá* en Vilna, Lituania, y vagaba por las librerías y pasaba horas en un rincón leyendo de principio a fin libros que no podía permitirse comprar. Y cada vez más, la palabra escrita por la que Chimen se interesaba más era la que hablaba de socialismo. Desde los primeros días de la familia en Londres, mientras su padre estaba en la sinagoga de Brick Lane, Chimen, a escondidas, empezó a asistir a clases en la Casa Marx, sede de la Marx Memorial Library and Worker's School, en Clerkenwell. Cuando el hijo de su casero entró una tarde en su habitación del ático, encontró a Chimen absorto leyendo literatura marxista. Con aire de culpabilidad, como si lo hubieran descubierto leyendo

obscenidades, el adolescente escondió el libro y rápidamente cogió un más respetable texto religioso.

Metidas en muchos de los volúmenes del vestíbulo había cartas de Chimen y de algunos de los especialistas de izquierdas más importantes del país, escritas y recibidas conforme crecía su fascinación por el marxismo. A medida que mi abuelo se hacía adulto, fue del mayor interés para él su correspondencia con Piero Sraffa. Dieciocho años mayor que Chimen, el italiano Sraffa había tenido problemas con Mussolini en 1927 y se había marchado a Inglaterra, donde unos años después entabló amistad con John Maynard Keynes. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial era investigador del Trinity College en Cambridge, y se le consideraba uno de los más relevantes economistas del país. También se dedicaba a construir una colección de literatura socialista que no habría tenido parangón si no hubiera aparecido Chimen. En las décadas posteriores a la guerra, Sraffa era el único coleccionista de Inglaterra con similar amor y conocimiento de los arcanos volúmenes socialistas que el hijo del rabino tanto apreciaba.

A lo largo de los años, intercambiaron entre sí libros raros y compartieron con el otro las satisfacciones de la búsqueda, el indecible placer —que solo otro *connoisseur* podía comprender— de encontrar una edición en particular de un libro o folleto en particular y de conseguirlo por un precio inferior al esperado. Chimen visitaba a Sraffa en el Trinity College en numerosas ocasiones, cenando con él en el largo comedor, en cuyo extremo norte había un retrato al óleo del fundador de la institución, el rey Enrique VIII, atribuido a Hans Holbein o a uno de sus discípulos. A su vez, Chimen le insistía a Sraffa con frecuencia para que fuese a cenar a Hillway. Los cuadros eran menos ilustres, pero estoy bastante seguro de que la cocina de mis abuelos era un poco más creativa. Muchos de los libros más valiosos de Chimen están documentados en esta correspondencia con Sraffa, lo cual pudo bien haber sido el motivo por el que se obsesionó sobre esta colección en particular a medida que envejecía, pidiéndonos en repetidas ocasiones a mi hermano o a mí que le enseñáramos las cartas, como si se estuviese pellizcando a sí mismo, asegurándose de que tanto él como el mundo de libros que había creado a su alrededor con tanta dedicación, seguían vivos.

En estas cartas, por ejemplo, hablaban sobre una temprana edición de *El*

capital, firmada por el propio Marx y dedicada a la German Workers' Association de Londres. Chimen la había comprado a finales de los años cincuenta y se la había vendido a Sraffa por la entonces impresionante suma de setecientas cincuenta libras, seiscientas cincuenta de las cuales fueron pagadas en metálico, el resto en especie: Chimen quería otro volumen de Marx que Sraffa tenía. La cantidad total por la que fue vendido el libro equivalía aproximadamente al salario anual de un funcionario de categoría auxiliar de entonces, según los presupuestos anuales de salarios presentados por el Ministerio de Trabajo del país en 1960 (el volumen de *El capital* fue posteriormente robado, apareciendo solo décadas después en Suiza, de donde el Trinity College lo rescató). Aquí había también referencias a cartas escritas por Marx; a panfletos y artículos periodísticos de Lenin; a una primera edición de Malthus sobre la superpoblación, que Chimen compró y enseguida vendió a Sraffa por quince libras. Había referencias a cartas que Chimen compró y vendió de autores rusos como Iván Turguénev (Chimen despreciaba la decisión del gobierno soviético de no ofrecer una suma decente por los manuscritos de Turguénev, lo que le permitió a él hacerse con más de treinta de las misivas manuscritas del autor); y a negociaciones llevadas a cabo con el gobierno soviético de Moscú para la compra de documentos raros de Marx que Chimen poseía. Explicaba con minucioso detalle cómo había conseguido el carnet de Marx de miembro de la Primera Internacional (que Sraffa había puesto a la venta) y una carta firmada por Marx que era parte de una colección de documentos de Marx vendida en Sotheby's, por la ganga, según consideraba él, de ciento diez libras, en abril de 1960. Más tarde reconoció —burlándose amablemente de su amigo, porque podría haber conseguido más dinero por sus tesoros— que él de buena gana habría pagado hasta doscientas cincuenta libras. Y enfrentó a Sraffa con el gobierno soviético, valiéndose del interés soviético en material que él poseía, para animar a su amigo a hacer una contraoferta. «Moscú me ha ofrecido por los dos panfletos de Marx sobre Palmerston [el estadista británico del siglo XIX] ciento cincuenta libras en efectivo», escribió en una nota rápidamente garabateada en un barato papel de rayas, el 20 de junio de 1960 (que era, por cierto, el vigésimo aniversario de su boda con Mimi). «Si tú estás dispuesto a pagar un poco más, pueden ser tuyos. Quiero ciento setenta y cinco libras».

A otro corresponsal, Leo Friedman, de Boston, Massachussets, a quien le vendía periódicamente libros y otros documentos, le escribió sobre la adquisición de una carta de dos páginas que el poeta, ensayista y periodista Heinrich Heine había escrito desde París en 1844 al editor del *Augsburger Allgemeine Zeitung*. «Esta carta no se ha publicado nunca antes y es de sumo interés histórico en lo que respecta a Heine», opinaba, «y su actitud ante los radicales de la época».

Era en estas cartas en donde asomaba el Chimen intelectual más que el Chimen propagandista. En los años cuarenta y primeros cincuenta sus publicaciones, escritas con frecuencia bajo seudónimo, eran más propaganda que erudición. Tuvo contacto con el Grupo de Historiadores Comunistas durante un tiempo y, cuando pudo pagar las cuotas anuales, se hizo miembro; pero no asistía con regularidad. Escribió un ocasional ensayo histórico para el grupo, pero la mayoría de sus escritos comunistas eran o bien folletos dirigidos a los judíos del East End londinense o bien artículos y editoriales publicados en los periódicos del Partido, el *Daily Worker*, el *Jewish Clarion* y otras revistas y periódicos. Con frecuencia los artículos eran predecibles y llenos de jerga. Un folleto con diez puntos, de finales de los años cuarenta, titulado *Por qué los judíos deberían votar al Partido Comunista* era un típico ejemplo. El punto seis explicaba con detenimiento que «El Partido Comunista se niega a que el nivel de vida de la clase trabajadora deba bajar solo para satisfacer la avaricia de los financieros del dólar americano». En 1964, cuando desaprobaba la creciente presión para la creación de un Estado judío en Israel, escribió, como «C. Chimen», que la «propaganda derrotista que asegura sin estorbo que no hay futuro en Europa para los judíos, ha contribuido considerablemente a hacer de los judíos desplazados un instrumento del imperialismo». Solo en su correspondencia privada permitía Chimen que el amplio panorama de sus intereses se abriera camino a través de esta jeringonza. Le escribió a Harold Laski sobre el funcionamiento de la democracia parlamentaria. Le mandó notas a Isaiah Berlin debatiendo sobre si Maquiavelo había influido en Marx o no. Escribió cartas sobre la historia de los judíos y páginas de meditaciones sobre los grandes filósofos. Saltaba de asuntos contemporáneos a conflictos políticos medievales.

Para Chimen, las cartas eran su gran válvula de escape intelectual, el

género en el que con más libertad y fluidez podía expresarse. Suscribía la idea que Alexander Herzen había proclamado en 1862, cuando escribió a su amigo Turguénev: «Es por la digresión y los paréntesis por lo que prefiero escribir en forma de cartas a amigos; así puede uno escribir sin dificultad lo que se le venga a la cabeza». A lo largo de décadas, Chimen escribió decenas de miles de cartas, haciendo copias en papel de calco para la posteridad, y cuando no tenía papel de calco, simplemente volvía a escribir sus cartas antes de enviar los originales firmados, y después archivaba los duplicados. La longitud de las cartas iba desde notas de una o dos líneas concertando citas, hasta tratados de varias páginas sobre los grandes pensadores políticos, filósofos, historiadores, artistas y músicos de los últimos milenios. Algunas trataban sobre la creación de becas de investigación para estudiantes necesitados, otras sobre los grandes asuntos políticos del momento. Con amigos como Sraffa e Isaiah Berlin —el experto esclavista y bibliotecario de Oxford John Simmons le había presentado al famoso filósofo en 1958, y al año siguiente Chimen le vendió literatura rusa de Pushkin y otros por valor de unas ciento cincuenta libras— cubría un amplio terreno intelectual. «Tú eres», le escribió a su amigo en junio de 1979, «un hombre y un erudito excepcionalmente honesto, perspicaz y sensible; y el hecho de que pienses que en mí hay algo bueno, me da mucha de la confianza que necesito». Chimen llamaba a estas cartas *megile*, un término yidis que se traduce aproximadamente como «una explicación o narración extensa y detallada». En alguna otra parte, Chimen las describió como *megilah*, palabra hebrea que significa «papiro». Miles de estas cartas siguen en los archivos de la University College London. En un almacén que mi padre alquiló después de que desalojáramos Hillway, había varias cajas grandes de cartón llenas de correspondencia. En otro sitio se guardaron veinticuatro archivadores más, que contenían cientos de cartas escritas y recibidas por Chimen.

Cuando Chimen murió, mi tía y mi padre encontraron, en un compartimento oculto en la parte de atrás del gran escritorio de persiana de su dormitorio, una colección de cartas, muchas de ellas escritas a mano, dirigidas a Harold Laski de la London School of Economics. Eran de eminencias tales como el primer ministro Stanley Baldwin; el filósofo Bertrand Russell; el dueño y editor del *Manchester Guardian*, C. P. Scott; y los fabianos Sydney y Beatrice Webb —

la cual, en su correspondencia con Laski de mediados de los años veinte, exhibía, en desaliñados, a veces casi ilegibles garabatos, una sorprendente atracción por los fascistas de Mussolini—. En otra pila había una borrosa carta manuscrita de Turguénev, redactada en inglés, salpicada de ruso y firmada en alfabeto cirílico, escrita en Bougival (Francia), en 1881, a un desconocido amigo; era la única del tesoro de cartas de Turguénev que Chimen conservó para sí. «Estoy aquí solo con una tremenda gripe, y no volveré a París antes de finales de la próxima semana», escribía el gran autor. «Créeme. Un muy cordial saludo, Iv. Turguénev». Chimen le contó a Sraffa que había revendido casi todos los manuscritos de Turguénev, incluidas cuatro páginas de una obra inédita. Había, sin embargo, otra excepción: la correspondencia entre Berlin y Chimen indica que este le regaló una de las cartas a Berlin en junio de 1984, con ocasión de su setenta y cinco cumpleaños. Turguénev era, escribió Chimen explicando su regalo, un hombre «al que ambos admiramos y sobre el cual tú has escrito con brillantez».

También encontraron en el escritorio una carta manuscrita y firmada por el líder sionista Chaim Weizmann, que llegaría a ser el primer presidente de Israel, dirigida a rabí Isaiah Raffalovich, asentado en Liverpool, y fechada el 21 de julio de 1917. «Nuestros enemigos no descansarán y probarán e idearán modos de herirnos mortalmente», escribió Weizmann. «Debemos vigilar y estar alerta y antes que nada organizamos y organizar un congreso solo judío, que consolide definitivamente nuestra postura». En una lista escrita a mano, que redactó ya en su vejez, de algunas de sus posesiones más importantes, Chimen mencionaba una carta original de Voltaire sobre el asunto de los judíos europeos. La carta no se encontró cuando desalojamos la casa. Al igual que hizo con la correspondencia de Laski, Chimen probablemente la escondió en algún sitio y después no se preocupó, o se olvidó, de decirle a alguien dónde estaba. Tal vez estaba en un cajón secreto, cuya cerradura se podría haber abierto con una de las muchas llaves sin etiqueta que también encontramos en su gran escritorio.

Con toda probabilidad, esa carta acabó en una de las cientos de bolsas de basura que se llenaron con todos los papeles que Chimen nunca fue capaz de tirar: recibos antiguos de Shapiro, Valentine & Co.; facturas de artículos de cincuenta años atrás; extractos bancarios de hacía décadas. Pero quizá no.

Quizá, de algún modo, la carta se salvó. Quizá, un día, dentro de varias generaciones, alguien comprará el viejo escritorio en una tienda de segunda mano de algún lugar indefinido, y descubrirá la carta de Voltaire, una cápsula del tiempo dentro de una cápsula del tiempo llegada desde el pasado. Quienquiera que pueda ser esa persona, yo espero que sepa apreciar la exquisita belleza de lo que tendrá en sus manos.

Al otro extremo del recibidor, entre las puertas que daban al salón y al comedor, frente a un pequeño aseo con inodoro y lavabo, había otro grupo de imágenes: fotos en blanco y negro, tomadas por mi primo Rob, como parte de un proyecto escolar de fotografía. El espacio en que estaban colgadas se le había quitado a regañadientes a los libros, probablemente porque el recibidor era tan estrecho que si se hubieran puesto estanterías frente al aseo no habría sido fácil utilizar tan necesario habitáculo. Las imágenes mostraban a Chimen en acción, e incluían también una foto de Mimi y Jenny, «las dos mujeres de su vida», como señaló Rob. Allí, en aquella pared, había un primer plano de Chimen con un gorro de lana; otra de su sombrero encima de una estantería; Chimen inclinado sobre un tablero de ajedrez, muy concentrado. A veces había otra persona al otro lado del tablero —yo mismo, o uno de los otros nietos—; otros días, Chimen simplemente recreaba una partida de grandes maestros sobre la que había leído en *The Times* esa mañana, analizando cuidadosamente los movimientos, estudiándolos como estudiaría el texto de un libro raro. «El ajedrez era su deporte», dijo Rob al explicar su selección de imágenes fotográficas. «Durante toda su vida el músculo que siempre quiso ejercitar fue su mente». En 1995, cuando tenía casi ochenta años, Chimen escribió el prefacio al libro de Victor Keats *Chess in Jewish History and Hebrew Literature*. Al parecer, no había ningún aspecto de la vida judía sobre el que Chimen no pudiera disertar.

Recuerdo que al final del recibidor, donde el pasillo se abría en dos salidas, hacia el comedor y hacia la cocina, me quedaba con frecuencia observando a mi primo mayor Raph cuando entraba en la casa, caminando deliberadamente despacio, con las manos en los bolsillos de una chaqueta de ante marrón. Yo sentía un escalofrío de emoción por la llegada de Raph,

producido porque tenía entendido que él y Chimen llevaban años enfrentados, con una intensidad nacida de un profundo amor y una extraordinaria competitividad intelectual: los dos eran destacados historiadores de su generación; los dos eran importantes coleccionistas de libros; los dos estaban fascinados por el socialismo; y los dos se sentían un poco dueños de los movimientos de los que eran cronistas. Algo de eso sabía yo, algo de eso intuía. Pero lo que estaba claro para mí, incluso de niño, era que cuando Raph cruzaba la puerta, la atmósfera de Hillway cambiaba: Mimi casi lloraba de alegría porque su querido sobrino fuera a verla, pero después miraba a Chimen para ver cómo reaccionaba. Y cada vez que se producía un momento de tensión, a Chimen le subía la presión arterial visiblemente y empezaban a levantar la voz. Era predecible, pero, sin embargo, con frecuencia era espectacular.

Raph mantenía todo el tiempo su expresión despreocupada, una especie de serena actitud intelectual deliberada. Tenía el pelo ralo, que le caía desordenado hacia delante, sobre la frente; unas gafas redondas colocadas en lo alto de su fina nariz, y aquella maravillosa y ajada chaqueta de ante. Llevaba consigo un permanente olor a tabaco; su voz era muy suave, ligeramente nasal, y más apasionada que cualquier otra voz que yo haya oído; y había en sus ojos una expresión casi beatífica. Y sin embargo, por muchas cualidades espirituales que Raph rezumara, cuando se enzarzaba en una discusión con Chimen sobre Israel o las actividades de los líderes sindicalistas de izquierdas o la validez de las protestas de acción directa, había algo duro como el acero en aquellos ojos y en aquella voz. Chimen lo sabía, y le molestaba —al menos en parte, llegué a pensar—, porque le recordaba a quien él mismo había sido una vez.

Me encantaba la anticipación. Me encantaba ser espectador y, cuando me hice mayor, participante de estos épicos torneos verbales.

El recibidor, yo lo sabía, era un lugar especial. No un simple terreno alfombrado que iba de la entrada a la cocina, sino una puerta de acceso cuidadosamente construida que llevaba al debate y la conversación, a un reino mágico. «Este mundo es como el recibidor del mundo que está por venir», dijo rabí Yaakov según el *Pirkei Avot*, un tratado de la *Mishná* escrito hace casi dos mil años: «Prepárate en el recibidor para poder entrar al salón del

banquete».

LA COCINA: ***SAL, AZÚCAR Y UN TOQUE DE AMOR***

El amor es un símbolo de eternidad. Elimina toda sensación de tiempo, destruyendo todo recuerdo de un principio y todo miedo a un final.

ATRIBUIDO A MADAME DE STAËL

Hillway era un lugar de reunión único porque las dos obsesiones de dos personas obsesivas encajaban allí de la manera más inusual: la pasión de Chimen por sus libros y las ideas que contenían y la de Mimi por educar y alimentar a un inacabable caudal de personas. Si lo hubieran dejado a su aire, Chimen probablemente habría coleccionado libros e ideas en su casa y habría hecho vida social en más lugares públicos: en los cafés de alrededor de Shapiro, Valentine & Co., en los comedores universitarios y en reuniones académicas. De niño, según recordaba a veces, había estado terriblemente solo. Él y sus hermanos mayores fueron educados en casa porque su padre deseaba evitar que sus hijos entraran en contacto con el mundo que los rodeaba: Yehezkel había solicitado repetidas veces un visado para salir de la Unión Soviética, en gran parte porque le preocupaba mucho que sus hijos se contaminaran del bolchevismo. Como resultado de aquel forzoso aislamiento, Chimen no había podido entablar amistad con otros niños. Esto era, decía mi abuelo con tristeza, lo único que lamentaba de su infancia. Aseguraba que una

vez, sin otra cosa que hacer, pasó varias semanas contando en voz alta hasta un millón, interrumpiendo esta tarea solo para dormir y comer. Si esto me lo hubiese dicho otra persona, habría pensado que era una exageración; a Chimen, en cambio, me inclinaba a creerlo.

Sin duda, el piso de Moscú al que se trasladaron Yehezkel y su familia, para poder solicitar a diario a los burócratas del gobierno la concesión de un visado para salir del país, había acogido a muchos invitados, sobre todo expertos en la Torà que buscaban un consuelo intelectual ilícito en una Unión Soviética que Yehezkel había dado en llamar una «casa de servidumbre». En ocasiones, algunos invitados, a los que se les daba de comer las pocas patatas que Raizl podía comprar en las tiendas, habían dormido sobre la mesa, e incluso debajo. Las descripciones de aquel piso, que con el tiempo se incluyeron en la biografía de Yehezkel, dan la sensación de que aquello era una reunión de condenados, de personas esperando a ser arrestadas, enviadas a campos de concentración en Siberia o ejecutadas. En aquel escenario no había niños en los que Chimen pudiera confiar o con quienes pudiera hacer amistad. Esa experiencia le dejó un anhelo de contacto humano; pero al mismo tiempo también lo dejó extrañamente incapaz de comunicarse de manera trivial sobre las cosas pequeñas, los detalles que, acumulados, componen el tejido de la vida de la mayoría de las personas.

Si la vida de Chimen hubiese tomado rumbos diferentes —si no hubiese conocido a Mimi, si no hubiese tenido la oportunidad de dejar que su naturaleza sociable campara a sus anchas en casa—, bien podría haberse convertido en uno de esos anticuarios solitarios, excéntricos, un tanto perversos que habitan en tantas páginas de Dickens. Llevada al extremo, si esa sociabilidad no hubiera podido echar raíces y florecer, al envejecer podría haber acabado pareciéndose al personaje de *Auto de fe*, de Elias Canetti, que literalmente se emparedó en una casa de libros, capaz de relacionarse solo con la página impresa. Pero a Chimen no lo dejaron a su aire. Coleccionar personas era tan importante para Mimi como para Chimen coleccionar libros. Ella simplemente *tenía* que ser anfitriona, y una vez que te había invitado a su *Yiddish hoyz*, tenía que darte de comer. «Ella es quien atiende, quien se preocupa y sobre todo quien da de comer a la familia», escribieron Zborowski y Herzog sobre las amas de casa de la Europa del Este en *Life Is with People*.

«Cuando ella ofrece comida está ofreciendo su amor, y lo ofrece constantemente. Cuando se rechaza su comida es como si se rechazara su amor». En la cena de final de la semana, que celebra el *sabbat*, una mesa judía se llena de buena comida, se bebe vino consagrado, se dicen oraciones y, por supuesto, los extraños son bienvenidos y acogidos. Alrededor de la mesa, se renueva la comunidad. En Hillaway casi todos los días eran *sabbat*.

Para Mimi la comida era un placer indirecto. Incluso en la infancia su salud había sido frágil. Cuando estaba en la escuela primaria, en el East End de Londres, casi murió de una infección; durante el resto de su vida tuvo una larga cicatriz curva en un lado del cuello como recuerdo de la cirugía de urgencia que tuvieron que practicarle para drenar el pus. Siendo diabética e incapaz de atenerse a su dieta sin azúcar y baja en sal, desde la mediana edad en adelante se vio acosada por problemas de salud. Con un sobrepeso cada vez mayor, acumulaba píldoras que tenía que tomar cada día para mantener bajo control la presión arterial, el corazón en buen estado, los riñones en funcionamiento. Después de haber sufrido varias caídas terribles, una de ellas al bajar un tramo de escalones de cemento durante un viaje a Israel, las piernas se le debilitaron cada vez más, atravesadas por venas varicosas que parecían el plano de una ciudad y con los muslos propensos a unos feos moratones con el más ligero golpe. Sin embargo, cuando las personas le preguntaban por su salud, ella le quitaba importancia a su preocupación, les decía que «para qué vamos a hablar de esas cosas», y cambiaba de tema rápidamente. Mientras ofrecía salsas espesas y cremosas, y postres contundentes y deliciosos a su legión de invitados —brazos de gitano, bizcochos borrachos, pasteles que ella había decidido que a sus nietos les gustaban y por lo tanto había que servir repetidamente y en grandes cantidades —, ella podía tomar un tentempié a escondidas sin sentir que estaba desobedeciendo por completo a sus médicos. Estas eran sus inverosímiles obras maestras; incluso diría que eran su versión culinaria de las sinfonías del Beethoven sordo. Y de este modo, cuando entrabas en la casa, te recibía un torrente de aromas que competían entre sí: el olor de patos asándose, el burbujeo de la grasa al ir calentándose el horno; el maravilloso aroma de la sopa de pollo, tan saturada de sal, según recuerda mi prima Maia, que «parecía el Mar Muerto»; bizcochos de chocolate horneándose; un compacto

pan de centeno cortado en rebanadas; y el áspero olor de los arenques en salmuera en sus botes de cristal. Los invitados de mi abuela comían mucho; ella comía poco, y todos quedaban satisfechos.

A lo largo del tiempo, Mimi fue adquiriendo capas y capas de amigos, una generación encima de otra; amigos que consideraban el j de Hillway como su segundo hogar y a Mimi como a otra madre, un suplemento de su familia biológica. Durante el último año de la guerra, varios refugiados encontraron en Hillway un cobijo seguro. Más tarde, una sucesión de huéspedes se convirtieron en miembros honorarios de la familia. El hijo de Minna, Raph, pasaba más tiempo en Hillway que en la casa de su recién divorciada madre, llegando a ver a mis abuelos como padres sustitutos. Llevaba a la casa a futuras eminencias académicas y del periodismo tales como Gareth Stedman Jones, Stuart Hall, Perry Anderson y Peter Sedgwick. Henry Collins, el amable colaborador literario de Chimen, prácticamente vivía en el salón de la planta baja algunas veces. Una noche, estando agotado y sin poder convencer a los demás invitados para que desalojaran sus aposentos y lo dejaran dormir, simplemente se quitó la ropa y se acostó delante de los sorprendidos contertulios. Si la jugada funcionó o si siguieron debatiendo sobre la teoría marxista por encima de los ronquidos de Collins, es algo de lo que no ha quedado constancia.

Varios jóvenes primos franceses, cuyas familias habían perecido en parte en los campos de la muerte nazis, pasaron meses seguidos viviendo allí. Los mejores amigos del colegio de mi padre acampaban a las puertas de la casa. Allí se enfrascaban en feroces competiciones de ajedrez e igualmente frenéticas partidas de tenis de mesa, en una mesa que mi padre había construido en su habitación. Mi tía, cinco años más joven que su hermano y menos enamorada del caos, era más reacia a llevar a sus amistades a la casa. Tiempo después, una joven llamada Elisabetta Bianconi, cuyos padres, Margaret (colega y amiga íntima de Mimi) y Roberto, habían muerto en un accidente de coche, entró en el círculo de allegados. El mejor amigo de Chimen, Shmuel Ettinger, y su esposa, Rina, iban a verlo desde Israel varias veces al año. Historiadores ingleses de izquierdas como Eric Hobsbawm, James Joll y E. P. Thompson llegaban a la casa y eran arrastrados, irresistiblemente, a la mesa de Mimi. Lo mismo ocurría con economistas,

incluido (claro está). Piero Sraffa; viajeros comunistas como Freda Cook, corresponsal del *Morning Star* que se había ido a vivir a Hanoi para expresar su solidaridad política con Ho Chi Minh; varios destacados actores de carácter; un hombre de negocios llamado Danny Nahum, que escribía a Chimen en un lujoso papel de carta con membrete en relieve, y que en los buenos tiempos llegaba a Hillway en un Rolls-Royce y en los malos, desaliñado y buscando una de las comidas de Mimi para ir tirando; y muchos otros más. Artistas y músicos llegaban a la casa, al igual que rabinos y filósofos. Durante un tiempo, un entomólogo americano que estudiaba mariposas, fue asiduo de las tertulias. Un oficial del gobierno canadiense y su esposa cogían un avión con cierta regularidad para visitar a mis abuelos. Claudia Roden, la renombrada autora de libros de éxito sobre la cocina judía y de Oriente Medio, iba a la cocina a hablar de comida con Mimi y de historia con Chimen. Cada visitante era lo que en yidis se denomina un *oyrekh*, un invitado al que se atendía, se daba de comer y se cuidaba como mandaban el protocolo y la tradición.

Dudo que nadie intentara nunca calcular cuántos invitados llegaron a Hillway a lo largo de los años, aunque habría sido un interesante proyecto escolar de matemáticas. Desde luego fueron miles, probablemente decenas de miles. Es perfectamente posible que el número de personas para las que Mimi cocinó durante décadas rivalizara con el número de libros que Chimen acumuló. A través de su hospitalidad y de la energía y el saber que dedicaba a hacer de Hillway un lugar de encuentro, Mimi buscaba manifestar las virtudes ideales de la mujer judía descritas en el libro de los Proverbios. Tenía mucho en común con Rahel Levin, Henriette Herz o Fanny von Arnstein, mujeres judías que regentaron salones de tertulias en el siglo XVIII y principios del XIX en Berlín y en Viena. Estas *salonnières*, escribieron Emily Bilski y Emily Braun en *Jewish Women and Their Salons*, «representaban un ideal de interacción social libre de consideraciones de rango social». Levin en particular, escribieron, era famosa por «su inteligencia, ingenio, capacidad de entendimiento y don para la amistad».

Era en la cocina donde se desplegaba la verdadera naturaleza de Hillway

como crisol. Invitados de ojos somnolientos, que habían dormido en sofás, camas supletorias, incluso en sillas cuando la casa estaba particularmente ocupada, deambulaban hasta la cocina por la mañana, y allí se encontraban con otros residentes temporales o transeúntes que no estaban allí la noche anterior. Mi primo Elliott recordaba que una vez que fue desde Estados Unidos a pasar una breve temporada en Hillway, se encontró con el dramaturgo Harold Pinter en la cocina, desayunando. Mi padre y mi tía no creían que eso fuera probable: que ellos supieran, Mimi y Chimen no conocían a Pinter. Sin embargo, no era por completo imposible, ya que el 5 de Hillway era, después de todo, uno de los cruces de caminos de Londres. Con frecuencia, parecía más una posada que una casa residencial de tamaño medio, repleta del aire viciado propio de un lugar demasiado pequeño para tanta gente, y de la cháchara en muchos idiomas distintos. A veces era abrumador. Podías llegar a la casa, decirle a Mimi que acababas de tomar una comida de cinco platos en un restaurante y al cabo de unos minutos estaba poniéndote delante cuencos de sopa y platos de humeante pollo o pato o cordero. Con frecuencia confundía a sus «hijos»: «Come más pollo, Raph», me decía a mí. Entonces, dándose cuenta del error, intentaba arreglarlo: «Kolya, Rob, ¡digo Sasha!», y se echaba a reír. «¡Ay, ay, ay!», exclamaba Chimen fingiendo estar horrorizado, «Mimi, es nuestro nieto mayor. Es *miister* Sasha». Cuando yo era más pequeño, aquello me resultaba frustrante. Conforme fui creciendo, sin embargo, me di cuenta de que la confusión no se debía a falta de atención sino a un exceso de amor. Ella sabía quiénes éramos todos, pero se preocupaba tanto por cada uno de nosotros que algunas veces nos mezclábamos en su mente formando una gran masa de personas de cuya alimentación ella era responsable. Cada vez que yo pasaba la noche en Hillway, podía estar seguro de que por la mañana me saludaría el aroma de Mimi preparando tortitas de patata o poniendo en un plato un montón de tortitas normales, siempre cubiertas con zumo de limón y azúcar y enrolladas en forma de cigarro. Desde la cocina —que se amplió un poco hacia el jardín trasero cuando yo era pequeño, para que Mimi tuviera más espacio para cocinar—, los nietos salíamos a la extensión de hierba, que seguía siendo espaciosa, en la noche de Guy Fawkes^[17], donde nuestros padres lanzaban los fuegos artificiales que habíamos comprado nosotros con dinero obtenido mediante la vieja costumbre de pedir «un penique para Guy».

Y Mimi se aventuraba a salir al jardín por las puertas correderas de cristal, llevando en las manos platos con mini perritos calientes *kosher* para que comieran sus invitados mientras los estallidos sacudían el cielo nocturno.

Una mañana, mientras mi hermano y yo comíamos las tortitas de Mimi en la cocina, a principios de los años noventa, cuando ella estaba ya muy mayor y muy enferma, Chimen recibió una llamada de Sotheby's proponiéndole que fuese a ver una de las máscaras funerarias de Stalin, que había sido depositada misteriosamente en la casa de subastas la noche anterior. Muy emocionado, Chimen nos dijo que nos diéramos prisa en acabar las tortitas; y entonces los tres salimos corriendo hacia Sotheby's. Allí estaba la máscara, un horroroso retrato del dictador en su última pose antes de la eternidad. Había algo repugnante en la máscara, algo inmensamente horrible en el hecho de tocar la máscara que había estado encima del rostro inerte de un hombre responsable de la muerte de millones de personas. Para Chimen, alejado ya para siempre de la política de sus años de juventud y madurez, debió de ser particularmente macabro.

El deseo de Mimi de ofrecer hospitalidad parecía, en ocasiones, bordear lo patológico. Simplemente no podía soportar la idea de una casa vacía, silenciosa. Y como alguien que había crecido siendo una niña enfermiza en un East End empobrecido y devastado por la guerra, y que había criado a sus propios hijos durante los sombríos años de otra guerra mundial y del racionamiento de comida, que continuó mucho tiempo después de que cesaran las hostilidades, tampoco podía consentir que sus invitados no comieran. Después de todo, hasta 1954, cuando mi padre tenía doce años, no terminó por fin el racionamiento de carne y otros alimentos. El consumo de caramelos y chocolate también había estado severamente restringido durante muchos años (la ración era de apenas dos onzas por persona y semana en 1942), al igual que el de mantequilla, azúcar, huevos y muchos otros alimentos de primera necesidad. Durante un par de años después de la guerra, con las cosechas de trigo golpeadas por un clima espantoso, incluso el pan, ese elemento fundamental de la dieta británica, había sido racionado. Así que no era sorprendente que, cuando Chimen salió de Gran Bretaña por primera vez en

nueve años, en 1948, para comprar y vender libros en una América libre de racionamientos y escasez de comida, las cartas que Mimi le escribía a diario estuvieran llenas de detalles sobre los paquetes de alimentos que quería que él enviara a casa.

Chimen, viajando con su recién expedido pasaporte británico (para las fotografías oficiales quiso lucir un traje de raya diplomática, una corbata oscura y una camisa blanca de rayas), partió para Nueva York en el transatlántico *Mauritania* de la naviera Cunard, el 6 de noviembre de 1948. Su pasaje para un camarote compartido en el abarrotado barco fue garantizado por la mediación de Yehezkel con el director de la compañía naviera.

A Mimi le preocupaba que Chimen —que, como figuraba en el documento de la oficina de impuestos británica, grapado en la parte de atrás de su pasaporte, había ido a Estados Unidos con quinientas diez libras esterlinas, además de valiosos libros del revolucionario francés Marat y del fundador del sionismo, Theodore Herzl— echara barriga cuando se viera a su aire en los restaurantes americanos (décadas más tarde, uno de sus primos de Nueva York recordaba cómo el hombre bajito de Inglaterra había engullido enormes sándwiches Reuben, uno tras otros, en los *deli* de la ciudad). Mi padre, que entonces tenía seis años, correteaba por la cocina cuando recibió la primera carta de Chimen, gritando «¡Viva, viva, papá está en Nueva York!». Estaba, según contaba Mimi, fuera de sí de entusiasmo ante la perspectiva de que por fin llegara el chicle a Hillway. Mientras tanto, Minna, la hermana de Mimi, le tomaba el pelo a Chimen con las hermosas mujeres que probablemente iba a conocer en el extranjero. Las hermanas, le decía en una carta, tendrían que bailar el bugui-bugui para él cuando volviera de su largo viaje. Pero Mimi tenía preocupaciones más prosaicas. El 28 de diciembre, diez días antes de que Chimen zarpara rumbo a casa, mi abuela escribió: «en cuanto a la comida, huevos, fruta en conserva, *wurst*, salmón, pollo enlatado, etcétera». Me imagino que el *wurst*, o salchichas, a las que se refería eran de la variedad sin cerdo, porque, a pesar de su falta de sentimiento religioso, mis abuelos, a lo largo de su más de medio siglo de matrimonio, respetaron estrictamente la cocina *kosher*.

En el delicado juego de equilibrios que hacía que las reuniones funcionaran, Mimi era la dueña de la cocina. Pero Chimen se aseguraba un

sitio en la mesa de formica; con frecuencia jugaba allí al ajedrez o al dominó ruso con sus nietos, y a menudo volvía a llevar a la casa a personas con las que había estado hablando y con las que esperaba continuar la conversación en la cocina, acompañados de una taza grande de té o una exquisita tacita de café, que Chimen mediría con cuidado.

Además, él controlaba la radio portátil, que con el paso del tiempo resultaba cada vez más antigua, con su antena telescópica extendida al máximo, y que estaba siempre sintonizada en la música clásica de Radio 3 o en las noticias de Radio 4. La mayoría de los días hacía callar a sus visitas y ceremoniosamente sintonizaba *The World at One* o *Today*, ambos eran programas que editaba su hija, Jenny, cuando subió de categoría en la BBC. Mientras leían los titulares, imponía a sus invitados un estricto silencio.

Cuando pienso ahora en la cocina, se me ocurre que era un lugar de iniciación. Un invitado venía primero a tomar una taza de café, quizá para acribillar a preguntas a Chimen sobre sus conocimientos acerca de una cuestión histórica y pedirle referencias, para lo cual, como siempre, él citaba la página exacta (y después localizaba el libro en sus estanterías para demostrar lo que decía); y entonces, inexorablemente, y dando por hecho que Chimen no le encontrara ninguna pega al modo en que el visitante se acercaba al mundo de las ideas, lo invitaban a cenar. El té en la cocina era un campo de pruebas para las tertulias. Para el intelectualmente ágil, ingenioso y culto, las puertas se iban abriendo unas detrás de otras: primero la cocina, después el comedor, después el salón, donde era del todo posible que la conversación, iniciada con una taza de té en la cocina a primera hora de la tarde, continuara hasta bien entrada la madrugada. Así fue como el amigo de Oxford de Chimen, el historiador Harold Shukman, fue iniciado. Shmuel Ettinger le presentó a Chimen a finales de los años cincuenta, en las escalinatas del Museo Británico; después, Shukman y su nuevo conocido estuvieron dos horas paseando por las calles de Bloomsbury, hablando de los movimientos socialistas rusos de principios del siglo XX. Poco después Shukman recibió una invitación para tomar el té en la casa. Y después de eso, Mimi empezó a ponerle de comer.

A pesar del papel que la cocina tenía en la rutina de Chimen, yo tenía la impresión de que, quitando la tarea de fregar los platos, después de que los

invitados se marcharan, a él se le permitía entrar allí solo a regañadientes. En un reconocimiento tácito de este hecho, la cocina era la única estancia de la casa, aparte de los baños, que Chimen no invadió con sus ejércitos de libros. En la cocina, el material escrito se limitaba por lo general a *The Times* y el periódico local *Ham & High*. En ocasiones, *The Jewish Chronicle* y *The New York Review of Books* también llegaban a la mesa. Pero ese era todo el alcance de las incursiones de la letra impresa de Chimen en la fortaleza de Mimi. Si a él no le gustaba la conversación, si se aburría con los chismorreos que compartían Mimi y sus amigas, si la presencia de personas no académicas charlando con Mimi mientras tomaban una taza de té le resultaba frustrante —y ella era tan capaz de prepararle un té, con el que iniciar una conversación, a la señora mayor que hacía la limpieza, Josie, una inmigrante caribeña que debió de trabajar en Hillway hasta los ochenta años, como de prepararlo para amigos íntimos como el diminuto pero vigoroso Ray Waterman, o su amiga del colegio y, más recientemente, vecina Wynn Moss—, entonces Chimen sabía dónde estaba la puerta.

Esta era la estancia informal, la estancia de «acercarse a tomar una tacita de té», mucho más de Mimi que de Chimen, y ella se encargaba de que siguiera siendo así. Era la única habitación de la casa en la que Mimi sentía que podía exigir cierta privacidad, y por esa razón, me imagino, fue en su cocina donde Mimi se sentó, a principios de 1965, a escribir dos cartas secretas para Isaiah Berlin, buscando desesperadamente su ayuda para asegurarle a Chimen el trabajo en Oxford que él tanto anhelaba. Y con toda probabilidad fue en su mesa de la cocina donde leyó la desalentadora respuesta: a pesar de lo brillante que era Chimen, escribió Berlin, resultaba muy improbable que pudiera obtener un puesto acorde con su talento, ya que no tenía titulaciones oficiales.

La carrera de Mimi sí floreció: cuando sus hijos eran todavía pequeños ella se formó como trabajadora social en Walthamstow Polytechnic; después, entre 1956 y 1969 estudió Trabajo Social en Psiquiatría en la London School of Economics. Consiguió un trabajo en el National Hospital for Nervous Diseases, en Maida Vale, antes de trasladarse al Royal Free Hospital, donde,

en la época en que yo nací, ya era jefa de los trabajadores sociales del Departamento de Psiquiatría.

Además de ser el feudo culinario de Mimi, la cocina era también una extensión de su mundo profesional: allí improvisaba sesiones de terapia; siempre al teléfono, removiendo una sopa con una mano, sosteniendo el teléfono con la otra. Con frecuencia hablaba con pacientes psiquiátricos; no tenía escrúpulos en dar su número personal a pacientes que a veces eran paranoicos o esquizofrénicos. Un par de veces la habían golpeado o empujado aquellos a los que intentaba ayudar, pero nada de eso pareció asustarla. Para Mimi, que creía profundamente en los principios universales subyacentes al Servicio Nacional de Salud, eso eran gajes del oficio, golpes que uno recibía sin lamentarse. Durante toda su vida, desde sus jóvenes años comunistas hasta su poscomunista vejez, Mimi anheló la vida social: si no podía encontrarla en la política ni en la religión, la recrearía en su propia casa y en su trabajo. Y sería tan extensa y tan generosa como cualquier otra del ancho mundo. Fue esta necesidad de pertenecer a una comunidad lo que puso a Mimi y Chimen tan furiosos con la primera ministra conservadora Margaret Thatcher cuando yo era niño. Como es sabido, Thatcher había dicho que la sociedad no existía. Era una idea que contradecía sus más apreciadas creencias, y que les hacía, en ocasiones, explotar de rabia.

Desde que tengo memoria, el congelador de Mimi estaba siempre lleno a reventar de filetes de pescado blanco; paquetes de salmón curado en salmuera; chocolatinas KitKat, que se mantenían deliciosamente crujientes por el frío; dudosos inventos como polos de leche; briks de concentrado de zumo de naranja; chuletas de cordero y patos enormes. A la derecha del congelador había un frigorífico, igual de lleno. Había fruta, verdura, grandes frascos de arenques, más salmón en salmuera, la carne que hubiera previsto cocinar ese día y un sinfín de caprichos: cajas de bombones, empalagosas naranjas bañadas en chocolate, tartas, *strudels* y cualquier otra golosina que las visitas le hubieran llevado a Mimi como regalo. Al otro lado del congelador había una panera de cromo. Siempre había en ella *challah*^[18] y contundente pan moreno ruso cortado en rebanadas; a veces había también pan integral y de

centeno. En ese pan se esperaba que uno untara crema *marmite* o la pegajosa miel que había en un tarro de cristal de litro, o que pusiera una pila de salmón curado o arenques en salmuera. Para Chimen en particular, los arenques y el pan moreno eran un sabor de la infancia.

Junto a la panera había cajas de cereales, de muchas marcas diferentes para satisfacer los distintos gustos de los nietos de Mimi. Debajo de la panera había dos cajones. Uno estaba lleno de cubiertos para usarlos con los platos de carne. En el otro había otro juego, con un diseño un poco distinto, para los platos que contenían lácteos. En los armarios que había sobre el horno y sobre la lavadora y la secadora había también juegos dobles de platos y cuencos. Metida en los espacios libres de estos armarios había más comida: latas de galletas, paquetes de crujientes y dulces lenguas de gato, y cajas de *bombones* regaladas por los invitados. En más armarios que casi llegaban al suelo estaban las cacerolas y sartenes, cuidadosamente separadas para diferentes usos, para que no se contaminaran con los tipos de alimentos inadecuados.

En la cocina —más que en ningún otro lugar de la casa— las tradiciones se resistían a morir.

Que Mimi y Chimen mantuvieran una rígida dieta *kosher*, en una casa en la que de manera habitual había comensales antirreligiosos militantes, reflejaba el gran asunto de las contradicciones entre lo personal y lo político, entre su identidad cultural judía y su rechazo de la religión. Sí, ellos creían, como había escrito Marx en el *Manifiesto Comunista*, que la religión es el opio de las masas; sí, creían que los ritos religiosos eran, en general, juegos de manos. Además, la única vez en su vida que Chimen admitió haber estado borracho, tuvieron que llevárselo de la boda de un primo, en lo que era entonces Palestina, mientras daba una serenata a los presentes cantando «La Internacional». El poema, compuesto por un comunero de París en 1871, y para el que Pierre De Geyter compuso una exaltadora melodía, se había convertido en el himno comunista —en realidad, hasta 1944 fue el himno de la Unión Soviética—. La letra, traducida a muchos idiomas, denunciaba la crueldad del capitalismo y prometía la creación de un mundo nuevo y más justo en su lugar. En la versión inglesa, la canción llamaba a las masas

oprimidas:

*¡Despertad, obreros, de vuestro letargo,
despertad, prisioneros de la necesidad
porque la razón atruena en rebelión
y llega a su fin la era de la sumisión!*

Al final de cada una de las tres estrofas, el estribillo apremia a los oyentes:

*Así pues, camaradas, uníos
y afrontemos la última batalla.
La Internacional
une a la raza humana.*

Mimi contaba divertida la anécdota de la escapada de Chimen borracho, y él se sentaba avergonzado, con una sonrisa traviesa en la cara mientras escuchaba fingiendo estar horrorizado. Era como Étienne Lantier, el protagonista socialista de la novela de Émile Zola *Germinal*, rodeado «de un gran halo de luz», para quien «la justicia bajaba del cielo como una deslumbrante visión mágica. Puesto que ya no había Dios, le correspondía a la justicia otorgar felicidad a la humanidad y crear el reino de la igualdad y la hermandad. Como ocurre en los sueños, una nueva ciudad surgió en un solo día y, brillando como un espejismo, una gran ciudad, en la que cada ciudadano vivía del trabajo que había elegido y participaba de la felicidad común». Zola añadió, con una adecuada pizca de cinismo: «Y el sueño se hizo aún más grande, aún más hermoso, aún más encantador, conforme se elevaba cada vez más alto hacia lo imposible».

Pero, si mis jóvenes abuelos querían barrer el pasado y crear un nuevo mundo, asentado sobre nuevos cimientos, al mismo tiempo creían

profundamente en la familia y en las obligaciones que las generaciones tenían unas con otras. Y para la hija de religiosos inmigrantes que habían huido de los pogromos zaristas, y para el hijo de rabí Abramsky, otrora preso político en la Unión Soviética y ahora *dayán* jefe del Bet Din de Londres, y por lo tanto una de las figuras rabínicas más importantes de Europa, aquello significaba mantener una cocina estrictamente *kosher*. Además, sospecho que en el fondo de su *corazón* —el *sanctasanctorum interior* al que no llega la ideología— nunca creyeron del todo en sus propios dogmas cuando se trataba de la religión.

Es posible que Chimen se sintiera como uno de los personajes de aquella colección de historias de Isaak Bábel sobre la revolución rusa y sus consecuencias, titulada *Cuentos de Odesa*, que Chimen guardaba en su despacho de la University College London. «Gedali», le dije, «hoy es viernes y ya es por la tarde». ¿Dónde se puede conseguir una galleta judía, un vaso de té judío, y en el vaso de té un regusto de ese Dios al que se le ha pedido que dimita? «En ningún sitio», me contestó Gedali, colocando el candado en la caja de su pequeña taberna, «en ningún sitio».

En nombre de la ideología, Chimen y Mimi habían jubilado a su Dios; pero durante el resto de sus vidas, Él siguió allí en segundo plano, tentándolos a que lo resucitaran en los ritos y costumbres de la existencia diaria. Sigmund Freud escribió una vez sobre una comunidad de judíos *Unglaubensgenossen*, que significa aproximadamente «no creyentes». Entre los miembros de tal sinagoga, escribió el historiador David Biale, se contarían el propio Freud, Spinoza y Heinrich Heine, que se había convertido al cristianismo no por principios sino para conseguir un «pase» para la sociedad europea. De haber existido en la realidad esa sinagoga, Chimen y Mimi habrían sido probablemente fieles miembros.

Aunque Chimen y Mimi parecían cómodos con la solución intermedia a la que habían llegado entre las exigencias de la adhesión a la tradición y los ritos y sus creencias religiosas y políticas personales, aquellas soluciones intermedias eran más forzadas para la generación más joven. Cuando su hijo Jack planeaba su boda con Lenore, que se celebraría a principios de otoño de 1966, Chimen comenzó lo que se convertiría en una serie de desagradables discusiones con Lenore sobre el papel de la religión en la vida diaria. Ella

había sido educada como atea y se oponía con furia a la idea de casarse en una sinagoga con una ceremonia tradicional. Chimen dijo que preferiría que Jack y Lenore cohabitaran antes que sufrir la indignidad de que se casaran en una ceremonia civil. Cuando Lenore, una moderna joven de California, con la susceptibilidad de la generación de los años sesenta, eligió un elegante vestido de novia de color púrpura y sin mangas, mi abuelo declaró que los miembros religiosos de la familia se quedarían horrorizados al ver tanta carne femenina expuesta. Ambos frentes, después de semanas de discusión, llegaron a un extraño —pero factible— acuerdo. Celebrarían una ceremonia abreviada conducida por un miembro del Bet Din, y harían después dos recepciones; todo el evento tendría lugar en el jardín trasero de Hillway. Primero, los miembros de la familia estarían presentes en la ceremonia de boda (Lenore con manga larga), conducida por un rabino, bajo el baldaquino judío de bodas conocido como *chuppah*; después los invitados religiosos tendrían una breve recepción. Y finalmente, cuando ellos se marcharan, Lenore tendría libertad para quitarse las mangas postizas del vestido cuando llegaran los invitados laicos para celebrar el mismo evento. No tenía sentido, excepto para Chimen, que debió de acordarse de las historias que sus padres le habían contado sobre su boda, en el verano de 1909, cuando toda la población del *shtetl* de Ihomen salió para ver a la hija de rabí Jerusalimsky, nieta del famoso rabí Willowski, casarse con el prometedor erudito religioso conocido por sus alumnos como *Moster Zadik*; y cuatrocientos alumnos de *cheder*^[19] desfilaron con antorchas encendidas cuando Yehezkel y Raizl eran conducidos hacia el *chuppah*. Chimen y Mimi, por el contrario, se habían casado en Silberstein's, un restaurante judío del East End de Londres, en una modesta y rápida ceremonia conducida por Yehezkel y siete de sus colegas, siendo testigos el cuñado de Mimi, Samuel Barnett, y un secretario del registro civil, el 20 de junio de 1940 —unos días antes de que las fuerzas nazis entraran en París y justo antes de que el gobierno francés se rindiera a Hitler— treinta y un años y un día después de la boda de Yehezkel y Raizl. Ahora, en 1966, ocho años después de dejar el Partido Comunista y desesperado por hacer las cosas bien por sus padres, Chimen se iba a asegurar de que Jack se casara de manera apropiada. Si eso significaba hacer dos recepciones, una según los requisitos religiosos, otra para satisfacer la aversión de su nueva nuera por todo lo religioso,

entonces se aseguraría de que Hillway acogiera dos celebraciones de boda.

La sensibilidad de Chimen hacia la opinión de la comunidad religiosa judía perduraba: en una ocasión posterior, cuando iban con mis padres a algún lugar del norte de Londres y tenían que pasar por la zona religiosa judía de Golders Green, Chimen les rogó que se agacharan en el suelo del coche para que los amigos de la familia no los vieran en flagrante violación de la prohibición de usar maquinaria durante el *sabbat*. Ellos se negaron.

Seis años después del lío de la boda, se tramó otro simulacro: cuando yo nací, mis padres me hicieron la circuncisión en un centro médico, en vez de hacérmela un *mohel* en la ceremonia religiosa conocida como *bris*. Esta vez Mimi estaba tan horrorizada como Chimen. Y por eso, ocho días después de mi nacimiento —el día en que se suponía que el *mohel* había modificado mi apéndice— Mimi y Chimen se encerraron en su casa, haciendo creer a sus parientes religiosos que estaban en mi *bris*. Trece años más tarde, organizaron una fiesta en mi honor en la casa, dejando que esos parientes dieran por hecho que estábamos, a todos los efectos, celebrando mi *bar mitzvah*. A mí me pareció muy bien —muchos de mis amigos habían celebrado recientemente su *bar mitzvah*— y me gustaba la idea de una celebración especial, con regalos y todo, en honor a mi mayoría de edad.

Cuando mi tía Jenny se casó con un ateo de formación cristiana, Chimen nunca le dio la noticia a su nonagenario padre. Ni le dijo nada cuando Jenny se quedó embarazada. Sabía que el viejo rabino no habría podido aceptar tal estado de cosas. Bastante malo era que Jack se hubiese casado con una judía atea que desconocía los ritos de la vida diaria judía. Que Jenny se hubiera casado con un ateo no judío era ya una bajada a los infiernos. Tampoco les dijo nada a los demás familiares ortodoxos. La suegra de Jenny puso un anuncio de nacimiento en *The Telegraph* cuando nació mi primo Rob, el febrero siguiente a la muerte de Yehezkel, acaecida en septiembre de 1976; el teléfono de Chimen y Mimi empezó a sonar de inmediato. Algunos de sus familiares estaban estupefactos y furiosos porque les hubieran ocultado la boda de Jenny; otros, como Chimen había temido, estaban afligidos porque se hubiera casado fuera de la fe. Y sin embargo Chimen se consideraba a sí mismo un ultrarracionalista, un hombre iluminado por una visión política. Ese aspecto de su personalidad le permitió, con el tiempo, llegar a querer mucho a

mi madre y a mi tío. A pesar de que ellos desconocían las tradiciones judías que habían moldeado su vida, Chimen sabía que eran buenas personas. Y sabía que hacían felices a sus hijos.

Ocho años después de que Charles Darwin publicara *El origen de las especies* en 1859, en el que explicaba su teoría de la evolución, Karl Marx presentó el primer volumen de su gran tratado económico, *El capital*. Pasó gran parte de los últimos dieciséis años de su vida ampliando las teorías expuestas en este volumen, aunque no fue hasta su muerte cuando su colaborador, Friedrich Engels, cotejó sus notas y las publicó como los volúmenes dos y tres de *El capital*. Marx sentía —explicó Engels en su funeral, en 1883—, que él era el Darwin del ámbito social, que había destapado los secretos científicos al explicar cómo las sociedades y las economías evolucionaban y se transformaban a lo largo del tiempo, por qué unas salían adelante y otras se marchitaban. Durante muchos años, los estudiosos del marxismo creyeron que Marx había escrito a Darwin ofreciéndose a dedicarle el primer volumen de *El capital*. Más recientemente, sin embargo, estos especialistas se han dado cuenta de que en realidad fue Edward Aveling, el compañero de la hija de Marx, Eleanor, quien poco después había ofrecido dedicar uno de sus tratados a Darwin. El fundador de la moderna teoría de la evolución declinó amablemente el ofrecimiento de Aveling.

Parte de esta correspondencia, y otros documentos sobre ella, formaban parte, cómo no, de la colección de Chimen. Al parecer, no era que Darwin tuviera objeciones en particular a la teoría económica comunista ni al análisis de cómo habían evolucionado las modernas economías de mercado, que Marx expuso con tanto esmero y cuya defensa lideró Aveling en la década de 1880. Era más bien que Darwin temía que se le asociara con tan célebre grupo de ateos. Después de su obra sobre la evolución, ya tenía, y lo sabía, bastantes problemas con su muy cristiana esposa.

Lo mismo ocurría en la cocina de Mimi. Los miembros religiosos de su familia y los parientes políticos ya tenían suspicacias sobre las inclinaciones políticas de Chimen y de ella (aunque Chimen nunca se manifestó abiertamente

y no le dijo a su padre que era comunista y ateo). Lo último que quería la generación mayor era ver beicon en el frigorífico y los cubiertos para los lácteos y para la carne mezclados en Hillway. Eso sería, ambos lo temían, ir demasiado lejos. Así pues, mientras Mimi a veces tomaba cerdo en los restaurantes y Chimen podía a veces comprar langosta cuando la familia estaba de vacaciones en la costa sur de Inglaterra o (más tarde) en Italia, en su casa —y en Londres— mis abuelos guardaban las apariencias *kosher*.

Como resultado, la cocina tenía dos fregaderos, uno para los utensilios de cocina y los cubiertos que se habían usado en la preparación de platos de carne, y el otro para los usados con productos lácteos. Y no es que las cosas se limpiaran a fondo en aquella cocina; todo tenía una capa de grasa y el quemador del horno siempre parecía tener restos quemados de comidas anteriores pegados con empeño. Después de todo, Chimen era el encargado de fregar los platos, y a pesar de la meticulosidad con la que se ponía el delantal antes de empezar, nunca consiguió hacer la tarea a conciencia. Hubo también un lavavajillas, en años posteriores, que se usaba exclusivamente para los platos y los cubiertos de la carne —¿o era para los de los lácteos?—. Cuando yo era niño, mi madre nunca conseguía separarlos bien y en consecuencia, cuando intentaba fregar los platos después de una reunión familiar, Chimen casi literalmente la echaba de la cocina. Tengo la sensación, al recordarlo ahora, de que a ella eso le venía de perlas.

Mi madre era estadounidense, y como tal la toleraron, *a pesar* de las circunstancias de su nacimiento, cuando entró por primera vez en la órbita de Hillway. Porque en los años sesenta, Hillway era presa de una suspicacia cultural hacia todo lo yanqui, tanto el *jazz* y el béisbol como el macarthismo y la segregación racial. Era una resaca de los días del comunismo, pero también se debía al espíritu de los tiempos: en el periodo de posguerra, muchos británicos, que luchaban por acostumbrarse a la pérdida de estatus del Reino Unido en el mundo, sentían mucha hostilidad hacia los Estados Unidos, fuese cual fuese su ideología política. Los americanos estaban, como decía la sarcástica cancioncilla de la época de la guerra, «por la comida, por el sexo y por aquí»; eran los nuevos imperialistas, arrogantes con sus pretensiones de

poder, sin cultura y sin suficiente preparación para salir al mundo. O quizá solo era envidia: las aspiraciones globales de América no eran ni más reprobables que las que tuvo Gran Bretaña durante los recién desaparecidos días de la gloria imperial, ni más ambiciosas. Sea como fuere, bien por convicción política, bien por simple esnobismo, en las décadas de posguerra la casa de Hillway era tan antiamericana como, por ejemplo, el Carlton Club o Jimmy Porter, el repugnante protagonista alcohólico de la obra de John Osborne *Mirando hacia atrás con ira*, que con amargura decía que «es muy deprimente vivir en la era americana, a menos que seas americano, claro». O, para el caso, como el bisabuelo de Chimen, el Ridbaz, que vivió en Nueva York durante unos años a finales del siglo XIX, antes de volver a Bielorrusia asqueado. América, decía a todo el que quisiera oírlo, era *treyfene medine*, una tierra impura de secularismo y asimilación. En la Inglaterra de posguerra, el antiamericanismo era la intolerancia aceptable de la época.

Varios años después de que Chimen dejara el Partido Comunista, le escribió a un viejo amigo militante, el periodista y cineasta (y, como se supo después, espía soviético). Ivor Montagu, respecto a una venta de libros antiguos que estaba intentando cerrar.

«Querido Ivor», empezaba, «me pregunto si puedes ayudarme. Hace unos meses le ofrecí a Jack, para nuestros mutuos amigos, unas cartas inéditas de Marx muy importantes, y cuatro páginas de su borrador para *El capital*. Y, además, unas rarísimas primeras ediciones de Lenin y Marx. Hasta hoy no he tenido noticias de ellos. Hay un coleccionista americano que desea comprarlo, pero soy reacio a venderle estas cosas a un capitalista yanqui». Montagu le respondió que no había podido obtener respuesta de sus contactos del Partido sobre la compra de los documentos. La respuesta de Chimen, escrita unos días más tarde, era prácticamente un arrebató de tristeza. «Muchas gracias por tu nota», decía. «Es una pena enorme que las cartas y el manuscrito de Marx vayan a parar a un capitalista americano, con quien quedarán ocultos e ignorados».

Irónicamente, Mimi, junto con sus hermanas y su madre, había viajado a América en 1933 para visitar a unos parientes de Connecticut y había sido un viaje maravilloso. Del mismo modo, Chimen había disfrutado de todo el tiempo que pasó en Estados Unidos en 1948. Pero mientras los interminables

sándwiches le sentaban bien a su estómago encogido por el racionamiento, siguió sin dejarse convencer por la cultura americana. Se sentía mucho más cómodo en Europa occidental, viajando en numerosas ocasiones a Francia, Bélgica y Holanda durante los años siguientes, y los visados estampados en su pasaporte indicaban un deseo de viajar, de ver mundo, que había sido sofocado durante la década anterior. Solo muchos años después su pasaporte luciría casi la misma cantidad de sellos de entrada del otro lado del Atlántico.

Conforme los ocupantes de Hillway envejecían, la cocina parecía inexorablemente más grasienta cada vez. Un año, cuando mi madre, Jenny y Vavi estaban preparando la cena del *Séder*, mi primo Rob entró para echar una mano. Las cacerolas estaban cubiertas de grasa, los platos eran un desastre. «¿En qué puedo ayudar?», preguntó Rob. Le dijeron que lavara los platos. Rob miró a su alrededor asombrado. «Yo creía que eso se hacía *después* de comer», dijo, y se puso manos a la obra.

En sus últimos años, mucho después de que Mimi hubiese muerto, la cocina era la estancia en la que Chimen se sentaba, mirando pasivo por la ventana las plantas y las ardillas. Era donde sus cuidadores le daban de comer, a veces era donde los trabajadores sociales y las enfermeras lo examinaban. Y sin embargo, a pesar de lo triste que resultaba aquella estancia cuando Chimen empezó a desvanecerse, puesto que la cocina era el lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo, fue también el lugar de la casa en el que, en los últimos cinco años de su vida, tuve las mejores conversaciones con él.

EL SALÓN: *LA HASKALÁ*

Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo.

MIGUEL DE CERVANTES, *DON QUIJOTE* (1605).

Mientras Mimi removía sus cacerolas de sopa y aderezaba los patos en la cocina, los invitados a la cena iban reuniéndose. Empezaban a llegar sobre las seis, charlaban un rato sentados a la mesa de la cocina, y después, cuando había demasiada gente para mantener una conversación, se iban al salón con sus tazas de té o, si ya era buena hora, sus copas de vino.

El salón daba a la calle Hillway, con sus ventanas saledizas curvadas sobresaliendo ligeramente sobre el jardín. Bajo las ventanas había un arcón adosado, de madera, con la pintura blanca oscurecida por el tiempo y estropeada por falta de cuidado. Al levantar la tapa de este arcón se revelaba una caótica acumulación *de yarmulkes, Haggadot* y otros accesorios para el *Séder*. Sentado en él, entre varias frondosas macetas, uno tenía una posición

ligeramente ventajosa para mirar por encima de la concurrencia. Mirando el salón desde aquel asiento, la pequeña chimenea bordeada de azulejos verde oscuro quedaba a la derecha. Cuando en las casas inglesas aún se utilizaba carbón, esta chimenea había sido útil, necesaria para calentar la casa durante los fríos y oscuros inviernos londinenses. Para cuando yo entré en escena, sin embargo, la chimenea había sido abandonada a favor de la calefacción central, y resultaba casi inaccesible porque delante había una mesa en la que descansaba un viejo equipo de alta fidelidad con tocadiscos, radio y grabadora; y otras dos grandes macetas, con plantas de aterciopeladas hojas verde oscuro, colocadas una a cada lado como centinelas.

A Chimen y Mimi les gustaba la música, pero no tenían muchos conocimientos. Cuando escuchaban un disco, sus gustos normalmente se inclinaban hacia la alta cultura —las sinfonías de Beethoven, la música de cámara de Mozart, ópera de vez en cuando—, pero al mismo tiempo también disfrutaban del folk yidis de su juventud.

Chimen tenía en su colección muchos de los manuscritos originales de Velv Zbarzher, un judío de Galitzia, del siglo XIX, al que la *Jewish Encyclopedia* describía como «un verdadero poeta folk», y una colección completa de sus trabajos publicados. Era un tesoro de material de Zbarzher que superaba a los que poseían otras personas o instituciones de todo el mundo, incluida la Universidad Hebrea de Jerusalén. El nombre real de Zbarzher era Benjamin Wolf Ehrenkranz, pero al igual que Robert Zimmerman un siglo después, decidió que su música folk necesitaba un seudónimo más dinámico. Y así nació lo que podríamos considerar, desde nuestra perspectiva, un Bob Dylan de Galitzia. Zbarzher escribió poemas yidis, con frecuencia musicados, sobre el amor y la pérdida, la injusticia social y la intolerancia religiosa. Seguidor de la Ilustración judía, le gustaba reírse de sus vecinos jasídicos, escribiendo letras burlonas sobre cómo estos creían poseer todos los conocimientos ocultos y que por lo tanto los logros de la ciencia, en una era de transformaciones tecnológicas, no servían para nada.

Finalmente, el trovador de Galitzia se enamoró de una mujer conocida como Malkele *la Bella*, y se trasladó a Estambul, donde murió en 1883, el mismo año que Marx. La historia de Zbarzher terminó solo seis años antes de que Thomas Edison inventara el fonógrafo y, por desgracia, Zbarzher no pudo

dejar ninguna grabación para la posteridad. Si hubiera sido así, estoy seguro de que habría llegado a la pequeña colección de LPs de mis abuelos. Después de todo, el yidis era la lengua en la que Chimen lloraba; leía poemas de amor y pérdida en la *mamaloshen*, la lengua materna. Podría muy bien haber sido la lengua en la que soñaba.

Lo que sí había en aquella colección eran las grabaciones de canciones de Itzik Manger, un extraordinario poeta y dramaturgo yidis del siglo XX, autoproclamado «el bardo folk», que adoraba a Zbarzher. Chimen había hecho amistad con él poco antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, y durante un breve espacio de tiempo editaron juntos la revista literaria de izquierdas *Eyropë*, en yidis. Durante la guerra, Manger fue la figura principal de un grupo de ensayistas, poetas y dramaturgos yidis con los que Chimen tomaba té y charlaba en un pequeño café de una calle cercana a la British Library. Allí fue donde conocieron al periodista y crítico de arte Leo Koenig; es bastante probable que aquel fuera también el lugar donde Chimen conoció a otro buen amigo de la época, el novelista, dramaturgo y coleccionista de libros Sholem Asch. Puede que también allí hiciera amistad con el poeta yidis alemán A. N. Stencl, un excéntrico personaje que publicaba el periódico *Loshn un lebn* [Lenguaje y vida] y del que se rumoreaba que se había pasado a sí mismo de contrabando, desde la Alemania nazi a Inglaterra, en un ataúd. Stencl dirigía un salón de tertulias en Whitechapel, conocido como «Amigos del yidis», que perduró durante casi treinta años después de su muerte, en 1983. Manger era, sin embargo, el centro de atención de este grupo. Pasó once años viviendo en Londres, primero como infeliz refugiado durante la guerra — en un enrevesado periplo, había ido desde Polonia a Francia, desde allí al norte de Africa, a Gibraltar, después a Portugal y finalmente a Londres, en los primeros meses de las hostilidades—; y, por lo tanto, como un desdichado y apátrida residente después de ella. En 1951 se trasladó a Israel, donde murió en 1969.

Chimen admiraba a Manger y le encantaba hablar en yidis con él, pero llegó a molestarle la incapacidad de su amigo para controlar sus palabras. Manger era conocido por ser un hombre difícil, un poeta impresionante que, cuando se emborrachaba —lo cual ocurría con demasiada frecuencia—, era capaz de decirles las cosas más espantosas a quienes estaban con él. Muchas

décadas después Chimen le dijo a su amigo, el especialista en yidis Efrat Galed (quien enseñó en la Universidad Heinrich Heine de Düsseldorf), que Manger había roto su amistad con él, algún tiempo después del final de la guerra, cuando Chimen habló en un acto celebrado en Londres para conmemorar la vida de dos líderes del movimiento Bund asesinados por la policía secreta soviética. Manger se sintió ofendido por las palabras de Chimen y lo acusó de «matar» a los dos hombres otra vez. Es probable que Chimen, entonces en el momento álgido de su estalinismo, hubiera dicho, en efecto, algo ofensivo —Chimen también había discutido con Koenig tan acaloradamente durante aquella época que, con un rencor totalmente irracional e inadecuado, le devolvió una obra original de Chagall que Koenig le había regalado—, pero era igualmente probable que Manger se hubiera ido de la lengua contra un antiguo amigo.

A pesar de los intentos de mi abuela por suavizar las cosas, Chimen no podía perdonar al poeta. Los dos hombres no volvieron a hablar nunca. Pero Chimen siguió amando la poesía y la música de Manger. Cada *Séder*, después de terminar la solemne tarea de leer el *Hagaddak* y después de que los invitados hubieran terminado de consumir el banquete de Mimi, Chimen interpretaba a pleno pulmón el caprichoso poema de amor de Manger titulado «Rabbeinu Tarn», incluido el disparatado estribillo «Haydl, didl, dam». Recitaba el yidis con rapidez, de manera semimelódica, se paraba en la línea del coro y esperaba a que todos saltáramos. Y eso hacíamos, sin falta. Con los años, aprendimos a cantar gran parte de la narración en yidis también, simplemente memorizando los incoherentes sonidos de las palabras. Allí, en el Londres de finales del siglo XX, Chimen tenía una mesa de treinta invitados cantando la canción de Manger, en un idioma que la mayoría de nosotros no entendíamos, sobre hechos de los que no teníamos la menor idea. Antes de buscar la canción para este libro, yo no sabía que cantábamos sobre una reina de Turquía perdidamente enamorada, que enviaba sus apasionadas cartas a rabí Tam, y que las misivas las llevaba un pavo real dorado que cruzaba el océano. Yo no sabía que cuando la esposa de rabí Tam interceptaba las cartas lo golpeaba con un rodillo. Ni que el propio Tam se desahogaba de los problemas de su vida hablando con una cabra de sus establos. Después de todos estos años aún recuerdo los ritmos de Manger, sus sonidos. Casi puedo

sentir todavía las vibraciones del sonoro y melodramático bajo con que el amigo de Chimen y Mimi, Manny Tuckman (cuya esposa, Ghisha, era hija de Koenig), construía lentamente el último, culminante «Haydl, didl, dam», alargando la última palabra, un *glissando* gradual de mayor a menor.

Muchos de los otros gustos musicales de Chimen y Mimi eran, sin embargo, comprensibles solo a la luz de sus ideas políticas. Entre los discos de sinfonías dirigidas por Otto Klemperer y las óperas cantadas por el gran bajo ruso Feodor Chaliapin (la madre de Chimen lo llevó de niño a verlo), había grabaciones del cantante americano Paul Robeson. La sonora voz de Robeson era, en verdad, preciosa; pero la razón por la que la familia Abramsky lo escuchaba, más que, por ejemplo, a Frank Sinatra, tenía más que ver con el hecho de que era simpatizante del Partido Comunista que con su perfecto do bajo, y con que hubiera cantado para los partidarios de Julius y Ethel Rosenberg y hubiese hablado en defensa de ambos, quienes el 19 de junio de 1953 fueron ejecutados por pasar secretos atómicos a la Unión Soviética. En el apogeo de las purgas de McCarthy, el gobierno norteamericano confiscó el pasaporte de Robeson por su activismo político de izquierdas; en 1958, bajo presión de una campaña internacional, la Corte Suprema le devolvió el pasaporte, y él, inmediatamente después, voló a Inglaterra para dar una serie de conciertos. Tres años más tarde actuó en el Albert Hall en un concierto que celebraba el trigésimo primer aniversario del periódico *Daily Worker*. Los discos de Robeson se anunciaban en los folletos del Partido, y comprarlos era algo parecido a una obligación política. También lo era, en los primeros años de posguerra, escuchar los aires rusos comunistas, tales como «La canción del tractor» y «La tristeza de Varushka», homenajes a los trabajadores rusos, que se esforzaban por transformar su patria en el paraíso de los trabajadores.

Allí, en el residencial norte de Londres, Chimen, Mimi y sus camaradas comunistas se reunían para escuchar la música de la revolución. «El Partido», escribió Raph, con la ventaja de la retrospectiva, «tenía cierto parecido con una “apiñada” iglesia: un pueblo aparte, que estaba en el mundo pero no pertenecía a él. Nos comportábamos como una aristocracia moral, elegida, una congregación de verdaderos creyentes». Los miembros del Partido, señalaba, «nunca se cansaban de proclamar su fe en las masas, incluso cuando parecía

que sus argumentos eran rechazados».

De todas formas, no importaba en realidad qué música tenían Mimi y Chimen en su colección, ni lo sutil que fuera el mensaje de la música. A menos que Chimen estuviera de viaje (cuando Mimi dejaba las tertulias temporalmente en espera, y se ponía al día con sus lecturas y su correspondencia y puede que incluso escuchara algunos de sus LPs favoritos), cuando sus hijos estaban en casa y las ocupaciones de la vida diaria y el trabajo eran las primeras de la lista de obligaciones de llevar una casa como la de Hillway, casi nunca hubo un momento, durante las horas diurnas, en que la casa estuviera lo suficientemente tranquila como para poder escuchar música. Al igual que en una ciudad siempre hay ruido de fondo, tan omnipresente que uno deja de ser consciente de ello, así también había en Hillway un continuo murmullo de animada conversación con múltiples acentos, el alboroto de los útiles de cocina y el vocerío de la gente llamándose de una habitación a otra. Chimen, en particular, llamaba a «Mimi» desde dondequiera que estuviese y esperaba que lo oyera; que pudiera oírlo dependía con frecuencia de lo intenso que fuera el sonido de la comida friéndose en la cocina. Si ella oía sus gritos, contestaba: «¡Sí, Chim!», con la voz ligeramente teñida de exasperación. «¡Nuestros invitados empiezan a tener hambre!». Chimen corría como loco de una habitación a otra. Una masa crítica de adultos se distribuía en pequeños grupos, cada uno con su propia discusión o análisis o chiste. Después, como en un experimento de cinética de un laboratorio, los individuos se desplazaban, formaban nuevos grupos y después otros nuevos. Sonaba el timbre de la puerta, o alguien llamaba con la aldaba. El rugido de un ciclomotor subiendo por el sendero del jardín hasta los escalones de la puerta de entrada, indicaba la inminente llegada de Rose.

Sobre la chimenea había una reproducción de gran tamaño, con los colores apagados, del famoso cuadro de Marc Chagall de un violinista en un tejado, pintado entre 1912 y 1913. Y a ambos lados del cuadro había estantes: tablones de madera gruesos, oscuros, sin pulir, que llegaban hasta el techo. En aquellos estantes había cientos de libros sobre historia judía, muchos de ellos sobre movimientos intelectuales de Europa del Este de los siglos XVIII y XIX. Era una rica veta en la que indagar. Desde finales del siglo XVIII en adelante, los escritos, las amistades y las campañas políticas del judío alemán Moses

Mendelssohn, experto en religión, filósofo y crítico literario, fueron el catalizador de una Ilustración judía conocida como la *Haskalá*, que se abrió camino hacia el este desde Alemania.

Mendelssohn, que nació en la ciudad de Dessau en 1729 y se trasladó a Berlín en su juventud, quería utilizar los principios racionales y el lenguaje de la Ilustración para demostrar la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la necesidad de un código talmúdico; y al mismo tiempo emancipar a los judíos europeos, tanto de las antiquísimas restricciones impuestas por las autoridades del Estado (que limitaba los trabajos que podían ejercer y dónde podían vivir, por ejemplo), como del autoimpuesto aislamiento que separaba a la mayoría de los judíos de la cultura intelectual de la época. Sus teorías sobre la inmortalidad del alma, desarrolladas en su libro *Fedón*, no eran convincentes; sus reflexiones sobre la emancipación eran más profundas. Predicando una forma de separación entre Iglesia y Estado, intentaba llevar a los judíos de los guetos de Europa hacia la corriente intelectual dominante. En su país, buscaba que aprendieran alemán en lugar del judeo-alemán que hablaba la mayoría de sus contemporáneos; que leyeran las grandes obras de la literatura y la ciencia de su época; que tomaran parte en los grandes debates filosóficos del momento. En un proyecto que era, a su modo, tan ambicioso como el de los reformistas protestantes de siglos atrás, que habían traducido la Biblia a las lenguas vernáculas, en 1783 Mendelssohn tradujo la Biblia hebrea al alemán. Esto causó consternación entre muchos rabinos, que temieron que su influencia declinara si el pueblo podía entender realmente el Libro Sagrado sin su poder mediador, y que animaron a sus seguidores más turbulentos a quemar la ofensiva obra. Pero la traducción encontró un público receptivo, que rápidamente convirtió el esfuerzo de Mendelssohn en un gran éxito. En su obra *Jerusalén o Acerca del poder religioso y judaísmo*, publicada en el mismo año, Mendelssohn hacía un poderoso —aunque a la larga fallido— intento de reconciliar las milenarias tradiciones judías con el racionalismo filosófico adoptado por Immanuel Kant que tan en boga estaba entre sus contemporáneos. Al fin y al cabo, Kant alentaba a sus lectores a «atreverse a usar la razón».

Mendelssohn creía que la existencia de Dios se podía probar mediante argumentos racionales; sin embargo, la divina revelación de los Diez

Mandamientos a Moisés en el monte Sinaí le parecía bien dejarla como revelación. En el mundo de Mendelssohn, por lo tanto, la realidad de Dios era algo similar a una prueba matemática; pero la ley de Dios, su código de conducta para la vida diaria, había que aceptarla mediante la fe. Y que una persona decidiera aceptarla o no, era, pensaba él, una cuestión de conciencia individual. Como sus correligionarios de la Ilustración, Mendelssohn creía que el Estado no debía imponer ninguna forma de ortodoxia religiosa. Los promulgadores de la *Haskalá* abrazaban así el gran concepto político liberal, formulado en la Europa occidental y en América en torno a la Revolución francesa, de un Estado laico, suficientemente integrador como para incluir a personas de todas las creencias o de ninguna (aunque el propio Mendelssohn era un severo crítico del ateísmo), y perfeccionó este concepto en un elaborado mensaje dirigido específicamente a la población judía de Europa. Los hombres y mujeres de los siglos XVIII y XIX que adoptaron la *Haskalá* tras leer los escritos de Mendelssohn dieron la bienvenida al cambio y a la perspectiva de la emancipación civil, de los plenos derechos políticos y económicos. No aceptaban, sin embargo, el liberalismo. Para muchos de ellos, conforme su implicación en los movimientos políticos europeos se hacía más profunda, también se hacía más profundo su radicalismo.

En los últimos años del siglo XIX, un gran número de jóvenes judíos, como reacción a los pogromos de Rusia apoyados por el gobierno y a la violenta represión contra los activistas políticos de países de todo el continente, se sintieron atraídos hacia una idea más claramente socialista. Esta había adquirido un primer impulso con la ola de revoluciones que recorrió Europa en 1848, y después ganó velocidad en Rusia desde 1860 en adelante. Muchos simpatizaron con la idea de Alexander Herzen, una versión modificada de la teoría del «buen salvaje» apoyada por Rousseau, según la cual la más pura encarnación de la humanidad era el campesino común; la vida diaria del campesino era, de algún modo, más real que la del urbanita o la de la aristocracia rural. Otros adoptaron las variaciones del marxismo que empezaron a destacar en Rusia durante las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX: unos apoyaban a los mencheviques y su más democrática visión del socialismo, mientras que otros depositaron su fe en Plejánov y después en los bolcheviques de Lenin y su teoría de una pequeña

vanguardia de élite de revolucionarios urbanos que pondría las bases para una sublevación más amplia. En los últimos días del siglo, algunos se afiliaron a la Unión General de Trabajadores Judíos, una organización de trabajadores de Rusia, Lituania y Polonia cuyos miembros creían en una transformación socialista de la sociedad. Aún otros se entregaron al *Folkspartei*, fundado en 1904 por el historiador Simon Dubnow con la idea de promocionar la autonomía cultural de los judíos dentro de un escenario político liberal más amplio. Querían que los judíos permanecieran en Rusia pero que se les permitiera fomentar su cultura sin sufrir persecución. En este aspecto, mantenían una posición contraria al creciente número de sionistas que en aquellos momentos exhortaban a los judíos de Europa del Este a dejar atrás los pogromos e instalarse en Palestina, una tierra que esperaban que algún día volviese a ser conocida como Israel.

De esta caótica situación política, este caleidoscopio de interminables reconfiguraciones de asociaciones radicales entre las comunidades judías de Europa del Este, surgieron figuras literarias como el gran escritor yidis Sholem Aleijem. En este mundo, además, empezaban a destacar revolucionarios como Lev Bronstein —conocido para la posteridad como Leon Trotski— Pero hubo también una reacción contra estas ideas liberales y radicales, una reacción judía ortodoxa equivalente a la de Joseph de Maistre contra la Ilustración francesa casi un siglo antes. El movimiento de la *Yeshivá* en Lituania, de donde surgió un joven Yehezkel como ensalzado erudito religioso, destinado a ser considerado entre los *gedoylim* —o sabios religiosos casi santos— del siglo siguiente, fue lanzado en oposición directa a las liberalizadoras, secularizadoras fuerzas de la *Haskalá*. Los discípulos de las *yeshivás* se burlaban de los seguidores de la *Haskalá*, según Chaim Grade; algunos de los más atrevidos incluso seguían por la calle a sus laicos rivales para insultarlos. Su tarea era restaurar el orden tradicional en las comunidades atrapadas en las redes de la historia; volver a imponer una visión intemporal del universo en un mundo inestable. No por casualidad los estudiosos-activistas del movimiento de la *Yeshivá* se oponían igualmente al místico, extático movimiento religioso del jasidismo, que se había difundido por

Europa del Este desde el siglo XVIII en adelante, había creado nuevas dinastías rabínicas y había restado importancia a los textos legales del judaísmo. Los jasídicos, siguiendo las enseñanzas de su fundador, el *baal*^[20] Shem Tob, enfatizaban la importancia de la oración y el amor; con esas dos herramientas, afirmaban, incluso un judío iletrado podía alcanzar la cima espiritual. Esto era un desafío a las estrictas jerarquías del conocimiento talmúdico; y para cuando el *baal* Shem Tob murió en 1760, muchos miles ya se habían entregado a sus enseñanzas. Ellos, y sus descendientes, eran considerados peligrosamente hostiles a la autoridad, envueltos en las emociones y sensaciones de la experiencia religiosa, en vez de preocupados por la ley y por el minucioso debate, palabra por palabra, del Talmud. Los estudiantes de la *Haskalá* eran considerados demasiado librepensadores, demasiado críticos con la autoridad ancestral. Ni una ni otra visión auguraba nada bueno para los tradicionalistas.

Naturalmente, el movimiento de la *Yeshivá* podía retrasar el reloj solo hasta cierto límite. Las ideas de la *Haskalá*, en particular, una vez difundidas en las comunidades judías de Europa del Este, desataron un torbellino de cambio. Prepararon el camino para que una generación de judíos de *shtetl* adquiriese conocimiento y conciencia política, se trasladara a las grandes ciudades, participara en la agitación intelectual del siglo XIX y principios del XX. La vida y la cultura de los judíos de los *shtetl* era tan misteriosa y estaba tan poco estudiada por los historiadores que, según el libro de Nathaniel Deutsch, *The Jewish Dark Continent: Life and Death in the Russian Pale of Settlement*, etnógrafos de la última época zarista proyectaron distribuir un cuestionario en yidis de unas dos mil preguntas, para estudiar las tradiciones populares de lo que los etnógrafos veían como un pueblo desconocido. El movimiento de la *Haskalá* puso este «oscuro continente» (la expresión es de Dubnow) en la historia. Dio a los judíos de Europa del Este la capacidad, el derecho, de escribir su propia historia.

En el salón de Chimen y Mimi, los debates desatados dentro del judaísmo por la *Haskalá* se llevaban a cabo intensamente, tanto en las conversaciones y las vidas de sus residentes como entre los miles de libros albergados desde el desvencijado suelo hasta el desconchado techo: sionismo frente a socialismo internacional; asimilación en contraposición a nacionalismo; religión contra

laicismo; tradición opuesta a modernidad; la autoridad de los rabinos frente al poder de los nuevos revolucionarios.

En las estanterías de esta habitación había también muchos libros sobre el Holocausto y más genéricamente sobre antisemitismo. Del mismo modo, además, había volúmenes socialistas raros, de gran tamaño —colecciones de ensayos, tratados políticos, etcétera—, muchos de ellos con sellos que sugerían que originalmente habían pertenecido a la biblioteca de Leipzig, una colección que Chimen debió de comprar poco después del final de la guerra. Y había en esos estantes primeras ediciones de los principales pensadores fabianos: Harold Laski, Sydney y Beatrice Webb.

Salpicados entre los libros, joyas camufladas en el anonimato, había unas cuantas docenas de grandes tomos de diferentes alturas, que contenían miles de imágenes en color originales de la Guerra franco-prusiana de 1870 y la Comuna de París del año siguiente, incluidas tiras cómicas de revistas inglesas sobre la Comuna y páginas completas de periódicos franceses con diversos manifiestos y llamadas a las armas. Esta era una colección que Chimen guardaba como un tesoro, tanto como cualquier otra de la Casa de los Libros. La encuadernación de estos volúmenes era de tafilete negro con el lomo en relieve. Cada uno tenía un rectángulo rojo en el lomo, y en cada rectángulo, impreso en pequeñas letras doradas, se leía *Distractions des deux sièges de Paris 1870-1871*, junto con el número del volumen en números romanos. Dentro de esos tomos había imágenes impresionantes: un miliciano, con el arma al hombro, arrastrando por la calle a una mujer llorosa; soldados prusianos, con cascos de metal coronados con un pincho, saliendo de un edificio en llamas saqueado y una mujer muerta, ensangrentada, tirada en la calle ante ellos; una ilustración de las barricadas, que mostraba a los comuneros con sus bayonetas apoyadas en un cañón, y una bandera roja ondeando sobre sus cabezas. En la bandera se leían las palabras «La 1871 Commune ou la mort». Había viñetas políticas que mostraban la impotencia del emperador Napoleón III; comentarios conservadores de la prensa inglesa denunciando el ateísmo, el desprecio por la propiedad privada y la sed de sangre de los revolucionarios (una de ellas, del famoso ilustrador George

Cruikshank, se titulaba «Una terrible lección al mundo para tiempos venideros»); reproducciones de una proclama de Robespierre de 1792 sobre los «Derechos del Hombre y de los Ciudadanos», y de manifiestos revolucionarios del socialista Louis-Auguste Blanqui. Muchas de las imágenes mostraban esqueletos rodeados de arreglos florales en tonos pastel, las calaveras simbolizando varios movimientos políticos y estructuras sociales moribundas, mirando fijamente como macabros observadores; aquellas imágenes eran parte de una tradición iconográfica que va desde los trabajos de Goya sobre las guerras napoleónicas en la península ibérica, de casi setenta años antes, hasta las carátulas de los álbumes de Grateful Dead de un siglo después.

Chimen había comprado la colección, ya encuadernada, en una subasta de Sotheby's décadas antes de que yo hiciera mi aparición. Una de mis imágenes favoritas, muy escondida en el volumen veintiuno, era *Les Amis de L'Ordre* (Los amigos del orden). Mostraba a un fraile con hábito marrón, calvo y gordo, sosteniendo los pies de una mujer postrada que representaba la *République*, mientras el depuesto emperador Napoleón III y el *duc d'Aumale*, pretendiente al trono de Francia, sujetaba a la República por el pecho. Completando la espantosa escena había un asesino bien vestido, Thiers, cabeza del gobierno anti-Comuna, con el estómago contra la cabeza de la República, a punto de hundirle el cuchillo en el corazón. La ilustración no era sutil, sino que transmitía una adecuada sensación de lo grotesco, de la traición a los ideales de la Comuna.

En la forma en que conservaba estas valiosas láminas, conscientemente o no, Chimen estaba emulando a los estudiantes del Talmud de la *yeshivá* de Volozhin, en Telz, y las otras grandes escuelas religiosas que salpicaban el paisaje de la juventud de su padre; allí, apartados por los rabinos y los *rosh yeshivá* (los directores de las escuelas) de cualquier conexión literaria con el peligroso mundo secular externo, los estudiantes más atrevidos se suscribían a periódicos y revistas académicas. Ese atrevimiento intelectual era, como escribió el antiguo alumno Nathan Grinblat años después, una experiencia ilícita, como «beber embriagador vino». Después de todo, a menos que un libro hebreo hubiera sido certificado por un rabino con un *haskamah*, que era esencialmente un sello de aprobación que indicaba que el libro no contenía

nada de naturaleza herética, ese libro quedaba prohibido para los alumnos. Los periódicos y revistas, que recogían en las oficinas de correos de la ciudad, pasaban de mano en mano subrepticamente, de forma muy parecida a como los ejemplares de los *samizdat* o libros prohibidos, tales como *Doctor Zhivago* o *Archipiélago Gulag*, se compartían años más tarde en la Unión Soviética. Finalmente, los periódicos se recopilaban y los números correspondientes a un año entero de determinada publicación se encuadernaban en un solo volumen y se ocultaban en lo más alto de una estantería. De joven, Yehezkel había leído textos prohibidos por la *Haskalá*. Y en un sorprendente acto de rebeldía se había atrevido además a familiarizarse con la gran literatura rusa de autores como Dostoievski y Tolstói. Para los rabinos esto era *bittul Torà*, que significa, aproximadamente, una verdadera pérdida de tiempo, tiempo que más valdría pasar estudiando el Talmud. Los lectores de tales libros podían incluso ser denunciados como *apikorsim*, herejes. Pero leer libros como *Crimen y castigo* era lo máximo a lo que llegaba la rebeldía de Yehezkel. Eso y convertirse en un experto nadador, presumiblemente en los muchos ríos que atravesaban el paisaje lituano donde había crecido. En una época de grandes convulsiones políticas, cuando los judíos iban a desempeñar un importantísimo papel en las protestas políticas rusas —en 1905, un tercio de los presos políticos del Imperio ruso eran judíos—, Yehezkel se mantuvo al margen de los intereses del momento.

En realidad, conforme iba alcanzando la madurez, Yehezkel se sentía mucho más identificado con el austero movimiento *Musar*, que promovía la abnegación y el ascetismo, y que había acabado enérgicamente con la herejía en las *yeshivás* de su juventud. El mundo moderno era demasiado tentador, pero precisamente por esa razón era, creía él, terriblemente peligroso. En esto era alma gemela de muchas de las principales eminencias del *Musar*, hombres de una generación anterior que en sus años jóvenes se habían interesado por nuevas ideas éticas y filosóficas, se habían sentido intrigados por los nuevos avances científicos, e incluso por grandes novelas y por modernas teorías desarrolladas por personas como Sigmund Freud, pero que después habían entrado profundamente en la ortodoxia. Shaul Stampfer escribe que estos hombres con frecuencia «utilizaban vocabulario tomado de la filosofía y la psicología», pero también memorizaban y recitaban una y otra vez textos

religiosos tales como el *Mesilat Yesahrim*, o «el camino recto», para cubrir con una red protectora a los discípulos —los recitadores, y también sus compañeros—, manteniendo alejadas las corruptoras influencias del mundo exterior. A pesar de su adhesión a la *Haskalá*, en muchos sentidos Chimen siguió estando protegido por esa red a lo largo de toda su vida. Era un hombre de la modernidad que, no obstante, había sido modelado en muchos aspectos por el mundo de su padre, de su abuelo materno y de su bisabuelo; por esa larga línea de legendarios rabinos de la cual era descendiente.

En el centro del salón de Mimi y Chimen, una oscura alfombra tejida, hecha jirones, de lana de color púrpura, cubría los desnivelados tablones de madera oscura, sin pulir, que se habían colocado como suelo provisional durante los años de la guerra y que nunca se había reemplazado. Dos o tres sillones un poco apelmazados y que no hacían juego, y una vieja mecedora con un tieso respaldo de madera, se agrupaban en ese espacio central, colocados de manera que todos mirasen hacia dentro, y de modo que el ocupante de cualquiera de esos asientos pudiera ser el centro de atención. Tomás Moro, al imaginar una sociedad ideal, una utopía, escribió sobre sus habitantes que «de oro y plata hacían comúnmente los orinales y otros recipientes que sirven para los usos más viles. Se maravillaban de que aquellos hombres fueran tan locos como para encontrar deleite y placer en el dudoso brillo de una piedra preciosa (...) y de que un patán ignorante que no tiene más inteligencia que un asno (...) tuviera sin embargo a muchos hombres sabios y buenos sometidos y a su servicio, solo por esto, porque tiene una gran cantidad de oro». En su ejemplar, Chimen había subrayado a lápiz este pasaje, se supone que más por el valor de su visión antimaterialista que por la peculiar ortografía de Moro.

Había algo *musar* en esta deliberada y austera negligencia; los tablones del suelo eran tan desaliñados, tan escasamente funcionales como los irregulares postes de la vieja valla de madera que rodeaba el edificio de ladrillo de tres plantas que albergaba la *yeshivá* de Novaradok, en la que un Yehezkel de doce años entró con tanto éxito en 1898. Irónicamente, ese destartalado aspecto también tenía mucho del comunismo británico. En la década de 1980, Raph Samuel publicó una serie de artículos en la *New Left*

Review, editados después de su muerte en un libro titulado *The Lost World of British Communism*, en los que confrontaba la mentalidad y la estética del Partido Comunista, con las que él había crecido durante los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. La casas de los miembros del Partido eran, señalaba, «según los estándares de la época, grises, visualmente depauperadas, pero redimidas por estanterías muy nutridas, el corazón espiritual de la vivienda». Convencidos de que luchaban por «el camino, la verdad y la vida», los comunistas de la juventud de Raph tenían poco tiempo para tareas mundanas, burguesas, tales como arreglar sus casas, modernizar la fontanería o cortar el césped.

En el extremo del salón opuesto a la chimenea, la pared estaba cubierta del suelo al techo por una doble fila de libros. En esas estanterías estaban los textos de sociología de Chimen: volúmenes de Émile Durkheim y Max Weber; de sociólogos americanos y críticos culturales como C. Wright Mills, Irwin Howe y Daniel Bell. En ellos se explicaba el surgimiento de la mentalidad del hombre de masas, así como las crecientes reacciones de la bohemia del mundo occidental a esa mentalidad. Como Charles Chaplin en *Tiempos modernos*, una de sus películas favoritas, Chimen era tanto una criatura de la modernidad como un hombre que rechazaba por completo la mecanización de la vida moderna. En esta sala estaban reunidos muchos de los grandes críticos culturales de la condición humana del siglo XX, así como sus antecesores, incluidos los escritos de Rousseau sobre los orígenes de la sociedad política y el ideal del buen salvaje y las obras de los filósofos del Romanticismo del siglo XIX, que se agrupaban alrededor de Nietzsche.

A media altura de esa pared, frente a la chimenea, en un pequeño estante de apenas quince centímetros de alto, estaban los clásicos políticos de Everyman, mi colección favorita de la casa. En esa colección estaban muchos de los grandes pensadores políticos de los últimos dos milenios y medio, desde Platón y Aristóteles a Roger Bacon, John Locke y Thomas Hobbes, desde el utópico Tomás Moro al teórico de la unificación de Italia Giuseppe Mazzani. Incluido en la colección, de manera un tanto sorprendente, estaba Marco Polo; no fue un gran pensador político, pero fue un aventurero, y sus viajes, estoy seguro, le habían interesado a mi abuelo trotamundos. Había algo liliputiense en estos libros, aunque en su concepción había también algo

maravillosamente igualitario. Eran libros de tapa dura económicos, cada uno con su cubierta de distinto color y con una textura similar a la lona, muchos de ellos de los años de la Gran Depresión, cuando el papel de buena calidad escaseaba; eran libros pensados para llevarlos en el bolsillo de la chaqueta, para sacarlos fácilmente y leerlos en el metro, de pie, apretujado contra otros viajeros en hora punta. Eran libros publicados para el hombre común, en un momento en que se asumía con normalidad que los ingleses, de todas las clases y de toda condición social, estaban interesados en enriquecerse intelectualmente. Cada volumen llevaba el lema «Hombre común, iré contigo y seré tu guía; cuando más lo necesites, estaré a tu lado».

Joseph Dent había empezado a publicar la colección Everyman's Library en Londres en 1906. A mediados de la década de 1930, cuando Chimen, de adolescente, empezó a comprar los libros y a tomar notas en los márgenes con compactos comentarios en hebreo y, más tarde, en inglés, gran parte del canon occidental político, filosófico, científico y literario ya estaba disponible, a bajo coste, como parte de la colección. Para entonces había 937 títulos en el catálogo; Chimen tenía unos cincuenta de ellos. Fue a través de estos libros como sus ideas políticas maduraron. Cuando leyó *El contrato social* de Rousseau subrayó la frase: «El paso del estado natural al estado civil produce un cambio muy notable en el hombre, que en su conducta sustituye el instinto por la justicia y les da a sus acciones la moralidad de la que previamente habían carecido». En *La República* de Platón, que Chimen leyó en Jerusalén en 1937, marcó un pasaje sobre la tiranía, la cual «hurta mediante el fraude y la fuerza los bienes de otros, cosas sagradas y santas, posesiones públicas y privadas, y nunca en pequeñas cantidades, sino siempre a gran escala (...) Los hombres rechazan la injusticia, no porque temen cometerla, sino porque temen sufrirla». Y en su ejemplar de la *Política* de Aristóteles, comprado cuando tenía poco más de veinte años, Chimen señaló varias páginas con pedazos de periódico, y después subrayó, a lápiz, algunas líneas de esas páginas. «En todas partes la desigualdad es una causa de revolución», había escrito el filósofo griego en uno de los pasajes que Chimen señaló. «Y siempre es el deseo de igualdad lo que hace surgir la rebelión». En otra de las partes subrayadas se encontraba la observación de que «la democracia aparece para estar más seguros y menos expuestos a la revolución que con la oligarquía».

Cuando, tres cuartos de siglo después, la colección Everyman de Chimen pasó a mis manos, los pedazos de periódico seguían ahí, marrones y quebradizos por el tiempo, y el envejecido color crudo del delicado papel se filtraba en las hojas del propio libro.

Aristóteles era un hombre de extraordinaria versatilidad intelectual: además de ser un teórico político, era matemático, naturalista, éticista y filósofo moral. Entre sus más importantes contribuciones al mundo de las ideas estaba su profunda investigación filosófica sobre las primeras causas: la búsqueda de un momento inicial del universo y, si el universo fue en verdad creado por Dios, un momento inicial de esa entidad divina. Llegó a la conclusión de que debía de haber un *motor inmóvil*, un ser incorpóreo que hubiera existido siempre, cuyo pensamiento en sí hiciera posible el universo, hiciera posible el pensamiento humano, hiciera posible el propio tiempo. Puesto que Dios habría existido siempre, el universo y el tiempo también habrían existido siempre. El Dios de Aristóteles pensaba, por lo tanto todo lo demás existía y había existido siempre. Para Aristóteles, los elementos básicos con los que se había construido el mundo tenían que haber existido siempre.

Mil quinientos años después, el gran filósofo judío español del siglo XII, Maimónides, revisó las ideas de Aristóteles sobre las primeras causas. Aceptaba que Dios hubiese existido siempre, o tal vez, no hubiese existido nunca. Pero, a diferencia de Aristóteles, Maimónides afirmaba que el mundo físico tenía un punto de partida determinado, y que antes de que el universo empezara a existir el propio tiempo no podía existir, que el tiempo y la materia estaban íntimamente entrelazados. Según Maimónides, Dios existe al margen del tiempo. Después, de algún modo, Dios provoca que surjan las dimensiones del espacio. Entonces, y solo entonces, empieza el tiempo. Esto suponía un extraordinario salto intuitivo, una aproximación, quizá, al concepto de relatividad que Einstein formularía después. Pero el proyecto de Maimónides se extendía más allá. Se trataba de reconciliar la idea de la Creación —un solo punto de partida para todos los seres vivos, regidos por un código moral, como se explica en la Biblia hebrea— con la noción del filósofo de un mundo eterno. Si el mundo creado por Dios ha de existir siempre, y sus estructuras están determinadas no por las acciones y elecciones del hombre, sino por un

Dios cuyos motivos no se pueden desentrañar, ¿qué espacio queda para la moral, para el libre albedrío, para los conceptos del bien y del mal?

Lo que interesaba al filósofo era cómo los principios éticos judíos que guiaban la vida diaria podían reconciliarse con nociones de eternidad; cómo la pequeñez de las necesidades y los deseos humanos podía encajar en la inmensidad del cosmos; cómo un Dios que siempre había existido y que siempre existiría podría interactuar con las esperanzas y los miedos de unos individuos tan pequeños y efímeros como los humanos. Aquí Maimónides dio otro salto intuitivo. Precisamente, concluyó, era la capacidad del hombre para pensar racionalmente sobre estas grandes cuestiones lo que le daba una esencia espiritual, y era eso, más que su cuerpo material, lo que lo convertía en imagen de Dios. Incluso si a Dios, en realidad, no le importaran los individuos humanos, en las ideas humanas sobre Dios, y en el sueño de que Él interviniera en la vida cotidiana, residía la posibilidad de la trascendencia, la posibilidad de llegar a ser algo más que un animal, la clave para la moralidad. Para Maimónides, la religión se hacía así extrañamente pragmática. Hay que reconocer que las historias de milagros y ángeles podrían ser poco más que cuentos de hadas o, en el mejor de los casos, tarjetas de visita de Dios, señales que enviaba de vez en cuando para hacer saber a las personas que Él seguía presente en el mundo; pero al creer que la madeja de la vida diaria podía ser devanada por la intervención divina, la humanidad mantenía viva la posibilidad de cambio. Y debido a la posibilidad de cambio, había un incentivo para comportarse moralmente, comportarse de maneras que den pie a acontecimientos extraordinarios. Era una forma de hacer la historia soportable, de mantener la posibilidad de transformación.

Desde sus días de estudiante, Chimen encontró los conceptos de Maimónides extrañamente tranquilizadores. Pero si el sabio medieval —un judío que hablaba árabe y vivía bajo el dominio musulmán en la tierra que hoy es España— admitía que los milagros se podían considerar como señales de un principio organizador mayor que estaba detrás de los vaivenes de la vida diaria, para el joven Chimen ese papel lo interpretaban las revoluciones. Esas espectaculares rupturas con lo ordinario, esas ocasionales y violentas convulsiones que rompían los ritmos de las generaciones, eran lo que señalaba los patrones que había debajo, las estructuras profundas de la historia. En el

lugar del Dios atemporal de Maimónides, Chimen ponía la dialéctica de Marx, las reglas de la historia que en última instancia explicaban los movimientos de una época a la siguiente. En el lugar de la ética de Maimónides, Chimen ponía el concepto marxista de la conciencia de clase.

Detrás de los volúmenes de Everyman había aún más libros, baratas ediciones en rústica de textos políticos, de poco valor económico pero que proporcionaban todos juntos una comprensión de los debates políticos cotidianos de los primeros dos tercios del siglo XX. Deambulando por este mundo de ideas, especialmente en el lado de la chimenea, uno se sentía cada vez más afectado por una sensación de curvatura del tiempo. Esta era una historia «arrancada de Europa del Este y plantada en Londres», dijo maravillado el historiador americano Steven Zipperstein, cuando visitó la casa siendo profesor en Oxford y, después, en la Universidad de Stanford, en California. En muchos sentidos era, le parecía, una saga rusa del siglo XIX que se llevaba a cabo décadas después en las zonas residenciales inglesas, una escena, digamos, del «HaMatmid», el poema de Chaim Nachman Bialik sobre el conocimiento del Talmud.

En esta habitación era donde los diferentes aspectos de la personalidad intelectual de Chimen luchaban más visiblemente por imponerse: el erudito religioso frente al marxista; el polímata interesado en el arte, la filosofía, la sociología, en todas las grandes ideas del Renacimiento y la Ilustración, frente al dogmático ideológico; el sionista contra el socialista internacionalista. En este atestado espacio era donde se agolpaban los fantasmas de los pogromos y los del Holocausto y los de las destruidas comunidades judías de Europa del Este, y vigilaban con firmeza todo lo que Chimen hacía y creía. Era aquí donde ancestrales enseñanzas judías se encontraban con el Renacimiento, la Ilustración y el Romanticismo. Era aquí donde se podía encontrar una visión judía de la modernidad, una visión que conectaba con el liberalismo, el anarquismo, el socialismo y el nacionalismo. Había libros sobre el surgimiento del sionismo, sobre la búsqueda de una patria judía no solo en Palestina, sino también mediante el intento soviético de crear un Estado judío, de habla yidis, en la región siberiana de Birobidjan, y sobre los fracasados

planes de utilizar una parte de Uganda para los refugiados judíos desplazados; había otros libros sobre propuestas para destinar grandes franjas de territorio americano a crear una patria judía.

Era, en suma, la habitación donde se exhibían los mayores debates del judaísmo de Europa del Este, que tuvieron lugar durante las décadas en las que los abuelos y los padres de Chimen, y el propio Chimen, habían crecido.

Confinados en la Zona de Residencia, los rusos judíos habían vivido sus vidas, durante cientos de años, fuera de los altibajos de la historia temporal. Los alumnos de grandes instituciones como la *yeshivá* de Volozhin —que fue clausurada por un decreto zarista en febrero de 1892, pero que continuó ejerciendo una poderosa atracción en la imaginación de los jóvenes eruditos durante muchas décadas— aprendían el Talmud; aprendían *responsa* a preguntas de la *Halaká* a las que se habían dedicado más de cien generaciones de rabinos y sabios pre-rabínicos durante miles de años. Pero no se especializaban en historia secular. El suyo era un universo, como es el de los Amish hoy en día, aislado, al menos parcialmente, de los acontecimientos de la época; construido, al menos parcialmente, alrededor de códigos intemporales que podían resistir el tumulto desatado por la modernidad. Era un mundo que los antropólogos rusos y los etnógrafos del imperio estaban empezando a estudiar para conocer su cultura, para vislumbrar pasados ancestrales y patrones de comportamiento que habían resistido la prueba del tiempo durante muchos siglos.

Ahora, con la *Haskalá*, se estaba construyendo un puente hacia la modernidad, que prepararía el camino para una literatura secular hebrea y yidis, y para que los jóvenes judíos formaran parte de la agitación de la política rusa, en un momento en que el zarismo sufría cada vez más ataques. La *Haskalá* también crearía nuevas instituciones de poder (organizaciones políticas, centros culturales, casas editoriales, periódicos) que podrían competir con el rabinado por la lealtad de los millones de judíos de Rusia. El novelista nacido en Rusia Yosef Haim Brenner, convertido pronto a la causa del regreso a Israel, y uno de los primeros en adaptar el hebreo moderno a las necesidades de la literatura de ficción, describió a los «semi-intelectuales»,

jóvenes judíos, formados en la ortodoxia y los métodos de la *yeshivá*, que se habían rebelado contra las rigideces de la religión y habían iniciado una autodidacta búsqueda del conocimiento, absorbiendo todo cuanto estuviese escrito, en un intento de encontrar respuestas más satisfactorias a las cuestiones existenciales que las que encontraban en el Talmud.

Para los judíos que vivían en la Zona de Residencia durante las décadas cercanas al cambio de siglo, la vida implicaba el riesgo perpetuo de una muerte instantánea, violenta; o, como mínimo, del vuelco de todo lo conocido. En 1881, se desató una serie de pogromos, probablemente con el apoyo del gobierno, después del asesinato del zar Alejandro II en San Petersburgo, en un atentado con bomba por parte de miembros del partido anarquista La voluntad del pueblo. Durante los tres años siguientes, se produjeron más de doscientos pogromos en el Imperio ruso, algunos en pueblos pequeños, pero otros en grandes ciudades como Varsovia, Odesa y Kiev. Si presentaban a los judíos como peligrosos revolucionarios, creían las nuevas autoridades bajo el mandato del zar Alejandro III, podrían alcanzar dos objetivos: distraer a los campesinos y trabajadores rusos de sus verdaderos problemas y al mismo tiempo denunciar movimientos políticos radicales, con frecuencia violentos, como si de algún modo fueran una conspiración judía contra el Estado. A su vez, los revolucionarios rusos llegaron a creer que, lejos de ser estallidos espontáneos de violencia, los pogromos estaban cuidadosamente orquestados, diseñados para consolidar el poder de los autócratas rusos y para intimidar y acallar a los reformistas y los revolucionarios. En ningún caso la estrategia funcionó realmente —el sistema zarista fue tambaleándose de crisis en crisis durante las pocas décadas que le quedaban de vida—, pero el precio pagado en sangre y terror fue, para los judíos de la Zona, enorme.

Incluso muchos de los grupos anarquistas que simpatizaban con los terroristas que pusieron la bomba en el coche de Alejandro II se subieron al carro del antisemitismo, buscando apoyo en las zonas rurales y siendo «más pogromistas» que los pogromistas. Como consecuencia, durante la infancia y la juventud de Yehezkel, los judíos del Imperio ruso se vieron atrapados en una espiral cada vez más cruel, dirigida no solo por la propaganda del gobierno y las turbas nacionalistas, que respondían a los redobles de odio marcados por grupos con nombres como la Liga del pueblo ruso (del cual el

zar Nicolás II era miembro honorario) y los Cientos Negros, sino también, con frecuencia, por anarquistas radicales.

En abril de 1903, un pogromo particularmente despiadado en Kishinev (hoy en día Chisináu, la capital de Moldavia) acabó con la vida de al menos cuarenta y cinco judíos y dejó a varios centenares heridos. Cientos de casas y comercios fueron saqueados o quemados. El suceso captó la atención internacional: un periodista de *The New York Times* escribió que los judíos eran «sacrificados como ovejas». La atmósfera de antisemitismo empeoró. El texto de una supuesta conspiración judía, de aspiraciones globales, empezó a circular en los ambientes nacionalistas rusos. Llegaría a ser conocido como los *Protocolos de los Sabios de Sión*, y quienes los distribuían afirmaban que estaban destapando una conspiración entre sionistas, francmasones y el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, para sembrar las semillas de la rebelión antizarista en Rusia. Las historias basadas en el antiguo *Libelo de Sangre*, que habla de los sacrificios de niños cristianos por parte de los judíos, se transmitían de boca en boca en Kiev y otras ciudades, añadiendo leña a un fuego ya intenso. Solo años más tarde, después de mucho trabajo de investigación, se puso de manifiesto que los *Protocolos* habían sido urdidos por el servicio secreto ruso. Pero para entonces ya se habían convertido en una parte del arsenal antisemita, al que se aludía para justificar sospechas sobre los judíos, para justificar atrocidades contra los judíos.

Dos años después de la masacre de Kishinev, más de seiscientas comunidades judías sufrieron pogromos en una sola semana letal, a finales de octubre y principios de noviembre de 1905. Solo en Odesa, según relata el historiador de la Universidad de Columbia, amigo de Chimen, Salo Baron, en su libro *The Russian Jew Under Tsars and Soviets*, «no menos de trescientas personas perdieron la vida, otras miles resultaron heridas y discapacitadas, mientras que cuarenta mil quedaron económicamente arruinadas. En total, esta ola de pogromos supuso para los judíos rusos unos mil muertos, de siete mil a ocho mil heridos (muchos de ellos permanentemente discapacitados), y unas pérdidas económicas de sesenta y dos millones setecientos mil rublos (unos veintiocho millones de euros)». Cientos de miles de judíos que habían escapado a los asesinatos abandonaron sus casas y, sin saber si serían bienvenidos, se dirigieron al oeste: a Inglaterra, a Sudamérica y a los Estados

Unidos. Se marcharon a pie, en carro, en tren, en barco. Se marcharon como pudieron, con frecuencia dejando atrás todas sus posesiones materiales. Aunque algunos de sus hermanos —su hermano menor y su hermana mayor— y primos emigraron a América durante esos años de violencia, y otros partieron hacia Palestina, Yehezkel, que estaba empezando lo que prometía ser una extraordinaria odisea rabínica, eligió, de momento, quedarse.

Rusia había sido desgarrada por las revueltas desde enero de 1905, cuando una manifestación de trabajadores fue tiroteada por las tropas que protegían el Palacio de Invierno de San Petersburgo. Los pogromos de noviembre de 1905 fueron producto de los disturbios dirigidos en gran medida por los nacionalistas, rechazados por los revolucionarios de izquierdas y confrontados por judíos armados y organizados en grupos de defensa propia. Hubo un último gran espasmo de ferocidad en 1906; desde entonces, la intensidad y frecuencia de los pogromos empezó a declinar radicalmente. El turno antisemita que había aplastado a los judíos, tanto por el lado izquierdo como el derecho del espectro político del Imperio ruso, empezó a aflojarse una vez que los revolucionarios marxistas, que se oponían a los pogromos y a la utilización de la religión y el nacionalismo como forma de alejar a unos hombres de otros, empezaron a atraer más apoyo de los trabajadores y los campesinos que sus rivales anarquistas.

Mientras tanto, sin embargo, los veinticinco años de pogromos y reacción en las zonas rurales, de revolución y agitación intelectual en las ciudades, habían hecho imposible que los jóvenes judíos de Rusia que fueron atraídos por el mundo secular apoyaran el *statu quo*. Tres respuestas vinieron a dominar sus ideas. Primero, el sionismo, ya fuese el literal, que abrazaba la idea de una migración a Palestina, o el territorial, cuyos defensores abogaban por establecerse en algún otro espacio político y territorial protegido para los judíos. La segunda respuesta era apoyar una migración organizada a una cultura y un país de asimilación, previa a las olas de emigración hacia los Estados Unidos y, en menor medida, a Gran Bretaña. La tercera respuesta era promover la revolución en Rusia, barriendo la vieja autocracia antisemita y los movimientos nacionalistas, y reemplazándolos por un gobierno revolucionario de mentalidad intemacionalista. De ahí la creciente adhesión al marxismo y a los grupos anarquistas no antisemitas, por parte de los jóvenes

judíos rusos seculares. No fue accidente ni casualidad; más bien fue una reacción perfectamente lógica a los eventos que se desarrollaban en Rusia. Después del pogromo de Kishinev, cada vez más judíos rusos tomaban las armas para luchar contra el *pogromchiki*. Otros se preparaban para luchar contra el gobierno zarista, al que consideraban responsable de manejar los hilos de la muchedumbre. Se unieron a los bolcheviques y a otros grupos que llamaban al derrocamiento del zar y a la creación de un Estado de los trabajadores.

Un judío religioso podía creer en *Eretz Israel* (la Tierra de Israel), o podía buscar, como el joven Yehezkel, eliminar el dolor y el miedo del presente ahondando más aún en la sabiduría del Talmud. Yehezkel —que fue descubierto como *illui*, o prodigio, de niño; considerado un *gaon*, o genio, de joven; denominado *gadol*, o el grande, de anciano; y al que su biógrafo, Aaron Sorsky, se refirió postumamente como un «rey» por el que velaban los ángeles — pasaba por lo general más de diez horas al día encerrado en la sala de estudio de la *yeshivá*, con velas encendidas durante la noche, leyendo comentarios Arameos y hebreos cada vez más complejos. No quería tener nada que ver con el mundo secular: hasta que los devastadores incendios desencadenados por la Primera Guerra Mundial lo hicieron imposible, Yehezkel consiguió durante muchos años acallar en gran medida la cacofonía que lo rodeaba. Él era, después de todo, producto del código de disciplina que regía las *yeshivás*: multas, bofetadas por parte del rabino, incluso la expulsión por pecados tales como «perder el tiempo» (jugar a las cartas, por ejemplo) o leer textos triviales, no religiosos. «Los discípulos», escribió Shaul Stampfer, en *Lithuanian Yeshivás of the Nineteenth Century*, «debían dedicar cada momento posible a estudiar». En su mayoría, sus estudios no estaban estructurados; los alumnos asistían a unas cuantas horas semanales de *shiurim* (charlas) de los sabios rabínicos residentes, pero por lo demás, simplemente se esperaba que ellos organizaran su propio tiempo. Muchos, descubrió Stampfer, pasaban más de dieciocho horas diarias trabajando en la comprensión de importantes textos. Se les conocía, simplemente, como *matmidim*, o estudiantes perpetuos. Yehezkel, con su capacidad para memorizar extraordinarias cantidades de textos, era una de esas figuras: un joven completamente absorto en sus estudios, sin interés por los

acontecimientos de transformación política que tenían lugar más allá de las paredes de la *yeshivá*.

Casi un siglo después de estos acontecimientos, Chimen, entonces ya un hombre muy anciano, recordaba la suspicacia con que Yehezkel contemplaba la educación laica: «Para él, la ciencia era más o menos permisible. Lo que no era permisible eran las humanidades, porque con las humanidades te volvías menos religioso». Cuando mi padre entró en el Trinity College de Cambridge, para estudiar Física, Yehezkel le preguntaba sobre la teoría de la relatividad. Pero cuando Chimen fue a Jerusalén en 1935 para estudiar Filosofía e Historia, Yehezkel se mostró muy decepcionado. «Fui como un rebelde contra sus deseos», recordaba Chimen. «Fui a una universidad. Eso no le gustaba mucho. Él quería que la gente fuese a la *yeshivá*. No estábamos de acuerdo».

En las *yeshivás* de su juventud, Yehezkel se había sentido protegido de las realidades, a menudo despiadadas, de la vida. Sin embargo, muchos judíos seculares, que fueron testigos de los pogromos de finales del siglo XIX y principios del XX, se vieron empujados a la actividad política. La historia era, en términos simples, un agente politizador, que hacía incluso más difícil para los judíos de Rusia mantenerse al margen. «Exigimos igualdad civil e igual obediencia a las leyes generales como hombres que, a pesar de todo, son conscientes de su dignidad humana, e igualmente concienciados ciudadanos de un Estado moderno», escribieron los autores de la *Declaración de los Ciudadanos Judíos* de 1905, que fue firmada por seis mil judíos rusos políticamente activos, hombres y mujeres que se habían unido a diversos centros políticos, partidos y organizaciones clandestinas unos años antes.

En muchos sentidos, esos judíos que combinaban un vigoroso intelectualismo con creencias políticas revolucionarias eran *matmidin* de otra manera. Chimen, nacido en el otoño de 1916, en los últimos meses del dominio zarista, era una de esas figuras. La casa que compartía con Mimi, era, en los años cincuenta, una especie de *yeshivá* laica, un lugar donde los estudiantes iban a estudiar los grandes textos; a oír a los grandes maestros analizar sus ideas; pero, sobre todo, un lugar donde se esperaba que la gente pensara en los problemas morales y los temas políticos durante muchas horas cada vez. Chimen podía ser un testarudo comunista en esta etapa de su vida, pero incluso entonces presumía de intelectual. Él no valoraba el estatus *per se*

sino la inteligencia. Y podía ser más contundente en su respuesta verbal con un comunista al que considerase estúpido, que con una persona inteligente que resultara ser miembro de la odiada burguesía. Para el gran amigo de mi padre Krishan Kumar, sociólogo y experto en utopías, Hillway, adonde empezó a ir con once años, con sus interminables debates políticos y sus torcidas columnas de libros, era la mejor universidad a la que podría haber asistido: «Recuerdo sentirme muy impresionado por los libros del salón. Los grandes y gruesos tomos del salón en el que te sentabas. Desde el momento en que abrías la puerta, era una casa de libros. El salón era un lugar de aprendizaje y charla. Te sentabas allí y todos estaban muy cerca unos de otros. Todo el mundo hablaba. Era una *galaxia* de talento».

Frente a la puerta del salón, al entrar desde el vestíbulo, en la pared de estanterías del lado izquierdo de la chimenea y más o menos a la altura de los ojos, había una fila de libros sobre el Holocausto. Entre ellos había un gran volumen de la historiadora Lucy Dawidowicz, titulado *The War Against the Jews, 1933—1945*. Cuando yo tenía unos diez años empecé a preguntarle a Chimen sobre el Holocausto. Se trataba, después de todo, de uno de los grandes elefantes del salón de Hillway, una realidad omnipresente a la que se hacía alusión con terribles y a veces codificadas referencias alrededor de la mesa. Cada cierto tiempo iban supervivientes a la casa a cenar. Con frecuencia, amigos que habían escapado de la Europa continental antes de la Segunda Guerra Mundial contaban sus historias. Fred Barber, el calvo y amable doctor que vivía a la vuelta de la esquina de Hillway, dejaba caer comentarios sobre su vida en la Checoslovaquia anterior a la guerra; los primos de Francia —Irene y sus hijas; Jeanette y Michel y sus hijos... muchos de cuyos familiares habían sido enviados a los campos de la muerte— iban a la casa.

En vez de escabullirse respondiéndome con medias verdades, rebajar el nivel de la atrocidad para adaptarla a mis jóvenes oídos o intentar consolarme con explicaciones que escondieran más de lo que revelaran, Chimen, el eterno historiador, cogía aquel libro —la sobrecubierta blanca por arriba, los bordes dentados, quemados, que se mezclaban con el fondo rojo, eran una imagen

abstracta que hacía pensar en sangre y fuego y matanza, en guetos quemados y cuerpos metidos en hornos— de la estantería, me lo daba y me decía que lo leyera. Aún recuerdo mi horror ante la descripción de Auschwitz; y, por si acaso alguna vez necesito que me lo recuerden, sigo conservando el libro. En mis propias estanterías, está al lado de *Maus* de Art Spiegelman y a unos pocos tomos de distancia de *Auge y caída del Tercer Reich* de William Shirer. La cubierta, que imita papel quemado, rasgado, se parece a las hojas de papel ardiendo que caían sobre Brooklyn, donde yo vivía en aquel momento, desde el World Trade Center en septiembre de 2001; hojas que yo recogí aquel horripilante día y guardé en una carpeta beis como recordatorios, aunque inadecuados, de la capacidad que tiene el mal para caer de repente desde un limpio cielo azul.

Chimen había recorrido el libro con meticulosidad, subrayando a lápiz pasajes que encontraba especialmente intensos. El programa *Solución final* de Hitler, escribió Dawidowicz, «era parte de una ideología de salvación que imaginaba la conquista del Cielo trayendo el Infierno a la tierra». «El diablo anda suelto», anotó Friedrich Reck-Malleczewen en su diario el 30 de octubre de 1942. El acontecimiento más importante de nuestro tiempo, dijo André Malraux, fue *le retour de Satan*, refiriéndose al sistema de terror alemán. Chimen había subrayado las dos referencias al diablo. Era, que yo supiera, la única vez que había destacado esa imagen alegórica para describir un hecho histórico. Lo cual indicaba, creo yo, las pocas palabras que, a su parecer, había para explicar tan excepcional atrocidad. Mi abuelo, que, por otra parte, tenía mucha facilidad de palabra, con frecuencia se quedaba mudo cuando se hablaba del Holocausto. Todas las herramientas del historiador, la comprensión de la dialéctica marxista, la creencia de que la historia se movía en un arco generalmente progresista, quedaban silenciadas ante aquella psicopatía organizada. Cuando Chimen veía documentales sobre, digamos, el gueto de Varsovia, yo me volvía hacia él y lo veía sollozar en silencio.

El viejo amigo de Chimen, Itzik Manger, escribió, en la estrofa inicial de su poema «Bailad of the Times»:

Hay una niña muerta en la carretera,

*una niña de pelo rubio.
Dentro de cinco o seis semanas tal vez
habría cumplido siete años.
El mariscal Göring está jugando con su hijo.*

Es una imagen muy simple, pero por completo terrible: los organizadores de la matanza relajados y disfrutando de la felicidad de su hogar mientras a su alrededor los demás se ahogaban en sangre.

En su despacho de la University College London, Chimen guardaba una copia de *Mi lucha* de Hitler. Con la misma meticulosidad que en el texto de Dawidowicz, en *Mi lucha* también había subrayado pasajes con tinta roja, y había escrito minuciosas notas en los márgenes. «Carecen [los judíos] por completo del requisito más esencial de un pueblo culto, la actitud idealista», había escrito Hitler; los judíos eran vagabundos sin patria que corrompían las culturas en las que habitaban. Chimen escribió en esta página que la idea del líder nazi era que «los judíos nunca habían tenido un límite territorial y eran peores que nómadas». Obligándose a sí mismo a leer con detenimiento esas páginas y páginas llenas de hiel, el historiador había subrayado la descripción que hacía Hitler de los judíos como parásitos y bacilos, del marxismo como un concepto judío, de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial como algo causado por los judíos. En una carta que le escribió al doctor John P. Fox en 1978, cuando Fox preparaba una conferencia para la BBC sobre los Consejos Judíos de la Europa ocupada, Chimen hacía referencia a ese pasaje: «Hitler, en su obra *Mi lucha*, retrata a los judíos como un peligroso bacilo, un parásito en el cuerpo político de Alemania que debe ser destruido para salvar la nación alemana. Si esto desembocó en la *Solución final* es una cuestión aparte, pero poca duda cabe de que el germen de la exterminación de los judíos ya está presente en *Mi lucha*».

Tomando café una vez, cuando fui a la casa estando en la universidad, Chimen mencionó que después de la guerra su familia había averiguado que a su abuela —la madre de Raizl, Leah, hija de rabí David Willowski—, que entonces era ya muy anciana, la mataron de un disparo durante las acciones de

los *Einsatzgruppen* en Bielorrusia, en uno de los guetos o en los campos de la muerte que había a las afueras del pueblo; o quizá fue gaseada en una de las primeras unidades móviles que fueron tan letalmente utilizadas en Bielorrusia. Chimen, con una distancia de sesenta años, no sabía decirme cómo había muerto mi tatarabuela; pero sabía que había sido asesinada por los nazis. Fue la única vez que lo oí hablar de las pérdidas personales que él había sufrido durante el Holocausto; y lo mencionó de manera rápida, de mala gana, sin entrar en detalles. Era como si el suceso, para Chimen, fuese demasiado grande, y como si las personas muertas en aquel suceso fueran demasiado pequeñas para ser lloradas individualmente, sus muertes engullidas con demasiada facilidad por otros horrores mayores; por la destrucción de poblaciones enteras; por matanzas técnicas, metódicas, que se contaban por millones; por la completa pérdida de comunidades que habían sobrevivido en Europa del Este durante siglos. A diferencia de su sobrino Raph Samuel, que se especializó en contar historias de personas individuales y sacar sus vidas del anonimato, Chimen nunca fue un historiador social; siempre se sintió más cómodo analizando el impacto de los acontecimientos históricos sobre los países y los sistemas económicos que detallando las vidas de personas atrapadas en esa telaraña de la historia.

Sin embargo, aquellas historias individuales, a un nivel profundamente personal, le afectaban muchísimo. Hasta después de su muerte no supe que Chimen había tenido un papel esencial en el traslado a Londres de más de mil quinientos rollos de la Torà desde las provincias checas de Bohemia y Moravia. Los rollos habían sido reunidos por judíos, que esperaban salvar al menos algunos elementos de su mundo antes de que fuese consumido por el genocidio, y, curiosamente, por etnógrafos nazis, deseosos de añadir botín al macabro museo que esperaban crear en Praga como epílogo a la historia de una raza extinta. Durante la guerra, los rollos, y miles de otros fragmentos provenientes de hogares y comunidades judías desaparecidas, fueron exhibidos en el museo judío de Praga y en un puñado de sinagogas locales; las exposiciones eran organizadas por bibliotecarios y especialistas judíos, catalogadas y etiquetadas por funcionarios nazis, y visibles solo para unos pocos oficiales selectos de las SS. Durante aquellos años, las poblaciones judías de Bohemia y Moravia fueron sistemáticamente destruidas, la mayoría

de sus miembros enviados primero al campo «modelo» de Terezin (conocido en alemán como Theresienstadt), y después a Auschwitz y los otros centros de exterminio. Una población de casi cien mil personas fue reducida a apenas siete mil. Después de la guerra, los rollos quedaron sin uso y olvidados, almacenados en una diminuta sinagoga de las afueras de Praga, envueltos en polietilene, muchos de ellos cubiertos por una fina capa de moho.

Allí permanecieron durante más de dieciocho años, hasta 1963, cuando el propietario de una galería de Londres llamado Eric Estorick, que estaba especializado en arte de Europa del Este, supo de ellos por un funcionario del gobierno checo y se encargó de que Chimen viajara a Praga para evaluarlos. La tarea inicial de Chimen era determinar cuáles estaban *kosher* (intactos, y por lo tanto aptos para su uso en una sinagoga), cuáles estaban *pasul* (profanados o rotos, dañados por el moho o el agua, y por lo tanto no aptos para uso religioso) y cuáles estaban en un término medio (dañados, aunque, en manos de expertos escribas y especialistas, salvables). Chimen, normalmente tan meticuloso para anotar hasta los asuntos más mundanos en las pequeñas agendas encuadernadas en tela que siempre llevaba consigo en el bolsillo de la chaqueta, no dejó ningún registro de este viaje; ni el número de vuelo anotado en su pequeño planificador anual de color marrón; ni una nota que dijera algo referido a «viaje a Praga». En aquellos momentos tenía miedo, hasta el punto de la paranoia, de cualquier conexión escrita con el Bloque del Este. El viaje, sin embargo, debió de tener lugar a finales de octubre, ya que hay algo más de una semana en blanco en su agenda durante ese periodo.

Chimen pasó ese tiempo en una Praga inhóspita, seguido por agentes del KGB, según contó después a las personas relacionadas con el asunto, permanentemente aterrado por que pudieran arrestarlo y devolverlo a Moscú. No había nada que hacer más que trabajar; las tiendas estaban tan desabastecidas que ni siquiera pudo encontrar un regalo que llevarle a Mimi. Regresó, abrumado por el descubrimiento de la enorme colección de la Torà, contando cómo algunos de los rollos tenían mensajes de SOS escondidos entre las dobleces, con anotaciones como «Por favor, Dios, ayúdanos en estos tiempos difíciles». Entonces decidió trabajar con Estorick, y con un acaudalado hombre de negocios llamado Ralph Yablon y el rabino liberal Harold Reinhart, fundador de la sinagoga de Westminster, para negociar la

compra de la colección completa. A finales de 1963, unas cuantas notas crípticas referidas a esto aparecen en su diario: «5 de la tarde, rabí Reinhart», dice una de esas anotaciones, del 10 de diciembre, la primera noche de *Hanuká*. Nada más. Ningún detalle. Ninguna mención al proyecto.

Lo que había encontrado lo obsesionaba. «La angustia del trabajo sigue con Chimen Abramsky hasta el día de hoy», escribió Philippa Bernard en su libro *Out of the Midst of the Fire*, publicado en 2005. «Algunas de las Torás se quemaron cuando las sinagogas fueron incendiadas, y él recordó la tradición rabínica según la cual si una Torà se quema las palabras suben al Cielo. Algunas estaban manchadas de sangre; muchas, a las que les faltaban los cintos que mantenían los dos rollos unidos, estaban atadas con *talleisim* [mantos de oración], o incluso, en un caso, con el cinturón de una gabardina infantil. Dos de ellas estaban atadas con piezas de un corsé femenino. La desgracia humana materializada en aquella trágica colección era un palpable recordatorio de lo que le había ocurrido a la raza judía». En febrero de 1964, cuando los rollos llegaron al centro del frío Londres, transportados por una flota de camiones, Chimen llevaba seis años siendo un ferviente anticomunista. Se quedó en medio de la multitud y se echó a llorar: por los horrores del Holocausto y por el puro y cruel abandono que los rollos, aquellos extraordinarios *memento mori*, habían sufrido bajo el mando comunista en las décadas posteriores.

Mientras examino mis recuerdos infantiles de los libros de aquel salón, me parece que los textos sobre el Holocausto también proporcionan pistas sobre cómo Chimen siguió siendo un feroz prosoviético durante los años de la guerra y en los primeros años de posguerra. Porque, a pesar de sus muchos otros crímenes, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, los soviets no fueron activamente antisemitas: los encarcelamientos de proselitistas religiosos como Yehezkel, en los años veinte y treinta, habían sido antirreligiosos, no antisemitas *per se*. No tachaban a todos los judíos de enemigos ni afirmaban, como habían hecho los nazis, que la raza judía en conjunto fuese intrínsecamente extranjera, intrínsecamente ajena a la sociedad en la que vivían. En resumen, la hostilidad generalizada contra los judíos no formó parte de los cálculos de Stalin hasta el periodo de posguerra, cuando la oposición al Estado de Israel (que en un primer momento fue bien recibido por los soviets,

deseosos de arremeter contra el decadente Imperio británico) se transformó en una retórica antisemita más explícita y después en una serie de acciones letales contra la intelectualidad judía de la Unión Soviética.

Durante la guerra, el Partido Comunista Británico, con el Comité de Asuntos Judíos de Chimen desempeñando un papel vital, reunió un gran *dossier* de pruebas sobre el Holocausto que estaba teniendo lugar, con el testimonio de aquellos pocos que habían conseguido escapar de los campos de la muerte, y se habían unido a los partisanos de los bosques circundantes, proporcionando información sobre asesinatos en masa con armas de fuego y después en las cámaras de gas. Ya en junio de 1942, habían recopilado material, proporcionado por el Consejo Nacional Polaco, sobre la improvisada campaña de exterminio que había empezado en lo que todavía se conocía como Galitzia Oriental en el verano de 1941, sobre la utilización de cámaras de gas móviles en Chelmo, sobre los tiroteos llevados a cabo por los escuadrones de la muerte, los *Einsatzgruppen*, de las SS, así como las matanzas sistemáticas en los campos de exterminio.

Los comunistas británicos ayudaron a organizar algunos de los primeros encuentros públicos para analizar y denunciar las inauditas masacres. Y, al menos en parte, como resultado de sus acciones, años antes de la derrota del nazismo los parlamentarios británicos, incluido el secretario de Asuntos Exteriores Anthony Eden, empezaron a hablar de juicios por crímenes de guerra para los arquitectos del Holocausto. En el verano de 1942, el Partido Laborista británico y el Congreso Sindical habían aprobado resoluciones condenando estas insólitas atrocidades. El Partido Comunista publicaba folletos informativos sobre la destrucción de los judíos en Europa del Este. Y en un inmenso encuentro convocado en el Caxton Hall de Londres, el 2 de septiembre de ese año, representantes gubernamentales exiliados de los países de la Europa ocupada, así como miembros de grupos socialistas de todo el mundo, se reunieron para denunciar los asesinatos y para instar a los gobiernos aliados a que al término de la guerra pidiesen cuentas a los líderes de Alemania por sus crímenes. El dossier sobre el genocidio que estaba teniendo lugar, elaborado por Chimen y otros miembros del Partido Comunista, descansa ahora, olvidado desde hace mucho, en un archivador del People's History Museum de Manchester.

Después de que Hitler desplegara sus vastos ejércitos contra la Unión Soviética en 1941, la lucha por derrotarlo se mezcló con la lucha por proteger la Unión Soviética de Stalin. Si la Unión Soviética podía resistir el ataque alemán, a la larga el imperio de Hitler estaría condenado. En 1941, el año en que Chimen se unió oficialmente a la organización, las afiliaciones al Partido Comunista de Gran Bretaña casi se triplicaron, llegando a tener poco menos de 60.000 miembros.

En algunos de los enclaves llamados «pequeño Moscú» —en las comunidades mineras escocesas de Fife, en Gales del Sur y en Stepney, el barrio de Chimen y Mimi del este de Londres—, el Partido llegó a dominar temporalmente la escena política local. Chimen era amigo íntimo del parlamentario comunista escocés William Gallacher, tanto como para ayudar a Gallacher a escribir su autobiografía. Raph Samuel, que tenía fama de saber defenderse en una conversación sobre teoría del marxismo desde los siete años, un niño prodigio comunista, un *illui* de la teoría revolucionaria, escribió que los miembros del Partido seguían obsesivamente las noticias sobre la lucha en el frente ruso, y se afanaban poniendo pegatinas en las farolas: «¡segundo frente ya!». Iban a ver películas soviéticas a los cines que seguían en funcionamiento y cada Primero de Mayo iban a manifestaciones a favor de los trabajadores del mundo. «El álbum de Lenin era mi biblia en aquella época», continuaba Raph. «Un lujoso volumen de reproducciones facsímiles, fotografías y dibujos. Solo había cinco ejemplares en el país, según me habían dicho, y mi tío era el orgulloso poseedor de uno de ellos. El álbum me dio a conocer los conceptos de clandestinidad y persecución, revolución y contrarrevolución, barricadas y huelgas».

No importaba que desde el verano de 1939 hasta que la Operación Barbarroja envió soldados alemanes hacia el este en junio de 1941, Stalin hubiera sido un incómodo aliado del *Führer*, repartiéndose Polonia con los nazis, ocupando Finlandia, devorando los estados bálticos; no importaba que en 1939 se hubiera producido un cisma en el Partido Comunista Británico por la decisión de sus líderes de aceptar el Pacto nazi-soviético de no agresión, y que teóricos del Partido argumentaran que los buenos comunistas deberían luchar contra la guerra «imperialista» y aspirar a reemplazar el liderazgo de Chamberlain, y después el de Churchill, por un «gobierno del pueblo». Ahora

que se habían unido al conflicto, ahora que la Rusia soviética luchaba por su mera supervivencia, no había que ahorrar retórica en alentar la continuación exitosa de la guerra. En los primeros años de la década de 1990, archivos soviéticos recién abiertos desvelaron hasta qué punto los comunistas británicos decidieron seguir decretos de Moscú durante aquellos cruciales primeros días de la guerra. «Dirigid vuestro fuego contra los elementos capituladores antisoviéticos», había ordenado el comité ejecutivo del Comintern a sus camaradas británicos, según informaban los periodistas de *New Statesman* Paul Anderson y Kevin Davey, en un artículo del 4 de febrero de 1994, sobre las revelaciones contenidas en los archivos. Apoyad un «frente nacional unido alrededor del gobierno de Churchill», recomendaba el comité. La oposición a ese gobierno, escribieron los chupatintas de Moscú, ahora sería «provechosa para los elementos pro hitlerianos de Inglaterra».

En mayo de 1943, a los veintiséis años, Chimen publicó un folleto en nombre del Fondo Judío para la Rusia Soviética. Titulado *¡Llamando a los judíos a la acción!*, emitía una emocionante apelación: «Compañeros judíos de Gran Bretaña, América y los demás países, si queréis evitar que Hitler nos extermine, si queréis salvar vuestras vidas (...) ayudad al heroico Ejército Rojo». En febrero de 1944, en un folleto también publicado por el Fondo Judío para la Rusia Soviética (hoy en día se conserva una rara copia del mismo en una colección especial de la biblioteca de la Universidad de Sheffield), el rabino jefe del Reino Unido, Joseph Hertz, saludaba a la Unión Soviética por salvar «a tantos de nuestros hermanos de una tortura inhumana y una feroz aniquilación». Un año antes, en otra publicación del Fondo Judío, Hertz había hecho un llamamiento a todas las personas de fe para que rezaran en el Día del Ejército Rojo por la victoria soviética. El presidente de la federación de sinagogas, en una carta publicada como pieza de una colección de tributos por parte del fondo, hablaba de «las brillantes victorias de los ejércitos rusos sobre las sádicas hordas germanas».

Para cimentar más la creencia de Chimen de que a los soviets les preocupaban los intereses de la comunidad judía, inmediatamente después del final de la guerra escritores rusos como Vasili Grossman —hoy en día más conocido

como autor de la magnífica y extensa *Vida y destino*— fueron esenciales para sacar a la luz los horrores del Holocausto y lo que denominaban, con cuidadosa precisión, los «campos de exterminio». Grossman y su colega Ilya Ehrenburg habían visitado los campos liberados detallando sus condiciones, entrevistando a los esqueléticos supervivientes, documentando la contabilidad nazi sobre el número de judíos que habían sido enviados a cada campo, y el cómputo de cuántos habían sido asesinados y cómo. Grossman y Ehrenburg habían detallado sus descubrimientos en *El libro negro*. Fue la primera visión global publicada sobre la matanza, y levantó olas de conmoción en todo el mundo (pero esto no supuso ningún beneficio para Grossman. Cuando Stalin se volvió más antisemita, Grossman cayó en la desaprobación oficial, y durante muchas décadas sus libros no estuvieron disponibles para los lectores soviéticos).

El libro negro detallaba meticulosamente el modo en que se había llevado a cabo el Holocausto, también en Minsk y Slutsk, las ciudades de la infancia de Chimen, las dos pertenecientes a una región controlada por el sádico *Hauptsturmführer* Friedrich Wilhelm Ribbe, y ambas, incluso para los monstruosos criterios del Holocausto, fueron testigos de extraordinarios estallidos de imaginativa violencia, un espectáculo del horror cuya organización requería mentes especialmente retorcidas y su puesta en práctica mucho aguante. Prácticamente todas las clases de tortura diseñadas por el hombre se llevaron a cabo en los guetos de estas ciudades entre 1941 y 1943. A finales de 1943, el gueto de Minsk —en el que una vez residieron entre 73.000 y 100.000 judíos— ya no existía. Durante un periodo de dos años, todos, excepto los pocos miles que habían escapado a los bosques para unirse a los grupos de partisanos, fueron asesinados (Minsk era, según documenta la historiadora Barbara Epstein en su libro *The Minsk Ghetto 1941—1943*, uno de los pocos guetos donde los partisanos comunistas de fuera del gueto y la resistencia de dentro consiguieron coordinar con éxito sus acciones). Los judíos eran asesinados dentro del gueto o les disparaban y los echaban en fosas comunes cavadas en Tuchinka y otros pueblos cercanos a Minsk. Incluso antes de que Auschwitz y los otros campos de exterminio fuesen completamente «funcionales», las comunidades judías de Bielorrusia en las que nació Chimen habían sido destruidas. Mataban a la población brutalmente;

lanzaban granadas a los escondites, y los edificios eran arrasados hasta los cimientos, para sepultar a los supervivientes que pudieran haber quedado escondidos durante los asesinatos en masa. Había horcas alineadas en las plazas de los pueblos, y los habitantes eran asesinados selectivamente; los ahorcaban, los gaseaban en las unidades móviles de la muerte, les disparaban o los apuñalaban.

Respecto a las masacres de Slutsk, Ehrenburg encontró una carta escrita por una joven de nombre Manya Temchina, que había conseguido escapar de la matanza saltando del camión que la llevaba a los campos de la muerte: «El lunes 6 de febrero de 1943, toda la zona fue rodeada, y empezaron a subir gente a los camiones. Primero cogieron a Pinkhos. Después a mamá y las niñas. Eso fue a las nueve de la mañana. A mí me cogieron a la una de la tarde. Todavía oigo los gritos de nuestras hermanitas cuando se las llevaron para dispararles». En ciudades como Minsk, autores contemporáneos que sobrevivieron al salvajismo, y que buscaban un lenguaje que describiera lo que había ocurrido, hablaron de «pogrom».

Hablaron de oleada tras oleada de pogromos, en una escala inimaginable incluso para aquellos que habían sobrevivido a Kishinev y demás atrocidades durante las últimas décadas del zarismo, pogromos llevados a cabo por policías locales y por los asesinos de los *Einsatzgruppen* de la *Waffen SS*, que acababan con la vida de miles de personas, a veces decenas de miles, en un par de días de crueldad sin control. Pero la palabra no podía hacer justicia a la totalidad del crimen. Al cabo de pocos años, un nuevo término entraría a formar parte del vocabulario: Holocausto, o, en hebreo, *Shoah*.

Para Chimen y sus compañeros, los teóricos del Comité para asuntos judíos, durante los años de la guerra y hasta bien avanzado el periodo de posguerra, las respuestas a las grotescas cuestiones originadas por el Holocausto eran simples, aunque a menudo a los forasteros les pareciesen retorcidas. En una lista de diez puntos en la que explicaba al público británico «por qué los judíos debían votar al Partido Comunista» entre la derrota de los nazis y el comienzo de la Guerra Fría, escribieron: «El Partido Comunista sabe que los días de los pogromos y el antisemitismo en Rusia han terminado, y los judíos son libres e iguales a los demás ciudadanos soviéticos. Es contra esto contra lo que se están armando los capitalistas europeos y americanos, y

contra lo que se está alentando un renacer del nazismo. Todos están adoptando una mentalidad fascista».

Y de nuevo regreso, en mi mente, a la determinación de mi abuelo de encontrar un refugio seguro para el pueblo y la cultura de los que él procedía, un lugar no desgarrado por ataques asesinos contra los judíos. Su adhesión a la Unión Soviética durante su juventud se debió, al menos en parte, a esa búsqueda. Después de todo, mientras la URSS se apresuraba a perseguir a los líderes religiosos, declaraba, por escrito, que el antisemitismo era un crimen. Y a finales de los años veinte, y sobre todo desde 1934 en adelante, promovió una forma de sionismo internacional, estableciendo la Región Judía Autónoma de Birobidjan en Siberia, y alentó la migración de judíos a este lugar, donde se permitiría, supuestamente, que la cultura yidis floreciera. En 1944 los líderes de la comunidad de Birobidjan al parecer recogieron 72.000 firmas en un documento que enviaron a Stalin elogiando su liderazgo durante la guerra, por su papel como «el sabio y capaz estratega de la fuerza conquistadora del progreso, cuyos servicios a la historia y a la humanidad son tan innumerables como las estrellas del cielo y las arenas de la orilla del mar». Era un número un tanto sorprendente, dado que, según un informe de 1941 del Institute of Jewish Affairs con sede en la ciudad de Nueva York, en el momento de mayor población no había más de 60.000 judíos trasladados al territorio. Por otro lado, el exagerado número era, tal vez, un pecado menor que la bobada literaria que lo acompañaba. Como muchas otras cosas relacionadas con el judaísmo en la Europa del Este, como el East End judío en el que Shapiro, Valentine & Co. estaba situada, Birobidjan era ya simplemente otro eco, una presencia del pasado, fantasmal, etérea, cuando yo tuve edad suficiente para curiosear entre los libros de Chimen, su identidad judía atenuada por las purgas de 1936 y de 1948 a 1952. Todavía existe, pero en gran medida solo de nombre, el ideal de una patria de habla yidis, una comunidad independiente dentro de un país destrozado tiempo atrás.

Poco después de leer el libro de Dawidowicz, le dije a Chimen que Hitler debía de estar loco. Recuerdo a mi abuelo, con los ojos llenos de fiera pasión, poniéndose furioso conmigo; ese diagnóstico, me dijo, con un acento más

marcado de lo habitual, agitando el dedo índice delante de mi cara, *perdonaba la vida* a Hitler y a los alemanes, en cierto modo negaba la enormidad de sus crímenes. Chimen creía que para entender el Holocausto había que analizar los gigantescos sistemas —políticos, económicos, burocráticos— que lo sustentaron. Esos sistemas no explicaban, no podían explicar por qué el Holocausto se había desatado; pero ayudaban a explicar por qué Alemania se había deslizado hacia la clase de caos que allanó el camino para que un monstruo como Hitler asumiera el poder, y por qué, una vez en el poder, pudo utilizar las formidables instituciones burocráticas de Alemania para convertir Europa en un matadero. Los mecanismos del Holocausto fueron, creía Chimen, el racionalismo encerrado en sí mismo, la ciencia pervertida, la filosofía secuestrada. Los *resultados* fueron una locura, dantescos en su visión de la crueldad, pero surgieron de una autosuficiente y burocrática lógica del mal. Un mal que clasificó cuidadosamente a los judíos en trabajadores y desempleados, especialistas y no especialistas, sanos y enfermos; que les dio a las personas de algunas categorías empleos y comida y de inmediato asesinó a las otras. Un mal que asignaba a las personas no solo identificaciones con un código de color sino también números personales. Un mal que de forma metódica y minuciosa determinaba quién moriría ahora y a quién dejarían a un lado para matarlo más tarde. «El pueblo alemán», le escribió Chimen a un amigo, cuarenta años después del final de la guerra, «eliminó a los judíos, los asesinó, buscó la solución final». Barbarie sin duda lo fue, pero ¿locura? No a juicio de Chimen. Reducirlo todo a los impulsos psicóticos de unos pocos líderes locos era, para Chimen, un insulto a la memoria de las personas que habían muerto y a las comunidades que habían sido borradas de la faz de la tierra, e, igualmente importante, era subestimar la eterna capacidad humana para hacer el mal, para obedecer órdenes atroces.

Victor Gollancz, fundador del Left Book Club, escribió en su cuadernillo *What Buchenwald Really Means*, publicado en abril de 1945, una semana antes de la derrota final del Tercer Reich, que el Holocausto fue un «pecado contra la humanidad, un pecado tan grande que incluso hablar de ello, incluso pensar en ello, hace que uno se avergüence de ser un hombre». Cómo, se preguntaba Gollancz, pudo tanta gente dejarlo pasar, a pesar de años de evidencia del alcance y la depravación del genocidio que se estaba llevando a

cabo. «Y ahora, pregúntate, lector, ¿qué hiciste tú al respecto? ¿Nada? ¿Por qué? ¿Porque no te importaba lo suficiente? ¿Porque no era asunto tuyo? ¿Porque no podías soportar pensar en ello, así que miraste hacia otro lado? ¿O porque... “porque qué podía hacer yo, un individuo ordinario, impotente”? Son respuestas muy pobres, todas estas. Dicen poco de ti como ciudadano, de tu humanidad, de tu creencia en la hermandad de los hombres». El *cri du cœur* de Gollancz representaba bien lo que pensaba Chimen sobre la *Shoah*. Fue algo tan monstruoso, tan vil, que durante el resto de su vida lo persiguió, lo obsesionó.

En los años cuarenta Chimen todavía creía que el comunismo podía ofrecer una salida a la humanidad, una forma de evitar que tales horrores se repitieran. «En la Unión Soviética, no existía amenaza de exterminio», escribieron Chimen y sus compañeros del National Jewish Committee en 1944, «donde no hay discriminación nacional, y donde todo el pueblo disfruta de completa libertad democrática, no hay cuestión judía». La «cuestión judía», creían ellos, solo podía existir cuando y donde floreciera el antisemitismo. Si se abolía el antisemitismo la cuestión misma desaparecía. «Un nuevo mundo seguirá a la derrota y el exterminio del fascismo junto con la opresión de los judíos y otros pueblos: un mundo de libertad nacido de los esfuerzos conjuntos de todas las personas decentes y garantizado por la presencia de la URSS, probada defensora de los pueblos oprimidos».

Durante los años finales de la guerra, para mantener esta esperanza, cuando Chimen y sus compañeros, los teóricos del National Jewish Committee, se esforzaban por volver rojo el East End judío, varias figuras importantes del comunismo visitaron con frecuencia los diferentes hogares de Chimen y Mimi. En noviembre de 1943, el poeta judío soviético Itzik Feffer y Schloyme Mikhoels, director del State Yiddish Theatre de Moscú, fueron a Gran Bretaña para recabar apoyos para la lucha de Rusia contra los nazis, y para hacer un llamamiento a la pronta creación de un segundo frente oriental. Miles de hombres, mujeres y niños fueron a escucharlos hablar en Manchester, Glasgow y Londres. Las invitaciones para las recepciones en las que los dos hablaron las enviaba el Fondo Judío para la Rusia Soviética en pequeñas tarjetas de visita de color crudo. Se invitó a destacadas personalidades judías a que escribieran cartas a los judíos soviéticos expresando solidaridad con su

lucha. A primeros de noviembre, después de un multitudinario encuentro, Feffer y Mikhoels se reunieron con el rabino jefe y sus colegas, entre los que probablemente estaba el padre de Chimen, Yehezkel. Después, según señala el historiador Henry Felix Srebrnik en *London Jews and British Communism, 1913-1943*, estuvieron hasta las tres de la mañana reunidos con Chimen y sus compañeros miembros del National Jewish Committee: Lazar Zaidman (un judío rumano que había perdido un ojo a manos de quienes fueron sus captores durante años de encarcelamiento por sus actividades políticas en Rumania, en los años veinte), el matemático del Imperial College Hyman Levy, Jacob Sonntag y Alec Waterman. Su estrategia era clara: utilizar la capacidad de organización del Partido Comunista, y en particular su comité judío, para conseguir la solidaridad del público británico y americano con la lucha soviética. Chimen le dijo a su joven amigo David Mazower, sesenta años después, que aquella semana se reunieron varias veces en el Hyde Park Hotel, donde se hospedaban los dos soviéticos.

Los temores de Chimen sobre la vulnerabilidad de los judíos a la violencia extraordinaria no terminaron con la victoria de los aliados sobre los nazis. Inmediatamente después de la capitulación alemana, el 8 de mayo de 1945, mientras la guerra con Japón seguía en curso, oscuras publicaciones como *The Patriot* y *The Vanguard* empezaron a circular por los pueblos ingleses, acusando a los judíos de conspiración para la derrota de Hitler, y alertando a Inglaterra de que esperara su propia desaparición cuando los banqueros y los radicales judíos intentaran hacerse con el control. En el Parlamento, poco después del final de la guerra, mientras las revelaciones sobre el alcance del Holocausto contra los judíos de Europa seguían frescas en la mente de todos, el parlamentario conservador, e implacable antisemita, capitán Archibald Ramsay propuso volver a promulgar el estatuto de los judíos de 1275 (entre las cosas que contenía ese código estaba el requerimiento de que los judíos llevaran distintivos de identificación, precursores de las estrellas de David amarillas impuestas por los nazis). En diciembre de 1945, Oswald Mosley, cuya Unión Británica de Fascistas había marchado por el East End antes de la guerra, fue recibido por sus seguidores con el saludo fascista en un encuentro

en el Royal Hotel de Londres. Un año después, varios grupos fascistas decidieron unirse bajo los auspicios de un Frente Nacional. Mientras tanto, otro de los futuros dictadores, un líder fascista llamado Victor Burgess respondió al creciente número de ataques contra fuerzas británicas, por parte de organizaciones judías en lo que todavía era el Mandato británico de Palestina, alentando a Gran Bretaña a llevar a cabo castigos en represalia. Por cada soldado británico herido, recomendaba, cien judíos británicos serían azotados en público. Era un alarmante eco de las prácticas nazis en la Europa ocupada.

Como consecuencia de las revelaciones del Holocausto, estos grupos fueron casi por completo marginados, pero su sola existencia era suficiente para atemorizar a Chimen y sus amigos. Cuando a la edad de diez años Raph Samuel y uno de sus amigos, Peter Waterman, se escaparon a Hampstead Heath en agosto de 1945 para unirse a las celebraciones de la victoria sobre Japón, Chimen y el padre de Peter, Alec, salieron corriendo asustados a buscarlos. Temían que los fascistas causaran problemas; que al haber perdido la guerra pudieran buscar venganza apaleando a niños judíos. Cuando Chimen y Alec encontraron a los niños divirtiéndose a la luz de las hogueras al principio de lo que parecía iba a ser una fiesta que duraría toda la noche, se los llevaron a rastras de vuelta a los seguros confines de Hillway. Décadas más tarde, Mimi expresaría el mismo temor, en una carta que me escribió en septiembre de 1993, un mes después de mi traslado a Nueva York. «Hemos padecido una terrible conmoción política esta semana. En una circunscripción electoral de Tower Hamlets la Unión Británica de Fascistas ha conseguido un escaño por siete votos». Echando la vista atrás hacia los días previos a la guerra, continuaba: «Stepney fue siempre un baluarte para los partidarios de Mosley». Irónicamente, la misma pobreza y las mismas preocupaciones diarias que habían generado apoyo para el Partido Comunista en el East End de Londres, lo habían convertido también en fértil territorio de reclutamiento para los fascistas.

Tal vez de manera más significativa, las actividades de la Unión Británica de Fascistas y del Frente Nacional en los años de posguerra hicieron cristalizar la sensación terrible que tenía Chimen de que el Holocausto era, de alguna manera, un proyecto incompleto, que otros movimientos políticos

altamente destructivos surgirían para intentar terminar el trabajo de exterminio que Hitler había iniciado. Chimen se dedicó, con más ahínco aún, a intentar dilucidar cómo garantizar la seguridad a los judíos en un mundo de matanzas mecanizadas. Llegó a la conclusión, al inicio del periodo de posguerra, de que la respuesta no era un Estado judío sino un mundo socialista. Puso su fe en una ideología universalista y concibió la esperanza de que las nuevas relaciones económicas que quería ver realizadas tuviesen poder suficiente para hacer frente al fascismo.

Fue probablemente en el salón de Hillway, poco después del fin de la guerra, donde Chimen ayudó a redactar un «plan de estudios» sobre la cuestión judía para el comité judío del Partido Comunista. En el punto siete se preguntaba: «¿Cuál es la actitud del Partido respecto al sionismo?». La respuesta era: «La influencia y la propaganda del sionismo es perniciosa y dañina para el pueblo judío y para el progreso general y debe ser combatida y detenida». Y es probable que fuera también en esta habitación donde el comité habló de su memorando de catorce páginas sobre cómo oponerse al Mandato británico en Palestina sin respaldar el sionismo. «Desde la Declaración Balfour, el sionismo ha querido ser lacayo del imperialismo, formando un pequeño Ulster judío leal en un mar de arabismo potencialmente hostil», declaraban. «Durante más de un cuarto de siglo la Declaración ha mantenido a los judíos apartados de los árabes de Palestina». Estos eran argumentos que habrían resultado muy familiares a los pensadores políticos judíos y a los activistas de la Europa del Este en la que había nacido la generación de Chimen y la de sus padres. Chimen y Yehezkel estaban en lados muy diferentes de este debate en aquellos momentos, pero en este punto de su vida Chimen no discutía de política con su padre; en vez de eso, libraba esas batallas con sus amigos seculares.

«Había», recordaba Peter Waterman, «ruidosas y sonoras conversaciones y discusiones. Porque Chimen no era el único que podía molestarse mucho cuando le rebatían un argumento. Mi padre [Alee] también podía perder la calma. Eran personas muy politizadas». Cuando, siendo estudiantes, Peter, Raph y otros amigos se burlaban del Partido Comunista, Chimen, que era muy quisquilloso sobre ese asunto, se apresuraba a parar la broma. Sobre el comunismo, en los años cuarenta y cincuenta, no se podía bromear delante de

Chimen, igual que no se podía bromear sobre la Torà delante de Yehezkel.

Con demasiada frecuencia durante aquellos años, creencias políticas inflexibles llevaban a defender los juicios propagandísticos, las purgas y otras atrocidades arbitrarias del régimen de Stalin. Mimi y Chimen se enemistaron con aquellos que se habían desilusionado con la Causa; se sabía que a veces Chimen incluso había echado de su casa a personas que criticaban la URSS de manera acalorada. Cuanto más analizo este periodo, más sospecho que el salón de los años cuarenta y primeros cincuenta no era un lugar especialmente agradable de visitar para los no creyentes. Prefiero con mucho recordar la casa como el lugar tolerante y comprensivo que fue durante mi infancia.

En 1949, cuando *The Jewish Chronicle* publicó un editorial acusando a la Unión Soviética de Stalin de antisemitismo, Chimen, agraviado, mecanografió una respuesta; o, dado que él no sabía mecanografiar, probablemente se la dictó a Mimi. «Usted menciona el ataque al sionismo en *Pravda* y escribe “La distancia entre atormentar a los sionistas y atormentar a los judíos es corta”. Parece que confunde usted las críticas al sionismo con el antisemitismo. El gobierno soviético desde su creación tuvo siempre una actitud antisionista, pero al mismo tiempo fue el primer gobierno del mundo en introducir legislación que consideraba delito la propaganda [*sic*] antisemita, un delito no solo contra los judíos, sino una ofensa muy grave contra el Estado Soviético en conjunto». Y continuaba: «Me parece a mí, señor, que está usted engañando deliberadamente a sus lectores atribuyendo motivaciones antisemitas al gobierno soviético». Le envió otra carta a su amigo el periodista Ivor Montagu, que había visitado hacía poco la URSS, animándolo a escribir un artículo «refutando las acusaciones contra la Unión Soviética». Y Chimen escribió airadamente sobre cómo «los reaccionarios de Estados Unidos estaban utilizando argumentos de antisemitismo soviético en sus propias campañas propagandísticas». Ese mismo mes, Chimen y sus camaradas del comité de asuntos judíos del Partido Comunista decidieron reeditar una publicación desaparecida llamada *Jewish Clarion* (de la que Chimen había sido editor a intervalos desde diciembre de 1945, y que había dejado de publicarse unos pocos meses antes debido a dificultades económicas), en parte para ocuparse del creciente coro de «calumnias» sobre el trato desfavorable a los judíos en la Unión Soviética.

Y así, mientras Stalin desataba una oleada de purgas anti judías, lanzando todas las fuerzas del Estado soviético contra los «cosmopolitas» judíos intelectuales; justo cuando la Región Autónoma Judía estaba siendo depurada y el sueño de una patria soviética en Birobidjan era destruido, en Gran Bretaña los fieles del Partido, Chimen entre ellos, se afanaban en convencer al mundo de los impulsos humanísticos del sistema soviético.

Habrían de pasar varios años más antes de que Chimen estuviese dispuesto a afrontar la terrible verdad: que el antisemitismo estaba vivo y activo en la Unión Soviética, por no mencionar el hecho de que el sistema en su conjunto estaba a años luz de ser un faro de libertad y democracia. Y fue entonces, en aquel torbellino de decepción, cuando Chimen empezó a abrazar el sionismo. Si Rusia no era el refugio, algún otro sitio habría de serlo. Tenía que haber un país que pudiera servir de lo que uno de los primeros teóricos sionistas, Ahad Ha'am, a finales del siglo XIX, tomando una frase bíblica, denominó *Eretz Israel*; o, como explicó Chimen en una conferencia en 1976, un lugar donde «el espíritu judío» pudiese desarrollarse, un lugar de la tierra que pudiera alimentar «la moral, la fuerza creativa del pueblo judío que fueron y son duramente reprimidas en la diáspora».

Si el comunismo no podía evitar las ideas crueles y las acciones terribles, habría que encontrar otras ideologías que sí pudieran. Gran parte de las reconsideraciones de Chimen habrían tenido lugar mientras indagaba entre los libros de las estanterías del salón, y mientras hablaba de sus preocupaciones con camaradas tomando tazas de té en esa misma habitación. En años posteriores, daría largos paseos nocturnos por Oxford con su amigo Beryl Williams —entonces un joven profesor de la Universidad de Sussex— y otros, hablando sobre lo culpable que se sentía por haber permanecido tanto tiempo en el Partido.

Le dijo a Williams que eso le quitaba el sueño. Se acusaba a sí mismo, en conversaciones con intelectuales de Europa del Este —muchos de los cuales estaban cumpliendo su exilio en Sussex y un puñado de otras universidades británicas—, por haber aceptado la lógica estalinista de que no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. «Chimen veía la revolución como algo que había salido mal, en vez de como algo que nunca tendría que haber sucedido», concluyó Williams. «Se volvió antisoviético, pero siempre siguió siendo

socialista, de un modo difuso».

Cuando yo era adolescente, y estaba implicado en el movimiento pacifista antinuclear y otros activismos de izquierdas en Londres, Chimen —todavía en plena huida de su pasado comunista, todavía mortificado por las tonterías que había escrito de joven— me aleccionaba sobre mis locuras de juventud. Aquello me enfurecía. Su enfado, pensaba yo, reflejaba una falta de pasión, una paralización de su nervio político. Hoy, sentado ante mi ordenador, hombre de mediana edad intentando ordenar las piezas de la vida de mis abuelos en una narración coherente, creo que comprendo por qué se volvió tan suspicaz sobre lo que veía como el idealismo naíf de la juventud.

Queriendo cambiar el mundo para mejor, interesados apasionadamente en la condición humana, Chimen, Mimi y tantos de aquellos a los que amaron y respetaron, habían pasado años defendiendo un sistema cruel y totalitario. Darse cuenta de eso, creo yo, fue lo más humillante para Chimen.

En un archivo de la Universidad de Sheffield, me siento a explorar microfilmes que contienen diez años del *Jewish Clarion*. Incluyen artículos de muchos de los amigos más íntimos de Chimen durante el periodo de posguerra: Izador Pushkin, Alec Waterman, Hyman Levy, Andrew Rothstein, Sam Alexander, Lazar Zaidman, Jack Gaster. Bajo una serie de nombres, Chimen escribió docenas de artículos para este periódico a lo largo de los años. A veces aparecía bajo los débiles *noms de plume* que ya he referido: C. Chimen fue el primero, después A. Chimen. Algunas veces escribía como C. A. En raras ocasiones, sobre todo cuando publicaba un inocuo ensayo histórico o una reseña de un libro, utilizaba su verdadero nombre. Para sus piezas más abiertamente propagandísticas, sin embargo, el hijo de Yehezkel Abramsky, erudito rabínico exiliado y jefe del Bet Din de Londres, aparecía bajo el seudónimo C. Alien.

El verano en el que terminé el instituto, yo necesitaba ganar dinero para costearme un viaje en tren por Europa. Durante varias semanas desempeñé trabajos de poca monta: en un restaurante *deli*, limpiando mesas en el zoo de Londres, incluso limpiando aseos de escuelas. Entonces Chimen se compadeció de mí y me contrató para que pasara varias semanas con él

intentando poner orden en el caos de su estudio del piso superior. Pasamos aquellas semanas juntos, en la diminuta habitación, abriéndonos paso a través de pilas de periódicos, archivando cartas, ordenando artículos cronológicamente. Chimen, que nunca tiró nada que fuese palabra escrita, encontró montones de sus viejos textos para el Partido Comunista. Por encima de mis protestas, hizo una excepción a su regla: los papeles, uno detrás de otro, fueron a parar a una gran bolsa negra de basura. Una vez que la bolsa estuvo llena, Chimen la ató con un nudo doble, como si estuviera intentado sellar desechos tóxicos. Y después llevó la bolsa al cubo de fuera de la casa que los basureros vaciaban en su camion cada semana. En aquellos momentos yo estaba atónito. *¡Qué vandalismo! ¡Qué desconsiderada falta de respeto por el pasado!* Ahora, habiendo leído los artículos, entiendo su espanto. Los textos eran horribles. Barbaridades. Tremendamente propagandísticos. No hay otra forma de expresarlo. Creo que si yo hubiera conocido a Chimen cuando escribía esos artículos, me habría resultado muy difícil seguir manteniendo una relación cordial con él. Y sé que Chimen sentía lo mismo. Para él, C. Allen y A. Chimen y los otros eran jóvenes fanáticos con los que ya no quería tener nada que ver.

En julio de 1952, un tal «C. A.» escribió la crítica de un libro titulado *The Jews of Russia*, una obra que analizaba los cambios de circunstancias para los rusos judíos antes y después de la revolución. «Solo la revolución de 1917 puso fin a la persecución de judíos», escribía el hombre cuyo padre, dos décadas antes, se había librado por poco de la ejecución, había sido enviado a Siberia por su actividad religiosa, y cuya familia había sido expulsada de la Unión Soviética. «La necesidad de huir del país cesó. Los judíos fueron iguales en el amplio sentido de la palabra». En noviembre de 1952, al resumir las actas del Decimonoveno Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, un Chimen de treinta y seis años volvía a su más oscuro alias, C. Alien. Después de explicar a sus lectores que las economías occidentales estaban siendo destruidas por el militarismo americano, y que el veterano político soviético Gueorgui Malenkov había detallado cómo el motor económico soviético estaba venciendo al de las «fuerzas del capitalismo», C. Alien concluía con una observación personal: «El congreso comunista soviético es un faro de luz para los pueblos del mundo. Sus debates y

decisiones serán estudiados por los progresistas de todos los países. Será una gran ayuda para la lucha por la paz y por el socialismo, para inestimable beneficio de toda la humanidad».

El obituario de Iósif Stalin que escribió C. Alien, publicado como desplegable a toda página en la contraportada interior de la edición de mayo de 1953, es lo que menos deseo leer. Sé que va a ser terrible; sé, por todo lo que he podido reconstruir de la visión del mundo que tenía Chimen a los veinte y los treinta años, que era un acérrimo estalinista. A lo que no consigo acercarme es a lo extraordinariamente terrible que eso es en verdad, a lo mucho que creía en el culto a la personalidad. Me deja sin respiración, me hace querer salir corriendo a la ducha y frotarme para quedarme limpio. Este no es el dulce anciano al que yo tanto quería; no es el perspicaz humanista, tan reticente incluso al menor indicio de totalitarismo y que se enorgullecía de su amistad con el gran filósofo liberal Isaiah Berlin. Titulado «La deuda de los judíos con Iósif Stalin», y escrito cinco años después de que Stalin se hubiese embarcado en su masiva campaña para expulsar a los intelectuales judíos de la vida pública de la Unión Soviética, el obituario empieza: «Los judíos progresistas de todo el mundo lloran profundamente la muerte de Iósif Stalin, líder de la humanidad progresista, constructor del socialismo y arquitecto del comunismo. A Stalin por encima de todo le corresponde el mérito por el cambio de situación de los judíos, desde la violenta opresión que padecieron en la época zarista hasta la total igualdad como ciudadanos que disfrutaban en la Unión Soviética (...) El liderazgo de Stalin fue una tremenda contribución al final de la explotación del hombre por el hombre, raíz del antisemitismo y la discriminación racial». C. Alien explicaba que, en un artículo escrito en 1912, Stalin había «analizado la situación de los judíos, de cuya vida mostraba un conocimiento extraordinario». Stalin creó la Región Autónoma Judía de Birobidjan. Él hizo posible que la cultura yidis floreciera.

El obituario resume todos los logros de Stalin durante los últimos años de la década de los treinta, y después detalla cómo comandó heroicamente las fuerzas soviéticas en su batalla contra el nazismo desde 1941 en adelante. Del periodo que va desde agosto de 1939 hasta junio de 1941, los años del infame Pacto germano-soviético de no agresión, no hay, literalmente, ninguna mención. El obituario de Stalin de C. Alien concluye con un frenesí de

hipérboles, del tipo que aún se ve hoy en día cuando fallece un Gran Líder de Corea del Norte. «El mundo ha perdido a uno de los mayores genios de toda la historia. Pero el legado de Stalin sigue vivo en la poderosa Unión Soviética que marcha hacia el comunismo. Stalin ha muerto, pero sus ideas y su obra vivirán por siempre».

Quiero agarrar a C. Allen por el cuello y darle un puñetazo. Quiero gritarle por idiota. Quiero decirle que ha mancillado el recuerdo que yo tenía de mi abuelo. Pero a C. Allen no hay dónde encontrarlo.

EL COMEDOR: RITUALES Y REBELDES

En Europa del Este apenas hay nadie que haya vivido revoluciones serias; la experiencia de las grandes revoluciones está casi por completo olvidada aquí; y la transición, desde el deseo de ser revolucionario y desde las conversaciones (y resoluciones) sobre la revolución, al verdadero trabajo revolucionario es difícil, lenta y dolorosa.

VLADIMIR ILICH LENIN, CARTA A LOS ALEMANES
COMUNISTAS (14 DE AGOSTO DE 1921).

C. Allen se ha quitado el disfraz, se ha lavado las manos manchadas de tinta de poca calidad y ha vuelto a casa a la calidez de Mimi. Una vez más ha vuelto a ser Chimen Abramsky, librero, marido, padre e historiador. Y está sentado ante la sencilla mesa de madera del comedor, con sus hijos contándole el día de colegio, mientras Mimi les pone la cena. En algún momento el timbre de la puerta sonará —él sabe que sonará, suena cada noche— y uno o más de uno de sus amigos entrarán por la puerta, apenas interrumpiendo sus conversaciones y sus animados debates políticos lo suficiente para saludar, pasar por el recibidor y entrar en el comedor para unirse a la cena. Habrá comida suficiente para todos ellos: a pesar del racionamiento de la posguerra y la escasez de dinero, Mimi siempre estira

sus magras provisiones para dar de comer a sus invitados. Siempre habrá té y galletas, quizá unos arenques o un bizcocho barato. Habrá cerveza; tal vez, si hay dinero, habrá vino, importado de Israel o Marruecos.

En estos años de después de la guerra y hasta los cincuenta, los miembros del Grupo de Historiadores del Partido Comunista estuvieron entre los visitantes más asiduos de Hillway. Incluso después de varias horas en el restaurante New Scaladel Soho, o en Garibaldi's, un pequeño local italiano situado en la salida de Farringdon Road, los historiadores seguirían teniendo hambre; después de todo, habían estado gastando sus energías ponderando grandes cuestiones históricas, analizando cómo las sociedades han evolucionado a lo largo de los milenios, e intentando comprender cómo encaja todo esto en sus esquemas marxistas. Chimen no era un miembro particularmente activo del Grupo de Historiadores, y rara vez asistía a las reuniones de los restaurantes: durante sus años comunistas se mantuvo estrictamente *kosher*, y reacio, especialmente en Londres, donde podía ser visto por familiares o conocidos religiosos, a comer en restaurantes que no fueran *kosher*. Además, durante esos años, con frecuencia estuvo sin dos peniques en el bolsillo, así que en esas circunstancias, incluso una comida económica con sus camaradas del Partido habría parecido un lujo excesivo. Pero a pesar de sus estrecheces económicas, él fue uno de los veintidós miembros que se apretaron el cinturón para disponer de los cinco chelines de la cuota como miembro. Eric Hobsbawm, que fue el primer tesorero del grupo y también presidió lo que tenía el poco elegante nombre de Comité de Polémicas, y otros cuantos se marchaban después de las reuniones de Garibaldi's, cogían el metro y se encaminaban hacia Hillway para comer y charlar hasta entrada la noche.

En aquellos años, el comedor, antes de que ampliasen la casa añadiéndole unos metros del jardín, estaba abarrotado, con casi todo el espacio ocupado por una pequeña mesa y las sillas, además de dos o tres sillones. Mimi sacaba las bandejas de comida desde la cocina hasta el vestíbulo y del vestíbulo al comedor. Tenía que pasar con cuidado por entre las sillas e inclinarse sobre los invitados para llegar a la mesa. Los codos chocaban con los codos. Los platos usados había que retirarlos enseguida, no por protocolo, sino

simplemente para hacer sitio a la comida que iba llegando.

Las paredes más cercanas a la mesa estaban reservadas para cuadros, normalmente obras regaladas por sus amigos artistas. Las del otro extremo de la habitación, lejos de la mesa, estaban cubiertas de estanterías. Cada vez más, conforme la colección crecía, se iban llenando de libros sobre historia del judaísmo, muchos de ellos en hebreo o yidis. Aquí había libros raros sobre artistas judíos, entre ellos reproducciones de alta calidad de bocetos de Marc Chagall, «una figura clave entre los artistas judíos» de la época de la Primera Guerra Mundial, como escribió Chimen en el ensayo que acompañaba el catálogo para una exposición de un museo israelí en Jerusalén, *Tradicción y revolución: el Renacimiento judío en el arte ruso de vanguardia, 1912—1928*. El artista, escribió Chimen, pintó «un mundo soñado de poesía y magia». Su imaginería hablaba de las experiencias de los judíos de los *shtetl* y del dolor de un pueblo dividido entre pasado y futuro, entre el empuje de la modernidad y la familiaridad de los viejos tiempos. Era a veces fantasioso, pero con frecuencia de una profunda melancolía. Muchos de sus cuadros, escribió Chimen, tenían la intención de transmitir los sentimientos de horror de Chagall «después de los pogromos contra los judíos de Ucrania durante la guerra civil».

Había también una colección de litografías coloreadas, numeradas y firmadas del pintor ruso Anatoli Kaplan, que ilustraban historias de Sholem Aleijem, entre ellas «Tobías el lechero» y «Moti, el hijo del cantor» — historias que formaban la base del musical *El violinista sobre el tejado*—. Había colecciones de xilografías raras, libros de poemas ilustrados y arte gráfico del primer periodo revolucionario ruso.

Alrededor de la abarrotada mesa y entre el montón de libros y obras de arte, los invitados que se sentaron allí durante aquellos años fueron nombres como E. P. y Dorothy Thompson; el historiador de Oxford Christopher Hill, cuya esposa, Bridget (también historiadora), sorprendentemente creyó durante un tiempo que Chimen era un irlandés que se llamaba Seamus O'Bramski; Hobsbawm y, por supuesto, Raph Samuel. Raph era el miembro más joven del Grupo de Historiadores, y se había unido a la Liga de Jóvenes Comunistas en 1942 o 1943, a la edad asombrosamente precoz de siete u ocho años, y en la época en que empezó a asistir al Balliol College de Oxford, en los primeros

años cincuenta, ya era un dotado polemista e historiador. Raph llevaba a la casa a sus amigos de Balliol, así como a su novia, que era nieta de Harold Laski. También habrían estado algunas de las amigas de Mimi: a Mimi le gustaba hacer de casamentera, aunque el cotizado Hobsbawm no mordió el anzuelo.

Yo espero que, fuera de los confines del comité, este grupo de intelectuales se relajara alrededor de la mesa de Mimi lo suficiente como para reconocer la absurda solemnidad de sus miembros. Me pregunto cómo, por ejemplo, responderían al anuncio marcial de un colega, copiado literalmente por la secretaria en un cuaderno de rayas con las tapas moradas, que dijera que «había suficientes personas en Londres para formar un grupo de orientistas» y que ellos se encargarían de crearlo. O a la decisión de que «los miembros de la universidad deben considerar como una obligación del Partido la asistencia a las reuniones de clase, aunque los secretarios de los grupos no exigirán justificación por no asistir salvo en casos especiales». Sospecho, sin embargo, que lejos de reírse de estos anuncios, compartirían la falta de sentido del humor que tenía Chimen respecto al Partido durante aquellos años.

En esa época, Hobsbawm vivía en un piso de la zona de Bloomsbury con Henry Collins, y mientras mojaban sus galletas en las tazas de té con Chimen, los tres hablaban sobre Marx y sobre la fascinación de Chimen por los mínimos detalles de los textos del profeta socialista o que trataban sobre él.

A través de estas conversaciones fue como empezaron los intentos de colaboración entre Chimen y Collins, que finalmente condujeron a escribir juntos el libro *Karl Marx and the First International*. El libro era, según el parecer de Hobsbawm, el fruto de la combinación de los extraordinarios conocimientos de Chimen y la habilidad de Collins para organizar un exceso de datos, para sintetizar la información en la página impresa. Hobsbawm llegó a la conclusión de que Chimen tenía dificultad para condensar sus ideas por escrito porque nunca desechaba ningún dato: «Era uno de esos grandes expertos en Marx que había antes, alguien que realmente conocía los textos. Ya han desaparecido casi todos. La mayoría procedían de Polonia, sitios así. Eruditos cronistas de cada detalle, analistas de cada línea que Marx había escrito. A Chimen le resultaba muy difícil llevarlo al papel. Sabía demasiado como para eso». Collins, por el contrario, no tenía esas características. Era un

hombre pragmático, listo, divertido y, sin embargo, de ideas perfectamente ordenadas. Era un judío inglés educado en una escuela pública entre inmigrantes pobres de Europa del Este, que en un minuto podía pasar de cantar a pleno pulmón una canción cómica en yidis a mantener una seria conversación sobre la implicación de Marx con los coordinadores de sindicatos de la Inglaterra victoriana.

Era en el comedor, durante aquellos primeros años de la posguerra, donde se celebraba uno de los rituales anuales más extraños de Hillway: la Pascua judía comunista. Alrededor de la mesa se reunían algunos de los pensadores más ostentadamente antirreligiosos de Londres, y, con cariñosa nostalgia, revivían solemnemente la historia de salvación, que había tenido un papel tan destacado durante sus ortodoxas infancias en Europa del Este.

La mayoría de los años Mimi y Chimen celebraban dos *Séder* —la cena tradicional de la Pascua judía, en la que se lee el *Haggadah*, que narra el éxodo desde Egipto—, uno para la familia y otro para los amigos.

Era un trabajo enorme. Como eran estrictamente *kosher*, tenían una vajilla completa solo para la Pascua. Si se utilizaban platos no adecuados, los enterraban en el jardín trasero durante una semana para purificarlos. La primera noche, todos los primos, tíos y tías de Mimi, su madre y sus hermanas con sus familias llegaban en tropel. Por aquellos años, casi todos los miembros de su familia de su misma generación eran comunistas activos. Los padres de Chimen, su hermano Moshe y sus primos iban a celebrar su cena de Pascua a casas más ortodoxas. La segunda noche, los amigos más íntimos de Chimen y Mimi, muchos de ellos también activistas del Partido Comunista, eran los invitados. Entre ellos estaban el buen amigo de Chimen Izador Pushkin, *Izzy*, que había salido de Rusia siendo un niño, en los años veinte, y Alec Waterman, que había nacido en la pequeña ciudad de Blonie, cerca de Varsovia, nueve años antes que Chimen, y que de muchacho pasó siete años en una *cheder*, inmerso en la enseñanza religiosa. Ambos eran compañeros de Chimen en el Comité de Asuntos Judíos del Partido. Todos ellos formaban un cuadro de judíos comunistas, educados en la ortodoxia religiosa, comprometidos con el secularismo, suspicaces sobre la religión y, sin

embargo, devotos de los rituales familiares del judaísmo. Y con ellos estaban sus esposas (muchas de ellas, como Ray Waterman, también miembros y activistas del Partido) y sus hijos.

Todos los hombres se ponían el *yarmulke* y todo el mundo escuchaba a Chimen leer el *Haggadah* en su trepidante hebreo; a pesar de su declarada falta de sentimiento religioso, seguían fielmente los rituales que indicaban qué alimentos tomar y cuándo beber el vino. Solo después de haber celebrado la cena de Pascua de Mimi, dejaban salir su irreverencia. Avanzada la velada, Collins cantaba su canción cómica favorita, «The Yiddisha Toreador»: «Moishe Levy fue a España, pero no en yate ni en avión. Oh, no, tuvo que ir de polizón...».

Por el camino Moishe hace fortuna y compra el barco en el que viaja. «Moishe llegó a un puerto español y vendió el barco que acababa de comprar. Movié algunos hilos y provocó algunos incendios y pasó una buena semana en el tribunal de la bancarrota. Y así, para escapar de las redes de la justicia, Moishe se hizo *toreador*. ¿Qué? Un *toreador yiddisha*. Sí, un *toreador yiddish a*». Y así seguía, hasta la escena cumbre en la que Moishe sufre una muerte ignominiosa después de perder una pelea y acabar con un «asta de toro en el *tuchiss*». Aquello era los Hermanos Marx al encuentro de los marxistas.

Frivolidades incluidas, la Pascua era una de las celebraciones principales del calendario de mis abuelos, y de sus amigos, tan importante como, digamos, el día de los trabajadores del Primero de Mayo, cuando iban a las manifestaciones organizadas por los sindicatos; o el 25 de octubre, cuando conmemoraban el asalto al Palacio de Invierno de 1917. Eran personas que sentían el peso de la historia —los pogromos de la generación de sus padres, el Holocausto de su propia juventud— y que no creían que la historia les permitiese el lujo de elegir su más profunda identidad. Eran judíos hasta la médula: no revolucionarios que eran judíos, sino judíos que habían elegido ser revolucionarios.

Podrían debatir —y debatían— las implicaciones de esta combinación de judaísmo y socialismo: ¿debían ser socialistas sionistas o internacionalistas?, y su primera lealtad emocional ¿debía estar con la Unión Soviética o con el

nuevo Estado de Israel? Para algunos, incluido Chimen, sus posturas en estas cuestiones no eran fijas, y a lo largo de los años sus opiniones cambiaron por completo.

En julio de 1946, justo antes de su trigésimo cumpleaños, Chimen escribió que «durante más de un cuarto de siglo, Gran Bretaña había mantenido a Palestina bajo un dominio férreo, unas veces apoyando a los judíos a costa de los árabes, y otras poniéndose de parte de los árabes contra los judíos, sacando provecho de cada situación». Más que de un Estado judío, escribió, «ahora es el momento de tender la mano a los progresistas árabes y luchar por una Palestina independiente y democrática». Catorce meses después escribió, proféticamente, que una partición y la creación de un Estado judío darían como resultado una «Palestina dividida, con una precaria dependencia de fuerzas imperialistas extranjeras, ya fueran británicas o americanas». Sin embargo, al año siguiente, en junio de 1948, justo después de que Israel se hubiera declarado independiente, mi abuelo publicó un número especial sobre Palestina del *Jewish Clarion*, que llevaba el artículo de primera página bajo un gran titular que decía «ISRAEL NO SE TOCA». En él celebraba con júbilo el nacimiento del nuevo país. «El nuevo Estado de Israel es un hecho», opinaba. «Ha sido reconocido por todos los poderes dominantes y bien recibido por todos los gobiernos democráticos. Solo el gobierno laborista británico se niega a reconocerlo. Las autoridades británicas están, de hecho, haciendo todo lo posible para destruir el nuevo Estado». El artículo terminaba con una típica floritura retórica: «Todo el apoyo para el nuevo Estado. ¡Larga vida a Israel!». Chimen escribía, estoy seguro, desde el corazón. Pero no le parecía mal que, en los meses previos, la Unión Soviética hubiera efectuado un viraje espectacular en la cuestión de Israel, cambiando oposición por apoyo, en gran parte para molestar a las autoridades británicas.

Sean cuales fueran las razones de Chimen para cambiar el tono sobre la creación de un Estado judío, esto era el inicio, emocionalmente, de un giro crucial en su lealtad. A la larga, ese giro lo llevaría del concepto de comunismo internacional al concepto de sionismo en Israel y socialdemocracia en Gran Bretaña; de un sueño de revolución a la creencia de que la mayoría de los cambios en la mayoría de los países en la mayoría de las ocasiones ocurre de manera gradual. A la larga, lo llevó del bolchevismo

al liberalismo.

La transformación tardó años en madurar, años durante los cuales Chimen siguió siendo un partidario incondicional de la Unión Soviética. Fue en parte una transformación nacida de unas cambiantes creencias políticas, y en parte provocada por la tragedia personal que golpeó a la familia en 1948, cuando un sobrino de Chimen, Jonathan (a quien Chimen había visto por última vez cuando era un bebé, en lo que una década antes era todavía Palestina), resultó muerto de un disparo en las calles de Jerusalén durante la revuelta palestina que siguió a la declaración del Estado de Israel. Chimen había ayudado a su hermano mayor, Yaakov David, su esposa y su hijo, a encontrar un piso en Jerusalén cuando se mudaron allí desde Londres, en abril de 1937, pocos meses después de que la autoridades soviéticas les permitieran salir al exilio. En aquella época, recordaba Chimen divertido, Yaakov David hablaba una forma curiosa de hebreo clásico, elegante, muy refinado, pero prácticamente incomprensible para las personas comunes. Era, decía, como si su hermano hablara el inglés de Chaucer en las situaciones cotidianas de las calles del Londres moderno. Necesitado por esto de hablar con adultos, Yaakov había monopolizado la atención de Chimen, impidiéndole que jugara con el niño. Chimen no recordaba muchos detalles sobre su sobrino fallecido.

El escritor Amos Oz escribió sobre el asesinato de Jonathan en su biografía *Una historia de amor y oscuridad*. Según Chimen, Yehezkel se desahogó con un amigo rabino que vivía en Suiza, en una larga carta escrita en hebreo, después del asesinato. Poco después, Chimen le dijo a mi primo Ron Abramski, en una entrevista de 2001 sobre su vida, que al parecer Yehezkel sufrió un ataque al corazón. Para la familia en conjunto la muerte de Jonathan debió de ser una experiencia devastadora. ¿Cómo encaja el asesinato de un niño, tan cercano en su ejecución y sus consecuencias, en una filosofía genérica que enseñaba que, si todo el mundo reconociera la hermandad de los hombres, el resultado sería una paz universal y eterna? ¿De qué servían los lemas de la Internacional Comunista, por muy grandilocuentes que fueran, en medio del intenso dolor producido por una catástrofe personal semejante?

Poco a poco, al principio de manera inconsciente, después de forma más explícita, se iba preparando el terreno para una nueva perspectiva política, para una nueva comprensión, menos utópica, de la condición humana. Décadas

más tarde, Chimen intentó explicar este cambio. «Cuando estaba metido en política y tenía contactos con líderes árabes de todos los países de Oriente Medio, me daba cuenta, claramente, de la completa hostilidad que sentían los árabes que yo conocía, y la izquierda a la que representaban, hacia la existencia de un Estado de Israel», escribió Chimen a su amigo Walter Zander en junio de 1976. «Sin excepción, estaban todos a favor de su total destrucción, y me desesperaba por completo hablar de la cuestión judía con ellos: no mostraban compasión ni sensibilidad por ello». Terminaba la carta advirtiendo contra «el idealismo en el vacío». Todos los invitados que se sentaban alrededor de la mesa del *Séder* sufrieron un cambio similar en sus sentimientos.

Pero mientras debatían sobre todo de temas políticos —desde el comunismo al nacionalismo, desde el sionismo al colonialismo—, lo que Chimen y su círculo de judíos comunistas, inmigrantes de primera generación de Europa del Este, nunca se cuestionaron fue su adhesión a, por lo menos, los rudimentos de los ritos judíos, a las formas de comportamiento que habían gobernado las vidas de decenas de generaciones de sus antepasados en los pequeños pueblos y *shtetls* de Europa del Este. Esos cuestionamientos los dejarían para las generaciones futuras. Se los dejarían a sus hijos y nietos, a las generaciones más jóvenes que se criaron en culturas democráticas, integradoras, en una realidad muy alejada de la violencia mortal de los pogromos, el Holocausto y las guerras de Oriente Medio.

En muchos aspectos, aquel círculo de amigos sentados a la mesa del comedor de Hillway era la última encarnación de una larga línea de pensadores, eruditos y revolucionarios judíos a los que el escritor Isaac Deutscher describió en su ensayo postumo de 1968 *The Non-Jewish Jew*. «El judío herético que trasciende el judaísmo pertenece a una tradición judía», escribió, en un libro que se encontraba en el comedor de Chimen y Mimi, a la izquierda del pequeño piano. «Spinoza, Heine, Marx, Rosa Luxemburgo, Trotski y Freud. Los podemos incluir, si así lo desean, en una tradición judía. Todos ellos traspasaron las fronteras de lo judío. A todos ellos el judaísmo les resultaba demasiado angosto, demasiado arcaico y demasiado restrictivo.

Todos ellos buscaban ideales y logros que fuesen más allá, y representaban la suma y la esencia de gran parte del mejor pensamiento moderno; la suma y la esencia de las más profundas revoluciones que han tenido lugar en la filosofía, la sociología, la economía y la política en los tres últimos siglos». Al principio, Chimen criticó duramente a Deutscher. En una publicación para el Partido, C. Alien escribió un largo ensayo en el que acusaba al autor de ser un trotskista antisoviético. Más tarde supo apreciar los escritos de Deutscher sobre los judíos radicales de la era moderna. Para Deutscher, que se consideraba a sí mismo dentro de este linaje intelectual, «nacieron y crecieron en las fronteras entre varias épocas. Su pensamiento maduró donde las más diversas influencias culturales se cruzaban y se enriquecían mutuamente. Vivieron en los márgenes o en los recovecos de sus respectivos países». En los primeros años de la posguerra, uno de esos recovecos era el Partido Comunista y sus diversos comités.

La atribución original del Grupo de Historiadores era poner al día la *Historia del pueblo inglés* de A. L. Morton, que había sido la guía de referencia *de facto* del Partido Comunista desde su publicación en 1938, y el enorme libro de Maurice Dobb *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Dobb, colega de Piero Sraffa en el Trinity College de Cambridge, era un economista marxista fundamental en aquel momento. Con esa finalidad, los miembros dividieron el trabajo, estableciendo comités sobre diferentes temas, intentando crear acuerdos con historiadores de todo el país y, finalmente, de todo el mundo. Algunos (incluido Christopher Hill) se especializaron en la historia inglesa de los siglos XVI y XVII y en los cismas religiosos, la guerra civil y la transformación económica de esa época; otros (sobre todo Hobsbawm) se centraron en el imperialismo del siglo XIX, mientras que otro grupo, que incluía a E. P. Thompson, John Saville y Raph Samuel, se concentró en la historia del trabajo y la clase obrera del periodo de la Revolución Industrial. «Fue», recordaba Hobsbawm sesenta años después, «en realidad, un seminario de diez años, en el que hablábamos entre nosotros y hablábamos de problemas históricos».

Algunos miembros del grupo, convencidos de que su trabajo ayudaría a establecer el tono para la venidera revolución en Gran Bretaña, crearon el influyente diario *Past and Present*. Cuando la revolución no se desarrolló

según lo planeado, se propusieron entender por qué. Y más adelante, durante los críticos años anti-URSS de finales de la década de 1950, cuando la ideología del Partido se fue haciendo cada vez más difícil de digerir, el buen amigo de Chimen, Saville, creó, junto con Thompson, un periódico herético, *The Reasoner*, para desafiar la ortodoxia del Partido. En *The Reasoner* abordaban los asuntos presentados por el líder soviético Nikita Jruschov en su «Discurso secreto» de 1956 (un discurso que, en realidad, no era secreto en absoluto), en el que abiertamente se reconocían los horrendos crímenes que se habían cometido en nombre del comunismo bajo el mandato de Stalin. También utilizaron el periódico para hacer públicas sus quejas después de que el Comité Ejecutivo del Partido Comunista Británico intentara sofocar la creciente disensión que surgió entre sus filas como consecuencia de ese discurso. R. Palme Dutt, el principal teórico del Partido, y amigo de Chimen desde los años de la guerra, había llegado a desestimar las revelaciones de Jruschov como «manchas solares».

Saville y Thompson insistieron en su derecho a disentir de este punto de vista. El Partido, acostumbrado a la absoluta obediencia a sus dictados, no estaba contento. En una serie de airadas cartas, los miembros del Comité Ejecutivo ordenaron a Saville y Thompson que desistieran y suspendieran la publicación; que se presentaran ante el Comité Político para responder por sus faltas; y que reconocieran que el Partido era «la envidia de las demás organizaciones obreras por el nivel de su actividad y la lealtad de sus miembros». En ese lenguaje hay algo propio de *Alicia en el País de las Maravillas*. Mientras en todo el mundo la gente se estremecía por los horrores detallados por Jruschov —y mientras los comunistas de Occidente se veían obligados a reconocer que las críticas a la Unión Soviética, que durante tanto tiempo habían desdeñado como propaganda capitalista, eran en general ciertas —, la secretaria general del Partido les preguntaba alegremente a los dos historiadores: «¿Pueden ustedes comparar en serio nuestra democracia interna de partido con la de cualquier otra organización? ¿Esperan ustedes sinceramente encontrar un partido mejor en alguna parte?». Acostumbrados a vivir en estado de sitio, el Partido no podía tolerar ninguna disensión, pensaba Pauline Harrison, bióloga molecular y esposa de Royden Harrison, otro historiador disidente. Atrévete a ser independiente, a pensar por ti mismo, a

ejercer tus facultades críticas, y sus líderes se dedicarán de inmediato a censurarte, o, peor aún, te condenarán al ostracismo: tus antiguos amigos y camaradas simplemente se negarán a hablar contigo, a reconocer tu existencia. «Yo no lo llamaría exactamente una secta», señaló Pauline con ironía en una conversación cincuenta y seis años después de dejar el Partido, pero «era una organización muy compacta. Había una disciplina de Partido y se daba por hecho que la obedecerías». Reacios a aceptar la retorcida lógica del Partido, y consternados por las revelaciones de las atrocidades, indignados por la invasión soviética de Hungría que siguió de inmediato al discurso de Jruschov, y asqueados por el trato autoritario del Partido a la disensión intelectual de Gran Bretaña, Saville y Thompson dejaron el Partido. Unos meses antes de su renuncia final, Thompson escribió que el Comité Ejecutivo del Partido, si este llegaba a alcanzar el poder en Gran Bretaña, destruiría de inmediato las libertades sustentadas con esmero durante trescientos años.

Durante esos mismos meses de 1956 y 1957, Mimi, sus hermanas, Raph, varios de los primos de Mimi y muchos amigos íntimos, se unieron a Saville y Thompson en su huida del Partido, aunque, casi cuarenta años después, Mimi me escribió que no le gustaba la palabra «huida» en este contexto. «La gente “huye” cuando la persigue el terror», me explicó. «La gente que “huyó” era la gente que vivía en un mínimo de libertad. Dichas personas “huyeron” del Partido porque ya no creían que representara aquello en lo que creían». Sin embargo, a mí no me parece que «huir» sea una palabra demasiado fuerte aquí. Obligados a ver el verdadero rostro de la Unión Soviética, se estremecieron de horror no solo por la naturaleza de la bestia, sino también por su propia complicidad en sus acciones. «En la Unión Soviética y en las Nuevas Democracias se perpetraban crímenes que por su carácter (las más viles torturas físicas y mentales, el terror contra familiares y amigos de las víctimas, deportaciones de nacionalidades enteras, etcétera) y por sus resultados (asesinatos y montajes para incriminar a cientos de miles de personas, y el encarcelamiento de millones de comunistas honrados y personas simpatizantes del socialismo, incluyendo a algunos de los más destacados luchadores por la causa), estaban entre los peores que el mundo ha visto jamás», escribió Minna, la hermana de Mimi, al comité de su delegación el 22 de mayo de 1957, explicando su decisión de abandonar el Partido. «Sé que la mayoría de los

miembros del Partido, de todos los niveles, son básicamente no solo buenas personas, sino personas que se han dedicado a trabajar por la mejora de la humanidad. Me ha sacudido hasta lo más hondo descubrir que pueden ver con relativa ecuanimidad los asesinatos en masa, la tortura y los horribles crímenes cometidos en su nombre contra sus propios camaradas».

Un año después, el editor italiano Giangiacomo Feltrinelli (que entonces mantenía correspondencia con el escritor ruso Boris Pasternak, y lo animaba a que luchara contra los intentos soviéticos de prohibir las ediciones en ruso de su novela *Doctor Zhivago*, y que en 1957 había empezado a vender la traducción al italiano de dicha obra maestra) le escribió a Chimen contándole, apenado, que estaban atravesando «un momento muy difícil para todos los socialistas y comunistas sinceros, para todos aquellos que confiaban en la total aplicación de la gran lección de Marx y Engels». La intolerancia y el dogmatismo, continuaba Feltrinelli, estaban «frenando seriamente el progreso de la sociedad humana».

Por alguna razón, inexplicablemente, después de la invasión de Hungría y después de las revelaciones de Jruschov sobre los crímenes de Stalin, Chimen siguió siendo miembro del Partido durante dos años más. Luchó por quitarse las anteojeras que habían sido en gran medida parte de su existencia diaria durante tantos años. Chimen se sentía, estoy seguro, petrificado por el aspecto que tendría el mundo una vez se las quitara; asustado como un invidente que finalmente ha aprendido a moverse por su ciego mundo—incluso, como Gloucester, el amigo ciego del Rey Lear, a maravillarse de la visión interior de los ciegos— cuando le dicen que, con cirugía, podría volver a ver. «La gente tenía muchas ganas de creer en este futuro idealista», explicaba Pauline Harrison. «Era una búsqueda de sentido. Una religión que creía en la gente en vez de en un ser externo. Una especie de religión, pero no totalmente ciega».

Poco a poco, sin embargo, la presión llegó a ser demasiada. Mimi ya no quería tener nada que ver con el Partido. Buenos amigos como Saville habían sido acosados por negarse a seguir la línea del Partido. Otros, como el marido de Pauline, Royden, historiador de la Universidad de Sheffield, habían decidido simplemente que permanecer exigía demasiadas contorsiones

intelectuales. «Le debías al Partido una enorme lealtad», recordaba Pauline. «Por otro lado, fue un inmenso alivio abandonar algo que estabas defendiendo aunque ya no creyeras en ello». En 1958 Chimen dejó el Partido. Finalmente comprendió que el mundo liberal de ideas a las que ya había empezado a atar su destino psicológicamente, no servía para hacer frente a los tiránicos impulsos de los líderes revolucionarios.

Los acontecimientos de 1956 habían socavado las simpatías de Chimen por la Unión Soviética; sin embargo, la invasión de Hungría no provocó su inmediata salida del Partido. Lo que la provocó fue el descubrimiento de que todo lo que había creído sobre la Unión Soviética como un lugar donde el antisemitismo ya no existía, era falso. Y, por extensión, también lo fue la psicológicamente devastadora conclusión de que si estaba equivocado sobre cómo los soviets estaban tratando a los judíos, probablemente también estaba equivocado sobre muchas de sus otras creencias acerca de la vida en la URSS. La obra de su amigo Hyman Levy, y la forma en que lo trató el Partido, fue lo que al final llevó a Chimen a darse cuenta de esto.

Levy, profesor de matemáticas en el Imperial College de Londres, fue expulsado del Partido por haber tenido la temeridad de escribir que el antisemitismo era un problema en la Unión Soviética. «Siento que debo tomar partido sobre la cuestión de encubrir el antisemitismo», le escribió a Chimen, en papel con un pequeño membrete del Pabellón Huxley del Imperial College, en 1958. «Se lo debo a todos aquellos judíos a los que durante tantos años les han asegurado que en la Unión Soviética todas esas reliquias del zarismo ya no existen». Para los verdaderos creyentes en las cualidades utópicas y posnacionalistas de la URSS, esos sentimientos eran, literalmente, una traición. La indignación de Levy ya llevaba varios años creciendo. De hecho, cinco años antes, el 16 de abril de 1953, le había escrito a Chimen criticándolo por su incondicional aceptación de que los médicos judíos acusados de intentar envenenar a Stalin debían de ser, en virtud del hecho de haber sido llevados a juicio, culpables. «Sugeriste», dijo, amonestando a Chimen, «que yo no debía mencionar la posibilidad de que los médicos de Moscú no fueran culpables, sino que debía saber que si el soviet decide seguir adelante, el caso tendría que ser auténtico». Desde su desacuerdo sobre el Complot de los Médicos, Stalin había muerto, el caso había sido desestimado

y los nuevos dirigentes del soviet habían dejado claro que, para empezar, nunca había habido pruebas reales contra los médicos. «¿Crees que ahora es posible decir que aquella actitud por tu parte fue irreflexiva?», preguntaba Levy, reprendiendo suavemente a su amigo. «A mí no me importa que me tomen por tonto si no hay más remedio, pero creo que a veces se podría evitar con un poco de análisis prudente. ¿Qué opinas?».

Ahora, con Levy expulsado del Partido, a Chimen se le habían abierto los ojos y, como Levy, ya no podía quedarse quieto. El Partido no publicó el libro de Levy *Jews and the National Question* (que, entre bastidores, Chimen había ayudado a escribir), así que Chimen decidió recurrir a una pequeña editorial, con sede en su casa, para publicar la obra. Había creado Hillway Publishing Company varios años antes para traducir y publicar la obra del filósofo húngaro disidente Georg Lukács *Estudios sobre el realismo europeo*. Para el libro de Lukács contrató a una periodista independiente llamada Edith Bone con el fin de que tradujera el libro al inglés; Bone había sido acusada de espionaje por los dirigentes comunistas húngaros de los primeros años de posguerra, y la mantuvieron en confinamiento incomunicado durante siete años antes de su liberación en 1956. Ahora Chimen se encargaría de garantizar que el libro de Levy fuese traducido del inglés a otros idiomas. Algunas partes de la obra se publicaron con posterioridad en francés en la revista de Jean-Paul Sartre *Les Temps Modernes*, junto con un extenso y muy personal ataque de Dutt hacia Levy y Chimen. Al igual que con la publicación de Lukács, que durante un tiempo fue uno de los intelectuales más influyentes de Europa, así ocurrió con el libro de Levy: se hizo en el momento adecuado. El libro se reeditó, con considerable eco, en Nueva York, Milán e Israel. Quizá para no olvidar su importancia, Chimen llevó un pequeño cuaderno, no más grande que sus agendas anuales, en el que fue registrando meticulosamente las ventas del libro de Levy.

Antes, Chimen había creído en la reforma desde dentro del Partido, en la idea de progreso a través de una organización profundamente marxista. Ahora sentía cada vez más que la institución política en sí misma era una amenaza, que la revolución estaba destinada a convertirse en algo malo, casi caníbal. Unos cuantos años después, conforme este distanciamiento del comunismo se acentuaba, Chimen escribió una nota a Isaiah Berlin lamentando «nuestra

tragedia, la de los intelectuales. Somos fuerzas inútiles en la sociedad: los Lenin, Tito, Mao, Castro triunfan, y a nosotros, pobres liberales, nos dejan a un lado».

Desgarrado por una furia fratricida, acaba con C. Allen y todos sus otros alias. Se convierte, de nuevo, simplemente en Chimen Abramsky.

El cenáculo se derrumbó por sí mismo temporalmente. Los viejos amigos que permanecían en el Partido no querían tener nada que ver con personas a las que consideraban renegados. Los que se marcharon no habían sido sustituidos todavía por amigos nuevos. En las cartas de Chimen de este periodo uno siente un incómodo silencio cayendo sobre Hillway. A medida que el ateneo comunista que fue la primera encarnación de Hillway —su primera república, si lo prefieren— implosionaba, Raph, que insistía en dirigirse a todos los miembros de su círculo social como «camaradas», creó, a los veintitrés años de edad, su propio lugar de encuentro, el Partisan Café, en Carlisle Street, en el Soho, como una alternativa más bohemia, aunque comercial, a Hillway. «Raph hablaba por los codos», decía Hobsbawm, y también podía convencer a la gente para que invirtiese tiempo y dinero en el más utópico de los proyectos. Persuadió a Hobsbawm para que pusiera dinero y acabó recibiendo el título de gerente del café. No fue el único que proporcionó apoyo económico para la aventura de Raph. «¡Los zapatos!», recordaba Martin Mitchell más de medio siglo después. «Sin los zapatos habría sido mucho más difícil encontrar un benefactor millonario. Ocurrió así. Una mañana temprano recibimos una llamada urgente del primo de Lily [su esposa], Raphael, o Ralph [sic], como después se hacía llamar. “Lily, ¿puedes echarme una mano? Los zapatos se me caen a pedazos. Se me ven los dedos. Necesito un par de zapatos decente. Tengo una cita con Howard Samuel esta mañana. Espero que me ceda dinero para el alquiler. Quiero estar presentable. No quiero que me vea los dedos asomando. Por favor, ayúdame”. “Por supuesto”, dijo Lil. “Puedes ponerte unos zapatos de Martin”. Y eso hizo. Y consiguió un buen dinero del millonario de tendencias izquierdistas. También obtuvo dinero en una reunión celebrada en la sala de conferencias del

Parlamento».

«Era un lugar maravilloso; todo el mundo iba allí en aquella época», reconocía Hobsbawm, al recordar su incursión en el capitalismo. «La idea era básicamente que iban a coger esta casa; iba a ser el cuartel general del debate y la acción revolucionarios». En el piso de arriba estaría la *New Left Review*, abajo habría café y conversación. En una época en que la idea de un lugar de encuentro político y café era tan exótica que la BBC envió un equipo para que entrevistara a Raph sobre sus aspiraciones, el Partisan se convirtió en el punto de encuentro de intelectuales sin dinero, que iban a debatir, jugar al ajedrez, leer el periódico... y beber una sola taza de un café bastante mediocre, que tomaban muy poco a poco a lo largo de todo el día. En cuanto a la arquitectura, el local tendía a lo que Hobsbawm recordaba como «modernismo feroz», una estancia cavernosa, mínimamente decorada, con sillas repartidas de cualquier manera. Creyéndose muy listos, los gerentes contrataron, recordaba Mitchell, a un autoproclamado ladrón para que se encargara de la seguridad; después de todo, ¿quién mejor que un ladrón para asegurarse de que nadie forzara las cerraduras ni abriera las ventanas con una barra de hierro? Es verdad que no forzaron las ventanas, pero poco después de que contrataran a ese hombre la comida empezó a desaparecer de la cocina.

No sorprende que la empresa quebrara al poco tiempo, cerrando sus puertas en 1962. «No fue por falta de clientela. Fue por tener más gastos que ingresos. Cuando nos quejábamos y decíamos que aquello no era viable, nos ignoraban, hasta que la cosa se fue a pique», contaba Hobsbawm cuando hablamos en su casa del norte de Londres, un par de meses antes de su muerte. Muchos de los habituales del Partisan, que habían emigrado desde el confort de Hillway a la bohemia del Soho, ahora volvieron a pasar las veladas en el comedor de Mimi. El orden, me gusta pensar, fue restaurado. Allí se seguía hablando de Marx, pero ahora, conforme el ateneo se reinventaba poco a poco, faltaba aquella actitud incondicional hacia los sistemas políticos que afirmaban actuar en su nombre que previamente había reinado en Hillway.

Trabajando a jornada completa y con dos niños pequeños de los que ocuparse, y posiblemente también teniendo que lidiar con la depresión poscomunista de

Chimen, Mimi mantenía no obstante su cocina y el comedor como algo parecido a un restaurante a pleno rendimiento para intelectuales errantes, familiares, amigos y amigos de amigos de todo el mundo. Ahora, sin embargo, los temas de conversación se ampliaron, el elenco de personajes se volvió más ecléctico. Ahora, en algunas de las conversaciones empezaban a inmismuirse destellos de nostalgia, un pesar por los mundos perdidos, una amargura por los sueños traicionados.

Mantener la tertulia activa era un «esfuerzo monumental», recordaba mi prima de California, Alice, que empezó a ir a Hillway a finales de los años sesenta, una década después de la reencarnación. Y aun así, Mimi «parecía encontrar satisfacción en todo lo que hacía para los demás. La cena tenía que empezar con sopa. Chimen quería sopa. Y terminaba con té: té con limón o té con leche. Chimen decía: “Y ahora, tengo una pregunta muy importante. ¿Quién quiere té o café?”. La cena empezaba con unas pocas personas y al final de la velada había doce, y Mimi había ido atendiéndolos a todos con los platos de la cena. Era la infinita mesa creciente».

«La casa estaba siempre llena de gente», recordaba mi tía Jenny, mucho después, sobre una época que, a veces, debía desaparecer más un campamento de formación política que una infancia ordinaria. «De todas partes del mundo, toda clase de experiencias. Y siempre, cada velada, había charla política y debate alrededor de la mesa. Como yo era la más pequeña, nadie me prestaba atención. Recuerdo que decía: ¡Marx, Marx, Marx todo el tiempo! ¿Por qué hay que hablar siempre de Marx?».

Algunas noches, los invitados a cenar de Chimen y Mimi se enzarzaban en violentas peleas verbales, por interpretaciones de los escritos de Marx, por reacciones a acontecimientos de la Unión Soviética. No era raro que alguien empujara su silla hacia atrás y se marchara de la casa teatralmente. Como reacción a todo esto, Jenny se empeñó deliberadamente en no recordar ninguna de las teorías políticas que tuvo que escuchar en la mesa del comedor. Peor aún, cuando le hicieron un examen de conocimientos generales en el instituto a finales de los años cincuenta, y le preguntaron el nombre del autor de *Mi lucha*, respondió convencida: «Karl Marx». Cuando se enteró de esto, Chimen se quedó estupefacto. Me lo imagino con los ojos como platos y la boca abierta. Lo que no consigo ver es si después sonrío y deja pasar la metedura

de pata de su hija con una ligera reprimenda, o si se lanza a darle un largo sermón político. Quiero pensar que fue lo primero; pero, con toda probabilidad, podría haber sido lo segundo.

Años después, cuando rememoraba su vida, Chimen mencionaba de pasada cómo a fulanito de tal, que solía ir a cenar, lo mataron de un tiro en una cárcel irakí o desapareció en un terrible calabozo de algún sitio. Uno de sus amigos íntimos, el citado editor italiano Feltrinelli, que había ayudado a Chimen a indagar por todo el mundo en busca de textos socialistas raros durante los años cincuenta y sesenta, que visitaba Hillway con frecuencia junto con su esposa, se había deslizado hacia el activismo político de extrema izquierda: murió a causa de una bomba en 1972, durante la época de las revueltas políticas que se produjeron en Italia. Nunca se averiguó con certeza si murió por su propia mano mientras intentaba colocar la bomba para sabotear el tendido eléctrico de alto voltaje de las afueras de Milán, o si había sido asesinado. Solomón Mikhoels, director del Teatro Estatal Judío de Moscú, a quien Chimen había conocido durante la guerra, y cuya presencia había sido un llamamiento a los comunistas judíos de Londres (era, escribió Chimen después, un «excepcional judío soviético de la Segunda Guerra Mundial»), no se libró. El 19 de enero de 1948 fue asesinado, por deseo de un Stalin cada vez más paranoico y antisemita, en las calles de Minsk, atropellado por un camión de un modo que pudo pasar por un accidente. Poco después, quince destacados miembros del Comité Judío Antifascista fueron arrestados: eran conocidas figuras de la cultura del mundo judío soviético, y el grupo se había formado por orden de Stalin —un año después de que Hitler enviase sus tropas hacia el este y entrasen en la Unión Soviética— para ayudar a obtener apoyo internacional para la URSS, especialmente de Estados Unidos y Gran Bretaña. En un juicio secreto celebrado en julio de 1952, todos ellos fueron sentenciados a muerte. Esto tenía poco que ver con las cartas de Chimen y Harold Laski, de poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial, en las que celebraban que el antisemitismo hubiera desaparecido de una vez por todas de la Unión Soviética.

Con retraso, Chimen había llegado a darse cuenta de lo que el revolucionario historiador ruso Víctor Serge había reconocido años antes. Residente en Rusia durante el sanguinario mandato de Stalin, Serge dejó

constancia del modo en que la revolución se había canibalizado a sí misma, de cómo los principales políticos, intelectuales, generales y economistas rusos, uno tras otro, eran arrestados, desaparecían, los asesinaban. De cómo cualquier crítica podía conducir a la muerte. De cómo cualquier pretexto era válido para liquidar una facción o un grupo de amigos. De cómo millones de personas podían ser condenadas a morir de hambre como consecuencia de los planes de colectivización de Stalin. Sobre los juicios propagandísticos que caracterizaron este periodo, escribió: «Era una completa locura (...) El politburó conocía la verdad perfectamente bien. Los juicios servían a un único propósito: manipular la opinión pública en Rusia y en el extranjero». Más tarde, Serge afirmó que «el totalitarismo no tiene enemigo más grande que el espíritu crítico, al que trata de eliminar por todos los medios».

A pesar del radical cambio de mentalidad que experimentó Chimen respecto a sus ideas políticas, siguió, sin embargo, completamente fascinado por la vida y el legado de Marx y, durante todos esos años de confusión, estuvo inmerso, junto con Henry Collins, en la elaboración de su libro sobre aquel. Chimen ya no creía en los partidos políticos que afirmaban actuar siguiendo a Marx, pero siguió creyendo que la comprensión de Marx sobre la historia y su análisis de los modos en que las sociedades cambian a lo largo del tiempo no tenían igual. Al mismo tiempo, dejando atrás por completo la visión totalitaria de la Unión Soviética, Chimen buscó en otra parte un hogar intelectual y político. El último lo encontró en el liberalismo, y el primero, cada vez más, en los manuscritos y textos sobre la historia judía y en los escritos religiosos.

LA HABITACIÓN GRANDE DEL PISO SUPERIOR: *RAÍCES*

Creo en el Dios de Spinoza, que se revela en la armonía del mundo, no en un Dios que dirige el destino y los actos de la humanidad.

ALBERT EINSTEIN, *THE NEW YORK TIMES*
(25 DE ABRIL DE 1929).

Ahora tenemos que subir la escalera otra vez, pasando bajo el *Guernica*, pisando la alfombra apolillada. Y al llegar a lo alto de la escalera, en vez de girar a la izquierda hacia el dormitorio de mis abuelos, giraremos a la derecha, avanzaremos por el corredor, y después, dejando a nuestra espalda el diminuto y maloliente aseo, entraremos en el amplio y abarrotado dormitorio de la izquierda. Es hora de hacer una visita a las joyas de la corona.

Cuando yo era pequeño esta era la habitación de la casa que menos conocía. Los libros de esta habitación estaban poblados por autores cuyos idiomas yo no hablaba ni leía, cuyos mundos e ideas eran borrosas sombras para mí pero no para Chimen. En su currículum escribió, debajo de «Idiomas»: «(aparte de hebreo clásico, medieval y moderno, e inglés): dominio de ruso, yidis y alemán. Lectura fluida de la mayoría de las demás lenguas eslavas y del francés». Todos esos idiomas, y algunos más, se podían encontrar en las estanterías de esta habitación. Una vez le enseñó un texto en búlgaro al bibliógrafo Brad Sabin Hill, quien recordaba con cariño: «Quiso dejarme

claro que podía leerlo; y podía, por supuesto. Estaba en cirílico». Yo dormía en esta habitación algunas veces, en una vieja cama que tenía el colchón hundido, pero los autores que vivían allí rara vez me hablaron. Chimen me contaba muy poco de los libros de esos estantes, aunque sí recuerdo que una vez, después de un gran esfuerzo, consiguió bajar una primera edición de Spinoza para enseñármela. A diferencia de los volúmenes de Marx, que me dejaba tocar, este libro tuve que mirarlo desde una distancia segura, y solo durante un momento.

A pesar de que yo no estaba familiarizado con las sutilezas de la habitación, desde pequeño supe que era una parte vital del templo del saber que Chimen había construido. Había algo reverencial en el modo en que hablaba de esta habitación y su contenido; y mientras que los libros de Marx, incluso los más valiosos de ellos, se podían coger con facilidad de las estanterías, los volúmenes de la habitación de arriba se guardaban bajo llave en los estantes de armarios con puertas de cristal, y las llaves de las pesadas puertas estaban siempre celosamente custodiadas. A diferencia de las demás habitaciones, que Chimen enseñaba de buena gana a los visitantes interesados, esta habitación era muy privada. Incluso colegas coleccionistas de literatura judaica, como Jack Lunzer y David Mazower, solo tenían acceso a ella en ocasiones y a regañadientes. En esta habitación, las estanterías funcionaban más como una cámara del tesoro que como parte de una biblioteca viva. En las raras ocasiones en que Chimen me abrió sus puertas, salió un olor a papel rancio, encerrado, geriátrico, que flotaba por la habitación y que, liberado, se me metía por la nariz.

Cuando Jack y Jenny eran niños esta habitación estaba ocupada por un huésped permanente, una señora escocesa de nombre Geòrgie Finlayson, cuya renta era una parte fundamental de los precarios cálculos económicos de Chimen y Mimi. La habían conocido a través del Partido Comunista, y durante muchos años vivió como un verdadero miembro de la familia, acompañándolos en las comidas e incluso en las vacaciones de verano. Más tarde, cuando las circunstancias de la familia empezaron a estabilizarse, Georgie se marchó, volviendo a Glasgow, de donde procedía, y Jack se apropió de la habitación.

Sin libros cubriendo cada pared, era un cuarto muy espacioso para él solo. Empezó a llenarlo con sus libros de texto; con penachos de plumas de los nativos americanos y demás parafernalia del I Spy Club; con juegos de ajedrez (Jack fue, durante muchos años, un jugador fanático y de mucho talento, miembro de un equipo escolar que consiguió llegar un año a la final nacional); y, finalmente, con una mesa de pimpón hecha por él. Montó un equipo de música, con dos grandes altavoces que ensambló con un kit, y empezó a construir su propia colección, no de libros, sino de discos de música clásica y ópera. La colección de Jack de cientos de discos de vinilo era, en su categoría, tan intemporal, tan al margen de las corrientes de la cultura moderna contemporánea —era la época, al fin y al cabo, de Elvis y Cliff Richards, de Bill Haley y Jerry Lee Lewis— como los libros que ocupaban las estanterías de Chimen.

Jack y sus amigos pasaban horas en aquella habitación, saliendo cada cierto tiempo solo para volver a desaparecer, yendo a jugar encima de los escombros del gran solar donde cayó una bomba, frente al instituto William Ellis, en el que estudiaba Jack, o para ir a jugar al tenis o al críquet en Hampstead Heath. Y después volvían a Hillway para que Mimi les diera de comer. «La casa tenía atracción gravitacional», así fue como lo dijo Andrew Moss, amigo de la infancia de Jack, más de medio siglo después. «Durante toda mi vida esa ha sido la verdad. Era la casa a la que ibas y te quedabas». Cuando Jack se marchó en 1961 para estudiar física en el Trinity College de Cambridge —un hecho que Piero Sraffa recibió con alegría, porque había la posibilidad de que así Chimen y sus maletines de libros raros aparecieran por allí con más frecuencia—, Jenny se quedó con la habitación de muy buena gana; era por lo menos el doble de grande que el minúsculo cuarto de la parte trasera de la casa que, por ser la menor, le había correspondido. Sobre la cama colgó una estrecha reproducción rectangular de un paisaje de Turner, que con sus colores apagados daba testimonio de la serena belleza del campo inglés. El cuadro siguió allí hasta la muerte de Chimen.

Después de que Jenny se marchase de casa, la habitación empezó a asumir su función definitiva como corazón de la biblioteca judaica de Chimen. Porque cuando la menor de sus hijos se fue de casa, Chimen enseguida colonizó ese espacio adicional para sus libros y, entonces, ya bien entrado en la mediana

edad, con el poco pelo que le quedaba volviéndose gris, hizo balance de su vida. Su madre, Raizl, murió en Israel en enero de 1965 después de cinco años de lucha contra esa rara enfermedad de la sangre llamada anemia aplásica. En un pequeño diario, Yehezkel había ido registrando meticulosamente los cientos de transfusiones sanguíneas que Raizl recibió durante esos años. Chimen le escribió a Mimi desde Israel que su madre había afrontado la muerte estoicamente. Después de haberla llevado al hospital a toda prisa con una hemorragia pulmonar, Raizl le preguntó a su hijo menor, Menachem, que se había mudado a Israel en los años cincuenta, «dónde estaba su carnet de identidad para el certificado de defunción». Cuarenta minutos después del ataque murió de forma tranquila. El funeral fue el sábado por la noche. Chimen tenía cuarenta y ocho años. Él y su padre, le contó a Mimi, habían «llorado mucho» juntos cuando él llegó a Jerusalén. Raizl había sido, le dijo Chimen a su sobrino nieto Ron Abramski muchos años después, «muy aristocrática». Puesto que descendía de generaciones de rabinos muy renombrados, «ella sentía que de alguna manera era una aristócrata. *Y lo era*. Pero era una mujer dura, muy inteligente, muy luchadora, muy resuelta. Mi madre sabía mucho de literatura; leía con voracidad. Leía a Tolstói, Pushkin, Gorki, Chéjov. Leía mucho en ruso y en yidis. No sabía escribir hebreo, pero lo entendía».

Con los miembros de la generación anterior muriendo, Chimen, creo yo, estaba empezando a pensar más en la mortalidad, en su lugar dentro del gran tejido de la vida judía a lo largo de los milenios, en su propio obituario. ¿Cómo lo recordaría la gente? No quería que lo recordasen simplemente como un propagandista desilusionado del Partido Comunista, ni siquiera como el mayor coleccionista privado de literatura socialista del mundo angloparlante. Cuando el foco de su interés se desplazó del socialismo a la literatura judaica, el corazón de su biblioteca se desplazó desde el dormitorio, pasando por el rellano, hasta la habitación grande.

A finales de la década de 1960, Chimen había completado su eje intelectual. Donde antes había habido un coleccionista obsesivo de todo lo relacionado con el comunismo, ahora había un hombre casi igualmente obsesionado con reunir literatura judía. Tanto fue así, que en 1969, cuando dio la conferencia

inaugural de la Semana del Libro Judío de Londres (sobre la aparición de la historia judía como disciplina académica independiente), lo presentaron a la audiencia como «posiblemente el mayor bibliófilo judío del mundo». El cambio de intereses no fue causado meramente por el cambio de su filosofía política; el mercado de libros y objetos relacionados con el socialismo había despegado y él ya no podía permitirse los pocos artículos socialistas que aún no poseía. «Supongo que sabes que Sotheby's vendió *El capital* de Marx de 1867, autografiado por Ludlow, por dos mil cuatrocientas libras a El Dieff, el conocido librero de Nueva York», le dijo Chimen a Sraffa el 24 de junio de 1969. «Una cifra realmente impresionante. Los libros de Marx y Engels se están volviendo, literalmente, valiosísimos». Dos años después le contó con tristeza a su amigo que desde hacía unos años él ya no había podido adquirir más ejemplares valiosos de literatura socialista.

Pero si las obras socialistas asequibles ya no llegaban al mercado casi nunca, el mundo de la literatura judía era mucho más atractivo, aunque en los años setenta, en buena parte a causa de su propio trabajo en Sotheby's, aquellos objetos de colección también estaban empezando a salirse del margen de precios de Chimen. Él había sido fundamental en la creación de un mercado que ahora, irónicamente, lo estaba expulsando a él del pequeño club de los coleccionistas de alto nivel.

Chimen había empezado a desarrollar este aspecto de su colección en la década de 1940, quizá diez años después de empezar a comprar textos políticos y filosóficos, en parte porque le encantaban los libros en sí mismos y en parte por su valor de reventa. Bajo la tutela de Heinrich Eisemann, Chimen había aprendido a adquirir libros sobre judaísmo a precios de ganga en las librerías que habían sido abandonadas a la ruina en el Reino Unido o saqueadas por los nazis en el continente. Jack Lunzer, un hombre de negocios y buen amigo que, con Chimen como mano derecha, creó más tarde la asombrosamente exhaustiva Valmadonna Trust Library, recordaba que después de la guerra se podían comprar incunables (libros y folletos impresos antes de 1501) por solo unos pocos chelines.

Por supuesto, incluso en aquellos días de calderilla, otras adquisiciones eran mucho más caras. Como inversión para Shapiro, Valentine & Co. (que entonces ya poseían), en 1948 Chimen y Mimi, junto con varios otros

inversores, compraron un manuscrito medieval. Era un ejemplar de los comentarios escritos por Shlomo Yitzjaki, un sabio del siglo XI, nacido en Francia y educado en Alemania, conocido para la posteridad como Rashi y ampliamente reconocido como el erudito talmúdico más grande de la historia. Cientos de años antes de la invención de la imprenta, Rashi y sus discípulos habían escrito sus comentarios a pasajes individuales de la Biblia hebrea (o *Tanakh*) en los márgenes de los manuscritos con los que trabajaban, utilizando el gran repertorio de tradiciones rabínicas, conocido como *Midrash*, para interpretar líneas determinadas de la *Tanakh*. De la misma manera, además, el sabio había escrito un gran conjunto de comentarios que acompañaban al Talmud. En generaciones posteriores, otros eruditos añadieron sus propios *tosaphoth*, o comentarios, a los comentarios de Rashi. Y esos textos fueron minuciosamente copiados a mano por escribas que los difundieron por las comunidades judías de Europa y Oriente Próximo. Hoy en día, las notas de Rashi, junto con los *tosaphoth*, se incluyen en todas las ediciones del Talmud.

El manuscrito que compraron Chimen y Mimi, según sugiere su fragmentaria correspondencia de la época, valía una verdadera fortuna: diez mil libras de 1948, el equivalente a varios cientos de miles de libras de hoy. Sin embargo, qué era exactamente ese manuscrito —quién copió el Rashi y cuándo, si los márgenes fueron anotados con comentarios secundarios, dónde se creó el manuscrito y quién fue su dueño en los siglos pasados, incluso si era uno de los comentarios bíblicos o talmúdicos de Rashi— es otro de esos misterios de la vida de mis abuelos que no puedo desentrañar. Su correspondencia acerca del manuscrito data de aquellos meses finales de 1948 en que Chimen estuvo de viaje por América. Las cartas de Mimi, que él conservó, dejan fuera los detalles técnicos. Las cartas de Chimen, que casi con toda seguridad los habrían incluido, no se conservaron. Lo que sí parece claro es que durante unos meses, por lo menos, fueron poseedores de la undécima parte de algo relacionado con Rashi que era valiosísimo. Se vieron obligados a venderlo cuando otro de los inversores necesitó amortizar su inversión, y la venta produjo un importante beneficio, que en poco tiempo reinvirtieron en comprar más existencias para la librería. La compra y posterior venta del manuscrito de Rashi parece haber representado un crucial salto adelante en la carrera de Chimen como comerciante de libros. Ya estaba entrando en el

estrellato.

Al cambiar sus intereses cambiaron, también, sus relaciones profesionales. Chimen siguió en estrecho contacto con Eisemann, pero en los años sesenta, conforme la biblioteca judaica de Chimen crecía rápidamente, su mentor se iba haciendo viejo y cada vez más frágil. De vez en cuando se reunían para comer y hablaban de manuscritos; pero Eisemann ya no era el socio dominante en los tratos. Poco a poco, a medida que su salud se debilitaba, el viejo experto se fue retirando; Eisemann murió en 1972, a la edad de ochenta y dos años. Para entonces, ya hacía tiempo que Chimen había encontrado a otros con los que compartir su pasión por los manuscritos raros. El principal entre ellos era Lunzer. Varios años más joven que Chimen, había sido compañero de escuela del hermano menor de Chimen, Menachem, durante un tiempo, después de que los Abramsky llegaran a Londres como exiliados de la Unión Soviética. Después de la guerra, Lunzer había pasado de vez en cuando por Shapiro, Valentine & Co. para comprar libros. Ahora, una generación después, la relación con Abramsky se reinició gracias a una pasión compartida.

Lunzer, acaudalado comerciante de diamantes y hombre de inmensa cultura, tenía el dinero necesario para comprar los más raros libros y manuscritos italo-hebreos renacentistas; Chimen tenía los conocimientos de la historia de la que habían surgido estas obras de arte, necesarios para apreciar la importancia de la colección que su amigo tenía tanto interés en crear. Lunzer contrató a Chimen, una vez jubilado de la University College London, como asesor viajante para la Valmadonna Trust Library. Eran una pareja perfecta, aunque un tanto incongruente, de coleccionistas de libros: Lunzer, un hombre corpulento con el aire de un empresario triunfador; Chimen, una diminuta figura completamente absorta en sus actividades académicas. Entre los siglos VIII y mediados del XVI del calendario cristiano, según escribió Chimen, los copistas que utilizaban el hebreo crearon una vasta cultura escrita, gran parte de la cual fue destruida durante las oleadas de expulsiones y los periodos de quema de libros. Lo que quedó, sin embargo, era suficiente para demostrar la vitalidad de las comunidades judías durante esos siglos. Y continuaba: «Los judíos no solo copiaban con dedicación, y a veces incluso iluminaban la Biblia hebrea, o algunos de sus libros, especialmente la *Torah* (el Pentateuco), el libro más sagrado, sino que escribieron y copiaron los muchos volúmenes

del *Talmud*, la principal materialización de la Ley Oral y el segundo texto más sagrado e importante, que guiaba, definía y moldeaba la vida de los judíos desde el nacimiento hasta la muerte. Además, escribieron comentarios sobre la Biblia y el Talmud; trabajos originales sobre filosofía, astronomía, medicina, matemáticas, ciencias naturales, gramáticas, tesauros y excelente poesía, tanto litúrgica como lírica y canciones de amor. Compusieron homilias, escribieron crónicas y obras polémicas, y crearon una gran sección de códigos legales y *responsa* rabínica. En una palabra, construyeron una civilización propia». En un ensayo que acompañaba al catálogo de la subasta de los libros y manuscritos del coleccionista Michael Zagayski, celebrada en Nueva York en 1970, Chimen describía cómo «los estudiosos y los filósofos judíos escribieron tratados sobre astronomía, medicina, matemáticas y ciencias. La filosofía tenía un lugar predominante. Los poetas compusieron una poesía religiosa profundamente lírica, además de las más grandes canciones de amor medievales; los místicos judíos estaban consagrados a desentrañar los secretos del universo, y a buscar, a veces con desesperación, un camino hacia la salvación universal y la de su nación». Era esta civilización lo que, en su habitación del piso superior, Chimen quería resucitar.

Durante miles de años la vida comunal judía estuvo organizada alrededor del mundo oral y escrito. Prácticamente cada aspecto del comportamiento, tanto público como privado, cada manera de pensar, cada interacción —con la familia, con el país, con la tierra, con el cosmos—, estaba determinado por los Libros Sagrados, por un extraordinario cuerpo de comentarlos y por meditaciones rabínicas y respuestas a esas meditaciones. Viviendo en Londres, Chimen estaba en el epicentro de una cultura política diferente, mucho más joven, que se había construido a sí misma alrededor de un conjunto de leyes que provenían de la Carta Magna del siglo XIII, y alrededor de un conjunto de documentos judiciales con origen en la obra de Blackstone, de mediados del siglo XVIII. Sin embargo, a su alrededor, en su propia casa, había cientos de miles de páginas de textos sobre el Talmud, de sistemas de creencias minuciosamente expuestos, que habían definido la vida judía desde, al menos, el exilio babilónico. Aquí se almacenaban milenios de debates sobre cómo entender la palabra de Dios, cómo interpretar la historia utilizando estos preceptos, cómo responder a cualquier dilema filosófico o ético.

Para Chimen, ser experto en historia moderna del judaísmo significaba tener un conocimiento profundo de al menos quinientos años de historia, desde el momento de la expulsión de los judíos de España bajo la Inquisición en adelante. En realidad, claro está, él a veces daba conferencias sobre aspectos de la vida judía que se remontaban mucho más allá. Una vez dio una charla sobre el desarrollo de la escritura biográfica en hebreo durante el siglo IX de nuestra era; en otra ocasión hizo referencia a la expulsión de los judíos de Inglaterra en el siglo XIII. Lo que fascinaba a Chimen era la textura de la vida comunal, los diferentes modos en que los individuos se cruzaban con su entorno, los mecanismos por los cuales giraban las ruedas de la historia. Y, de manera abrumadora, estaba obsesionado con los testimonios escritos de los siglos pasados: libros, rollos de la Torà, fragmentos de manuscritos, cartas, diarios, edictos, periódicos, poemas y canciones.

Hasta bien entrado en los ochenta, y sufriendo ya la enfermedad de párkinson, Chimen viajó con Lunzer para visitar las grandes colecciones de Europa de manuscritos hebreos, compartiendo juntos su emoción por los libros y manuscritos que allí veían. Después de una de sus expediciones a una colección conservada en Parma, Chimen le escribió, con una caligrafía desgarbada, casi fuera de control, a su amigo: «Podría haber pasar [sic] allí no dos días y medio sino varios meses. De nuevo, mi más profundo agradecimiento por un regalo tan excepcional». Chimen escribió sobre el Pentateuco de Constantinopla que habían examinado; sobre las Biblias hebreas de Soncino, Brescia, Nápoles, Pesaro, Lisboa y otras ciudades; de libros de lugares tan distantes como Cracovia y Salónica, Tubingen y Mantua. Y, añadía, había «escuchado la voz divina de los diez mandamientos y la *schma Israel*», la más importante de todas las oraciones judías. Al escribir sobre Abraham Garton, uno de los primeros impresores judíos, señaló: «Lo saludé como el Gutenberg judío. Y me incliné ante mi viejo maestro —Rashi—, que iluminó a millones de judíos con su exquisita claridad y excepcional brevedad». Mientras Lunzer se podía permitir comprar tales manuscritos, Chimen tenía que conformarse, en general, con facsímiles de alta calidad. De vez en cuando, sin embargo, Lunzer le regalaba ceremoniosamente a su amigo un manuscrito original como prueba de su afecto. Chimen expresaba mucho reparo, pero aun así el manuscrito quedaba a buen recaudo en las viejas y combadas estanterías

que forraban las paredes de la habitación grande de Hillway.

Conforme las estanterías de esta habitación se iban llenando de libros y manuscritos impresos, iluminados y escritos cientos de años antes, a principios de los años sesenta tuvo lugar el Caso Jacobs. Cuando en 1956 la invasión soviética de Hungría dividió al Partido Comunista Británico, Chimen se involucró mucho en los debates suscitados. Pero cuando el Caso Jacobs fracturó a la comunidad ortodoxa judía de Gran Bretaña, Chimen, a pesar de su creciente implicación en el estudio de la historia judía, no participó públicamente en el debate teológico, y observó desde fuera cómo la comunidad judía británica se partía por la mitad.

Louis Jacobs era uno de los más jóvenes e importantes rabinos del país, y un erudito notable. En un momento en que tanto el judaísmo como el cristianismo se enfrentaban a las contradictorias exigencias de la tradición y la modernidad, Jacobs defendía la modernidad dentro de la tradición ortodoxa. Él creía que la educación ortodoxa debía fundirse con la educación secular, y quería que los jóvenes judíos de Gran Bretaña conocieran la religión de sus antepasados al tiempo que se integraban en la cultura británica mayoritaria. En un debate que tenía algo en común con los debates actuales entre las Iglesias católica y anglicana, Jacobs animaba a sus correligionarios a reconocer las tendencias de la modernidad y a asumir el cambio en vez de resistirse a él. Sus dificultades con los tradicionalistas ortodoxos surgieron a raíz de su libro *We Have Reason to Believe*, publicado en 1957, en el que afirmaba que el Pentateuco no era literalmente la palabra de Dios, como los ortodoxos habían creído durante milenios, sino que estaba inspirado por la divinidad pero era una interpretación humana de la voluntad de Dios, de cómo vivir de modo ético y rendir culto correctamente. Era una conclusión similar a la alcanzada por Maimónides ochocientos años antes y por Spinoza en el siglo XVII. La obra de Jacobs, sin embargo, fue un escándalo, puesto que cuestionar la autoría divina de la Biblia era anatema para un rabinado ultraortodoxo.

Jacobs esperaba que lo nombrasen director del Jew's College, el principal seminario del país para estudiantes rabínicos y un trampolín para el cargo de rabino jefe. En cambio, se encontró luchando por su supervivencia

profesional. En 1961, el rabino jefe Israel Brodie hizo pública una proclama impidiendo que Jacobs accediera al puesto de director del Jew's College, y durante los tres años siguientes Jacobs y Brodie estuvieron enemistados, de manera más o menos pública. En 1964, Jacobs intentó recuperar un empleo que había tenido previamente, como rabino de la New West End Synagogue. Una vez más Brodie intervino, denegando a Jacobs el permiso para obtener un puesto de rabino en una sinagoga de la Congregación. Poco tiempo después el padre de Chimen entró en el debate en apoyo del rabino jefe.

Yehezkel Abramsky llevaba tiempo retirado del Bet Din y estaba viviendo en Israel, donde impartía discursos semanales sobre el Talmud a enormes multitudes de seguidores; pero desde la distancia ayudó a orquestar la oposición a Jacobs. Mientras Jacobs, como Spinoza, adoptaba una visión más crítica de la observancia religiosa y el papel de los ritos, Yehezkel se aferraba a la interpretación ortodoxa de la Torà como la palabra literal de Dios, que había de ser obedecida en todos sus detalles. Formado en las *yeshivás Musar*, nunca había adaptado sus opiniones para que se adecuaran a los cambios de costumbres de cada momento, y solo en raras ocasiones había dudado de sí mismo después de haber adoptado una postura. Uno de esos casos tuvo lugar en Bielorrusia, cuando un enfermo le había preguntado si podía tomar un vaso de agua durante el *Yom Kippur*. Rabí Abramsky le había dicho que no podía, y después el hombre murió. Si el no beber agua tuvo algo que ver o no con la muerte, no es la cuestión: Yehezkel se sentía culpable por ello. Su biógrafo señaló que, mientras estuvo en la cárcel de Butirki, en Moscú, esperando la condena a muerte que los jueces habían dictaminado contra él, hizo balance de su vida y llegó a la conclusión de que ese había sido uno de los hechos por los que Dios lo estaba castigando. Naturalmente, al final la condena a muerte no se llevó a cabo, y Yehezkel tuvo una gran oportunidad desde entonces para introducir enmiendas en las reglas del *Yom Kippur*. Era un severo *dayán* pero todos lo consideraban un hombre amable y humano. En el caso de Jacobs, sin embargo, no vio motivos para comprometer sus creencias. El hombre era un presuntuoso, un modernista que se oponía a milenios de ideas y tradiciones minuciosamente elaboradas. La historiadora Miri Freud-Kandel cree que Yehezkel consideraba a Jacobs «un agitador». Para él era simplemente impensable que Jacobs pudiera ascender por el rabinismo hasta el punto de

llegar a ser un candidato viable a rabino jefe de Gran Bretaña. Louis Jacobs fue denunciado como hereje por Yehezkel y otros que compartían sus puntos de vista. No solo fue despedido de su trabajo en el Jew's College, sino que, a causa de la oposición del rabino jefe y de las principales figuras religiosas, como mi bisabuelo, fue inhabilitado para volver a prestar servicio como rabino en una sinagoga de la Congregación.

La historia causó sensación en los medios británicos y ha sido descrita como el mayor cisma de la larga historia del anglo-judaísmo. «El Caso Jacobs es el escándalo teológico del anglo-judaísmo», explica Freud-Kandel. «No había nada igual». Ultrajado por la forma en que lo trataron, Jacobs, junto con varios desertores de la New West End Synagogue, estableció la New London Synagogue, donde fundó un movimiento judío conservador conocido como Masorti, fuera del control del rabino jefe y de la Congregación, que fomentaba una ortodoxia moderna y que rechazaba las creencias ultraortodoxas que hombres como Yehezkel habían traído consigo desde Europa del Este en décadas anteriores. Jacobs se convirtió, para los judíos religiosos de Londres partidarios de la integración, en una especie de gurú, incluso en algo parecido, dada la época, a un héroe de la contracultura.

¿Qué pensaba de esto Chimen, que se encontraba en pleno alejamiento del comunismo e iniciando un proyecto de casi medio siglo para estudiar e interpretar el mundo judío moderno? Sin duda, en privado estaba de parte de Jacobs, y consiguió no provocar ningún enfrentamiento público con su anciano padre. Tampoco adoptó ninguna postura pública sobre si Jacobs estaba cualificado para ser rabino jefe. Durante toda su vida, Chimen, que no era creyente, fue contrario a tomar parte en controversias relativas a la comunidad religiosa judía de Inglaterra. Pero poco a poco se fue acercando a Jacobs y, con el tiempo, los dos hombres llegaron a hacerse amigos. Se reunían cada cierto tiempo y hablaban de las tendencias del moderno anglo-judaísmo.

En diciembre de 2005, *The Jewish Chronicle* realizó una encuesta entre sus lectores: ¿Quién había sido el más importante judío británico desde 1656, cuando los judíos fueron readmitidos en Inglaterra después de siglos de exilio? El ganador con diferencia fue Louis Jacobs. Ningún rival ortodoxo se acercó a su resultado. Siete meses después murió Jacobs, con su reputación asegurada. Dudo que Chimen votara en aquella encuesta, pero como mínimo

habría sentido curiosidad por el resultado. Encajaba muy bien con las ideas que él había desarrollado en un bronco debate público con el rabino jefe Jakobovits en 1977, en el que instó a los rabinos de Gran Bretaña a no huir de lo secular y a acercarse a los jóvenes judíos con un mensaje más moderno. Se podía ser un buen judío, argumentó Chimen, sin tener necesariamente que suscribir la ortodoxia.

De hecho, a pesar de su creciente obsesión por todo lo judío, Chimen nunca volvió a abrazar la ortodoxia. Por el contrario, lo que más le interesaba sobre los grandes comentarios religiosos judíos era cómo se relacionaban con la evolución de la modernidad: cómo las interpretaciones de Rashi de los textos bíblicos seguían la ética de Maimónides, y cómo Maimónides llevaba, en última instancia, a Spinoza, el más grande de los filósofos judíos.

Casi quinientos años después de que Maimónides publicara *Guía de perplejos*, Baruch Spinoza fue rechazado por el rabinado a causa de sus opiniones heréticas: su creencia en un Dios que era, en esencia, «naturaleza», su conclusión de que el universo estaba limitado por inviolables leyes de la naturaleza, y sus afirmaciones sobre que esas leyes, más que los milagros como los de la división del Mar Rojo por Moisés, representaban en verdad el infinito poder de Dios. Maimónides había despersonalizado a Dios, conservando sin embargo la posibilidad de los milagros; ahora Spinoza, prácticamente, estaba convirtiendo a Dios en otro nombre para «el universo». El Dios de Spinoza era el todo; por lo tanto, en cierto modo, los líderes religiosos que estaban contra él se dieron cuenta de que Dios no era nada. Estaba tan apartado de los asuntos humanos, tan lejos de la vida humana que los rituales de la religión, los códigos de conducta reflejados en el Talmud dejaron de tener sentido. Enfurecidos por la idea de un Dios que parecía no necesitar rabinos ni eruditos que interpretasen Su voluntad, los rabinos expulsaron a Spinoza de la comunidad judía de Amsterdam; su mero nombre se convirtió en anatema. A la larga, sin embargo, las ideas de Spinoza triunfaron claramente sobre las de sus críticos. Por supuesto, muchos continuaron creyendo en un Dios activo y personal; pero, en los siglos posteriores a la muerte de Spinoza, una serie de pensadores judíos se alejaron de la ultraortodoxia y buscaron respuestas a cuestiones éticas y científicas mediante el modelo de comprensión del universo de Spinoza.

En la biblioteca de Chimen se podía ver cómo Spinoza, un hombre adelantado a su tiempo, había influido en el surgimiento de la modernidad. Fue un filósofo de la religión que ayudó a allanar el camino para el triunfo de la mentalidad científica: él creó el escenario intelectual para Albert Einstein y la teoría de la relatividad más de doscientos años antes, como el propio Einstein reconocía. El Dios de Spinoza y el de Einstein —el dios que no jugaba a los dados y el dios que presidía el continuo espacio-tiempo— se habrían entendido entre sí perfectamente.

En aquella sobrecalentada habitación del piso superior, cuyo techo sufría cada cierto tiempo desperfectos por agua después de una tormenta especialmente fuerte, Chimen consultaba en ocasiones sus primeras ediciones de Spinoza: un *Tractatus Theologico-Politicus*, impreso en Ámsterdam en 1670, y una *Opera Posthuma* de siete años después, publicada por los amigos de Spinoza poco después de su muerte. También en esa misma habitación Chimen examinaba con pasión su primera edición de las *Meditaciones* de Descartes, que había obtenido de Piero Sraffa en intercambio por una carta de Lenin y un raro libro de Engels. Era poco frecuente que un libro de esa habitación no fuese de un autor judío, pero al parecer se había ganado su sitio allí en virtud de la afinidad intelectual de Descartes con Spinoza, que era de la generación posterior. No se puede entender la Ilustración sin entender cómo Descartes y Spinoza derribaron certezas medievales. Ni se puede entender la *Haskalá* y el surgimiento de la modernidad en la cultura y la política judías sin entender la Ilustración. Por extensión, por lo tanto, Descartes fue una parte de la historia moderna judía, o de la particular visión que Chimen tenía de ella, tan importante como Spinoza.

Al tiempo que crecía su curiosidad, Chimen quería adentrarse en, prácticamente, todos los aspectos menos conocidos de la historia y el pensamiento judíos. Poseía textos cabalísticos místicos y maravillosos *Haggadah* —algunos impresos, otros que resucitaban las artes de la caligrafía manuscrita medieval— de los siglos XVII, XVIII y XIX, así como un tesoro de documentos raros relativos a Sabbatai Zevi, un místico del siglo XVII que había hecho creer a sus seguidores que él era el Mesías, solo para

decepcionarlos penosamente al convertirse al Islam bajo la amenaza de una espada otomana. Zevi fue solo uno de un puñado de judíos forzados a convertirse por los sultanes durante este periodo, y su conversión fue vista por gran parte de la élite rabínica con algo cercano al alivio, ya que ellos llevaban tiempo manteniendo que era un peligroso falso Mesías. Quizá por el trauma de su conversión, muchos historiadores afirman que Zevi llegó a conseguir un profundo afecto de los llamados marranos de Levante, aquellas familias españolas y portuguesas obligadas por la Inquisición a convertirse al cristianismo que en secreto siguieron practicando algunos aspectos de su herencia judía. La humillación de Zevi era, pensaban, la de ellos también. Los antepasados de Spinoza, exiliados que se habían trasladado a Ámsterdam generaciones antes del nacimiento del filósofo, habían sido parte de esta comunidad.

La Càbala —cuyas premisas místicas intrigaban, pero nunca convencieron, a Chimen— exponía una doctrina de contracción: un Dios infinito, que todo lo abarca, según esta teoría, creó el mundo contrayéndose sobre sí mismo para generar un espacio vacío. A mí me parece que Chimen estaba intentando llenar en lo posible ese vacío con palabras.

Tenía una Biblia hebrea Bomberg impresa en Venecia en 1521 —el mismo año y lugar en que se imprimió por primera vez la *Tosefta* (que Yehezkel estudió durante toda su vida) y solo cinco años después de que los judíos de la ciudad hubieran sido bruscamente confinados en el primer gueto de Europa—. Esa Biblia estaba entre las más preciadas posesiones de Chimen.

Daniel Bomberg fue uno de los grandes innovadores de la imprenta y creó ediciones de la Biblia, el Talmud y otros textos, de una belleza impresionante. En 1992, cuando Chimen escribió sobre un Talmud babilónico impreso por Bomberg que le habían pedido que tasara, su felicidad por manejar aquellos volúmenes era perceptible. «El volumen uno estaba dañado por la humedad, pero por lo demás, el Talmud estaba en muy buenas condiciones, con márgenes anchos y con muy pocas notas marginales. Todas las hojas en blanco han sido conservadas, que es algo muy poco frecuente en los libros hebreos». La rareza de las creaciones de Bomberg que veía ante él fascinaron a mi abuelo: «Colecciones completas del Talmud, ya sean de la primera, segunda o tercera edición, se dan solo en un número limitado. Quizá haya doce o quince

colecciones en todo el mundo».

La Biblia Bomberg que el propio Chimen tenía no era la versión más famosa; estas eran las publicadas en 1524 y 1525, complementadas con ensayos del editor, un judío español refugiado en Túnez de nombre Jacob ben Chayyim ibn Adonijah, con extensos comentarios de Rashi y de Abraham ibn Ezra, y con preciosas xilografías. Los márgenes estaban perfectamente alineados y en algunos lugares el comentario en hebreo formaba volutas alrededor de un verso. Pero incluso sin ser algo de ese calibre, la Bomberg de Chimen seguía siendo extraordinaria. Creada solo tres cuartos de siglo después de que Gutenberg hubiera puesto en marcha por primera vez su imprenta, era una maravilla tecnológica, un Stradivarius del mundo de la impresión. Bomberg superaba con creces a Gutenberg en estilo y técnica, en la forma en que sabía manejar el espacio y jugar con las imágenes, igual que el iPod superaría a los discos de vinilo quinientos años después. En el curso de unas pocas décadas, las técnicas de impresión habían pasado de la infancia al completo esplendor de la edad adulta.

Chimen tenía otra Biblia Hebrea veneciana, esta de 1621, justo de un siglo después que su Bomberg. Tenía un rollo de Torà de Praga, fechado en 1610. Y en algún lugar de aquellas estanterías había fragmentos de una Torà aún más antigua, de 1557.

En sus peregrinaciones bibliográficas mi abuelo había adquirido también textos hebreos impresos en Constantinopla a principios del siglo XVI. Uno era un texto del más grande rabino de esa ciudad del siglo XVI, el erudito talmúdico, matemático y experto en Euclides Elijah Mizrahi. Este libro, *Sefer ha-Mispar* [El libro de los números], fue publicado en 1532, seis años después de la muerte de Mizrahi, por su tercer hijo, Israel, y fue uno de los primeros libros científicos laicos que se publicaron en hebreo. Chimen tenía además otro volumen de Constantinopla, de diez años antes, cuando aún se recordaba la captura de la ciudad imperial romana por los ejércitos del sultán Mehmed II en 1453.

Paradójicamente, la imprenta hebrea, en lo que después sería la capital otomana, se desarrolló siglos antes de que se estableciera en la ciudad la imprenta islámica, habiendo sido establecida ya en 1493 por dos hermanos portugueses, David y Samuel Nahmias. En las décadas siguientes, la imprenta

de los Nahmias publicó más de cien libros, en tiradas muy pequeñas que nunca excedían los trescientos ejemplares, muchos de ellos escritos por sefardíes que habían huido de la Inquisición española hacia el oeste. «Sin la Inquisición», cree Paul Hamburg, bibliotecario de la Colección Judaica de la Universidad de California en Berkley, «España se habría convertido en el centro europeo de la edición de libros judíos. Eso no ocurrió porque los judíos fueron expulsados de España en 1492». Los antepasados rabínicos de Chimen por línea materna, según me contó él una vez, estaban entre los que huyeron de una España cada vez más intolerante y se dirigieron hacia el este.

En la década de 1530, Gershom Soncino, vástago de una famosa familia de impresores italianos, se unió a los hermanos Nahmias en Constantinopla. Gutenberg había imprimido los primeros libros en alemán, pero a los judíos del Imperio romano no se les permitía imprimir libros en hebreo. Como resultado, fue en Italia donde tales libros se imprimieron por primera vez, en 1475, treinta años después de la revolución alemana de la imprenta. La familia Soncino estuvo entre esos primeros impresores. El libro de Mizrahi de la colección de Chimen era una edición de los Soncino.

Una generación después, a estos impresores se unió otra pareja sefardí, los hermanos Yabes. Con las imprentas de los Nahmias, los Soncino y los Yabes, todas actuando en Constantinopla, la ciudad se convirtió en uno de los centros más vibrantes de la impresión en hebreo, suministrando libros a los judíos de Balat, una zona al sur del Cuerno de Oro; a los de Haskëy, al norte del Cuerno de Oro, y a los de Ortakóy, en el lado europeo del Bósforo.

Las hojas de muchos de estos libros estaban hechas de vitela, una piel de becerro gruesa y suave, que sonaba como pequeñas olas de mar rompiendo en la orilla cuando se pasaban las páginas; solo los mejores volúmenes se imprimían en vitela. La tinta de estas páginas estaba tan nítida quinientos años después como el día en que se imprimieron. En una Biblia Bomberg, incluso hoy se siguen viendo las líneas negras que sobre ciertas palabras de los comentarios trazaron los censores venecianos, preocupados por que nada que remotamente insinuase una idea anticristiana llegase intacto a las imprentas. Originalmente, las páginas eran hojas sueltas atadas con una cinta de seda. A lo largo de los siglos, algunos propietarios las ceñían con gruesas cubiertas, las más fuertes hechas con piel de cerdo (las normas rabínicas indican que,

mientras no se coma un animal que no es *kosher*, su piel se puede utilizar para encuadernar libros). Algunos de los volúmenes tenían cierres de cobre, con el metal azuleando por la oxidación, para que no se abriesen. En muchas de las páginas había pequeños símbolos, instrucciones del editor a los cajistas. Había comentarios a lo largo de ambos márgenes: a las notas de Rashi para el Talmud se les daba un lugar de honor en el margen interior o «canal», mientras que las notas de los comentaristas menos prestigiosos aparecían en el margen exterior. Estas fueron, en cierto modo, el origen de las notas a pie de página, una guía erudita sobre cómo se debía leer el texto. A Chimen le encantaba la cualidad detectivesca de este tipo de material, ir averiguando no solo cómo se interpretaba el texto bíblico en sí, y cómo esas interpretaciones cambiaban con el tiempo, sino cómo los diferentes comentaristas se nutrían de las ideas de los otros. A lo largo de los siglos se iban añadiendo más y más comentarios. Hoy en día una Biblia puede incluir hasta cuarenta comentarios, con las ideas de los diferentes autores impresas alrededor del cuerpo principal del texto en estructuras cada vez más complejas.

Nunca le pregunté a Chimen qué sentía cuando tocaba vitela del Renacimiento, pero dado su extático amor por los libros raros, debía de ser una emoción casi sensual. «Fíjate en la tecnología», me dijo Hamburg al mostrarme un Bomberg que había adquirido para la Biblioteca Bancroft. «Cuando me paro a pensar en que todo se hizo a mano, las rectas líneas y las columnas, y la calidad de la impresión, y los tipos de letras, me emociono mucho». Dadas las terribles condiciones en que Chimen conservaba estas joyas —la casa estaba siempre recalentada y los techos con frecuencia tenían goteras—, sospecho que también sentía cierto alivio por saber que estos libros fueron creados para durar. Si habían de residir en un entorno tan desafiante como el de Hillway, menos mal que fueron impresos en un material tan duradero como la vitela. Pero incluso así, los bordes de las páginas de piel de cordero aparecían moteados, salpicados de pequeñas manchas marrones como los brazos de un anciano.

En un nivel inferior de la jerarquía de la letra impresa estaban los volúmenes impresos en pergamino. Un poco más económicos, pero aún por encima del precio de un comprador medio del siglo XVI, el pergamino también estaba hecho de piel animal (aunque habitualmente de oveja, cabra,

caballo o asno, en vez de cordero) tratada con cal y raspada y secada. Las páginas eran también gruesas, pero tenían un tacto más rígido, como de cartulina. Eran más frágiles, más propensas a rasgarse accidentalmente. Chimen tenía también muchos volúmenes en pergamino.

El papel de la mayoría de los libros, sin embargo, estaba hecho de algodón. A diferencia del papel de pulpa de madera, que fue lo habitual a partir de mediados del siglo XIX, y que permitía que se imprimiesen libros más baratos, fabricados en serie, el papel del Renacimiento no contenía ácidos. Como resultado, en vez de adquirir un tono sepia al cabo de unos años y perder la integridad de su estructura, como ocurre con la mayoría del papel moderno, las páginas de un libro impreso hace cuatrocientos o quinientos años con frecuencia sobreviven intactas y legibles, incluso habiendo estado guardadas en un lugar de condiciones climatológicas tan poco adecuadas para la conservación de materiales valiosos como Hillway.

Los libros antiguos de las estanterías de Chimen, que fueron publicados en la Constantinopla otomana y otros lugares, transmitían la sensación del transcurrir de la historia judía: de quién era expulsado de qué país y cuándo; de qué ideas se consideraban heréticas y dónde; de regiones de tolerancia y tierras de ortodoxia obligada. Con los libros que compraba, Chimen iba dibujando mapas de zonas seguras para los judíos a lo largo del tiempo y el espacio. Además de sus tesoros de Constantinopla, su colección incluía también una serie de volúmenes publicados en la ciudad lombarda de Mantua, otro refugio seguro para la publicación de libros judíos en el siglo XVI. Tenía un *Haggadah* impreso en Mantua y fechado en 1560; había también un texto en yidis impreso allí en 1560 o alrededor de esa fecha. En sus notas Chimen no daba más detalles. Lo que significa que podría haber sido un libro titulado *Yihus Bukh* (que significa aproximadamente *El libro de los antepasados*), un raro volumen de genealogía rabínica que, probablemente, contendría información sobre algunos de los antepasados rabínicos de Chimen originarios de la península ibérica. Excepto por el hecho de que este libro nunca existió y los rumores de su existencia simplemente los provocó un erudito bibliógrafo que por error le atribuyó un título diferente, en hebreo, al original; y, como ocurre con los rumores, este error fue circulando por el pequeño mundo de la bibliografía, adquiriendo aceptación con la repetición. Un error por descuido,

unas cuantas letras mal leídas, y *voilà*, una búsqueda del Santo Grial. Esta era la clase de misterios con los que Chimen disfrutaba.

Pero aunque el volumen no fuera el mítico *Yihus Bukh*, pudo haber sido una de las primeras impresiones en yidis, de un par de años antes del Libro de los Reyes. Este volumen no identificado, como la carta perdida de Voltaire, es un cabo suelto: en el archivo de fichas que empezó a compilar siendo ya muy anciano, Chimen, en un descuido impropio de tan meticuloso erudito, no registró el título de este libro.

Completando su colección de Mantua, Chimen tenía también varios libros sobre la Càbala. Mantua, junto con Venecia, había sido durante mucho tiempo un centro de pensamiento místico judío, y sus impresores se habían hecho un nombre al publicar los dos libros más famosos de la Càbala: en 1558 crearon la primera edición impresa del *Zohar*. Este era un texto arameo místico sobre la unidad de la Divinidad, escrito muy probablemente por el rabino español del siglo XIII Moses de León, pero atribuido, por el propio León (pues era algo asumido que en cuestiones de religión la procedencia ancestral confiere legitimidad a una idea), a un rabino de mil años antes llamado Shimon bar Yojai. La publicación de este libro vino seguida por libros encuadernados del *Sefer Yetzirah*, un complejo texto dividido en seis capítulos y treinta y tres párrafos, en el que se afirmaba que los secretos del universo habían sido desvelados mediante una serie de códigos basados en números y letras. Al igual que los francmasones varios siglos después, creían que quienes lograsen decodificar satisfactoriamente aquellas cifras recibirían extraordinarios poderes. El capítulo seis, párrafo seis, dice: «Y de la nada Él hizo Algo; y todas las formas de habla y todo lo que ha sido creado; del vacío Él hizo el mundo material, y de la tierra inerte Él engendró todo lo que tiene vida (...) y la creación de todas las cosas a partir de las veintidós letras es la prueba de que todas son parte de un solo cuerpo viviente». Todo, según esta concepción, deriva de los elementos fundamentales del lenguaje escrito, las letras que crean mundos, que crean frases, que en última instancia dan vida al cosmos. Esta es la poesía, el misterio que residía detrás de la obsesión de Chimen por la palabra escrita, por la construcción de su Casa de los Libros.

Los seguidores de la Càbala creían en un árbol de la vida, que unía diez características centrales (o *sefirot*) de la existencia de Dios y del universo en

un complejo todo, unidas por una serie de misterios numéricos y astrológicos: la belleza, la misericordia o bondad, la severidad, el conocimiento, la sabiduría, el entendimiento, la dignidad, el esplendor, la victoria y el fundamento. Fuera del árbol estaba la voluntad divina que todo lo abarca, que incluía no solo la posibilidad de vida sino también la inevitabilidad de la muerte. Diez *sefirot* y una corona, conocida como *Kéter*, y por encima de las *sefirot* la *eyn sof*, la divinidad infinita. Once pasos a lo largo del árbol de vida. Once veces dos es igual a veintidós, el número de letras del alfabeto hebreo, el número mágico del cual emanan todas las cosas. Chimen no era un místico, pero encontraba algo extraordinariamente atractivo en la noción de un mundo literalmente configurado por letras y números. En aquella habitación conservaba varios ejemplares raros y muy bellos del *Zohar*.

Detrás de las puertas de cristal cerradas con llave había volúmenes de Amberes, de Cracovia, de Varsovia. Cuando los visitantes privilegiados veían la colección, no veían solo la historia del pueblo judío remontándose quinientos años y más, sino también, y más importante, la historia de la impresión y de las variaciones de los tipos de letras hebreas utilizadas por los impresores a ambos lados de los Alpes, desde los primeros tiempos en Alemania hasta el establecimiento de las grandes casas editoriales de las ciudades mercantiles de Ámsterdam, Amberes y otras. Estos libros trazaban cronologías que zigzagueaban por todos esos mundos desaparecidos, dejando constancia del auge y la caída de imperios comerciales, del surgimiento de núcleos políticos, de cómo la antorcha pasaba de un centro de la cultura a otro.

La posesión más valiosa de Chimen —valiosa por su rareza, por su pura belleza y por el nombre del artista que lo había elaborado, desconocido para el resto de la comunidad de los comerciantes de libros— no era, en absoluto, la más antigua de las que tenía. Era un maravilloso *Haggadah* manuscrito, iluminado, de veinticinco hojas, con guardas en papel mármol, diseñado con esmero en Hamburgo —en 1825 según las notas de Chimen; en 1831 según otros expertos— por el copista Eliezer Zussman Meseritch.

En una era de impresiones producidas en serie, Meseritch era como un pez

fuera del agua, un *connoisseur* del bello arte de la caligrafía y un magnífico y conmovedor artista. Varias generaciones antes, unos pocos judíos influyentes de la aristocracia de tierras germánicas habían encargado la elaboración de manuscritos como símbolo de estatus, como signo de su riqueza y su cultura. Pero para cuando Meseritch fue adulto, la moda había pasado casi por completo. Estaba decidido a resucitar el moribundo arte y utilizaba tres tipos diferentes de caligrafía: la letra fluida, semicursiva, de Rashi; la *mashket*, que se utilizaba en la escritura manual del yidis y el judeo-alemán; y las letras cuadradas hebreas. En el manuscrito había siete ilustraciones del texto, incluidas unas miniaturas de los cuatro tipos de hijos referidos en la Torà: el sabio, el malvado y el simple, que hacen preguntas a su padre durante el ritual del *Séder*, y el hijo que no sabe preguntar. Al final del manuscrito de Meseritch había una impresionante imagen del templo de Jerusalén. Encuadernado en grueso cuero rojo por el encuadernador Abraham Jacobson, el *Haggadah* de Meseritch era, sencillamente, extraordinario. Cómo lo había adquirido es algo que Chimen nunca contó. Ni explicaba su presencia en la casa en ninguna de las cientos de fichas de siete por doce que estaban repartidas por Hillway en diferentes cajones y estanterías, como prueba de sus vacilantes intentos de catalogar sus posesiones. Como tantas otras cosas de la Casa de los Libros, la historia del viaje del *Haggadah* desde Hamburgo hasta Hillway estaba destinada a morir con mi abuelo.

En una concesión al sentido práctico, durante muchos años Chimen conservó este *Haggadah* no en Hillway sino en la cámara acorazada de un banco. No podía verlo a menos que se desplazara expresamente a la cámara, lo cual debía de ofender sus más profundos instintos de erudito, imbuido como estaba de la idea de que lo que tenía en su casa era la mayor biblioteca de investigación de su campo académico. Pero al menos estaba a salvo de inundaciones e incendios y todos los demás riesgos que derivan de vivir en una casa vieja cada vez más desvencijada. Tiempo después, sin embargo, lo volvió a llevar a Hillway y lo guardó cuidadosamente en un mueble archivador verde de metal que había en su dormitorio, y cuya llave llevaba siempre consigo. La obra maestra de Meseritch ahora se encuentra en el Center for Jewish History de Manhattan, donde, por supuesto, recibe un trato un poco más delicado que el que se les dispensaba a los manuscritos en

Hillway.

Cuando todavía trabajaba como profesor y se deleitaba con su improbable y tardío ascenso por la escala académica, de profesor adjunto a tutor y después a director de un departamento de nueva creación en la University College London, Chimen propuso a varios editores la elaboración de un libro sobre las grandes colecciones mundiales de manuscritos hebreos. Muchos de esos editores se mostraron interesados. Después de todo, los conocimientos del hombre bajito de Smalyavichy no tenían parangón. Su implicación en la empresa de los rollos de Praga, su triunfal relación con la venta de la biblioteca Sassoon, su reconocido papel en la creación de un mercado global de libros raros hebraicos, lo habían demostrado. Chimen explicaba, con todo detalle, que necesitaría subvención para visitar bibliotecas de París, Copenhague, el Vaticano, Israel, Estados Unidos y otros países; y presentaba una esmerada exposición de su concepto del libro. Pero después, solo hubo silencio. Después de suscitar el interés de los editores, simplemente no fue capaz de seguir adelante. Cuando llegó la hora de realizar el trabajo, este proyecto, como tantas otras de sus ideas de obras a gran escala —la biografía de Marx, su propia autobiografía—, se desvaneció. No podía encontrar tiempo sin interrupciones para la documentación; no podía dedicar las horas necesarias a rellenar las solicitudes de subvenciones; tenía demasiadas conferencias que dar y demasiadas charlas que preparar. Al final estaba claro que el libro nunca se escribiría, y poco a poco su correspondencia sobre el proyecto con los editores finalizó. Nadie dudaba de que él sabía sobre su campo más que ninguno de sus colegas, pero al mismo tiempo, nadie —incluido él mismo— creía realmente que se sentaría el tiempo suficiente para escribir el libro erudito definitivo.

Porque cuando se acercaba a la edad de jubilación, Chimen seguía manteniendo una agenda que hubiera sido imposible para muchos hombres con la mitad de sus años. Al haber recibido ya a los cincuenta el reconocimiento académico que tanto tiempo había creído merecer, no estaba dispuesto a acortar su carrera ahora simplemente por tener cinco nietos y haber llegado a la edad en que podría reclamar una pensión del Estado. Estaba disfrutando

como nunca. Escribía más artículos que nunca, editaba un libro sobre los judíos polacos y, de forma más lucrativa, pasaba cada vez más tiempo tasando manuscritos para Sotheby's y, después, para Bloomsbury Book Auctions, una casa de subastas fundada en 1983 por lord John Kerr, que previamente había sido jefe del departamento de libros de Sotheby's. Los materiales que Chimen analizaba y evaluaba eran casi como su progenie, según dijo Nabil Saidi, un experto en manuscritos orientales que trabajó con él durante muchos años en Sotheby's, ayudando a reorganizar las caóticas fichas de Chimen de forma más apropiada para su publicación como catálogos. «Todo lo que catalogas se convierte en parte de ti. Para él, era su vida. No era solo cuestión de ganarse la vida. No era simplemente un trabajo. Era su vida, día y noche. No creo que en ningún momento dejara de pensar en manuscritos, libros y folletos». En los informes que escribía a mano para Kerr, hay una sensación de intimidad en las palabras de Chimen, una sensación de mundos privados ocultos detrás de la fachada pública. «El viernes fui a Great Yarmouth y en la casa del párroco examiné el Rollo de Esther, que es holandés, mitad del siglo XVII», escribió a finales de noviembre de 1988. «Es un pergamino importante, ilustrado, aunque no en muy buen estado. Mi valoración es de entre tres mil y cuatro mil libras. En caso de que la iglesia decida venderlo hará falta una minuciosa descripción. He prometido que usted le escribirá un informe al párroco».

La emoción que sentía Chimen cuando encontraba una joya impresa era contagiosa. Los amigos compartían su alegría al descubrir, digamos, un volumen de la ciudad de Shklov, una zona de *Medinat Russiya* [la tierra de Rusia], que había sido parte de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, con una próspera cultura rabínica y una población judía de sesenta y cinco mil personas, hasta que las particiones de Polonia entregaron la tierra a Rusia en 1772. Allí, geográficamente separada del grueso de la población judía regional, una isla polaco-judía en un océano ruso, empezó a florecer una cultura judía autónoma, que generó un importante número de obras científicas y artísticas en lengua hebrea. Como resultado de este accidente histórico, según escribió el historiador David Fishman, los judíos de Shklov se convirtieron en «los primeros judíos modernos de Rusia».

«¡Este libro es extremadamente valioso!», recuerda Brad Sabin Hill que exclamó Chimen, con su acento de Europa del Este exagerado por la alegría,

agitando el dedo índice, cuando, siendo un joven erudito, Hill visitó la Casa de los Libros en los años ochenta para estudiar bibliografía con Chimen. Hill, que llegó a estar a cargo de la colección judaica de la Universidad George Washington, describió a ese Chimen de metro cincuenta y cinco saltando de la silla, casi, en un intento de expresar la importancia del momento. «¡Todos los libros de Shklov son valiosos! ¡Extremadamente valiosos!». O, como él lo pronunciaba, *ecshtrimadamenti valioses*. Aquello era, pensaba Hill, una concepción del mundo tanto como una afirmación bibliográfica. Lo que significaba era algo parecido a: «Tengo delante de mí un objeto de una época desaparecida, una mirada a las vidas vividas por un fascinante grupo de personas, que contribuyeron, de una forma peculiarmente importante, a configurar el mundo judío de Europa del Este. Y si tú no estás tan asombrado por ello como yo, entonces no estoy seguro de que podamos continuar con nuestra conversación».

Chimen continuó trotando por el mundo, asistiendo a conferencias, tasando bibliotecas, buscando piezas raras que pudiera añadir a su colección. Visitó Belgrado para dar una serie de charlas sobre los cartistas británicos; fue a Suiza, a Frankfurt, a Canadá. Dio charlas en Oxford y en Londres. Estar tan solicitado encajaba con su temperamento y satisfacía el ego que había estado frustrado durante tanto tiempo por la falta de reconocimiento académico. Varias veces al año viajaba a Israel. Con frecuencia, Sotheby's lo enviaba a Nueva York. En el mundo de las casas de subastas era reconocido como el mayor experto en manuscritos judíos raros, de conocimientos enciclopédicos y una extraordinaria capacidad de recuerdo inmediato, como descubrió el historiador de Cambridge Christopher de Hamel, cuando, siendo un joven recién contratado por Sotheby's, le consultó a Chimen sobre una fotografía que le habían enviado de un salterio hebreo del siglo XV. «Chimen miró en dirección a la fotografía que yo sostenía», escribió De Hamel décadas más tarde, en un homenaje a mi abuelo por su nonagésimo cumpleaños. Chimen le dijo: «Se vendió en Parke-Bernet, 17 de julio 1956, lote 14, dieciocho mil dólares. Estuvo primero en la colección Siegfried, Frankfurt, subasta de Baer, enero 1922, lote 3, noventa marcos. Le faltan dos páginas después del folio 17, la página 61 es una sustitución moderna, y la oración del final es única. Y ahora está valorado entre sesenta y tres mil y sesenta y siete mil quinientas

libras». Mi visita duró, como mucho, cuatro segundos.

Chimen le recordaba a Saidi «a un abejorro, yendo de acá para allá. No soportaba no estar en el meollo de las cosas. Si no sabía de un libro [que salía a subasta] se alteraba mucho. No se relajaba en absoluto. A Miriam le habría costado mucho mantenerlo bajo control. Hacía muchas cosas al mismo tiempo. Estaba en todas partes al mismo tiempo». Me imagino a mi acelerado abuelo zumbando de un sitio a otro y de un libro a otro. Como acompañamiento sonoro, escucho los últimos minutos de la exaltada *suite* orquestal *Los comediantes* de Dmitri Kabalevski, con las secciones de cuerda y metal acercándose una a la otra en un frenesí de explosiva energía. Cada vez más rápidas, girando y girando, las notas conjuran todo el caos y el asombro de la modernidad.

Si había brumas en el 5 de Hillway, subían flotando hasta esta habitación libre en la que se guardaban los libros y manuscritos hebreos más preciados. Eran las brumas de las que habían emergido siglos de rica, si bien ahora oscura, erudición talmúdica; de las que habían germinado las grandes *yeshivás* que habían configurado a Yehezkel; de las que, finalmente, había surgido la *Haskalá*, la ilustración judía que quería asentar a los judíos de Europa del Este en el mundo secular, la historia secular, que estaba remodelando la sociedad humana de manera radical desde el siglo XVIII en adelante. En Chimen había elementos de todas estas ideas.

Fue en la habitación grande del piso superior de Hillway donde Shmuel Ettinger, que había ido desde Israel a pasar unos días, murió una noche de 1988 de un infarto masivo. Recuerdo la mirada de completa devastación de Chimen al día siguiente al hablar de lo ocurrido. Por primera vez Chimen tenía el aspecto de un hombre muy mayor. Aturdido. Abrumado. Encogido sobre sí mismo. Ettinger había sido como un hermano para él, un alma gemela intelectual durante más de medio siglo, desde que se conocieron en la Universidad Hebrea de Jerusalén, antes de la guerra.

Para un hombre más inclinado a la autocompasión, tal pérdida podría haber sido aplastante. Pero Chimen no dejó que lo derrotara. Lloró a Ettinger, escribió sobre él, pero después supo seguir adelante. Si su destino era

sobrevivir a sus coetáneos, entonces volvería a llenar el manantial de sus amistades con personas más jóvenes, con eruditos como Dovid Katz y el periodista David Mazower, quien aparecía cada vez con mayor frecuencia en la entrada de Hillway para aprender con el maestro.

Deliberadamente, Chimen ahora utilizaba sus libros, sus vastos, inigualables conocimientos, para llevar sangre nueva a su vida, para presentarle Hillway a personas con las que podría volver a conversar y debatir. «¡Qué soplo de aire fresco fue para mí estudiar con un maestro de la bibliografía de mi campo, con un hombre que era el maestro de la bibliografía de muchos campos! No solo conocía todos los libros académicos en yidis y las publicaciones periódicas de estudios en yidis (particularmente filología) de la Europa del Este pre-Holocausto, sino que la mayoría de ellos los tenía», recordaba Katz, neoyorkino asentado en Oxford que después se trasladó a Vilna, Lituania, para estudiar *in situ* la historia de la lengua y la cultura yidis. Siempre que iba a Londres, Katz pasaba horas en Hillway debatiendo con Chimen. Katz afirmaba que el yidis era una lengua elocuente, viva, mientras que Chimen declaraba que era una lengua esencialmente muerta. Katz era una de aquellas pocas personas a las que Chimen concedía, al menos, parcial acceso al sanctasanctórum, a algunos de los libros de la habitación grande de arriba. «Uno de los primeros que me enseñó», escribió Katz, «fue un libro de 1592, *Mysterium*, del autor cristiano (y misionero). Elias Schade (o Schadeus), que incluía una descripción del yidis que ha seguido siendo importante para los lingüistas del yidis hasta el día de hoy. Casi me desmayé cuando Chimen dijo que con mucho gusto me permitiría fotocopiar las páginas que yo necesitaba y que después se lo devolviera. Él también se dio cuenta, y dijo: “Ya ves, confío en ti”».

Como tantos otros a lo largo de los años, Katz y los demás jóvenes eruditos que empezaron a asistir a las tertulias en los años setenta y ochenta, se sentían irresistiblemente atraídos hacia todos los aspectos del hecho de estar en Hillway, que significaba no solo manejar libros valiosos sino también quedarse a cenar. Y así, como velas parpadeantes que no llegan a apagarse, la cocina y el comedor de Mimi, despojados de sus invitados originales por disputas políticas, por haberse dispersado por el mundo y por el paso del tiempo, volvían a bullir de vida. Iban allí a aprender, y después de que Chimen

les sirviera café en pequeñas tazas de porcelana y porciones de *strudel* o de bizcocho de café, empezaban a hablar. Pronto se convirtieron en visitas regulares, tan bienvenidas a la casa como Shmuel Ettinger o Abby Robinson lo habían sido en años pasados. Mimi, ya cada vez más incapacitada por la diabetes, les preparaba la cena, como había hecho para generaciones de eruditos. Era un esfuerzo hercúleo, pero ella simplemente no soportaba la idea de no ser anfitriona. Y cuando los nietos iban de visita eran incluidos en estas conversaciones como había ocurrido en años anteriores con grupos más antiguos de amigos.

«Yo lo conocí por un libro», recordaba Marion Aptroot, una especialista en yidis holandesa, que trabajaba en su tesis doctoral en Oxford a finales de los años ochenta. Estaba buscando la primera edición de una Biblia yidis, impresa en Ámsterdam en 1679. Pero dondequiera que buscara, solo encontraba la segunda edición, impresa casi al mismo tiempo que la primera pero que, sospechaba ella, contenía una serie de diferencias textuales. Ninguna de las bibliotecas que podrían haber tenido dicho libro lo tenía. Un ejemplar, al parecer, había pertenecido una vez a la Jewish Theological Society de Nueva York, pero se había perdido en un incendio. Finalmente, Katz, director de la tesis, le dijo que escribiera a Chimen. Así lo hizo y enseguida recibió contestación. Sí, él tenía el libro en su colección, y ella sería muy bienvenida en Londres para que lo examinara.

Aptroot concertó una cita para ir a Hillway. Llegó y Chimen la llevó de inmediato a la habitación del piso superior. Allí la sometió a lo que a ella le pareció un examen de ingreso. «Abrió un libro y dijo “¿Qué es esto?” para ponerme a prueba. Aprobé el examen. Tomamos café. Y después me dejó trabajar arriba con los libros». Volvió varias veces cuando estaba comparando los textos de las dos ediciones. «Me invitaba a que bajara a almorzar. Yo volvía a subir para trabajar. Me invitaba a bajar a tomar el té. Y después me iba». Aptroot averiguó, trabajando en Hillway, que sus sospechas eran correctas: la primera edición —cuya única copia conocida había acabado en la colección de Chimen— había sido financiada por un hombre que se había quedado con una serie de páginas como garantía. Después de una disputa con el editor original, decidió publicar su propia edición de la Biblia, utilizando algunas de las páginas que poseía para diferenciarla de la original. Chimen

estaba entusiasmado con el descubrimiento. Esto ayudó a sacar a la luz a aquellos editores que habían vivido tres siglos antes, a añadir emoción e interés humano a sus nombres. Chimen pensaba, dijo Aptroot, que «era emocionante, desde el punto de vista bibliográfico». Ambos iniciaron una correspondencia en yidis. Cuando ella iba a la casa, con frecuencia utilizaban la *mamaloshen*. «Chimen era muy cordial, y la casa estaba abierta. Era una maravilla hablar y tratar asuntos con él. Sabía mucho y además se convirtió en un amigo».

Durante la mayor parte de su vida adulta, Chimen se había guiado por la llamada a la acción de Marx: «Los filósofos solo han interpretado el mundo, de diversas maneras; la cuestión es cambiarlo». Ahora, conforme envejecía, se produjo un sutil cambio. Cada vez más, Chimen miraba no hacia Marx sino hacia Spinoza en busca de orientación moral. «Ser es hacer, y saber es hacer», había escrito Spinoza sentado a su mesa, en Amsterdam a finales del siglo XVII. Eso era también una llamada a la acción, pero no era una llamada explícita a la revolución. Chimen permaneció sumamente implicado en el mundo que lo rodeaba, pero ya no se sentía obligado a sacudir los pilares del templo.

Así, en años posteriores, la habitación grande del piso superior, más que el dormitorio, fue el epicentro intelectual de Hillway. Al final, cuando Chimen era muy anciano, necesitaba asistencia permanente para poder seguir viviendo en Hillway. Para poder pagarla, envió para que se subastara en Nueva York una página de un manuscrito del siglo XII, y la habitación se convirtió en dormitorio una vez más, para una serie de cuidadores procedentes de Europa del Este, exiliados económicos de la antigua Unión Soviética y sus estados satélite. En ocasiones Chimen todavía se aventuraba a entrar, sobre todo cuando sus viejos amigos de Sotheby's iban a visitarlo y a mostrarle manuscritos. Entonces, su entusiasmo se enardecía de nuevo, ordenaba a sus cuidadores que lo sujetaran en la silla salvaescaleras que lo llevaba al primer piso, presionaba el botón de inicio, y —para horror de los que lo miraban desde abajo— subía a la máxima velocidad posible. Al llegar arriba le quitaban el cinturón de seguridad y entonces, con infinita solemnidad, iba

tambaleándose a la habitación en busca de sus tesoros escondidos.

Pero todo esto ocurriría en el futuro. Chimen, para construir su colección judaica, todavía tenía trabajo que hacer; y al salón de tertulias en el que vivían Mimi y él, todavía le quedaban años de actividad.

EL COMEDOR RESURGENTE: *RENACIMIENTO*

Podríamos decir entonces que el racionalismo es una actitud de buena disposición para escuchar argumentos críticos y para aprender de la experiencia. Es fundamentalmente la actitud de admitir que «puede que yo esté equivocado y puede que tú tengas razón; así, haciendo un esfuerzo, podemos acercarnos más a la verdad».

KARL POPPER, *LA SOCIEDAD ABIERTA
Y SUS ENEMIGOS* (1945).

A medida que las ideas políticas de Chimen y Mimi cambiaban, y que las prioridades de Chimen como coleccionista de libros evolucionaban, también el tono de las reuniones de Hillway experimentó una metamorfosis. Muchos de sus más íntimos amigos del Partido Comunista habían dejado también el partido (en su mente, ya no se referían a él con la P mayúscula) en los años posteriores a 1956. Pero la mayoría de los que habían seguido siendo miembros ahora desaparecieron de la escena de Hillway. Algunos ya no querían tener nada que ver con los Abramsky. Algunos líderes del partido, como Harry Pollit —a quien, nueve años antes, Chimen había enviado un ejemplar de las memorias de Churchill «para que disfrutes leyendo lo que ese cabrón tiene que decir»— y R. Palme Dutt, veían a los que habían entregado

su carnet de miembros como chaqueteros, renegados, traidores de clase; y animaban a sus acólitos a no mantener relaciones personales con tales individuos. Estos eran, escribió Dutt con desprecio en *Labour Monthly*, soñadores ilusos. «Imaginar que una gran revolución puede llevarse a cabo sin un millón de antagonismos, privaciones, injusticias y excesos, sería un engaño solo adecuado para quienes viven en una torre de marfil del país de la fantasía, que todavía no han aprendido que el espinoso camino del progreso humano avanza no solo con un heroísmo sin precedentes, sino también con las bajezas que lo acompañan, con lágrimas y sangre». Para los que ya no tenían estómago para ese derramamiento de sangre, los que sentían que se había abusado por completo de sus ideales, Dutt no tenía más que vitriolo. Respecto a otros que se dieron prisa en acatar la ideología del partido, en reprimir la disconformidad entre amigos, fueron Chimen y Mimi quienes cortaron el contacto. Y respecto a otros más, entre ellos Eric Hobsbawm, parece haber sido una decisión mutua: cuando se veían, discutían; la vida era más armoniosa cuando no estaban juntos. Después de un tiempo, ya no se ofrecían invitaciones a Hillway y las visitas informales para tomar un té y charlar sobre historia cesaron.

Hubo cierta continuidad, sin embargo. Hillway siguió siendo el epicentro para la familia; viejos amigos como los Pushkin y los Waterman siguieron visitando la casa; los grandes amigos de Chimen de los días de la Universidad Hebrea seguían llegando al norte de Londres con la regularidad de siempre. Pero con el tiempo, el tono de las reuniones cambió drásticamente. Los historiadores marxistas y los activistas comunistas fueron reemplazados por historiadores y filósofos liberales —o, al menos, se esperaba de ellos que hablaran de hechos distintos a los enredos de la Unión Soviética y a la supuesta revolución inminente en Gran Bretaña—; por parientes que venían de Estados Unidos, aprovechando el aumento de vuelos asequibles; por un creciente número de acaudalados hombres de negocios que eran también coleccionistas de libros; y, unos años después, por una nueva generación: mis hermanos, mis primos, yo mismo. Hillway se llenaba de amigos y de nietos, y de los amigos de sus nietos.

Políticamente huérfanos, mis abuelos empezaron a formar una nueva comunidad. Para Chimen en particular, que había pasado casi veinte años en el

círculo íntimo del partido, no siempre era fácil. Había algo lastimero en su imagen poscomunista: renegaba de su pasado, y se sentía sucio cuando recordaba su entusiasmo por el estalinismo y su defensa de los juicios propagandísticos, y aun así estaba deseoso de mantener contacto con ese pasado. A Lazar Zaidman, su compañero teórico del Comité Judío Nacional del Partido Comunista, le escribió el 28 de marzo de 1959: «Querido Lazar, algunos miembros de mi antigua sección me están boicoteando como intocable. Cuando dejé el Partido a nadie le importó un bledo, y nadie vino a hablar conmigo del asunto. Todavía me siento dolido [por] la forma en que trataron, y siguen tratando, a Hyman Levy». Chimen continuaba diciendo, con su pequeña y precisa caligrafía inclinada suavemente a la derecha, que a pesar de que la dirección del Partido se volviese contra él cuando publicó a Levy y Georg Lukács, «yo personalmente quería seguir manteniendo una relación cordial con todos los miembros del partido, al margen de las diferencias que yo tuviera con este, y cuando nos encontramos [desearía] que pudiésemos hablar con libertad de nuestras diferencias políticas en vez de evitarlas». Él, también, había dejado finalmente de escribir con mayúsculas la palabra «Partido».

Chimen echaba de menos la camaradería de aquella organización. Durante años, él y Mimi habían llevado a los niños al Mercado Ruso anual, patrocinado por el Partido Comunista, que se celebraba en los austeros y Victorianos alrededores del ayuntamiento de St. Paneras, donde compraban blusas bordadas de Ucrania y Georgia y otros artículos exóticos. Habían ido a las concentraciones del Primero de Mayo, en las que toda la familia marchaba con orgullo por las calles de Londres. Se habían hospedado en pensiones socialistas del sur de Inglaterra, donde Jack había aprendido a jugar al ajedrez, y todos pasaban las tardes viendo películas en blanco y negro con mucho grano sobre temas como la vida y muerte de Lenin. Pero permanecer en la cultura del partido mientras criticaban sus posturas políticas era imposible. El Partido Comunista no toleraba la disidencia. Su *raison d'être* era la ortodoxia, que requería la rígida, incondicional sumisión del individuo a las necesidades de la organización. Cuando eran activistas inflexibles del partido, Chimen y Mimi habían roto con varios buenos amigos, incluido el primer novio de Mimi, que se había atrevido a criticar la Unión Soviética. Durante años Chimen había evitado incluso el contacto con su querido amigo Shmuel

Ettinger, después de que Ettinger hubiera regresado de un viaje a la URSS profundamente crítico con lo que había visto.

Vivir y dejar vivir, como Chimen proponía ahora, era apostasia. Incluso aunque estaba, en aquellos momentos, intentando terminar frenéticamente su libro sobre Karl Marx, de acá para allá en viajes de investigación a institutos de historia y bibliotecas socialistas de Amsterdam y otros lugares, y ya estaba planeando escribir la biografía definitiva de Marx en lengua inglesa —el proyecto que quedó abandonado para siempre cuando Henry Collins murió de cáncer en 1969—, se dio cuenta de que las relaciones que provenían de sus años como teórico y activista del partido habían terminado.

A lo largo de los años, los intentos de Chimen por mantener buenas relaciones con antiguos camaradas como Hobsbawm y Zaidman fracasaron. Sam y Lavender Aaronovitch, que vivían a la vuelta de la esquina de Hillway, cruzaban la calle ostentosamente cuando veían venir a los Abramsky; la hostilidad cruzó las fronteras generacionales: a Jenny, de doce años, le parecía que los Aaronovitch habían ordenado a la hija de Lavender, Sabrina, que dejara de jugar, y hasta de hablar, con la hija de los Abramsky. Otros vecinos incondicionales del partido también cortaron la relación con ellos de manera deliberada.

A pesar de todo el trastorno emocional que trajo consigo la ruptura con el comunismo, Chimen y Mimi no abandonaron de forma permanente su papel como anfitriones. No podían. Sin compañía alrededor de su mesa del comedor, Mimi se habría marchitado; sin una multitud de compañeros filósofos en el salón, Chimen se habría desmoronado.

Cuando Hillway inició un largo camino para convertirse en un salón de tertulias liberal, sus anteriores ocupantes rojos empezaron a diluirse hacia un rosa más moderado. Mientras que una vez la casa contó entre sus más frecuentes invitados a los historiadores marxistas del Partido Comunista, ahora sus lugares eran ocupados por figuras emergentes del estudio del judaísmo, académicos y abogados de las libertades civiles americanas, y liberales e intelectuales europeos. Expertos tales como el abogado y escritor Walter Zander ocuparon el lugar de Hobsbawm; rabí Arthur Hertzberg, del World Jewish Congress y el American Jewish Congress, llegaba en lugar de E. P. Thompson. Había otros nuevos amigos, además, como Leo Stodolsky,

director del Instituto Max Plank de Múnich, y su esposa, Cathy; y el poeta y dramaturgo israelí Dan Almagor, que había adquirido fama traduciendo las obras teatrales de Shakespeare al hebreo moderno.

Con el paso del tiempo, los tratantes de manuscritos y libros religiosos sobre historia judía se convirtieron en invitados más asiduos que los de literatura socialista. Donde antes Piero Sraffa había comido la comida de Mimi y debatido sobre raros volúmenes de Marx, Lenin o Rosa Luxemburgo, ahora aparecía Jack Lunzer para conversar sobre incunables. En ocasiones, Isaiah Berlin visitaba Hillway, aunque era más frecuente que Chimen y él se reunieran en Oxford, o para comer en el Athenaeum, el club londinense de Isaiah Berlin, que Chimen consideraba prácticamente suelo sagrado. Empezaban, quizá, con una copa en el bar, entrando a la derecha, con su papel pintado con volutas doradas y un retrato de cuerpo entero de Charles Darwin sobre la barra, para instalarse en los sillones de cuero verde oscuro cuando empezaba la conversación. Después de un rato se dirigían al alargado comedor, al otro lado de la entrada, se sentaban en la mesa favorita de Berlin, en un rincón de la sala, junto a las ventanas que daban a Lower Regent Street, para comer sin prisas. Después de almorzar, Berlin llevaba a Chimen a tomar un café al piso superior, una sala de techo alto, con columnas de mármol, paredes azul claro y cortinas de color salmón.

En las estanterías había un conglomerado un tanto caprichoso de grandes tomos anticuados con títulos como *Libros iluminados de la Edad Media* y *Paisajes españoles*. «En aquellos días», recordaba Hobsbawm poco antes de morir, «la comida no era especialmente buena. Te sentabas, nadie te molestaba. Es uno de esos edificios imponentes construidos en los días en que la clase dirigente inglesa estaba totalmente segura de su lugar en el mundo. 1835. Estilo clásico. Grandes escaleras. Un maravilloso salón en la primera planta. Con bustos de los principales intelectos de los siglos XVII, XVIII y XIX». Berlin hacía largos monólogos, muy amenos «sobre todos los temas: sobre sí mismo, sobre chismes. Algunas veces Isaiah le preguntaba a Chimen sobre cuestiones de judaísmo. Puede que le preguntara sobre el comunismo también. Le gustaba pensar que sabía lo que los comunistas estaban haciendo. Ante todo, hablaban de Israel». Y al hablar sobre Israel, con toda probabilidad hablaban de su común amigo Jacob Talmon.

Durante mucho tiempo Berlin estuvo asociado con el viejo amigo de Chimen de los días de la Universidad Hebrea. Talmon había emigrado de manera permanente a Israel después de la guerra (cambiando su nombre de Fleischer —el nombre por el que Chimen lo conoció durante sus años de estudiante— por el de Talmon, tomando el nombre de una familia bíblica que regresó del exilio de Babilonia para servir como guardianes de la puerta del nuevo Templo de Jerusalén), y había pasado décadas investigando y escribiendo una gran trilogía de libros sobre la violenta historia revolucionaria de Europa, desde 1789 en adelante. Para Talmon, los movimientos como el nacionalismo, el fascismo y el comunismo mesiánico eran herederos de los jacobinos: como descendientes de Robespierre y Marat, su despreocupado recurso de la extrema violencia era el resultado lógico de su admiración por el terror jacobino y el uso de la guillotina contra sus enemigos. Exaltados por su ardiente retórica, los intelectuales que defendían estos movimientos eran responsables, al menos parcialmente, según Talmon, de la extensión del virus del extremismo que tanto daño había hecho durante el siglo XX. «Si las ideologías modernas eran esencialmente antiguos anhelos religiosos trasladados a esquemas seculares y políticos», escribió el historiador Arie Dubnow en un ensayo de 2008 sobre la vida y obra de Talmon, publicado en la revista *History of European Ideas*, «entonces los intelectuales, que funcionaban como modernos sacerdotes, eran también responsables de esta laicización conceptual».

En 1952 Talmon publicó *Los orígenes de la democracia totalitaria*, el primer volumen de su trilogía. Quizá tenía a Chimen en mente —el hombre que le había ayudado en Inglaterra tras escapar de la Francia ocupada por los nazis, y que ahora estaba atrapado en el dogma estalinista— cuando escribió que «el mesianismo totalitario se consolidó como una doctrina exclusiva representada por una vanguardia de los iluminados, que se justificaban a sí mismos en el uso de la coerción contra aquellos que se negaban a ser libres y virtuosos». Chimen debió de sentirse personalmente atacado por la irrefutable crítica de Talmon hacia aquellos que participaron «en la búsqueda y la consecución de un objetivo absoluto colectivo», y consternado por cómo su amigo había perdido el rumbo y se había unido a las filas reaccionarias de la burguesía. «La moderna democracia totalitaria», señalaba Talmon con tristeza,

sentado ante su escritorio en la Universidad Hebrea, «es una dictadura que descansa en el entusiasmo popular». Era un entusiasmo del que él no quería participar.

En 1960, cuando se publicó *Mesianismopolítico. La etapa romántica*, el segundo volumen, Chimen respaldó incondicionalmente sus conclusiones. Talmon, ya firmemente en el bando del liberalismo de la Guerra Fría, explicaba a sus lectores que la política mesiánica «postula una doctrina exclusiva general, de la que se dice que ofrece una visión vinculante sobre todos los aspectos de la vida humana y la existencia social, incluidas la religión, la ética, el arte». Chimen podría no haber estado de acuerdo con Talmon en el hecho de atribuir toda la culpa de este proceso a Marx y a los otros grandes teóricos socialistas del siglo XIX, pero, sin duda, no habría vuelto a discutir sobre su premisa central: que un número aterrador de personas habían sido sacrificadas a falsos ídolos en los conflictos políticos que se habían extendido durante el curso del siglo XX. Para él «libertad» significaba ahora no el triunfo definitivo de la clase trabajadora, sino algo mucho más individual, más en la tradición clásica liberal. Libertad significaba, escribió Chimen en un homenaje a Berlin a mediados de los años setenta, «liberarse de las cadenas, del encarcelamiento, de ser esclavos de otros hombres; todos los otros sentidos de la libertad son una extensión de este».

Para entonces, Chimen estaba ascendiendo rápidamente hacia la cumbre del mundo académico, impulsado en gran parte por las intervenciones de Berlin. Diez años antes, gracias a una recomendación de Berlin, Chimen fue invitado a dar una serie de conferencias públicas en Oxford, a principios de los años sesenta; y también a instancias de Berlin fue elegido después para un puesto de investigación en St. Antony's College, Oxford, en 1965. Chimen sabía, perfectamente, cuánto le debía a su amigo.

Cuando se aproximaba a la edad en que la mayoría de los hombres reducen la marcha y se deslizan con suavidad hacia un merecido retiro, Chimen se sentía cada vez más orgulloso de *sus* logros académicos y su estatus, y tímidamente empezó a modelarse como una *éminence grise*. A finales de la década de 1960, considerándose a sí mismo todavía como izquierdista — aunque ya no tenía muy claro de qué manera—, y ahora profesor a tiempo

parcial de historia moderna judía en la University College London, tenía un tremendo caché entre los estudiantes de posgrado revolucionarios. Asistía a reuniones oficiales, sin corbata y con una chaqueta arrugada, y se sentaba con los alumnos en la cafetería del sótano. A finales de los setenta, sin embargo, pasó a llevar traje y a departir en la sala de profesores rodeado de historiadores, filósofos e incluso físicos. Su fotografía en blanco y negro del cuadro de profesores lo muestra con traje negro bien planchado y corbata, el pelo gris alborotado por detrás, como el de Einstein, los ojos brillantes detrás de unas gafas cuadradas, una ceja ligeramente levantada (en lo que yo interpreto como un gesto de puro deleite).

A finales de 1974 Chimen alcanzó una cima académica cuando lo nombraron *Goldsmid Professor*^[21] de Estudios Hebreos y Judíos de la University College London. Entre bastidores, quizá sin que él lo supiera, Berlin, el conocido historiador israelí Haim Hillel Ben-Sasson y Hobsbawm habían ejercido una fuerte influencia a su favor. Hobsbawm llegó incluso a escribir un memorándum confidencial a la universidad destacando la «enorme erudición» de Chimen. Políticamente, puede que pensara que Chimen lo había decepcionado al abandonar la revolución, pero sabía que intelectualmente era uno de los suyos. Tan pronto como se anunció su nombramiento, Chimen, que nunca fue dado a la falsa modestia, hizo una modificación en su pasaporte. Debajo del espacio para su nombre, donde inicialmente se había escrito «Señor Chimen Abramsky», él añadió una orgullosa rectificación en negrita y mayúsculas: AHORA PROFESOR ABRAMSKY.

El 25 de abril de 1975, a la edad de cincuenta y ocho años, Chimen dio su conferencia inaugural como *Goldsmid Professor*. Titulada «Guerra, revolución y el dilema judío» y, de manera un tanto incongruente, pronunciada en el auditorio de química de Gordon Street, era una visión panorámica de los juicios y los sufrimientos padecidos por los judíos de Europa durante la Primera Guerra Mundial. Entre la gran cantidad de colegas, amigos y familiares asistentes estaban lord John Kerr (entonces director del departamento de libros de Sotheby's, para quien Chimen tasaba con regularidad bibliotecas y manuscritos judíos), Berlin y el rabino jefe Immanuel Jakobovits. Chimen habló de los movimientos políticos y literarios de Francia y Alemania; del papel de los judíos en la ciencia, la música, la literatura y el

comercio, tanto en Europa como en Estados Unidos; y del impacto del «burdo chovinismo» que siguió al estallido de la guerra en el verano de 1914. «Incluso los judíos rusos, que sufrieron pogromos, libelos de sangre y discriminación despiadada, se dejaron llevar durante un tiempo por esta ola de sentimiento patriótico», explicaba. «El reducido pero muy influyente grupo de judíos rusificados se volvió casi poético en su nuevo patriotismo». Por supuesto, continuaba el recién nombrado profesor, hablando con rapidez porque tenía que cubrir un campo enorme, aquel nuevo estado mental fue bruscamente interrumpido por la decisión del príncipe Nikolái Nikoláievich, comandante en jefe del Ejército Ruso, de anunciar a 600.000 judíos que en un plazo de veinticuatro horas debían abandonar las regiones fronterizas y trasladarse al interior de Rusia o a las ciudades de la Zona de Residencia.

El discurso fue un *tour de force*. Chimen fue de Makxim Gorki al poeta Bialik; de la Declaración Balfour, que allanó el camino para la creación final del Estado Judío de Israel, a la Revolución rusa; de la política de nacionalidades de Lenin al desprecio de Churchill por los judíos comunistas, para quienes el estadista británico «reservaba su odio, su ira, su poderosa retórica y, si se puede decir así, la exageración monumental, rayana en la *grand folly*». En 1920 Churchill había escrito un artículo en el *Illustrated Sunday Herald* en el que denunciaba a los comunistas judíos como «esta cuadrilla de extraordinarias personalidades de los bajos fondos de las grandes ciudades de Europa y América», parte de una «conspiración mundial para echar abajo la civilización». Chimen se acercó al final de su conferencia con una cita de uno de sus autores de relatos favoritos, Isaak Bábel. «Yo grito sí a la revolución; le grito sí, pero ella se esconde de Gedali [el personaje central de la historia] y sus únicos mensajeros son las balas». Hicieran lo que hicieran, los judíos terminaban siendo atacados por todos lados: reprobados por la revolución; reprobados por las batallas perdidas y las guerras fracasadas; reprobados, si eran sionistas, por no tener una mentalidad suficientemente socialista; reprobados, si apoyaban el derrocamiento del zar, por ser demasiado socialistas. Chimen recurrió a Spinoza para terminar. Los historiadores, pensaba ahora, como los filósofos, tenían el deber «no de reír ni de llorar, sino de comprender». Era una de sus citas preferidas, que incluso utilizó en una carta llena de consejos que me escribió cuando inicié mi

trayectoria como escritor en Nueva York a mediados de los años noventa.

Cuatro décadas después de aquella conferencia de Chimen, puedo imaginar lo que debió de ser estar allí de pie, en un gran escenario, un hombre muy pequeño, con cerca de sesenta años de edad, disfrutando del aplauso que se iba convirtiendo en un crescendo a su alrededor. Me lo imagino mirando a Mimi, con las lágrimas empezando a brotar. Lo imagino mirando a mi padre, Jack, y a mi madre, Lenore; a mi tía Jenny; a mis primos; y a un mar de eminencias del mundo académico y del judaísmo británico. Y en mi mente lo oigo, oigo su maravilloso acento, lo oigo pronunciar las palabras: «No soy más que un hombre pequeño, pero sé algo de historia».

Después, ruborizado por el éxito, Chimen entabló una larga correspondencia con el servicio de publicaciones de la universidad, convenciéndolos al final para que encargaran a la empresa editora de H. K. Lewis and Co. la impresión de setecientas copias de la conferencia para su distribución pública; Chimen pagó de su bolsillo la mayor parte de los costes de impresión. Había, según dijo en una carta a la universidad, una gran demanda de la conferencia. En contra de sus expectativas, sin embargo, los cuadernillos no se vendieron bien, y décadas más tarde, docenas de ejemplares —treinta y tres páginas con una sencilla encuadernación de papel rígido gris, meticulosamente anotado con setenta y cinco notas a pie de página (y con un breve reconocimiento de que historiadores como Martin Gilbert no estaban de acuerdo con Chimen en su interpretación del antisemitismo de Churchill en los años posteriores a las revoluciones rusas)— se podían encontrar aún metidos en cajas entre sus papeles personales en los archivos del sótano de la universidad.

Ahora, sin embargo, nada podía frenar la irreprimible pasión intelectual de Chimen. Después de décadas en el desierto académico, estaba en lo más alto. Una década antes, Berlin había respondido a la nota secreta que Mimi le había enviado rogándole que le consiguiera a Chimen un empleo académico, diciendo que haría falta un milagro para conseguirle el trabajo que merecía, a

pesar de su erudición, sus amplios conocimientos y sus capacidades como profesor, porque carecía de titulación oficial. Ahora, de algún modo, el milagro había sucedido. Mostrando unas energías propias de un hombre mucho más joven, Chimen aceptaba cualquier invitación académica con júbilo. Daba charlas en grandes aulas llenas de estudiantes sobre cualquier cosa, desde literatura judía medieval —las estanterías de su despacho estaban atestadas de textos de poetas hebreos, como el español del siglo XI Levi ibn al-Tabban, el poeta y rabino, también español, del siglo XII Isaac ibn Ezra, y el poeta sirio del siglo XVI Israel ben Moses Najara— hasta política posterior a la Revolución francesa; hablaba sobre el papel de los rabinos a lo largo de los siglos y sobre las ideas de filósofos como Spinoza, sobre el impacto de la Ilustración judía en la vida comunal judía, y sobre su destrucción a manos de los nazis.

Daba conferencias sobre el nacimiento de la literatura hebrea moderna — uno de sus libros de consulta más manoseados era un diccionario de todas las palabras que el poeta Bialik (algunos de cuyos manuscritos originales acabaron llegando a la colección de Chimen) había introducido en el léxico hebreo—; sobre el teatro israelí; sobre los poetas sefardíes de la modernidad. Sus notas estaban normalmente escritas a mano, ya fuesen discursos completamente elaborados escritos en papel de rayas, o apretadas anotaciones sueltas garabateadas en fichas. Su única concesión al apoyo visual para sus oyentes era una lista de nombres, fechas y lugares escritos a tiza en la pizarra, con una letra casi ilegible, antes del inicio de la clase.

La caligrafía de Chimen era igual de ilegible, y su estilo igual de idiosincrásico, cuando escribía las fichas sobre los contenidos de las bibliotecas que tasaba para Sotheby's. Estaban escritas en lo que sus colegas de la casa de subastas, asombrados por sus conocimientos y frustrados por su incapacidad para escribir en su formato, dieron en llamar «Chimenés». Aquellas tarjetas, recordaba Camilla Previté, que trabajó con él en Sotheby's durante décadas, tenían que ser después «deschimenizadas», reelaboradas para ajustarlas al estilo de los catálogos de la casa de subastas. «Chimen ponía el título del libro y después el resto lo soltaba sin más», decía. «No seguía en absoluto el estilo de Sotheby's. Era como si cada idea que había en su mente se hubiera *derramado* en la página». Previté se reía al recordarlo.

Era, decía, un hombre pequeñito, pero una máquina; literalmente el fundador del mercado moderno de subastas para manuscritos y libros hebreos, alguien que lo sabía todo sobre su especialidad y sabía que lo sabía todo (que fue la razón por la que consiguió negociar con Sotheby's unas comisiones insólitamente elevadas). Chimen, según recordaba Nabil Saidi, «hacía el trabajo de mucha gente: catalogador, negociador, tasador, vendedor, comprador, asesor. Chimen era todo eso junto». Se sentaba en las salas interiores de la casa de subastas, evaluando material con minuciosidad, calculando su valor exacto. A veces se llevaba los manuscritos a Hillway y se sentaba a la mesa del comedor consultando sus libros de referencia. «Uno podía verlo haciendo cálculos mentales», continuaba Saidi. «Siempre en dólares. “Entre mil doscientos cincuenta y nueve y tres mil uno”. Uno le decía: “Chimen, ¿eso no es un precio de subasta!”. Y él decía: “Eso es lo que vale”». Más terco que una mula y completamente seguro de sus capacidades, no soportaba que le pidieran una aproximación.

Volviendo al marco de la universidad, las charlas de Chimen estaban siempre repletas de información, proporcionando mucho más conocimiento de lo que ni siquiera los mejores estudiantes licenciados podían asimilar de una vez. Semioculto detrás de un atril, hablaba rápido, a veces demasiado rápido, y sus enciclopédicos conocimientos, que por fin tenían un foro, salían a borbotones de lo más profundo de su ser. Como la lava que burbujea en la superficie, era un fenómeno natural digno de contemplar. En una charla sobre la emancipación de los judíos europeos y el auge del capitalismo, utilizó sus dos horas para analizar cientos de años de historia, desde los inicios del capitalismo, por medio de los comerciantes italianos itinerantes del siglo XIII, hasta los inmensamente complejos sistemas financieros que se desarrollaron en el siglo XIX. Habló de cómo Montesquieu, el filósofo francés del siglo XVIII, había defendido la idea de que fueron los judíos quienes inventaron las letras de cambio y las cartas de crédito, precursores esenciales del papel moneda que facilitó en gran medida el comercio internacional; y después desacreditó la idea, explicando que fueron en realidad los comerciantes y los banqueros lombardos quienes introdujeron estas herramientas en el mundo de los negocios. Chimen continuó detallando cómo los judíos habían ido ocupando puestos cruciales dentro del capitalismo a medida que

evolucionaban los sistemas económicos avanzados: como banqueros, aseguradores, corredores de bolsa; como promotores de los sistemas ferroviarios francés y ruso y de la industria naviera alemana; como agentes vitales en la industria textil, del calzado y del mueble de Inglaterra y América.

«¿A qué nos referimos con *capitalismo*?», le pregunta al público en la cascada grabación de la conferencia, en la que de fondo se oyen coches tocando el claxon y acelerando. En la cinta no se indica fecha ni lugar, ni si se grabó en una sala de conferencias o, tal como parece por el ruido ambiente, al aire libre. Quizá dio la charla en el viejo patio adoquinado de la universidad, que da a una transitada calle del centro de Londres, como parte de un programa de verano, o quizá la dio en un *pub*, con las puertas abiertas a la ruidosa metrópoli. «Podemos hablar desde ahora hasta el día del juicio final y seguiríamos hablando de *abstractos*. Para Marx, el capitalismo significaba el declive de la economía basada en la agricultura. El cambio del campo a la ciudad, la producción en cadena de mercancías mediante la nueva maquinaria. Los cambios en los modos de producción traían también un cambio en las relaciones de la producción. Rompía los viejos grilletes impuestos por el feudalismo». En ese caos, afirmaba Chimen, muchos judíos, adaptados a la vida urbana desde hacía mucho, familiarizados desde hacía mucho con el mundo de la banca, sacaron partido. Algunos, como los Rothschild, se convirtieron en reyes de las finanzas, capaces de poner y quitar gobernantes con su dinero. En esa agitación, el viejo orden se rompió, se enunciaron los derechos universales y los grupos marginales como los judíos obtuvieron cierta igualdad cívica; al mismo tiempo, un rabinado que no había sido cuestionado desde los tiempos de los romanos, poco a poco fue perdiendo la absoluta e incondicional lealtad de los jóvenes judíos cultos.

En esa misma conferencia Chimen analizaba el extraordinario crecimiento demográfico experimentado por la comunidad judía entre mediados del siglo XVII, cuando aproximadamente una décima parte del millón de judíos del mundo fue exterminada en una despiadada serie de pogromos en Ucrania, y la Segunda Guerra Mundial, cuando más del treinta por ciento de la población judía del mundo (que entonces era de entre dieciséis y dieciocho millones) fue asesinada. Expuso algunas de las razones culturales y de salud pública que habían dado los historiadores para explicar cómo la población judía aumentó

un mil quinientos por ciento, a pesar de los episodios de violencia asesina llevados a cabo contra ellos, durante un periodo en que la población no judía creció solo un trescientos por ciento. Analizó la demografía urbana de Rusia, Polonia, Lituania, Alemania, Holanda, Inglaterra y Francia; las costumbres sexuales de los judíos; los hábitos de higiene de los judíos que hacían a la población menos susceptible a epidemias en los densos medios urbanos. Exploró el auge de la *Haskalá* en Alemania y la influencia, desde mediados del siglo XVIII, de Moses Mendelssohn. Habló de la contribución de los judíos a la ciencia, las finanzas, la política. Y proporcionó a su audiencia una visión de conjunto de los diferentes movimientos políticos conducentes a la emancipación, y de la oleada de ciudades de población judía que siguió al levantamiento de las restricciones de residencia: la población judía de Berlín, por ejemplo, pasó de apenas mil personas cuando vivía Mendelssohn a más de trescientas mil para cuando los nazis llegaron al poder ciento cincuenta años después. También disertó sobre el aumento del muy político, y a la larga mortal, antisemitismo que creció vertiginosamente en el siglo XX como reacción, al menos en parte, a la enorme afluencia de judíos que llegaban a las grandes metrópolis de Europa. Había un amplísimo panorama que recorrer. Pero recorrerlo es lo que hizo, sin miedo, como un hombre que domina por completo su materia.

Con la misma autoridad dio charlas, entre otros, a la congregación española y portuguesa de Londres, sobre los judíos sefardíes durante la Inquisición. Conferenció sobre el Holocausto (en 1977 era codirector del British Yad Vashem Committee, con la misión de proporcionar a escuelas y universidades recursos educativos sobre la matanza de los judíos llevada a cabo por los nazis); sobre los judíos rusos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial; sobre las recientes pautas migratorias hacia Israel; sobre el antisemitismo ruso contemporáneo. Dio conferencias en Canadá, Estados Unidos, Israel, Francia. Dio clase en Yugoslavia. Visitó archivos en Holanda, Dinamarca, Italia.

Viendo ante sí la jubilación obligatoria, y sin gustarle lo que veía, en 1983 pasó varios meses como profesor invitado en el Tauber Institute de la Universidad Brandéis de Boston, dando una serie de trece conferencias sobre movimientos políticos judíos asociados a las causas socialista y sionista, que

tuvieron lugar desde la década de 1860 y la Segunda Guerra Mundial. Le dieron alojamiento en un caro pero vacío apartamento que, según le contaba a Mimi en sus casi diarias cartas, debía de haber pertenecido a «un soltero excéntrico; está por completo vacío, ni cafetera, ni teléfono, lleno de muebles vacíos. Me siento, en este momento, aislado del mundo». Puede que se sintiera aislado, pero también estaba contento. Estaba muy solicitado, viajando de acá para allá a ambos lados del Atlántico. El estridente antiamericanismo de sus años comunistas era ahora un lejano recuerdo.

En 1982 Chimen se jubiló oficialmente como profesor de la University College London. La universidad le ofreció una cena de homenaje. Salmón, guisantes y ensalada; después fresas con nata o *strudel* de manzana a elegir, y para terminar café y pastelitos de mazapán. Después, tras brindar por la reina, por el profesor Abramsky y señora, y por la universidad, Chimen se levantó para hablar. Repitió la fórmula que había escrito para Berlín varios años antes, enfatizando la importancia de «liberarse de las cadenas, del encarcelamiento, de ser esclavos de otros hombres; todos los otros sentidos de la libertad son una extensión de este». Y, continuaba ahora, «los hombres no viven solo para combatir el mal. Viven por fines positivos, individuales y comunes, una gran variedad de ellos». Sin elegir, dijo a los presentes, «las vidas de las personas carecerán de objetivo y, al final, perderán todo lo que las hace humanas».

La jubilación de Chimen fue puramente ficticia, resultado de las reglas de la universidad sobre el retiro obligatorio a los sesenta y cinco años, más que un deseo o intención de cortar sus lazos con el mundo académico. Ahora que era oficialmente un pensionista, no tardó en negociar un puesto de profesor a tiempo parcial en la universidad para varios años más. Pasó varios meses dando clase en la Universidad de Stanford, primero a principios de los años ochenta, después otra vez en 1990. Viajó de Stanford a Israel, y de vuelta a Stanford, y entonces le envió a Mimi una quejumbrosa carta en la que decía que yo [Sasha] era el único miembro de la familia que le había escrito desde su regreso. «El resto de la familia, incluida tú misma», le reprochaba, «me habéis ignorado como si no existiera o casi». Como era de esperar, Mimi le

respondió, molesta, recordándole que ella siempre lo había apoyado cuando se iba a sus peregrinaciones por el mundo y, básicamente, diciéndole que dejara de lloriquear. Ella sabía lo importantes que esos viajes eran para Chimen. Cada viaje era una inyección de adrenalina que le daba incluso más energía, incluso más entusiasmo por el mundo académico en el que había aterrizado, ya mayor, con tanto éxito.

Para entonces, Chimen se consideraba a sí mismo un receptáculo de todo lo judío, un «aprendiz de mucho y maestro de nada» en lo que se refería a la comprensión y la interpretación de la vida judía en Europa y otros lugares, a lo largo de los siglos. Compraba y vendía monedas raras de la época de la revuelta judía contra Roma que empezó en el año 66, así como monedas acuñadas por el rey Herodes una generación antes. Compraba libros antiguos de oraciones. Incluso compró una «demanda contra los judíos» original, publicada en Londres en 1661. A caballo entre el mundo secular y el religioso, como había estado haciendo durante toda su vida adulta —«Soy mucho más capaz de aceptar y comprender que de todo hay en la viña del Señor», explicó en una conferencia en la que debatió con el rabino jefe de Inglaterra sobre el papel del laicismo en la cultura judía—, Chimen viajaba con frecuencia a Israel; mantenía correspondencia con prominentes figuras académicas y políticas sobre cómo debería Israel presentarse ante el mundo; y se reunía en Londres con las principales figuras religiosas. En sus conversaciones y su correspondencia privadas, desde mediados de los años setenta en adelante, a menudo criticaba la política del gobierno israelí respecto a su población musulmana y los vecinos árabes. Conforme envejecía se iba volviendo cada vez más protector hacia Israel: estaba orgulloso de los logros del país, incómodo y apenado por los fracasos, y horrorizado por la creciente respuesta de mano dura contra la oposición palestina a la presencia de Israel en los Territorios Ocupados. El 22 de junio de 1982, Chimen escribió, a lápiz, una angustiada carta a su amigo Berlin, sobre las políticas de Menachem Begin, el primer ministro israelí, respecto a la población árabe del país y sobre la Guerra del Líbano. «No me gusta que Israel tome parte en la conferencia del presidente sobre ideología sionista», concluía, «y espero criticar algunos aspectos de esta política, que me parece por completo opuesta a los principios morales».

Una tras otra, las utopías de Chimen se iban rompiendo: forzado a abandonar el comunismo, había puesto su fe en una forma socialista de sionismo. Viendo a Israel desplazarse políticamente hacia la derecha, temió perder ese anclaje también. Su *Eretz Israel*, según empezaba a ver, nunca se convertiría en una comunidad política. Era, en verdad, una utopía, una tierra inexistente. Desde los años sesenta en adelante, Chimen había buscado consuelo para su desencanto político en el mundo académico, con los rituales del marco universitario reemplazando al activismo político en su vida diaria, la cultura de la erudición reemplazando los grandes sueños de transformación política.

En una época en que el mundo académico inglés seguía todavía aferrado a la *tradición*, él daba seminarios de posgrado en su despacho forrado de libros, le pedía a los alumnos que lo llamasen por su nombre de pila, y después, en una asombrosa ruptura de la jerarquía académica, invitaba a los más prometedores a que fuesen a Hillway para que conociesen a historiadores como Shmuel Ettinger, Haim Ben-Sasson, James Joll, el especialista en historia clásica Arnaldo Momigliano, y otros —«todas las grandes eminencias de la Universidad Hebrea, y la emergente universidad de Tel Aviv», recordaba su antigua alumna y futura colega Ada Rapoport-Albert, que había ido a estudiar a Londres desde Israel—. En *Hanuká*, Chimen animaba a sus acólitos a que volvieran a Hillway a beber vino tinto y probar los riquísimos y aceitosos *latkes* de patata de Mimi. Para Rapoport-Albert, a la que adoptaron en Hillway casi como un miembro de la familia, «la forma en que los estudiantes como yo éramos aceptados e integrados en el grupo era algo en extremo inusual. Era un cóctel impresionante al que te volvías adicto». Hillway era como una incubadora, que fomentaba el amor por el conocimiento y respaldaba ese conocimiento con calidez humana. Muchos de estos jóvenes hombres y mujeres de la University College London fueron adoptados en la siempre creciente tribu de Hillway, y más tarde emprendían carreras profesionales académicas en importantes departamentos de historia judía de todo el mundo. Décadas más tarde, Rapoport-Albert llegaría a ser jefa del departamento que Chimen había dirigido durante tantos años.

Hillway estaba siempre a rebosar de estudiantes, amigos y familiares de todas partes del mundo. Elliott Medrich, el hijo de uno de los primos de Mimi,

llegó de América en el verano de 1966: «Yo iba solo, fue una experiencia inusual; a uno de mis compañeros de viaje, que resulta que era una mujer, le falló el alojamiento que tenía previsto; llegué a Hillway y la llevaba conmigo, y Miriam no pudo limitarse a buscarle un alojamiento, sino que le insistió en que se quedara allí, y no éramos pareja de ninguna manera. Pero nos alojamos juntos en la habitación grande durante dos semanas. No había estancias cortas. La vida del lugar te absorbía. Te veías a ti mismo como un miembro de la familia. Yo sentía que aquel era mi sitio». Para Medrich, la mesa era el principal punto de encuentro de Hillway: «Las interminables horas pasadas alrededor de la mesa tenían algo para cada uno. La orquestación, el manejo del tiempo, asegurándose de que todo el mundo se sintiera cómodo, bien alimentado y parte de la vida de las veladas».

Las artes culinarias de la cocina y el comedor de Mimi arrojaban una larga sombra. Incluso en la cumbre de su trayectoria académica, Chimen seguía sintiéndose incómodo en el comedor de la universidad. O, tal vez, muy listo, confiaba más en los instintos culinarios de Mimi. Fuese cual fuese la razón, en los días en que tenía que dar una conferencia o tenía un conferenciante invitado, llegaba a Bloomsbury temprano, buscaba aparcamiento, abría el maletero (siempre tuvo coches muy viejos, y con frecuencia lucían las abolladuras coleccionadas durante sus originales peripecias al volante por las cada vez más congestionadas calles de Londres) y empezaba a sacar platos y platos de las delicias caseras de Mimi, haciendo lo posible por recrear el aura de las tertulias de Hillway en las decimonónicas salas de conferencias revestidas de madera de la University College London. En algunas ocasiones Chimen llevó su costumbre al extremo. Por ejemplo, cuando el príncipe Mikasa, un hermano menor del emperador Hirohito que había alcanzado fama como especialista en arameo, asistió a una conferencia. Iba rodeado de guardaespaldas que tenían aspecto de luchadores de sumo, según recuerdan los colegas. Terminada la conferencia, Chimen acompañó ceremoniosamente al príncipe a la zona donde tenía la comida y procedió a ofrecerle el pastel de pescado y los sándwiches de Mimi. Los archivos no dicen nada sobre la reacción del regio personaje.

Cuando volvía a Hillway, Chimen hablaba encantado de la mesa de los profesores de St. Antony o de las actas del Consejo universitario de la University College London. En su mente seguía asombrado de que el «pequeño hombre», como se llamaba a sí mismo, hubiera llegado a tan alto nivel. Talmon, Ettinger y Robinson, sus tres mejores amigos de la Universidad Hebrea, se habían convertido en académicos de renombre décadas antes: el holandés Frank Ankersmit, especialista en historia de las ideas, describió a Talmon como uno de los veinte historiadores más importantes del siglo; Ettinger, que había hecho su tesis sobre la masacre de los judíos ucranianos de 1648, era considerado el historiador judío más importante de Israel; y Robinson, uno de los matemáticos más destacados del mundo, terminó su carrera profesional como *Sterling Professor*^[22] de matemáticas en Yale. Ahora, por fin, Chimen estaba obteniendo un reconocimiento similar. Solía recordar con cariño, para Mimi y la familia, sus conversaciones con Berlin en las mesas de caoba del comedor del Athenaeum; y algunas veces, cuando recibía una carta de lord Annan, el rector de la University College London, casi acariciaba el papel mientras le leía el contenido a su público del comedor de Hillway. Que Annan, un miembro de la aristocracia, se comunicara con el hombrecillo de Minsk, el excomunista sin titulación académica oficial, le encantaba.

Lo que no hacía, no *podía* hacer, era hablar de sus propios libros. Porque aunque había publicado varios volúmenes y había escrito ensayos para muchos otros libros, sobre temas que iban desde el judaísmo polaco a los judíos y el ajedrez, después de la enorme obra que había escrito con Henry Collins sobre Marx y la Primera Internacional nunca volvió a escribir otro libro. La biografía de Marx que había planeado se desvaneció una vez que Collins murió. Con las memorias, que muchos le animaban a emprender, nunca llegó más allá de unos cuantos apuntes sueltos. Varios proyectos más, que le propusieron algunos editores, o viceversa, en las últimas décadas de su vida nunca pasaron de bocetos. Chimen tenía, como dijo su antiguo alumno Steven Zipperstein, «la bendición y la maldición de haber heredado la fabulosa capacidad de hacer realmente una fotografía mental de una página cuando la leía. Chimen podía verdaderamente hacer eso». Para Zipperstein, parecía que esa amalgama de palabras que tenía en la cabeza causaba un efecto casi

paralizante. Como Funes el memorioso, el protagonista de uno de los cuentos de Borges, «lo recordaba todo. Chimen nunca olvidaba. Y eso era la causa de su bloqueo para escribir. Era un maestro sin obra maestra». Hobsbawm lo expresó de manera más prosaica: «Tenía una erudición enorme pero no sabía darle forma».

A medida que Chimen y Mimi envejecían, la temperatura del salón aumentaba. Debido a su delicada salud, Mimi subía la calefacción central, a veces por encima de veintiséis grados, y cada pocas horas se recostaba en un sofá que había pegado a la pared que daba a la cocina para aprovechar unos minutos de tranquilidad y descansar. Mientras estaba allí echada —a veces recuperándose de las caídas que parecía tener cada vez con más frecuencia, y que le dejaban las piernas hinchadas y con terribles moratones, otras veces simplemente cansada de todas sus tareas como anfitriona—, la conversación continuaba a su alrededor. El comedor estaba tan abarrotado, de sillas, libros, gente, un gran televisor y el piano roto, que el sofá casi no se veía allí al fondo.

Los pocos espacios de las paredes de esta habitación que no estaban cubiertos de libros estaban decorados con ilustraciones y fotos. Al entrar en el comedor desde el recibidor y mirando hacia el jardín, en la pared de la derecha había dos grandes imágenes. La primera era un cuadro al óleo de Sandra Pepys, sobre un lienzo rectangular que mostraba una panorámica de la vieja ciudad de Jerusalén. Era una vista similar a la que Chimen habría visto cuando era un joven estudiante de la Universidad Hebrea, al mirar hacia abajo desde las altas pendientes del monte Escopo. La segunda, de Mordecai Ardon —un artista muy conocido y padre de Mike, un buen amigo de Chimen y Mimi—, era un dibujo a tinta sobre papel, enmarcado y con cristal. Se titulaba *La creación del mundo* y reproducía las letras del alfabeto hebreo saliendo de un núcleo, alejándose del espectador en espiral. La intención era presentar una imagen de energía que avanza a gran velocidad desde el punto de origen. Junto a estos dos cuadros había un antiguo mapa enmarcado del Mediterráneo oriental. En la esquina superior izquierda del mapa había un león encima de una isla minúscula, y un árbol con una serpiente enroscada en el tronco a la izquierda del león. Era, según explicaba una nota que había debajo del león,

«Mapa que muestra Situación del Paraíso y País Habitado por Patriarcas». Debajo de estos cuadros había un robusto escritorio de madera, con tapa de persiana y docenas de cajoncitos. Lleno de cosas a rebosar, era el lugar donde Mimi se sentaba a escribir cheques y, de vez en cuando, cartas; al mismo tiempo, funcionaba como una especie de almacén de material de papelería: para rollos de viejos sellos promocionales Green Shield; para recibos de hacía cincuenta años y membretes descoloridos de Shapiro, Valentine & Co., que había cerrado en 1969 una vez que la carrera académica de Chimen ganó fuerza; todo mezclado con correspondencia más personal. Era otro rincón más de un acumulador dentro de la casa de un acumulador.

En los últimos años de la vida de Chimen, un enorme cartel original de la Comuna de París —impreso en los emocionantes días de revolución, antes de que el ejército recuperara el control de París, y que contenía el texto en blanco y negro de uno de los decretos de la Comuna—, que mi hermano, Kolya, le regaló en su nonagésimo cumpleaños, estuvo colgado, con un impresionante marco negro con los bordes rojos, en la pared de enfrente, por encima de donde en años anteriores estuvo el sofá de Mimi. Era la única intrusión de imaginería política radical que quedaba en una habitación que, por lo demás, había desterrado tales símbolos de la antigua pasión de Chimen. Mi abuelo se sentaba en un sillón reclinable, con un televisor grande, pesado, anticuado, y un reproductor de vídeo, colocados en una mesa frente a él, y subía mucho el volumen para ver las noticias. Si todo salía bien, entendía lo que el locutor estaba diciendo. Pero si el audífono que usaba no funcionaba bien, o si tenía los oídos especialmente obstruidos, miraba a su alrededor con incomodidad, dirigiendo la mirada hacia el cartel de la Comuna, buscando consuelo en la estimulación visual para compensar el hecho de que ya no oía lo que se decía a su alrededor. Se sentaba allí, agotado, con los ojos vagando entre el cartel y la televisión que no oía a pesar del volumen. Con frecuencia se quedaba dormido en aquel sillón, completamente inmóvil, con su pausada respiración como único indicio de que seguía vivo.

Soñaba, tal vez, con fantasmas.

El viejo piano de pared, que décadas antes mi hermana Tanya y yo habíamos tocado a petición de Mimi y sus amigas, poco a poco abandonó su función de instrumento musical y se convirtió, en cambio, en un altar para

fotografías de amigos y familiares ya fallecidos, junto con imágenes de los vivos; fotos de hijos, de nietos y, finalmente, de bisnietos: mis propios hijos, Sofia y Leo, y la hija de Tanya, Izzy.

Junto al piano, en los últimos años del salón de tertulias, colgaba una acuarela de mi prima Maia y dos dibujos a lápiz esbozados por Tanya: uno de Chimen, el otro de Mimi. Los dos parecían estar sonriendo levemente mirando hacia la repleta estancia. A la izquierda del piano, junto a un estante que contenía la colección de enciclopedias judías, había una fotografía mate en blanco y negro, de veinticinco por veinte, de cuatro generaciones de hombres Abramsky: Yehezkel, Chimen, Jack y yo. Se tomó en 1973 en el pequeño apartamento de Yehezkel, en Jerusalén. Al fondo se ve una ventana, con el sol entrando por entre las lamas blancas de la persiana.

Sentado en el regazo de mi padre estaba yo con un año, con el pelo rubio y rizado, sonriente. Mi padre, que ya se estaba quedando calvo, se había dejado crecer el pelo que aún le quedaba; tenía una barba abundante, pero al estilo de los años sesenta, no al modo religioso. Chimen estaba de pie, ligeramente encorvado, y llevaba una camisa gris de manga corta y un *yarmulke*, y con la mano derecha se sujetaba la muñeca izquierda, donde llevaba el reloj. Yehezkel estaba sentado a la izquierda del encuadre, con una camisa blanca almidonada, con una mirada severa, y su larga barba blanca es el punto focal para la cámara, la parte de la imagen de la que depende todo lo demás. Tenía ochenta y siete años. Fue la última vez que mi padre lo vio. Fue la única vez que lo vi yo.

Al otro lado del piano había un mueble de madera; en la parte de abajo guardaba Mimi sus papeles, y en la de arriba se alojaban los pocos libros que ella reclamaba como suyos en esa poderosa Casa de los Libros: libros de cocina, novelas de detectives, unas cuantas historias populares. Después de su muerte, Chimen dejó allí aquellos libros, nunca quiso vaciar los estantes para colocar sus propios volúmenes. Había más fotos delante de los libros, incluida una mía. Yo tenía trece años, llevaba mi chaqueta negra de la escuela, pantalones negros, camisa blanca y corbata a rayas rojas y negras; apenas medía un metro cincuenta y dos, aún preadolescente, con cara de crío, barbilampiño. Estaba junto a Denis Healy, uno de los líderes del Partido Laborista, ministro del Gabinete en los gobiernos de las décadas de los

sesenta y los setenta, y un hombre que había luchado para mantener el partido a flote cuando viró más a la izquierda en los años ochenta. Healy era, a mediados de esa década, portavoz parlamentario de la oposición en materia de asuntos exteriores. Era un hombre corpulento, con una cejas extraordinariamente pobladas y traje gris, que me hacía sombra en la foto. Estábamos en la azotea del Parlamento, una visita inusual organizada por la amiga dentista de Mimi, Rose Uren, a cuya consulta iba el parlamentario (mediante favores de otros pacientes, también conseguía entradas para la Royal Opera House cuando era algo muy difícil y, para gran regocijo de mi padre, entradas de pista central para Wimbledon). Había mejores fotos mías, pero dudo que hubiera ninguna que hiciera más feliz a Chimen. Porque, detestado por gran parte de la izquierda, Healy se había convertido en una especie de modelo político para el excomunista, a medida que ambos iban envejeciendo: un hombre de moderadas convicciones socialistas que no temía hacer frente a la Unión Soviética ni a los ideólogos de su propio partido político.

Volviendo al comedor, y en aparente desorden, había pilas de libros que se elevaban ondulantes desde el suelo. A veces un montón de libros se materializaba encima de la mesa, como una avanzadilla para tantear el terreno, para ver cuánto tardaba Mimi en quitarlos de en medio. La mesa era por completo territorio suyo. «Francamente», recordaba Medrich, «allí no se terminaba nunca de comer. La comida era el combustible. No había duda de que ella consideraba esto como su primera responsabilidad. Tú lo sabes bien, siempre estaba preparando el siguiente plato. Mimi siempre se aseguraba de que participaras, no importaba quién fueses. Siempre se aseguraba de que los demás supieran de ti, de que se hiciera un esfuerzo real para que la conversación no te dejara fuera, para que te convirtieras en parte de ella. La tercera cosa que siempre conseguía Mimi era que cuando quiera que yo llegase, en un momento u otro todos los familiares aparecieran en la casa». Era algo a medio camino entre una obligación y un placer: un primo lejano llegaba del extranjero y la familia al completo tenía que ir a recibirlo a Hillway.

Chimen daba audiencia en la mesa del comedor, y mientras iba llevando platos de comida desde la cocina, Mimi añadía algún breve comentario

ocasional, pinchando burbujas académicas según le parecía. «La mesa», señaló Medrich, «era claramente un intermediario entre ellos dos. Y esto, obviamente, lo perfeccionaron a lo largo de muchos años, porque nunca cambiaba. Habían entendido cómo hacerlo». Era un efecto doble que mantenía en funcionamiento el salón de tertulias, incluso cuando el mundo de las ideas políticas marxistas y la fascinación por los textos de Marx —que al principio llevó a tantos a Hillway, y a conversaciones con Chimen que se alargaban hasta bien entrada la noche— empezó a resultar cada vez más irrelevante. En el punto álgido de la Guerra Fría, las minucias de la literatura marxista y socialista habían sido profundamente importantes. Las personas de Hillway, en la primera encarnación del salón, no habían estado debatiendo sobre temas esotéricos: estaban —o al menos eso creían ellos— debatiendo sobre el futuro, llegando a la comprensión de cómo estaba cambiando el mundo y cómo se organizaría la sociedad en el futuro. En ese mundo, la biblioteca de Chimen tenía un poder totémico, era como un talismán. Era, para los marxistas, un Arca de la Alianza socialista que representaba poder, conocimiento, las palabras de los dioses laicos. No es de extrañar que eruditos y políticos y revolucionarios de todo el mundo llegaran en tropel a la Casa de los Libros de Chimen.

En la década de 1970, sin embargo, no solo el deslumbramiento de Chimen con el comunismo era ya algo del pasado; en general, la fascinación del mundo por la visión bolchevique estaba en serio declive. Viendo a los progresistas de todo el mundo apartarse de las ideas por las que él se había apasionado tanto, Chimen debió de imaginar cómo se había sentido Yehezkel al publicar un majestuoso volumen detrás de otro con sus comentarios religiosos en un mundo que, fuera de los enclaves de la ortodoxia, tenía cada vez menos tiempo para una erudición como la suya. «El progreso está destruyendo la religión judía», escribió, con tristeza, el itinerante novelista y periodista judío Joseph Roth, ya en 1926, en *Judíos errantes*. «Cada vez menos creyentes resisten y (...) el número de fieles se reduce». En sus círculos, Yehezkel era un *gaon*, un genio del Talmud. Fuera de esos círculos, en los años setenta ya era un anciano que pertenecía a un mundo desaparecido. Tenía seguidores —decenas de miles de los cuales asistirían a su funeral en Jerusalén en 1976—, pero vivían en un universo cerrado, aislado de la sociedad mayoritaria, secular, que los

rodeaba.

En Volozhin, Yehezkel había estudiado el método Brisker con los descendientes del famoso rabino Hayyim ben Yitshak, que a su vez había estudiado con el *gaon* de Vilna, uno de los eruditos judíos más influyentes del siglo XVII. Bajo la orientación de Chaim Soloveitchik, los estudiantes de finales del siglo XIX aprendían a analizar el contexto en el que se desarrollaban las ideas, así como el sentido literal de las palabras en sí mismas. Tan influyente, tan fríamente lógica era la técnica Brisker de Soloveitchik, que revolucionó la erudición talmúdica. Dejaba entrar nuevas ideas, tenía espacio para la teoría científica, para la medicina, para las ideas que estaban transformando día a día las vidas de los hombres y mujeres de todo el mundo. En contraste con esta sofisticada metodología, los discípulos desdeñaban lo que llamaban «pilpul», el repetir como papagayos oscuros detalles textuales, el forzar citas y frases dispares para que encajaran unas con otras, sin una comprensión profunda de los asuntos tratados. En los años setenta, los debates sobre los pormenores marxistas se habían vuelto un poco *pilpul*: una lectura obsesiva, en busca de significados ocultos, de libros que ya no tenían capacidad para cambiar el mundo. La biblioteca socialista de Chimen empezaba a perder su poder totémico. Se estaba quedando obsoleta.

Cuando Chimen murió en 2010, en un mundo posmarxista, muchos de los volúmenes que habían sido tan valiosos habían quedado reducidos a curiosidades. El inflado valor monetario que se les asignó en el esplendor del poder soviético resultaba ahora tan difícil de entender como los precios de seis cifras que alcanzaron los tulipanes en los mercados de flores de Amsterdam durante un breve periodo del siglo XVII. Pero a pesar de estas arenas movedizas, en las décadas previas a su muerte la reputación de Chimen y de su Casa de los Libros era tal que sus tertulias siguieron siendo una parte vital de la escena intelectual de Londres.

Cuando muchos de sus buenos amigos y familiares fueron muriendo — Alec Waterman sucumbió a un derrame cerebral en 1966; Collins, en 1969, al cáncer de próstata; Robinson al cáncer de páncreas en 1974; los hermanos de Chimen, Moshe y Yaakov David murieron en 1975 y 1977 respectivamente; Talmon en 1980; Sraffa en 1983—, Chimen entró en una nueva fase de su vida, como abuelo. Solía tomarse descansos de su trabajo para entretener a los

niños que, después de un intervalo de una generación, volvían a desbandarse por las habitaciones de Hillway. Las visitas que llegaban sin avisar podían encontrarlo haciendo equilibrios con el viejo bastón nudoso de Yehezkel, cuya alcurnia se remontaba hasta el siglo XVIII, en la punta de los dedos y bailando por el comedor para diversión de sus cinco nietos y los diversos primos pequeños, que eran atraídos sin esfuerzo hacia la casa por Mimi y su instinto maternal. O realizando su otro número festivo: hacer equilibrios con una pila de vasos de plástico sobre la cabeza mientras imitaba el paso de pingüino de Charles Chaplin. Al haber sido reconocido y validado en el mundo académico, tal vez sentía que podía relajarse un poco, aprender a no tomarse a sí mismo tan en serio.

Entre comidas hacía sitio en la mesa de la cocina o la del comedor y sacaba la cajita de madera del dominó. A diferencia de las fichas de dominó habituales, pequeños rectángulos blancos con puntos negros grabados, estas eran piezas grandes de madera con los puntos pintados con un color diferente para cada número. Gracias a los colores a los niños les resultaba fácil aprender el dominó ruso. Hay muchas variaciones del dominó; en esta el objetivo era doble: lo principal era intentar crear una serpiente de fichas, además de brazos laterales que salieran de la primera ficha doble cruzada, cuyos extremos sumaran entre todos un múltiplo de cinco. Si lo conseguían, ese número se añadía a tu puntuación. Conforme se iban añadiendo los números dobles, a medida que se desarrollaba el juego, podías terminar con muchos puntos de los extremos de las fichas, y puntuaciones que, a veces, llegaban a más de treinta. La segunda estrategia era librarse de todas las fichas que tuvieras. Cuando no te quedaban, sumabas los números que le quedaban a tu oponente, redondeando por arriba o por abajo a cinco, y añadías esa cantidad a tu puntuación. La manipulación de los números era una fascinación infinita para Chimen, el especialista en ajedrez. Normalmente jugábamos a quinientos puntos, lo cual implicaba entre diez y veinte partidas. A veces jugábamos a mil puntos. Las horas volaban cuando jugábamos. Algunas veces, como si se tratase de un partido de críquet especialmente largo, nuestras partidas se alargaban durante todo un fin de semana. Al final, Mimi nos ordenaba dejarlo, para poder utilizar la mesa que nos habíamos atrevido a invadir. Cuando éramos pequeños, me di cuenta más tarde, Chimen se dejaba

ganar, permitiendo que sus nietos consiguieran muchos puntos, jugando mal adrede. Cuando fuimos un poco mayores jugaba más en serio. Cuando yo era ya adolescente, mi abuelo y yo nos retábamos, jugando interminablemente a este juego rescatado de la memoria de las lejanas décadas de su propia infancia.

Alrededor de la mesa del comedor, durante las grandes comidas y cenas familiares, Chimen solía pedir consejo o comentario a uno de los niños sobre algún asunto de política mundial, y después decía, con toda seriedad: «Estoy de acuerdo con todo lo que dices». Sonreía ligeramente, como si estuviera muy complacido con la conversación; complacido, pero no de manera condescendiente, al contrario, estaba encantado de ver a un joven capaz de hacer un comentario inteligente sobre asuntos de importancia. «El funcionamiento del mundo es un misterio, pero al final todo encaja», podría haber sido el sentido de aquel esbozo de sonrisa.

Como habían hecho desde que se casaron, Mimi y Chimen siguieron celebrando enormes cenas de *Séder*, una en cada una de las dos primeras noches de la Pascua hebrea. Algunos de sus amigos de los días del comunismo seguían yendo como invitados. Siempre había varios visitantes del extranjero y, por supuesto, el núcleo de la familia: mis padres y nosotros, los tres niños; Jenny y Al con sus hijos, y un gran número de parientes por parte de la familia de Mimi: Peter y Vavi y sus hijos; Eve y su hijo Tom. Sara llegaba con sus platos de comida. Lily y Martin aparecían con sus hijos y nietos, al igual que Phyllis y su marido, Max. Minna no solía ir a los *Séder*. Y, en esa época, tampoco iba Raph.

En la mesa del comedor, con el añadido de tres o cuatro mesas plegables colocadas en fila a los lados, cabían casi treinta personas. A lo largo de la mesa se colocaban botellas de Manischewitz, el dulzón vino *kosher* —y, a veces, otros mucho mejores que llevaba mi tío Al, coleccionista de vinos—, pilas de pan ácimo, platos repletos de delicioso *haroset* (una mezcla de nueces, manzana y pasas), cuencos llenos de huevos cocidos y platos que contenían la ceremonial agua salada, hierbas amargas y una pata de cordero.

Chimen, como había hecho durante décadas, se sentaba a la cabecera de la

mesa, con su mejor traje, con el rebelde pelo blanco que normalmente asomaba en desorden por detrás de la calva domado para la ocasión, y leía todo el *Haggadah*. Lo leía a gran velocidad, alternando el hebreo y el inglés con tanta frecuencia que se hacía casi imposible determinar qué idioma estaba hablando. Mimi seguía cocinando extraordinarias cantidades de comida. Había aperitivos de salmón ahumado sobre galletas saladas y un enorme puchero de sopa de *matzá*, seguidos de un pavo asado, patatas asadas y otras verduras: zanahorias, cebollas, champiñones, quizá judías verdes. Hasta bien entrados los años noventa no se escatimaban esfuerzos. «Nuestro *Séder* fue magnífico», me escribió Chimen a finales de abril de 1995. «La parte culinaria la llevaron a cabo Jenny, tu madre y tu padre, bajo la atenta mirada de Mimi y siguiendo su planificación y diseño. La cena fue suprema. La parte del *Haggadah* estuvo bien organizada. Terminamos después de la medianoche».

Mientras duraba la lectura, mi madre, Vavi y otros invitados empezaban a hablar, susurrando entre ellos, contando chistes, riéndose de los niños o con ellos. Como era previsible, Chimen soltaba una andanada de órdenes para que se callaran; y como también era previsible, no le hacían caso. Era un juego en el que todos participaban alegremente. Estoy seguro de que si Chimen hubiera tenido que dirigir un *Séder* entero para un público pasivo, silencioso y respetuoso, se habría aburrido mortalmente. Porque aunque él se tomaba el ritual en serio, disfrutaba amoldando la tradición al humor de sus invitados. En años anteriores, esto significaba que Collins cantara «The Yiddisha Toreador». Ahora significaba añadir canciones como «Tres cuervos posados en un muro», cantada, para regocijo general, con un increíble acento escocés por Al y sus hijos. Sin embargo, el enfado de Chimen no era del todo fingido. Paradójicamente, comparados con la época del comunismo, ahora los participantes (al menos los más jóvenes) sabían mucho menos de la vida ritual judía, estaban menos familiarizados con el yidis y el hebreo, y tenían menos paciencia para los ocho días de restricciones gastronómicas que implicaba la Pascua. Y, como reacción, Chimen se enfadaba de verdad. A veces, sus peticiones de silencio sonaban como un grito de angustia. Detenía la lectura en medio de una frase y, levantando la mirada con severidad, mandaba callar a los presentes por su nombre. Entonces, sin pararse a coger aire, retomaba la lectura. Después de la muerte de Mimi en 1997, Chimen mantuvo el ritual

durante más de una década, incluso cuando empezó a fallarle la voz. Ahora, mis padres, Jenny y los primos iban a la casa para preparar la comida. Si Chimen se quedaba tan ronco que no podía continuar, Vavi se levantaba enseguida y leía el texto hebreo. Y cuando Chimen leía se hacía un respetuoso silencio: leer en voz alta tantas páginas le costaba un esfuerzo hercúleo, como escalar una montaña, como correr un maratón.

El número de invitados al *Séder* se redujo. A Chimen no parecía importarle. Como se iba quedando sordo, se encontraba mucho más cómodo rodeado de un grupo más pequeño, lo cual pudo haber sido una de las razones por las que le gustaba tanto acoger el «club del almuerzo de señoras» cada fin de semana. Llegaban puntuales como un reloj: sus sobrinas Eve y Julia; sus cuñadas viudas Minna y, tras la muerte de Steve, Sara; su prima viuda Phyllis; un par de viejas amigas, incluida la viuda de Alec Waterman, Ray, y la viuda de Raph, la escritora Alison Light (Raph había muerto de cáncer a finales de 1996 a la edad de sesenta y un años, solo nueve años después de su boda con Alison, y unos pocos meses antes de la muerte de Mimi). De vez en cuando a mi hermano, Kolya, se le permitía participar a regañadientes en este club de señoras. «Chimen estaba probando con la cocina», recordaba Alison, con una sonrisa, más de quince años después. «Hacía una crema de berenjenas muy buena; preparaba también una sopa y lenguado al limón con mantequilla. Hacía primeros y segundos platos y postres. Eso era lo impresionante». Con mucha delicadeza, mi recién enviudado abuelo (a quien Mimi le había enseñado a cocinar en los últimos años de su vida, cuando ella se dio cuenta de que él la sobreviviría y necesitaría un modo de mantener activas las tertulias) hacía el papel de donjuán para su reunión de viudas. Hablaban de política, de viejos amigos, de viejas discusiones. Comentaban las noticias del día, chismorreaban ligeramente y, lo más importante, cada uno atendía las emociones de los otros. «Nos cuidaba a nosotras», explicaba Alison. «Y cuidaba de sí mismo al mismo tiempo. Todos teníamos una pena. Hablábamos mucho de personas que habían muerto. Nos sentíamos vinculados a causa de eso. Se podía hablar de cualquier cosa. Una franqueza asombrosa. Hay una clase especial de calidez o tristeza en un abrazo. Y recuerdo que compartíamos mucho de eso en aquella época».

Cuando era muy mayor, Chimen se sentaba en una sencilla silla de madera en su mesa del comedor, con una pila de libros y periódicos a su lado. El esfuerzo que le costaba ya trasladarse de una habitación a otra significaba que una vez que se acomodaba en un sitio, con frecuencia se quedaba allí durante horas, en gran medida encerrado en el mundo de silencio en que viven los ancianos sordos. Sus ojos, acuosos y enrojecidos, detrás de gafas cada vez más gruesas, eran su salvavidas, el único nexo funcional que le quedaba con el mundo exterior. Cogía un libro, se inclinaba sobre él, se encorvaba un poco. Las gafas se deslizaban unos milímetros por la nariz; la mano izquierda, con los dedos ligeramente separados, mantenían las páginas abiertas. El codo derecho descansaba en la esquina del libro, la mano derecha, con los dedos también separados, se apoyaba en la sien. En la biografía de Yehezkel Abramsky, *A King in His Beauty*, hay una foto de Yehezkel. La barba es tan fina que resulta casi invisible, una vaga sombra sobre la camisa y la corbata. En esta foto veo a Chimen. Es la misma postura, el mismo embelesamiento por la Palabra. Ambos eran *talmidei hakhamim*, sabios eruditos.

EL SALÓN REVISITADO: *FINALES*

En vano busca el soñador en sus viejos sueños, removiéndolos como si fueran un montón de ceniza, buscando en esas cenizas un destello, aunque sea minúsculo, para avivarlo y conseguir una llama que le caliente la sangre helada y le haga revivir todo lo que antes le era tan querido, todo lo que conmovía su corazón, lo que hacía que la sangre corriera por sus venas, lo que llevaba lágrimas a sus ojos, y que maravillosamente lo engañaba.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI,
NOCHES BLANCAS (1848).

A finales de los años cincuenta, la madre de Mimi, Bellafeigel Nirenstein, se sentaba con frecuencia, con cara seria y expresión de enfado, en el salón de Hillway. Con la salud en declive, tuvo que dejar su propia casa y pasar los últimos años de su vida viviendo con Mimi y Chimen. La solemnidad de las facciones de mi bisabuela en las fotografías de esos años es casi una metáfora del propio salón. Esta era, creo yo, una estancia austera, una habitación que carecía de fantasía. Mientras que el comedor, maravillosamente iluminado por el sol que entraba del jardín y por la pared de cristal del fondo, era

suficientemente frívolo como para que Chimen, en su vejez, bailase por él haciendo equilibrios con vasos de plástico en la cabeza; y mientras que la cocina era un lugar para chismorrear sin fin y charlar de manera informal, el salón era, en general, un lugar serio. Estaba dominado por su propio contenido: sillones mullidos en exceso y libros, un aluvión de volúmenes que bajaban desde las estanterías a la mesa de café, al suelo, a toda superficie disponible, y que, al final, en combinación con una serie de pesadas macetas, bloqueaban el acceso a la chimenea. Desde principios de los años noventa en adelante, el salón servía como habitación de enfermo, primero para Mimi y después para Chimen, con el aire viciado por el olor de las medicinas y ungüentos, por los olores de la enfermedad y la vejez. Reflejando la decadencia física de sus dueños, la infraestructura básica de la habitación (como el resto de la casa) se deterioró aún más. El arcón curvado, adosado bajo las ventanas que daban a la calle, empezó a resquebrajarse bajo el peso de generaciones de invitados que lo usaron como asiento extra. La pintura blanca empezó a descascarillarse, igual que la de los alféizares. A los sillones se les salía el relleno. La iluminación se volvía cada año más tenue, conforme las pantallas de las lámparas se iban ensuciando. El sofá cama adosado a la pared del fondo parecía hundirse un poco más cada año.

Recuerdo al director Michael Tilson Thomas, durante su estancia con la Orquesta Sinfónica de Londres, sentado en el arcón, su alta y delgada silueta recortada contra la ventana, cantando canciones y contando anécdotas. En mi memoria veo al maestro compartiendo el sitio con varias plantas de hojas lánguidas, sin riego suficiente pero sin morir del todo.

De joven, Raph Samuel pasaba horas interminables en el salón, charlando con sus amigos y compañeros historiadores. O discutiendo con Chimen, a quien veía como un segundo padre y como su mentor intelectual, y con el que acababa peleando como solo pelean los familiares íntimos. Cuando yo tuve uso de razón, Raph ya no llamaba «camaradas» a Mimi y Chimen, pero guardo un recuerdo especialmente vivido de que con frecuencia me confería ese honor a mí. De joven, mi tía Jenny detestaba que su adorado primo mayor la hubiera reducido a «camarada». Pero a mí me sonaba como a ser admitido en un club;

significaba que me tomaba en serio. Decía esa palabra de manera ligeramente nasal, con las gafas redondas deslizándose por la nariz, una sonrisa irónica asomando en la comisura de la boca. Me encantaba el cosquilleo que sentía yo cuando él entraba en el comedor o en el salón —según la hora del día— con su chaqueta de ante marrón, me decía «Hola, camarada» y miraba para ver cómo su ahora anticomunista tío se estremecía.

Había un elevado tono cultural casi implacable en el salón. Incluso aunque la casa fue moldeada en los años cuarenta y cincuenta como una especie de salón de tertulias bohemio, lo que eso significaba respecto a la vestimenta era que las americanas estaban arrugadas y las camisas a veces iban sin planchar; que las corbatas eran opcionales en vez de obligatorias. Cuando la cultura mayoritaria adoptó los códigos de vestimenta más casuales, y con frecuencia extravagantes, de los años sesenta, los habituales de Hillway de más edad nunca vistieron nada más informal que chaquetas de cheviot y pantalones de pana.

Librepensadores en teoría, en la práctica Mimi y Chimen eran notablemente tradicionales en su conducta. Cuando en los años cincuenta querían llevar a Jack y Jenny a algún sitio, los llevaban a un acto cultural, como la proyección de la versión cinematográfica de Lawrence Olivier de *Enrique V*, o a Stratford-upon-Avon para ver las obras de teatro de Shakespeare. Décadas más tarde, Jack y Jenny recordaban haber ido una vez a Stratford a ver *Coriolano* y que al volver en el coche había una niebla espesísima, tan densa que Mimi tuvo que bajarse del coche para palpar y ver dónde estaba la carretera.

Cuando la familia compró un televisor a principios de los años sesenta, Jenny, buscando un entretenimiento diferente de los clásicos, veía *Bonanza* y otras películas del Oeste. Chimen la regañaba por perder el tiempo con ocupaciones no académicas. «No entendía», decía Jenny, «cómo se podía disfrutar de algo que no estuviera basado en la absoluta realidad». Cuando Jenny estudiaba guitarra a finales de los sesenta y decidió darle a conocer a Chimen la música de los Beatles a la fuerza, encerrándolo en el salón y poniendo *Sgt. Pepper* a todo volumen, el resultado no fue bueno. Chimen, que

en esos momentos estaba atareado intentando preparar una serie de conferencias muy eruditas y serias que iba a dar en la Universidad de Sussex para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la Revolución bolchevique, lo escuchó, pero, claramente, estaba muy poco impresionado. Demasiado mayor, demasiado herido por sus tempranas experiencias políticas, las revoluciones sociales de los años sesenta y el interés de los jóvenes por los cambios no le inspiraban ningún renovado fervor revolucionario. Cuando los estudiantes fueron a las barricadas en 1968, Chimen miraba desde la barrera o, como mucho, hablaba de los acontecimientos con algunos de los estudiantes graduados de la University College London. Esa no era su revolución; no era su utopía la que se intentaba alcanzar. Y la música y los lemas y las prioridades culturales no eran las que él entendía. Cuando se veía obligado a contemplar la cultura popular moderna, encogía la nariz con disgusto, y parecía que lo estaban martirizando con un olor especialmente desagradable. Había algo *treif* (sucio, no *kosher*) en los ritmos y sonidos y colores de este nuevo mundo. Un año, después de un banquete de Navidad especialmente abundante —a lo largo de los años, mis abuelos, de mala gana, habían aceptado el hecho de que las generaciones más jóvenes, que no habían sido educadas en la religión, disfrutaran de las fiestas y los regalos de Navidad—, mi hermano decidió poner un vídeo de la escena del vómito de la película de Monty Python *El sentido de la vida*. Allí estábamos, llenos hasta arriba, viendo a un camarero con un exagerado acento francés falso preguntarle a un comensal que está saturado y vomitando si quería «una pequeña pastilla de menta». El comensal dice que no podría comer nada más; pero el camarero insiste e insiste. Finalmente el comensal accede, se toma la pastilla de menta y explota. Es una escena repugnante, tan desagradable, tan excesiva, que induce a la risa nerviosa a la mayoría de los espectadores. Pero no a Chimen. Vio la escena, arrugó la nariz y dio su veredicto. «No tiene ningún valor estético», sentenció, y se volvió para continuar conversando sobre asuntos más serios.

Lo único bueno que veía en el sinfín de revoluciones del comportamiento personal y la expresión artística aparecidas en los años sesenta, era que rompieron las barreras de la formalidad hasta el punto de que podía llamar por su nombre de pila a personas como Isaiah Berlin. En su correspondencia de esta época cada uno le hizo al otro la feliz pregunta: «¿Le importa si lo

llamo por su nombre de pila?», y a ello seguía una serie de cartas en las que probaban cómo hacer tal cosa. Querido Isaiah, *Sir* Isaiah, Isaiah.

Sí que había, sin embargo, una excepción a las abrumadoras reglas de alta cultura de Hillway, y era la adicción de Mimi a la radionovela *The Archers* de la BBC. Se había estado emitiendo desde 1951, y era muy posible que Mimi conociera sus argumentos mejor que los de las obras de la gran literatura, y que entendiese las complejas relaciones familiares de la radionovela tan bien como las de todo el clan Nirenstein-Abramsky. Como un ritual religioso, cada tarde cuando empezaba el programa, Mimi se iba al salón, se echaba en su sofá cama y escuchaba la radio. Para una mujer que nunca dejaba de cocinar, de atender a los invitados, de asesorar a sus numerosos pacientes psiquiátricos del Royal Free Hospital, y de resolver los problemas de otras personas, ese era el único momento de tranquilidad de su atareado día. No se le permitía a nadie molestarla. Si llamabas por teléfono a esa hora, Chimen te decía educadamente que Mimi no podía ponerse, que era la «hora de los Archer». Si uno de los nietos cometía el error de irrumpir en el salón durante esos minutos, Mimi lo echaba; era la única ocasión en que mostraba impaciencia.

La pared contra la que se apoyaba el sofá de la «hora de los Archer» de Mimi era la única de aquella habitación en la que no había libros. En su lugar, desde la época de la muerte del padre de Chimen, en 1976, colgaba allí un intimidante dibujo en blanco y negro del rabino. Fue realizado por el artista Hendel Lieberman en Londres en 1950, un año antes de que Yehezkel se retirara del Bet Din y, despedido por miles de sus seguidores en la estación de tren, se trasladara a Jerusalén. Las líneas del rostro de Yehezkel estaban trazadas con firmeza, la larga barba rabínica tirando de la cabeza ligeramente hacia abajo; los ojos, penetrantes en su intensidad. En esa imagen todo pretendía dar testimonio: era el retrato de un hombre que estaba acostumbrado a observar el mundo que lo rodeaba y a tener a una multitud pendiente de cada palabra suya. Era un *gadol*, un gran sabio. Aunque Chimen y Mimi no eran religiosos, el hecho de que tuvieran el retrato en su salón indicaba que la influencia de Yehezkel en los habitantes de Hillway fue, hasta el día en que Chimen murió, muy importante.

Después de la Segunda Guerra Mundial y la aniquilación de millones de judíos, el jefe del Bet Din de Londres podía considerarse como una de las más —quizá la más— influyentes figuras de los judíos religiosos de Europa: Chimen afirmaba sin dudar que su padre había sido reconocido como el más importante experto contemporáneo en el Talmud. Era un papel en el que el conservador Yehezkel destacaba, y por el cual sus seguidores llegaban a venerarlo. Cuando escribo esto, tres cuartos de siglo después de que fuese nombrado *daydn*, y casi cuarenta años después de su muerte, las cartas de Yehezkel siguen apareciendo en las casas de subasta; aparece con regularidad en las listas de los rabinos más importantes de los últimos dos mil quinientos años; e incluso sus admiradores han creado una página de Facebook sobre él. La fama de Yehezkel era una gran sombra bajo la que vivía su hijo.

En los círculos religiosos judíos siguen circulando anécdotas sobre mi bisabuelo. Una de ellas dice así: Yehezkel fue llamado a juicio para defender la práctica del sacrificio ritual. El juez miró la declaración que tenía delante, y entonces preguntó:

—Rabí Abramsky, aquí dice que es usted la mayor autoridad de la ley judía dentro del Imperio británico. ¿Es eso cierto?

Yehezkel contestó:

—Es cierto, señoría.

El juez continuó:

—Y que es usted el más elocuente portavoz de la ley judía dentro del Imperio británico.

—También eso es cierto, señoría.

Indagando más en profundidad, el juez lanzó una pregunta todavía:

—Aquí dice también que es usted el rabino más importante del Imperio británico. ¿Es eso correcto?

Una vez más, Yehezkel respondió:

—Es correcto, señoría.

En este punto, el juez pareció sentirse un poco confuso.

—Rabí Abramsky, ¿cómo compagina usted sus respuestas con las enseñanzas de humildad del Talmud?

Yehezkel miró al juez y, probablemente guiñando un ojo, contestó:

—Desde luego es un problema, señoría, pero es que estoy bajo juramento.

Cuando murió Yehezkel, en septiembre de 1976, Chimen voló de inmediato a Jerusalén y llegó a tiempo de unirse a los más de cuarenta mil dolientes que acompañaban el féretro de su padre al cementerio de Har HaMenuchot, situado en las cimas del extremo occidental de Jerusalén. Fue uno de los funerales más multitudinarios que han tenido lugar en Israel. Siguiendo las instrucciones que dejó Yehezkel para los encargados de organizar su funeral, dos estudiantes iban detrás de su féretro llevando los veinticuatro volúmenes de la *Chazon Yehezkel*, su monumental comentario sobre la *Tosefta*, que había ganado el primer Premio Israel de literatura rabínica. El periodista de la *Jewish Telegraphic Agency* enviado para cubrir el funeral señaló que Yehezkel era «deán de los rabinos de Israel y [era] considerado por todos como el mayor erudito del Talmud de su época». En un tributo escrito para *The Jewish Chronicle*, el antiguo rabino jefe de Inglaterra, *sir* Israel Brodi, describió a Yehezkel como «un príncipe de la Torà». Hoy en día hay en Jerusalén una plaza que lleva el nombre de Yehezkel.

Cuando una persona se sentaba en cualquier parte del salón de Hillway, durante las últimas tres décadas de existencia de la tertulia, allí estaba rabí Abramsky vigilando. El dibujo ejercía un gran peso sobre Chimen conforme envejecía; la presencia de su padre era casi tan poderosa en la muerte como lo había sido durante su larga vida. Chimen miraba a menudo ese retrato durante los años en los que intentaba con tanto ahínco distanciarse de su antiguo apoyo a la visión estalinista del mundo. Contemplaba el dibujo del severo rostro de su padre y, creo yo, se disculpaba en silencio por la nota autobiográfica que había escrito para el Partido Comunista en la que insultaba la personalidad de su padre. Fascinado por la novela *Resurrección* de Tolstói, irrigada con los temas del pecado y la redención, Chimen estaba, me parece, interpretando su propia y muy personal versión de la *teshuvah*, la expiación de errores pasados, que tiene un papel fundamental en la vida ritual judía. Fue por lo que Dios no castigó a Caín por matar a Abel. Era una forma de regresar de la muerte moral. Era la forma en que una persona podía renovarse.

En 1971, Chimen intentó (y lo logró) convencer a Isaiah Berlin de que escribiera un ensayo para la colección que iba a publicar en honor del historiador izquierdista E. H. Carr, que era amigo personal de Chimen desde hacía mucho tiempo. Berlin expresó ciertas reservas y preguntó por las

inclinaciones políticas de los otros ensayistas. El 1 de junio Chimen le contestó que él no sabía cómo describir a los colaboradores «excepto a un servidor, que, posiblemente, podría clasificarse como excomunista, exmarxista, hoy una mezcla de radical, liberal, conservador y contrarrevolucionario; alguien que ha perdido la fe que tenía y aún no ha encontrado una nueva; en una palabra, una persona que busca, tantea, duda, que hace continuos *post mórtem* sobre su propio pensamiento... y que de algún modo sigue creyendo en los valores humanísticos». Era la nota más introspectiva que Chimen escribió nunca. Y resumía el dilema filosófico y político en el que estaría atrapado durante el resto de su vida: las soluciones fáciles, las respuestas formularias al caos de la vida, habían fracasado. Chimen sabía esto, sabía que ya no podía suscribir las creencias utópicas; sin embargo nunca pudo dejar de lado los sueños de su juventud.

Dieciocho años después, Chimen le escribió otra carta, igualmente franca, a Berlin. «Nosotros, tus admiradores, te vemos como a un gran paladín de la libertad, de la libertad como un profundo valor en sí mismo, la liberación de las cadenas, del encarcelamiento, de la esclavitud espiritual y física respecto de otras personas», escribió, para conmemorar el octogésimo cumpleaños de Berlin en 1989, ahondando en las primeras cartas que escribió a Berlin sobre el tema de la libertad y en su discurso de jubilación de 1982. «Tu escepticismo y tus elevados ideales morales son un rayo de luz en una era de confusión». Parecía que estaba dándole las gracias a su amigo por haber llegado pronto a conclusiones que Chimen había tardado mucho en alcanzar.

En la vejez, Chimen seguía siendo un hombre que huía de su pasado: su solitaria infancia en la Unión Soviética, su fascinación por el estalinismo, su complicada ruptura con el Partido y con los amigos que dejaron de hablarle. La huida —y los miedos asociados a ella— tenía implicaciones literales y también metafóricas. Después de haber abandonado la Unión Soviética a principios de los años treinta, Chimen evitó durante sesenta años regresar a Moscú; cada vez más temeroso, les decía a amigos y colegas que si cruzaba el Telón de Acero lo arrestarían o sufriría algún destino alternativo, más cruel, como el sufrido por otros prominentes judíos, algunos de los cuales habían

sido camaradas y asiduos de Hillway. La única excepción que hizo a esta regla fue en 1963, cuando fue a Praga para rescatar los mil quinientos rollos de la Torà de su anónimo escondite en una sinagoga abandonada. A pesar de las favorables críticas que su libro sobre Marx había recibido en el bloque del Este, Chimen afirmó, al declinar una invitación para visitar Varsovia en los años ochenta —presumiblemente para hablar del libro *The Jews in Poland*, que él había coeditado en 1986 con el especialista polaco Maciej Jachimczyk y el académico americano de origen sudafricano Antony Polonsky— que la prensa soviética lo había criticado personalmente y con dureza en el pasado.

Por fin, en 1991, se decidió a volver. Para entonces Chimen llevaba varios años absorto en el estudio del destino de los judíos soviéticos, publicando diversos artículos en la revista *Soviet Jewish Affairs*: había una visión global de la historia de los judíos en Rusia y Polonia desde mediados del siglo XVIII hasta finales del XIX; un artículo sobre literatura yidis soviética y otro sobre incunables hebreos conservados en la sede de Leningrado del Instituto Oriental de la Academia de las Ciencias de la URSS. También había dedicado una cantidad cada vez mayor de su aparentemente inagotable energía intelectual a estudiar el fenómeno del antisemitismo soviético. «Los judíos soviéticos hoy no tienen dirección», dijo en una charla que dio ante una congregación de clérigos ingleses en el Conference Hall de la catedral de Westminster el 27 de abril de 1977, a la que asistió el arzobispo de York. «No tienen medio de expresarse en ruso, ni de revivir la cultura nacional hebrea, ni la lengua yidis». Los judíos eran, continuaba diciendo, «la única minoría nacional soviética que estaba marginada en este sentido». Más que vilipendiados, aseguraba, los judíos rusos y su cultura están siendo ignorados, «y pronto serán un pueblo que no deberá mencionarse siquiera».

Ahora, en 1991, después de décadas de represión y estancamiento, parecía que las cosas estaban cambiando por fin en la Unión Soviética. Y, a pesar de su justificado cinismo hacia todo lo soviético, Chimen quería ver qué significaba todo eso en la práctica. Mijaíl Gorbachov había llegado al poder como secretario general del Partido Comunista en 1985 y había pasado varios años liberalizando la estancada economía del país y sometiendo a escrutinio sus procesos políticos. Estos intentos combinados, conocidos como *perestroika* y *glásnost*, estaban llevando a cambios extraordinarios. El Muro

de Berlín, construido en 1961 y gran símbolo de la división que había partido a Europa en dos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, había caído en 1989; una serie de repúblicas soviéticas de las regiones del Báltico y del Cáucaso pretendían declarar su independencia de la URSS; y la Guerra Fría, llevada a cabo globalmente entre la OTAN y el Pacto de Varsovia durante más de cuarenta años, estaba llegando a su conclusión. El experimento soviético se perdería rápidamente entre las mismas nieblas del tiempo que cubrieron los hechos clave del paisaje histórico de Chimen: 1848, el año de las fallidas revoluciones europeas, la formación de la Primera Internacional, la Comuna de París y la propia Revolución rusa.

A mediados de agosto de 1991, el nuevo orden no se había establecido de ningún modo. Pero, dejando a un lado su terror a que agentes del KGB empezaran a seguirlo en cuanto pusiera un pie en territorio soviético, Chimen subió a un avión en el aeropuerto de Heathrow. Con un maletín negro de marca en la mano, voló a Moscú para asistir a un congreso sobre los judíos soviéticos. El momento, por decirlo suavemente, distaba mucho de ser el más adecuado.

En la tercera semana de agosto, los amargos restos de la vieja guardia del Partido Comunista dieron un golpe de estado. Pusieron a Mijaíl y Raisa Gorbachov bajo arresto domiciliario en su dacha de Crimea, en la costa del Mar Negro, y establecieron un Comité de Estado de emergencia para intentar restaurar el sistema de partido único de los mejores tiempos del bolchevismo. Casi dos años después de la caída del Muro de Berlín, con el Estado soviético resquebrajándose, el ejército, la policía y el KGB intentaban tomar el control del país, detener lo que veían como una espiral de caos. De repente, hubo tanques en las calles. Y como reacción, enormes multitudes de manifestantes, liderados por el alcalde de Moscú, Boris Yeltsin, demostraron su feroz oposición. Chimen —que había estado visitando el Kremlin apenas unas horas antes— debió de tener una sensación de delirio, un escalofrío, una mareante impresión de haber entrado en un espantoso bucle temporal, asomado a la ventana de su hotel.

Presas del pánico, temiendo que pudieran, de algún modo, reconocerlo como expatriado o, peor aún, como excomunista, y tomarlo como rehén, como les ocurrió a sus hermanos décadas atrás, telefoneó a las oficinas de la BBC

en Moscú, rogándoles que lo ayudaran a salir. Todos conocían a Jenny —en aquellos momentos ella estaba ascendiendo en la corporación— y se mostraron de acuerdo en ayudarlo a abandonar Rusia. Chimen pagó una fortuna pero pudo coger un vuelo que salía de Moscú y volar a casa vía Israel. Para añadir un giro absurdo a la aventura, cuando Chimen salía de Rusia, encontró tiempo y ganas para pasar por la tienda libre de impuestos (que, curiosamente, había permanecido abierta durante los días del golpe) para comprar tres tarros de caviar como regalo para la familia.

Y de este modo, por segunda vez en su vida, Chimen abandonó Moscú dejando atrás circunstancias poco favorables. Cuando se marchaba, el golpe fracasó ante el llamamiento de Yeltsin a las masas para que ocuparan las calles y plazas de la capital, con el fin de bloquear los tanques y paralizar los movimientos del ejército. Lejos de devolver el poder a la vieja guardia bolchevique, el intento de volver al pasado había servido de catalizador para una revuelta masiva. Antes de cuatro meses, la Unión Soviética dejó de existir; Gorbachov fue relegado en favor de Yeltsin; y el propio Partido Comunista, heredero de la revolución de Lenin de 1917, fue temporalmente declarado ilegal. El caviar que Chimen les llevó a mis padres no corrió mejor suerte. Se quedó, intacto, en el frigorífico, a la espera de lo que mi padre considerara una cena lo bastante importante. Una noche, el motor del frigorífico se estropeó y el aislamiento se quemó o se derritió. Cuando mis padres bajaron a la mañana siguiente, todo lo que había en el frigorífico estaba cubierto de una sustancia amarilla pegajosa. El caviar, adquirido en un momento histórico tan crucial, hubo que tirarlo a la basura.

La visita a Moscú fue uno de los últimos viajes de larga distancia que realizó Chimen antes de que Mimi muriera. Entonces ya estaba muy enferma, le fallaban los riñones, tenía el corazón débil y la presión arterial descontrolada. Las piernas, que le habían estado dando problemas desde que sufrió una terrible caída por unos escalones durante un viaje a Israel, más de una década antes, eran ahora presa de coágulos sanguíneos y espasmos. Las estancias en el hospital se sucedían; cada vez necesitaba más pastillas. Cuando la gente le preguntaba cómo estaba, ella hacía un gesto con la mano, como si estuviera

espantando una mosca, ordenándole que no hablara de esas cosas. «Por la noche (todas las noches, temprano) te escribo páginas y páginas de cartas», me escribió mi abuela a principios de octubre de 1994, un año después de haberme mudado a Nueva York. «Escalo montañas; recorro kilómetros por el Heath o por la City; cocino montones de comida para multitudes de invitados y rara vez tengo un instante de aburrimiento. Durante el día, tengo remordimientos por no haberte escrito, pero estoy totalmente bloqueada. No sé por dónde empezar, qué decir y qué omitir. Hay mucho que me gustaría decir y que no digo. El Atlántico pone una gran distancia entre nosotros».

Para no pensar en el dolor que era ya su compañero permanente, Mimi seguía actuando como una anfitriona *extraordinaire*. Era como si pudiera protegerse de la inminencia de la muerte cocinando un plato más, y otro más después. «Pero lo principal es que sigue sonriendo, a pesar de su incapacidad», señaló Chimen con optimismo a principios de diciembre de 1993. «Seguimos recibiendo, las visitas siguen llegando en tropel y ella sigue atareada preparando maravillosas comidas». Más adelante, sin embargo, cuando el dolor crónico empeoró, se veía angustia en su mirada cuando respondía a preguntas sobre su salud. Poco a poco, fue esforzándose menos en la cocina. Ahora, demasiado débil para andar de acá para allá, cocinaba de manera indirecta, ordenando a sus ayudantes añadir una pizca más de sal, remover una sartén con más energía, subir el fuego de la hornilla. Al final, en sus últimos meses, estaba tan consumida por el dolor que parecía retraerse hacia sí misma, menguando físicamente, envuelta en su piel, los ojos convertidos en diminutas y vidriosas cuentas en una máscara de agonía. Cerca del final ya, era casi incapaz de comunicarse con los numerosos amigos y familiares que seguían yendo a la casa.

Cuando el declive de su salud se aceleró —había sufrido un «revés», decía Chimen eufemísticamente cuando yo llamaba desde Oxford o, después, desde América—, el salón se convirtió en la habitación de enferma de Mimi. Era el lugar en el que yacía, en el viejo sofá desvencijado, antes y después de sus horribles visitas al hospital, tres veces por semana, para la diálisis; donde intentó, y no consiguió, recuperarse de una serie de operaciones en los últimos años de su vida; donde las visitas le cogían la mano y le hablaban. Al final, se convirtió en dormitorio, y el sofá fue reemplazado por una cama metálica de

hospital, cuando ya no podía realizar el titánico esfuerzo que suponía subir las escaleras hasta la biblioteca marxista del primer piso, donde Chimen y ella habían dormido durante tantas décadas. Por primera vez en muchos, muchos años, los libros fueron retirados de las mesas del salón para ser reemplazados por una desconcertante colección de medicamentos.

«Me he convertido más o menos en una enfermera, casi a tiempo completo», le escribió con tristeza Chimen a su amigo Brad Sabin Hill, el 15 de mayo de 1996. A mí me explicó, disculpándose por el retraso en escribirme: «Las diferentes funciones que realizo de forma habitual me exigen todo el tiempo: portero, enfermero, preparador de café y té, manitas, friegaplatos, anfitrión, y las cartas se van quedando atrás». Conforme la salud de Mimi se deterioraba y su extraordinaria vida se hundía en una catástrofe prolongada, Chimen envejecía muchísimo.

Tres años antes, en su cumpleaños, me había escrito: «Así que soy un anciano de setenta y siete años, aunque mentalmente me siento más joven, pero la edad avanza». Ahora, el avance se había convertido en un galope. Cuando fui a Hillway lo encontré asombrosamente pequeño, con los ojos rojos por la pena permanente, y la espalda más encorvada que antes.

Faltaba más dolor por llegar. El 9 de diciembre de 1996, el sobrino de Chimen y Mimi, Raph Samuel, sucumbió al cáncer. Demasiado enferma para salir de casa, Mimi se quedó en el salón, mientras Chimen recorría en soledad el camino hacia el cementerio de Highgate. Una gran multitud de dolientes se había congregado para despedir a Raph en el mismo cementerio en el que estaba enterrado Marx. La mayoría de los periódicos importantes llevaron extensos obituarios; parecía un último vitor por una moribunda estirpe de radicalismo.

Cuatro meses después, en la última semana de abril de 1997, Mimi ingresó en el Royal Free Hospital por última vez. Hacía solo dos meses que había cumplido ochenta años. El lugar en el que había trabajado durante tantos años sería el lugar en el que moriría. Por la mañana temprano del 25 de abril, con Chimen a su lado, finalmente dejó de luchar por su vida. Yo había llegado a Heathrow unos minutos antes y había emprendido uno de los viajes en tren más solitarios de mi vida hacia la casa de mis padres, en Chiswick. Cuando yo cruzaba la puerta, mi padre llamaba desde el hospital para decir que todo

había terminado.

Chimen había llevado siempre una pequeña agenda, unas veces encuadernada en tela, otras veces en piel, con un pequeño lápiz sujeto en el lomo, en la que anotaba sus compromisos. Cuando se acercaba a los ochenta años, estas pequeñas agendas se convirtieron además en diarios, en un intento de conservar algún control sobre los ritmos de su vida al ponerlo todo por escrito. Cuando ocurrían cosas terribles, las cosas que rasgan el tejido de la vida, las anotaba en la agenda. En la página correspondiente al 3 de abril de 1997, hay dos someras anotaciones, escritas en tinta azul, con una letra casi microscópica. «7:40, Miri ha muerto», dice la primera. La segunda simplemente señala: «8:20, Sasha llegó de Nueva York». Dos días después anotó: «13:30, funeral de Miri en el Jewish Reform Cemetery, Hoop Lane. Más de doscientas personas asistieron. Servicio celebrado por [rabí]. Julia Neuberger. Hablaron Jack, Jenny, Sasha, Rob y Martin». Cuatro años y medio después, el 11 de septiembre de 2001, hay una anotación en la agenda: «14:00, llamo urgentemente a Arthur Hertzberg». Rabí Hertzberg, uno de los mejores amigos de Chimen, vivía en Nueva York. A las dos de la tarde, hora de Londres, Chimen acababa de enterarse de los ataques al World Trade Center. Las notas eran escuetas, casi sin sentimiento; la falta de expresividad, y el intento de controlar lo insoportable llevándolo al papel, es casi desgarrador. El dejar constancia de los hechos en la página parecía proporcionar alivio a un hombre cuya vida entera había estado dedicada a la palabra escrita.

Chimen ya había superado con creces los ochenta años, pero intelectualmente seguía tan agudo como siempre.

La larga enfermedad y muerte de Mimi lo habían obligado a afrontar su propia mortalidad pero no había reducido su amor a las ideas, su anhelo de formar parte de los grandes debates de las grandes universidades. Después de un periodo de duelo volvió a viajar por placer: el verano después de la muerte de Mimi, mis padres lo llevaron a Italia, desde donde me escribió largas cartas sobre la belleza de las iglesias y la violencia de la historia. Un tiempo después de eso, empezó de nuevo a ir a conferencias en el extranjero; finalmente viajó a Polonia, para asistir a un congreso sobre espiritualidad

judía y para visitar Cracovia y otros antiguos centros de la cultura judía. «Las tiendas están llenas de artículos», escribió sorprendido, en un ensayo de cuatro páginas que al final no llegó a publicar. «Las mujeres van vestidas con elegancia. Los restaurantes y los cafés están llenos de gente joven. Hay animación en las calles. En todos los sitios que visitamos hay una sensación de libertad y alegría. Predomina una atmósfera europea». Sin embargo, al mismo tiempo el viaje lo deprimió mucho, el legado del Holocausto estaba más claro en lo ausente que en lo visible. En la ciudad de Liubliana, que una vez acogió escuelas talmúdicas y fue hogar de grandes sabios religiosos, Chimen observó que «no hay ni una calle que lleve el nombre de un judío. Como si nunca hubieran existido». Polonia, escribió, «es hoy un desierto para los judíos. Antes de la Segunda Guerra Mundial Polonia tenía más de tres millones de judíos».

No contento con asistir simplemente a congresos como uno más de los muchos participantes, Chimen también retomó su participación en el circuito internacional de conferencias. Sus antiguos *protégés* de Stanford lo convencieron para que diera una nueva serie de conferencias. Así lo hizo y fue recibido con entusiasmo. El público presente sentía que Chimen seguía en la cumbre: sus conferencias, presentadas en una serie de talleres para estudiantes universitarios y de posgrado, estaban repletas de hechos, su memoria tan extraordinaria como siempre. Había, sin embargo, un cierto patetismo en estos encuentros: su audiencia sabía, como lo sabía Chimen, que aquella era probablemente la última vez que tendría la energía necesaria para viajar tan lejos por trabajo.

A pesar de su resistencia en público, en privado era ahora un hombre profundamente solitario. Había, me dijo en una carta, «poco que contar de una casa vacía. Vacía, es decir, sin Miri». Pero incluso sin su anfitriona, la Casa de los Libros seguía ejerciendo su magnética atracción sobre eruditos y bibliófilos. Jóvenes estudiosos realizaban lo que ahora era en verdad una peregrinación al 5 de Hillway, a la legendaria casa y a su legendario ocupante. «Para cualquier pregunta que tuviera que ver con los ambientes judíos de Londres, con libros judíos, con la cultura yidis, lo más probable es que Chimen tuviera las respuestas», recordaba David Mazower. «A veces me enviaba tarjetas, me llamaba, decía “¿Por qué no te veo? Ven a casa”. Él y la

casa eran una cápsula del tiempo que encarnaba todo lo que yo más valoraba de la civilización asquenazi^[23]».

En esos últimos años de su vida, Chimen volvió cada vez más a los textos religiosos de su juventud. No rezaba, no iba a la sinagoga en el *sabbat*, pero recurría a los grandes textos tradicionales en busca de inspiración. Tal vez, incluso aunque nunca lo habría admitido ni siquiera ante sí mismo, empezó a buscar una verdad espiritual en esos textos. El 10 de marzo de 1998, poco menos de un año después de la muerte de Mimi, Chimen le escribió a su buen amigo John Felstiner de Stanford: «En cuanto a las oraciones, hay una pieza soberbia en el *pseudo-Josephus*, el *Josippon*^[24]. El anónimo autor escribió: “Y Daniel rezó tres veces al día. Cuando el hombre le reza a Dios, es él, el hombre, el que habla, pero cuando lee la Torà, es Dios el que le habla a él”. Un interesante comentario sobre la oración».

Chimen no creía que la oración lo acercase a uno a lo sublime, ni que Dios, si existía, respondiese a las peticiones de los mortales. Unos meses antes de su muerte fui a verlo. Ya bien entrado en los noventa, estaba sentado en su cocina, con el rostro pétreo, cada acción un desafío, mirando fijamente las hojas caídas de final de verano del jardín trasero. «Cada día que me despierto y no me encuentro demasiado mal», dijo de pronto, con ímpetu en su voz quebrada y débil; el deseo de impartir unas palabras más de sabiduría a su nieto mayor resultaba doloroso en su intensidad. Se detuvo, y yo esperaba que dijera «doy gracias a Dios». Pero en vez de eso levantó el rostro y, con un esfuerzo sobrehumano, casi gritó: «Siento que he *ganado* otro día». Hacia el final, Chimen se aferraba a su autonomía personal.

No obstante, aunque no creía en la oración, cuando la mortalidad lo cercaba empezó a sentir que las grandes tradiciones religiosas de miles de años de antigüedad que mantuvieron a sus antepasados en su red de ritos, creencias y experiencias compartidas, eran lo que más lo acercaba a la inmortalidad; empezó a creer que el homenaje al pasado era la garantía de un futuro. Quizá, en su mente, empezó a hacer sus apuestas. En su juventud había leído obras de Blaise Pascal, el matemático y filósofo francés del siglo XVII. Pascal había formulado una famosa apuesta a favor de la existencia de Dios: si

apuestas a que no hay Dios y te equivocas, es probable que una deidad iracunda condene tu alma eterna a los fuegos del infierno; pero si apuestas a que hay Dios y no lo hay, tu conciencia dejará de existir cuando mueras y nunca sabrás que estabas equivocado. Mucho mejor, por lo tanto, sostenía Pascal, es creer en Dios. Algo más de dos mil años antes, Platón había elaborado un argumento similar. Recreando una conversación entre Sócrates y un anciano llamado Céfalo en *La República*, Platón puso las siguientes palabras en boca de Céfalo: «Pero tú sabes, Sócrates, que cuando un hombre se enfrenta a la idea de que debe morir, se adueñan de él el miedo y el presagio de cosas que antes no le habían preocupado. Una vez se rio de las leyendas sobre aquellos que se hallan en el Hades, del castigo que habría de sufrir allí aquel que hubiese cometido injusticias. Pero ahora su alma está atormentada por el pensamiento de que esto pueda ser verdad». Con minuciosa caligrafía hebrea, en los márgenes del clásico de la colección Everyman que llevaba tanto tiempo en las estanterías del salón, Chimen (siempre ansioso de trazar conexiones entre un texto seminal y el siguiente) había escrito: «Esto recuerda el principio del *Fedón*, donde Sócrates dice casi lo mismo».

En ese diálogo, en el que Platón reconstruye el último día en la tierra de Sócrates, el gran maestro debate con sus discípulos sobre la posibilidad de una vida de ultratumba. «Yo debería estar apesadumbrado ante la muerte, si no estuviese convencido de que voy a ir al encuentro de otros dioses que son sabios y bondadosos (de esto tengo la misma certeza que puedo tener de cualquier cosa similar) y al encuentro de hombres fallecidos (aunque de esto no estoy tan seguro), que son mejores que los que dejo atrás», explica Sócrates, mientras espera a que haga efecto la cicuta que ha tomado. «Y por lo tanto no estoy apenado como podría estarlo, porque tengo la esperanza de que queda algo para los muertos; y, como se ha dicho desde antaño, algo mucho mejor para los buenos que para los malos».

La muerte estaba dejando su huella en los contemporáneos de Chimen. En noviembre de 1997, siete meses después de la muerte de Mimi, murió Isaiah Berlín. En 1999, murió la cuñada de Chimen, Minna. Sara sobrevivió a su marido, Steve, que murió en 1998, pero a medida que su salud se deterioraba

se convirtió en una prisionera en su propia casa. Cuando podía, Chimen preparaba un mango fresco para su querida cuñada, y si alguien lo podía acompañar en coche, se lo llevaba a su casa. Después, cuando su propia salud se debilitó, ya no pudo desplazarse para visitar a Sara. Vivía apenas a diez minutos de distancia en coche, pero era como si viviera en la luna. Casi nunca la veía, y en vez de eso la llamaba a diario durante unos frustrantes minutos en los que ninguno oía lo que decía el otro. El hermano menor de Chimen, Menachem, se puso demasiado enfermo para viajar desde Israel y murió en 2006. Uno tras otro, casi todos los primos de Chimen de Inglaterra, América e Israel murieron. Rose Uren fue vencida por el cáncer en 2005. La mayoría de los buenos amigos que quedaban de su generación también murieron.

El tiempo finalmente había alcanzado a Chimen. Y al alcanzarlo, cuando sus ochenta años dieron paso a los noventa, el salón se convirtió en su último reducto: su habitación, su retiro del dolor en las horas de vigilia. Allí era donde los fisioterapeutas intentaban engatusarlo para que caminara unos pasos, donde sus enfermeras de noche le ayudaban a desvestirse, donde yacía en la oscuridad, con una campanilla a su lado por si necesitaba asistencia, y donde pensaba en la eternidad. A medida que su mundo se iba haciendo cada vez más pequeño, estos pocos metros cúbicos, rodeado por sus libros, se convirtieron en el epicentro de su frágil existencia. «Respecto a mi familia de aquí», le escribió Chimen a Felstiner en 2006, con una caligrafía más grande y menos precisa conforme aumentaban sus problemas neurológicos, «tengo párkinson, mis movimientos son muy lentos, uno tiene que vivir con ello. Caminar es un problema. Mis hijos están tan ocupados como siempre. Mis nietos están repartidos entre Estados Unidos e Inglaterra». Jack y Jenny estaban en verdad ocupados, pero como el propio Chimen habría sido el primero en admitir, pasaban muchas horas a la semana —con frecuencia muchas horas al día— en Hillway hablando con Chimen, organizando la ayuda doméstica, llevándolo a las citas médicas, que parecían multiplicarse cada semana. A medida que Chimen envejecía (de manera exponencial, según me parecía a mí) sus hijos empezaron a asumir los papeles que Chimen había asumido previamente al cuidar de Mimi. Se convirtieron en el salvavidas de su padre; su ayuda le permitía a Chimen quedarse en su casa y, durante un tiempo asombrosamente largo, continuar en su puesto de maestro de ceremonias en las ahora reducidas

tertulias.

Por supuesto, todo el amor del mundo no podía retrasar el reloj, no podía acallar el incesante murmullo del minuterero marcando el paso del tiempo hacia el fin. En soledad, sufriendo dolor, y mirando a la muerte cada día a la cara, cuando se acercaba a los noventa, Chimen le abrió su corazón a Felstiner. «En Jerusalén se publicó una extensa biografía de mi padre, en hebreo, llena de documentos y fotos de muchos rabinos. Dos grandes volúmenes. Y yo sigo siendo una especie de puente entre el mundo rabínico y el mundo de Marx». Él sabía que aquellos dos mundos, de los cuáles había surgido él y en los cuales se había configurado, estaban desapareciendo; que gran parte de las generaciones jóvenes ni entendía ni se interesaba por los acontecimientos, los grandes debates políticos y filosóficos y las formas de pensar que habían definido sus nueve décadas. Y sabía que cuando él muriese su universo mental se desvanecería con él.

La carta de Chimen a Felstiner continuaba: «En septiembre cumpliré noventa, si llego a esa fecha (...) Mi único placer es leer con voracidad». Chimen leía, y cuando la gente le regalaba libros los añadía a sus montones. Pero ya no hacía búsquedas activas de ejemplares concretos que añadir a su colección. «Las colecciones de los coleccionistas son como rompecabezas», creía su amiga de Sotheby's, Camilla Previté. «Siempre están buscando piezas para completarlos. Para la mayoría de los coleccionistas, sus colecciones están casi completas y buscan solo unas cuantas piezas más». Sentado o tumbado en su salón, rodeado de libros, Chimen sabía que el rompecabezas de su vida, su Casa de los Libros, estaba casi completo.

El 14 de marzo de 2010, ciento veintisiete años después de la muerte de Karl Marx, Chimen se retiró a su habitación una última vez, lo llevaron a la cama y ya no se levantó. Tal y como había pedido meses antes, al hablar de la muerte con mi padre, cuando se estaba apagando, Jack le llevó una diminuta Biblia hebrea, encuadernada en cuero negro agrietado, con las guardas estropeadas por la humedad, para que la sostuviera entre sus demacradas manos. A lo largo de los años la había llevado en el bolsillo de la chaqueta cuando viajaba por el mundo. No era un volumen caro, ni una de sus posesiones singulares, pero debía de significar algo poderoso para él. Tal vez había pertenecido a Yehezkel.

Quizá, al sostener la Biblia, las palabras del *Vidui*, la oración de confesión que recitan los moribundos, *flotaban* ante su mirada interior. Quizá, *in extremis*, rescataba de su extraordinaria memoria las palabras de los Salmos del Ascenso o las de las oraciones de *Adon Olam* y el *And Becoaj*. «Tú que moras en el refugio del Altísimo, el que habita a la sombra del Omnipotente», comienza el Salmo 91, «yo te digo del Señor que es mi amparo y mi baluarte, mi Dios en el que confío, que Él te salvará de la engañosa trampa, de la destructiva pestilencia. Él te cubrirá con sus alas y encontrarás refugio en ellas; su verdad es un escudo y una coraza». En los últimos momentos, cuando la infinidad se acerca, se espera que el moribundo haga el esfuerzo supremo de pronunciar como últimas palabras: «Señor del Universo, sea tu voluntad que muera en paz». Es la rendición definitiva de la voluntad cuando la persona ya no puede luchar más.

O quizá, como materialista ateo hasta el final, al morir en el aniversario de la muerte de Marx trajo a su mente las palabras de su antiguo héroe: «Todo lo que es sólido se desvanece en el aire». Es posible que tanto las palabras religiosas como las materialistas aletearan en su empañada conciencia. O que, al final, no viera ni escuchara palabra alguna. No hay, claro está, manera de saberlo.

Todavía puedo ver a Jack Lunzer, su colega en el esotérico mundo de los libros raros, de pie y recitando en voz baja la plegaria del *kaddish* por Chimen en la sala de oración de Hoop Lane, donde yacía su cuerpo, en un ataúd tan pequeño que podría haber sido el de un niño, antes de ser trasladado al lugar de entierro, para descansar junto a Mimi otra vez. Lunzer entonaba las palabras hebreas con infinita tristeza, con su corpulencia de pronto achicada de algún modo. Él mismo estaba enfermo, y no sabía si podría recorrer a pie el camino hasta el final del cementerio, donde la recién cavada tumba esperaba. «Todo lo que es sólido se desvanece en el aire, todo lo que es sagrado es profanado, y el hombre se ve, por fin, obligado a encarar con serenidad sus verdaderas condiciones de vida y sus relaciones con sus iguales», dice la versión completa del aforismo de Marx, escrito en 1848, en un famoso pasaje del primer capítulo del *Manifiesto Comunista*, cuando

buscaba explicar las fuerzas creadoras y, sin embargo, destructoras desencadenadas por el capitalismo, la aparición de un mundo que nunca se detenía. Chimen, según su propia estimación, tenía al menos cuarenta ediciones del *Manifiesto* en su casa, en las principales lenguas europeas. Tenía volúmenes, según le confiaba a quienes sabían lo suficiente como para hacer las preguntas adecuadas sobre su colección, que ni siquiera la British Library tenía. A lo largo de sus casi cien años de vida, Chimen buscó imponer al menos un mínimo de estabilidad y predictibilidad en su siempre cambiante mundo coleccionando libros, construyendo su Casa de los Libros como un depósito de palabras. Coleccionar, preservar, leer y transmitir el conocimiento contenido en los libros detenía, por un momento, la marcha progresiva del tiempo, el regreso al polvo que es nuestro destino. Setecientos años antes de que Marx escribiera su *Manifiesto*, Maimónides había tenido una filosofía más optimista: «Aunque los Sabios dicen que el Trono de la Gloria ha sido creado, nunca dicen que dejará de existir», escribió Maimónides en *Guía de perplejos*. «De igual manera las almas de los justos son en nuestra opinión creadas pero nunca dejarán de existir». Chimen había idolatrado a los dos hombres; había llegado a la conclusión, creo yo, de que, de algún modo, ambos tenían razón.

Los muchos cientos de dolientes, que abarcaban cuatro generaciones, caminaban hacia la zona de la sepultura. Y, los miembros de la familia a la cabeza de la silenciosa multitud, fuimos por turnos arrojando tierra sobre el ataúd de mi abuelo. La tierra estaba blanda y producía un suave ruido sordo al caer sobre la madera, a varios metros de profundidad. Y entonces volví a casa, volví a la casa de mis padres, volví a un pozo sin fondo de tristeza. Al impresionante silencio que dice que una vida ha terminado.

Pasados unos días habría expertos en Hillway escudriñando los miles de libros, libros que, al final, Chimen nunca consiguió catalogar, cuyo destino él nunca llegó a determinar antes de su muerte. Libros que no podían quedarse en la casa vacía, amenazados por el fuego y el agua y el robo. Como un sueño que se desvanece al despertarnos, la biblioteca, creada con tanto amor durante setenta y cinco años, estaba a punto de dispersarse a los cuatro vientos. La Atlántida se hundió en el mar, tan completamente que por momentos dudé que hubiera existido. Las puertas del salón de tertulias se cerraron por última vez.

La Casa de los Libros ya no existía.

Cuando estaba terminando este manuscrito, más de tres años después de la muerte de mi abuelo, tuve otro sueño. Esta vez los libros de Chimen habían sido devueltos a sus estantes, no en su orden correcto sino de un modo aproximado a la estructura de su biblioteca. Estaban apiñados en extrañas formaciones, tumbados horizontalmente, muchos de los lomos, donde estaban los títulos, vueltos hacia dentro, fuera de la vista del observador. Y Chimen había resucitado.

Uno tras otro, los libros se ponían derechos solos. Y mientras ocurría esto Chimen se iba reanimando. La espalda se enderezaba, oía mejor. Y con una sonrisa leve, torcida, empezaba a conversar de nuevo, a hablar de sus libros, a debatir sus grandes ideas. En el exterior de la casa solo había caos. Yo veía, en mi sueño, enormes campamentos de vagabundos, trenes atestados de gente, grandes y ruidosos restaurantes. Dentro de Hillway, sin embargo, había un silencio extraño, vetusto.

Me desperté. Eran las cinco de la mañana. Estaba completamente despierto; tan despierto, tan alerta como un niño después de doce horas de sueño. Cuando el sueño empezó a difuminarse hice lo que habría hecho Chimen. Cogí un papel y garabateé las imágenes. Guardé el papel en una de las cajas que tenía llenas de notas para mi libro. Las palabras no se tiran. Podrían, algún día, ser útiles.

AGRADECIMIENTOS

A lo largo de mis años como escritor siempre he sabido que un día escribiría un libro sobre mis abuelos y su extraordinaria casa. No sabía qué forma tomaría el libro ni cómo presentaría sus vidas, pero sabía que la suya era una historia que yo tenía que contar.

Tras la muerte de mi abuelo en marzo de 2010, contar la historia se convirtió en uno de los motores de mi vida. Se convirtió en algo más que un deseo, algo más cercano a una obsesión. El mundo de Chimen y Mimi, organizado alrededor del libro, y las habitaciones llenas de conversación del 5 de Hillway, era un mundo que, día a día, iba muriendo: los personajes centrales de sus vidas eran muy mayores o ya habían fallecido; las batallas políticas que habían librado se veían cada vez más como notas a pie de página de un lejano pasado; los libros e ideas que para ellos eran valiosos estaban cada día más polvorientos. Si yo había de contar su historia, tenía que hacerlo más pronto que tarde.

Y me puse a trabajar. Quería escribir *La casa de los veinte mil libros* utilizando la narración, las técnicas descriptivas que yo había desarrollado durante más de veinte años como periodista, pero también quería contarla como hechos históricos, utilizar archivos y bibliotecas de una manera que Chimen, un consumado historiador, hubiera aprobado. Finalmenteme decidí por una solución intermedia: haría una profunda investigación en archivos y mediante entrevistas, pero no le pondría notas a mi texto. Contaría una historia y confiaría en que mis lectores confiaran en mí. Espero haberme ganado, con la narración, esa confianza.

El viaje que emprendí duró casi cuatro años. Por el camino leí cientos de

libros: muchos volúmenes de la colección de mi abuelo y también libros de historia, biografías y novelas que daban vida a los mundos que habitaron Chimen y Mimi. Entrevisté a mucha gente (en persona, por teléfono, por correo electrónico) de Inglaterra, Estados Unidos, Israel, Canadá, Alemania, Holanda, Lituania y otros lugares, y pasé semanas en archivos de Londres, Oxford, Sheffield y Manchester. Fue una experiencia de las que cambian la vida, que me abrió los ojos a cosas que previamente no conocía o no entendía; que me presentó a mis bisabuelos y abuelos de niños, de jóvenes, en su madurez y como ancianos, además de a fascinantes personajes históricos desaparecidos hace ya mucho tiempo; y que me permitió ver las vidas de mis abuelos —y por extensión la mía propia— como parte de una historia religiosa, cultural, política y migratoria que se pierde en las brumas del tiempo.

Nada de esto habría sido posible sin el extraordinario apoyo de un gran número de personas. Por encima de todo, tengo una inconmensurable deuda de gratitud con mis padres, Jack y Lenore Abramsky, por participar, conmigo, en la alegría de este proyecto, y por haber confiado en mi capacidad para atar los cabos sueltos. Mi padre, en particular, se vinculó a este proyecto con la emoción y el entusiasmo de un muchacho, ayudándome con la investigación de archivos, buscando documentos enterrados en lo más hondo de los archivadores de la familia, rellenando los vacíos de mi conocimiento sobre personas y hechos clave y, lo más importante, confiando en que yo contaría la historia de sus padres con respeto. En varias ocasiones visitamos juntos lugares fundamentales, como la calle en la que una vez estuvo la librería Shapiro, Valentine & Co.; siempre guardaré esos recuerdos como un tesoro. Tanto mi padre como mi madre aguantaron, con buen humor, mis interminables peticiones de más información. No debe de ser fácil tener a un hijo escarbando en la vida privada de uno; que ni mi madre ni mi padre pusieran reparos es un regalo por el cual estaré eternamente agradecido. Del mismo modo, también, mi tía Jenny fue absolutamente generosa, abriéndome su casa para que yo escudriñara en sus papeles, contándome recuerdos de su infancia y proporcionándome acceso a las miles de cartas escritas y recibidas por mis abuelos. Mi hermano, Kolya, conocía la parte socialista de la colección de Chimen mejor que ningún otro miembro de la familia. Su extraordinaria

sabiduría y perspicacia, su generosidad al sugerirme lecturas, y su insistencia en criticar con amabilidad pero con firmeza algunas de mis interpretaciones de los acontecimientos, fueron de una importancia absolutamente fundamental para mí en la elaboración de este libro. No siempre estábamos de acuerdo en nuestra comprensión de los episodios de la vida de Chimen y Mimi, pero nunca dudé ni por un momento de su criterio. Mi hermana Tanya, mis primos Rob y Maia, Emma y Nick, todos me abrieron su baúl de los recuerdos una y otra vez durante los años en que estuve escribiendo este libro, proporcionándome abundantes anécdotas que yo había olvidado hacía tiempo o que, en algunos casos, no conocía. Lo mismo ocurrió también con muchos otros familiares: Eve y Julia Corrin; Alison Light; Lily y Martin Mitchell; Peter y Vavi Hillel; Elliott Medrich; Alice Medrich; Mildred Axelrod; Larry y Shirley Kedes, y muchos otros. Al final del proceso de escritura, mi primo Ron Abramski me proporcionó una copia de una extraordinaria entrevista filmada que él le había hecho a Chimen en enero de 2003.

Los amigos y colegas de mis abuelos, y de mis padres, que me ayudaron accediendo a ser entrevistados para este proyecto y también a que fotocopiara o escaneara cartas y otros documentos, son innumerables: no me es posible nombraros a todos, pero vosotros sabéis quiénes sois. Debo, sin embargo, dar las gracias de manera especial a la colega de Chimen de la University College London, Ada Rapoport-Albert; a sus amigos de Stanford, Peter y Suzanne Greenberg (cuya maravillosa hospitalidad, y vivo interés tanto en las personas como en las ideas, siempre me ha recordado a los que desprendían Mimi y Chimen) y Peter Stansky; a Helene Beer de Oxford, y a Marion Aptroot y Efrat Gal-Ed de Alemania, todos los cuales me ayudaron a entender, y en algunos casos traducir, la maravillosa colección de literatura yidis de Chimen; a Miri Freud-Kandel de Oxford y a rabí Elliott Cosgrove de Nueva York, que se esforzaron en explicarme el papel que desempeñó mi abuelo en la vida religiosa de los judíos británicos a lo largo de décadas; a Pauline Harrison, cuya lucidez sobre la psicología del Partido Comunista de Gran Bretaña en los años próximos a la Segunda Guerra Mundial me fascinó; a lord John Kerr, que abogó por Chimen en Sotheby's y después en Bloomsbury Auctions; a Ormond Uren, uno de los últimos leones; y al gran amigo coleccionista de libros y compañero de Chimen en sus viajes por el mundo de sus últimos años, Jack

Lunzer.

Tariq Ali, Gidon Cohen, Arie Dubnow, John Felstiner, Christopher Hird, Dovid Katz, Krishan Kumar, David Mazower, Kevin Morgan, Andrew Moss, Eilat Negev y Yehuda Koren, Jon y Michael Pushkin, Berel Rodal, Graham Thorpe, Peter Waterman y Tony Yablon, todos proporcionaron reminiscencias de la vida en Hillway y del trato personal y profesional con Mimi y Chimen durante más de medio siglo. Beryl Williams se encargó de la digitalización de las conferencias que dio Chimen en la Universidad de Sussex en 1967, con motivo de la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la Revolución rusa. Christopher Edwards fue una ayuda fundamental para familiarizarme con el a veces opaco mundo del comercio de libros raros. Camilla Previté y Nabil Saidi fueron igualmente generosos ayudándome a entender el mundo de la casa de subastas Sotheby's.

Además de estos amigos y colegas, tuve la inmensa fortuna de contar con una serie de archiveros sumamente profesionales y deseosos de trabajar conmigo en este proyecto. A esos hombres y mujeres que trabajan en las bibliotecas y archivos de la University College London, el Bishopsgate Institute de Londres y el People's History Museum de Manchester; en la sala de colecciones especiales de la Universidad de Sheffield, la Universidad de Stanford, la Bodleian Library, el Kressel Archive, St. Antony's College de Oxford y el Trinity College de Cambridge, les envío mi inmenso agradecimiento, que espero resuene con fuerza y orgullo por las silenciosas estancias y salas de lectura de sus magníficas instituciones. Un agradecimiento igualmente grande a Philippa Bernard, de la Westminster Synagogue, y, por supuesto, a Henry Hardy, del Isaiah Berlin Literary Trust, y a Mark Pottle, que ha editado las cartas de Berlin con tanto acierto a lo largo de los años.

Más allá de estos círculos, repetidamente solicité —y recibí— ayuda de un magnífico grupo de expertos: mis amigos Nathaniel Deutsch y su esposa, Miriam Greenberg, fueron más allá, mucho más allá de la llamada del deber para buscar respuestas a mis preguntas y para corregir mi a veces errónea interpretación de la historia y los ritos religiosos judíos. Sin la entusiasta ayuda de Nathaniel, y su traducción de documentos clave del hebreo al inglés, así como su buena disposición y la de Miriam para acogerme en su casa de Santa Cruz mientras hablábamos de la evolución del proyecto, dudo mucho

que hubiera podido terminar este libro. De la misma manera, Steven Zipperstein, de Stanford, me permitió interrogarlo durante una serie de maravillosos desayunos a media mañana en Palo Alto. Espero de verdad que siga regalándome estas conversaciones después de la publicación de este libro. En el campus de Davis, de la Universidad de California, David Biale nunca dejó de responder generosamente a mis peticiones de información y de referencias bibliográficas. En Berkeley, Paul Hamburg, el bibliotecario responsable de la colección hebraica de la universidad, me ayudó a comprender la importancia de algunos de los libros y manuscritos hebreos más antiguos y más raros de Chimen, y también me mostró libros equivalentes propiedad de la universidad. Brad Sabin Hill, en la Universidad George Washington, que hace muchos años aprendió con mi abuelo mientras estudiaba las misteriosas artes de la caligrafía hebrea, me proporcionó una cantidad de información y de correspondencia personal simplemente extraordinaria; Hill llegó a elaborar para mí una bibliografía completa de los escritos de mi abuelo. Estaré eternamente agradecido por este hecho.

Muchos de mis más viejos y queridos amigos también se pusieron a mi disposición durante estos años para hablar sobre partes del libro, para proporcionarme detalles históricos específicos o, simplemente, para ayudarme a mantener el entusiasmo durante lo que a veces fue un proyecto emocionalmente agotador. Aquí envío un agradecimiento particular a Ben Caplin, Carolyn Juris, George Lerner, Eyal Press, Pete Sarris, Adam Shatz, Baki Tezcan (cuyos conocimientos de la historia de Turquía me proporcionaron una puerta de acceso al mundo de los impresores hebreos de Constantinopla de hace quinientos años), Kitty Ussher, Jon Wedderburn y Jason Ziedenberg. Mis mentores de la Graduate School of Journalism de la Universidad de Columbia, Michael Shapiro y Sam Freedman, fueron también fundamentales para convencerme de que yo era capaz de contar esta historia.

En Londres, mis editores Peter y Martine Halban se implicaron en el concepto de *La casa de los veinte mil libros* desde nuestra primera conversación; y cuando el libro iba camino de su publicación, los conocimientos históricos de Kim Reynolds y su magnífica destreza para revisar y corregir, fueron indispensables para eliminar las asperezas de mi manuscrito. En Nueva York, mi editora Susan Barba ha mostrado un

entusiasmo similar por la historia de Hillway y sus habitantes. Mis agentes, Victoria Skurnick de Nueva York y Caspian Dennis de Londres, también merecen mi más caluroso agradecimiento.

Por último, pero por supuesto no menos importante, a mi esposa, Julie Sze, a mi hija, Sofia, y a mi hijo, Leo, mi más profundo agradecimiento por soportar mi tendencia a la adicción al trabajo durante la gestación de *La casa de los veinte mil libros*; por creer en la importancia de esta historia, y por vuestro feliz interés en las sagas contenidas en estas páginas. Gracias, también, por ayudarme siempre a ver las cosas con perspectiva. Dais calidez a mi hogar y llenáis mi vida.

Durante los años que duró la elaboración de este libro, murieron muchos maravillosos amigos y familiares. Entre ellos está mi tío Al Liddell; mi tía abuela Sara Corrin; el amigo de Chimen de Oxford, Harry Shukman, y su antiguo camarada del Partido Comunista Eric Hobsbawm. Cada día, según parece, nuestro pasado se vuelve más irrecuperable, los vínculos vivientes con el pasado más frágiles. Mi libro es, en muchos sentidos, un coro de fantasmas.

Espero que, a su humilde manera, *La casa de los veinte mil libros* ayude a conmemorar a los hombres y mujeres que colectivamente construyeron el mundo del número 5 de Hillway. Esas personas, en su mayoría, ya no viven, pero yo sigo oyendo sus voces resonar con el tono claro y nítido de las campanas de Bow Bells. Fueron, todos ellos, seres humanos extraordinarios.



El joven Chimen (en la fotografía de la izquierda). Miriam con sus padres y sus hermanas pequeñas (hacia 1922).



Chimen, a la izquierda, con su hijo Jack y su propio padre.



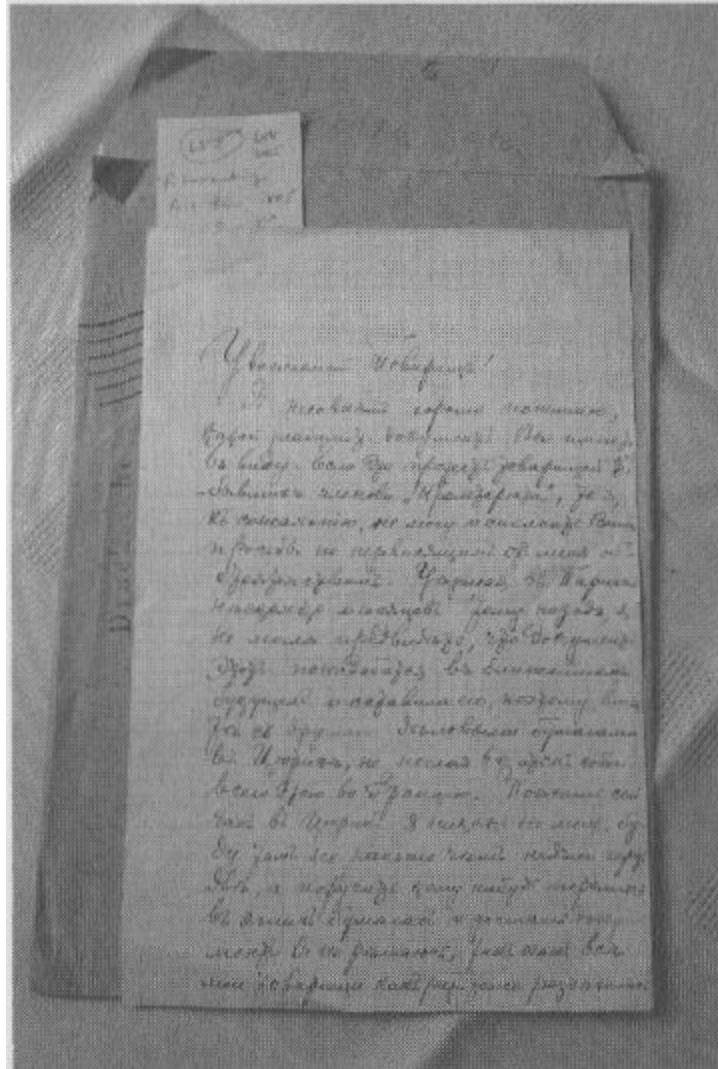
El padre de Miriam en la librería Shapiro, Valentine & Co., en Wentworth Street, Londres.



Miriam y Chimen el día de su boda.



Miriam al frente de una manifestación por la defensa de la semana laboral de cuarenta horas.



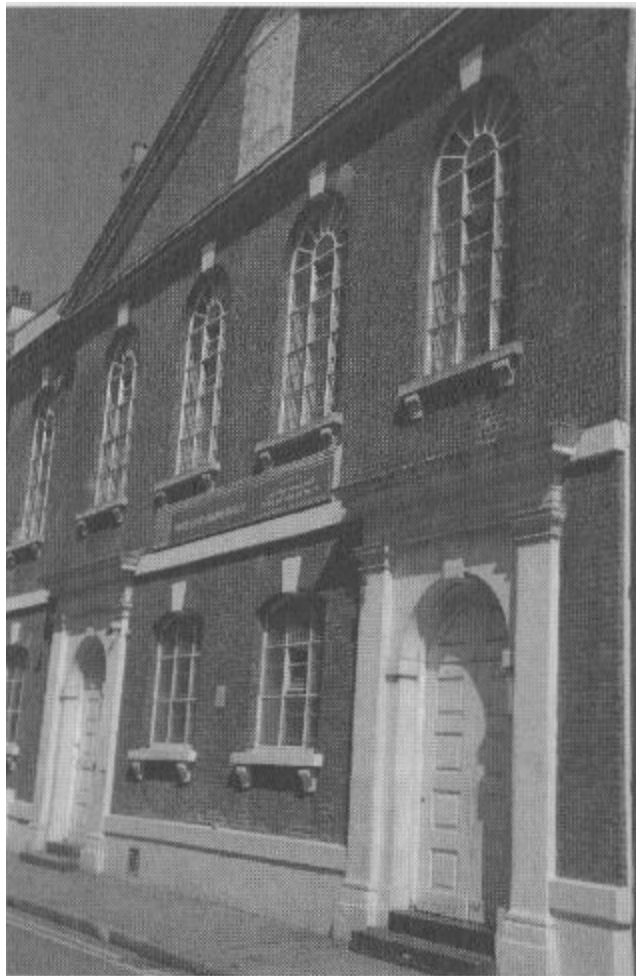
Carta manuscrita de Rosa Luxemburgo perteneciente a la colección de Chimen.



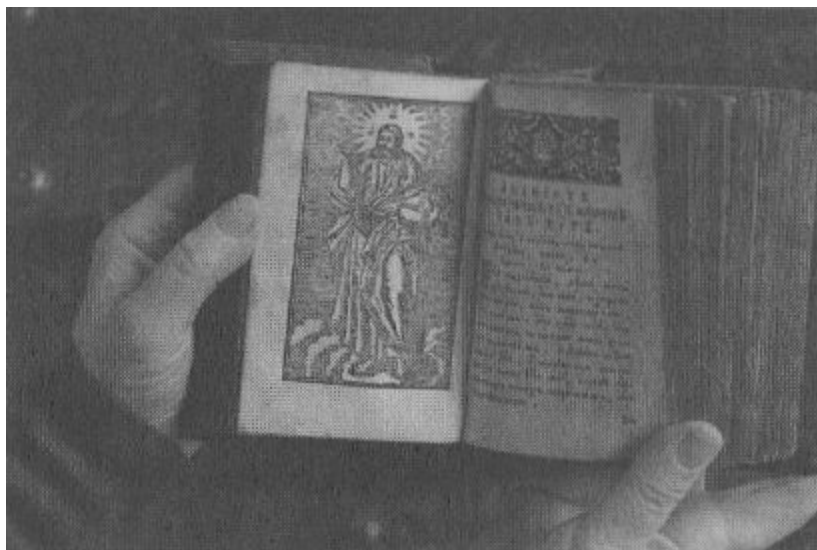
El exterior de la casa del número 5 de Hillway Street, Londres.



Chimen en su despacho de St. Anthony's College, Oxford, a mediados de los años sesenta.



La sinagoga (hoy convertida en mezquita) en la que ofició su padre en Londres durante años, tras su llegada de la Unión Soviética



Una singular Biblia armenia hallada entre las posesiones de Chimen tras su fallecimiento



Chimen con su amigo Isaiah Berlín en los años sesenta. Chimen conoció a Berlin en 1958 gracias al experto eslavista y bibliotecario de Oxford John Simmons



El despacho de Chimen en su casa de Hillway.



Chimen con su nieto Sasha Abramsky, autor de este libro, en 1973.

28 29

ST ANTONY'S COLLEGE, OXFORD

5 Hilling
London N6
6 11 69

Dear Isaiah,

I saw in the Times that you are sixty today. One never would congratulate friends on their birth days, or see to be reminded of every additional year. According to Jewish tradition, at sixty men reaches his full span of life on earth, and we reach the stage of 2/3, 'comprehension and understanding'. So the 11th century an even later Jewish scholars added that after 'Dinah', one has only to strive for 2/3, 'dissemination of knowledge'. You have achieved both long before sixty, and as one of your admirers I hope you will continue to sparkle ideas for many years to come and so contribute to the immortal aim of Isaiah - the increase of your name.

"Y'asah l'it'at'at, v'as q'm'at'at."

I have read, literally with excitement, your new challenge to people to form a Society in Liberty. I found it not only extraordinary enlightenment in the direction you offer, particularly early of S.H. 112, but which I agree, but who

P.T.S.

Carta de Chimen a Isaiah Berlin al cumplir este sesenta años.

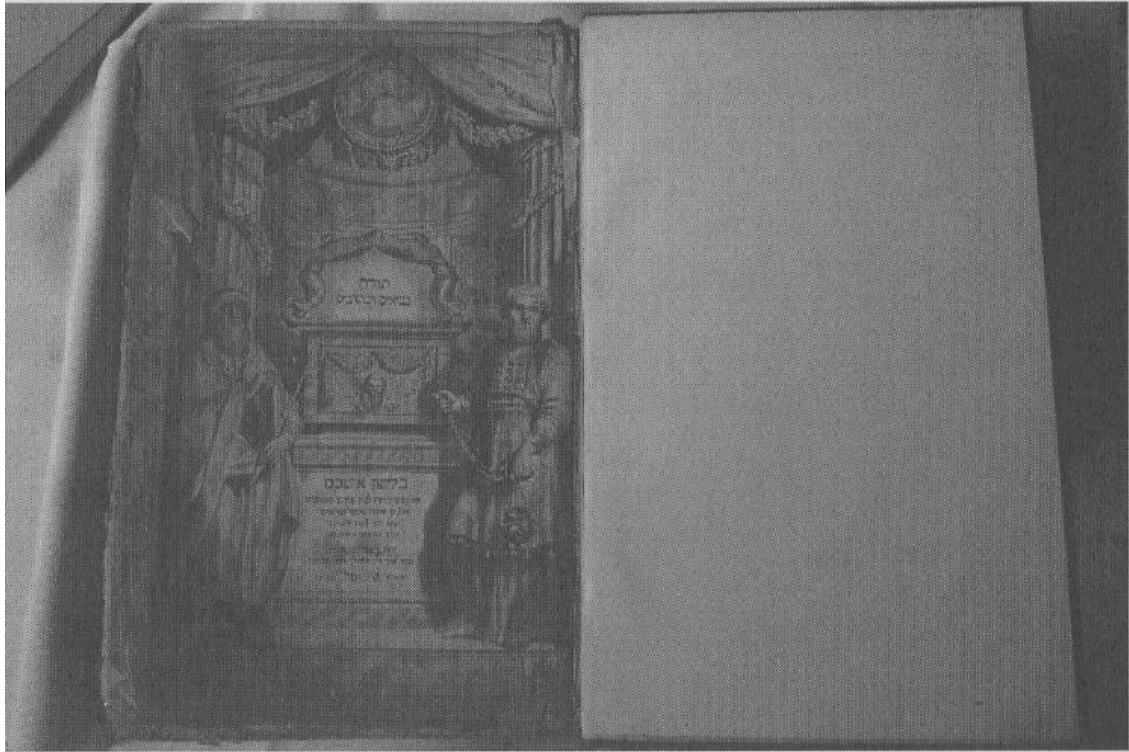


Ilustración de uno de los raros libros de la fabulosa biblioteca reunida en la casa de Hillway.



Chimen con Jack Lunzer, comerciante de diamantes que acabaría creando la Valmadonna Trust Library con el asesoramiento de aquel.



Parte de la familia Abramsky en una fotografía de 1989. El joven con gafas de la derecha es Sasha. En el centro de la imagen, Chimen y Miriam.



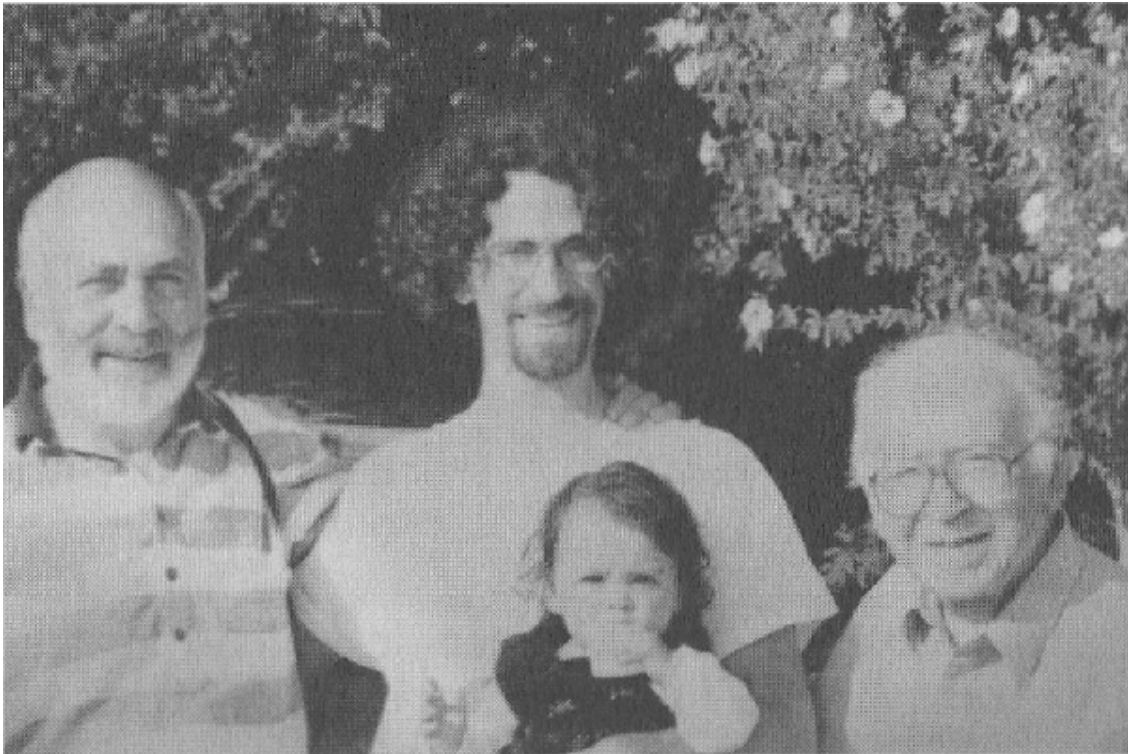
«Cuando entrabas en la casa, te recibía un torrente de aromas que competían entre sí: el olor de patos asándose, el burbujeo de la grasa al ir calentándose el horno; el maravilloso aroma de la sopa de pollo, tan saturada de sal que parecía el Mar Muerto; bizcochos de chocolate horneándose; un compacto pan de centeno cortado en rebanadas; y el áspero olor de los arenques en salmuera en sus botes de cristal».



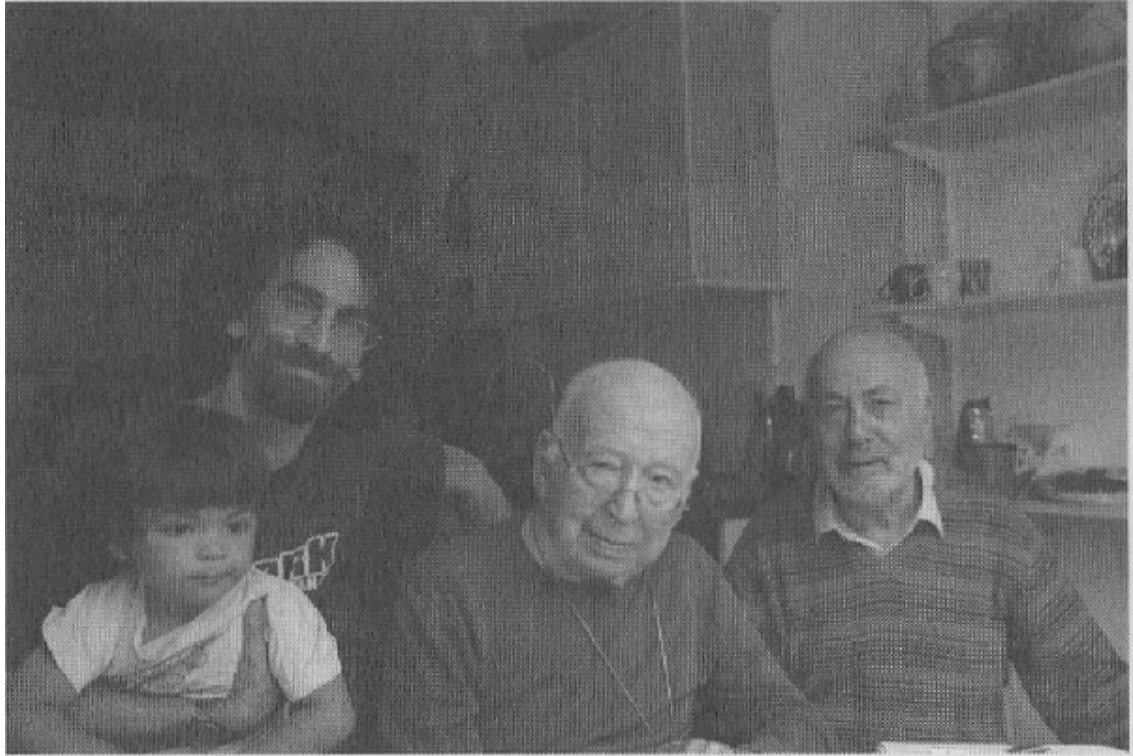
En 1990 Miriam y Chimen cumplieron cincuenta años de casados.



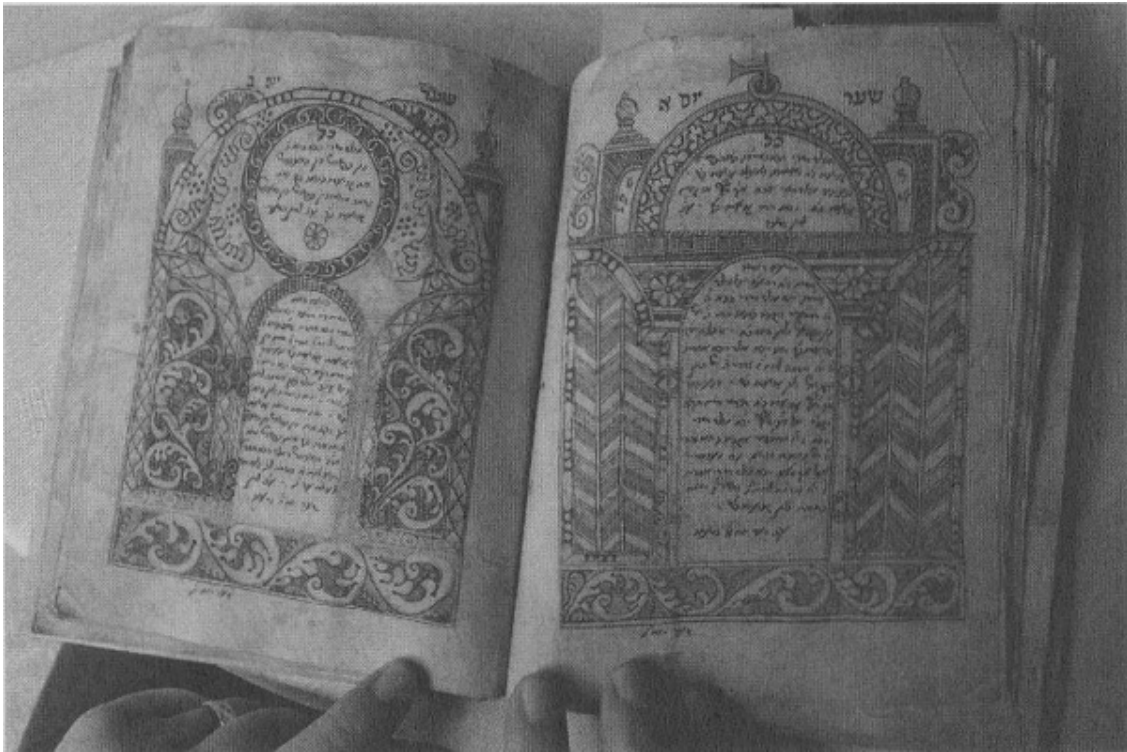
El deporte de Chimen era el ajedrez. En ocasiones recreaba una partida de grandes maestros sobre la que había leído en *The Times*, analizando cuidadosamente los movimientos, estudiándolos como estudiaría el texto de un libro raro. «Durante toda su vida el músculo que siempre quiso ejercitar fue su mente».



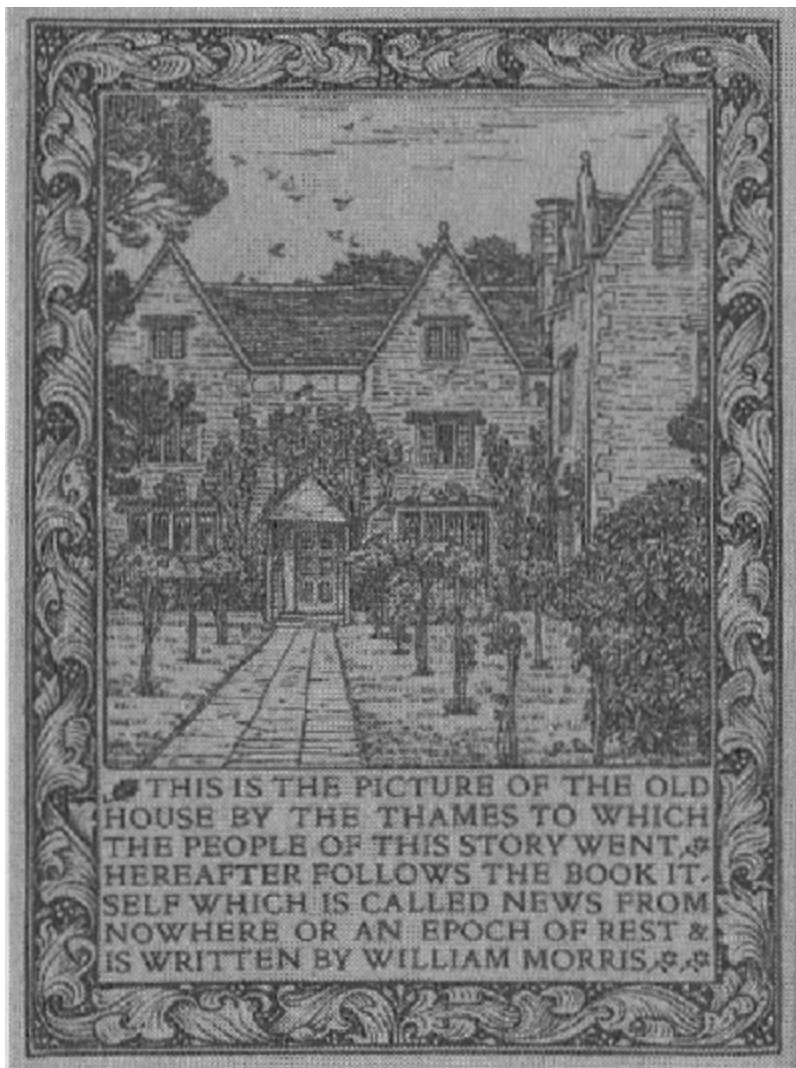
Cuatro generaciones de Abramsky en distintos momentos: 2004 y 2009. Jack, Sasha, Chimen y Sofía arriba. Leo sustituye a Sofía en la imagen inferior.



En 2006, para conmemorar el nonagésimo cumpleaños de Chimen, el documentalista Christopher Hird y el activista e intelectual británico del movimiento Nueva Izquierda Tariq Ali rodaron una película sobre Chimen y sus libros.



Uno de los libros más preciados de Chimen, de entre los que guardaba en la habitación grande del piso superior. Esta era una parte vital del templo del saber que Chimen había construido. «Había algo reverencial en el modo en que hablaba de esta habitación y su contenido. Aquí las estanterías funcionaban más como una cámara del tesoro que como parte de una biblioteca viva. En las raras ocasiones en que se abrían sus puertas, brotaba un olor a papel rancio, encerrado, que flotaba por la habitación y que se metía por la nariz».



Uno de los manuscritos ilustrados originales de William Morris, un autor fundamental en la vida y en la colección de Chimen.



SASHA ABRAMSKY nació en Inglaterra en 1972, creció en Londres, y estudió Política, Filosofía y Economía en el Balliol College de Oxford. Posteriormente se trasladó a Nueva York para estudiar Periodismo en la Universidad de Columbia. Después de vivir diez años en Nueva York se trasladó a California. Actualmente vive en Sacramento. Colaborador de medios como The Nation o The Guardian, es autor de varios libros elogiados por la crítica, entre ellos *Inside Obama's Brain*, *Breadline USA*, *American Turies* o *The American Way of Poverty: How the Other Half Still Lives*.

«Este inventario de Sasha Abramsky acerca de la devoción de su abuelo por los libros y la lectura es un emocionante testimonio de la persistencia de la curiosidad humana en un mundo en el que tener inquietudes intelectuales parece algo cada vez más a la deriva. Un conmovedor, instructivo y asombroso balance del amor de un hombre por la palabra impresa que todos los buenos lectores sabrán apreciar».

Notas

[¹] *Tie*, corbata. [Todas las notas son de la traductora]. <<

[2] El *Haggadah* o *Hagadd* es un texto en el que se narra la liberación de los esclavos israelitas del antiguo Egipto y que contiene también la liturgia del *Séder*. El *Séder* es la cena que marca el inicio de la Pascua judía. <<

[3] La fecha que señala Abramsky es la de la edición en inglés. La edición original francesa, *Ecrits sur l'histoire*, es de 1969. En español, *Escritos sobre la historia*, se publicó por primera vez en 1991. <<

[4] *The Yeshiva* es el título de la traducción inglesa. El título original de la novela, escrita en yidis, es *Tsemakh Atlas* (1967). <<

[5] Robin Goodfellow es un personaje del folclore popular inglés y celta, al que también se conoce como Puck. En las leyendas aparece unas veces como un duende que ayuda a los hombres en sus tareas cotidianas, y otras veces como un demonio. <<

[6] Se denomina *sopa o puré de guisantes (pea soup)* a la espesa y tóxica niebla causada por la combustión del carbón de mala calidad utilizado para la calefacción de las casas y en la industria en el siglo XIX, mezclada con la bruma del Támesis. Llegaba a ser mortal para ancianos y niños y personas con problemas respiratorios, además de causar accidentes porque impedía la visibilidad. <<

[7] En francés en el original. <<

[8] Celebración judía, conocida también como «Día de la Expiación». Se pide perdón para empezar el año nuevo con la conciencia limpia, y para ello se practican el ayuno y la abstinencia de beber, ducharse, usar perfumes, maquillarse y mantener relaciones sexuales. <<

[9] Dialecto de la clase obrera del East End, la zona este de Londres. De la misma manera se denomina a los habitantes del East End y a los obreros en general. <<

[10] Término yiddish que designa pequeños pueblos judíos con mercado de Europa del Este. <<

[11] *Crankey*: excéntrico; cascarrabias. <<

[12] Personajes de *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll. <<

[13] «Una vida marcha atrás». <<

[14] «Estatuto de los trabajadores». <<

[15] La cultura judía. <<

[16] Juez del tribunal rabínico. <<

[17] Guy Fawkes fue el cabecilla de un fallido complot católico para asesinar a Jaime I en 1605. Fue descubierto antes de que explotara la bomba en el Parlamento británico y condenado a muerte. El 5 de noviembre se conmemora su detención. <<

[18] Pan trenzado, especial para tomar en el *sabbat* y en las celebraciones judías. <<

[19] Escuela religiosa en la que se instruye a los niños sobre el judaísmo y la lengua hebrea. <<

[20] Señor, amo. <<

[21] *Goldsmid Professor* es un rango académico exclusivo de la University College London. <<

[22] *Sterling Professor* es un título honorífico exclusivo de la Universidad de Yale. Representa el mayor rango académico y se concede al considerado mejor profesor de cada especialidad por su trayectoria. <<

[23] *Asquenazi o ashkenaz*, término que designa a los descendientes de los judíos que se asentaron en Europa central y oriental a partir del siglo VIII, y que desarrollaron sus propias costumbres y leyes, además de una lengua —el yidis—, lo que los diferencia de los judíos sefardíes. <<

[24] *Josephus*, o, en latín, *Hegesippus*, narración en hebreo de la historia del pueblo judío, del siglo IX d. C. El *Josippon* es una versión del siglo X. <<